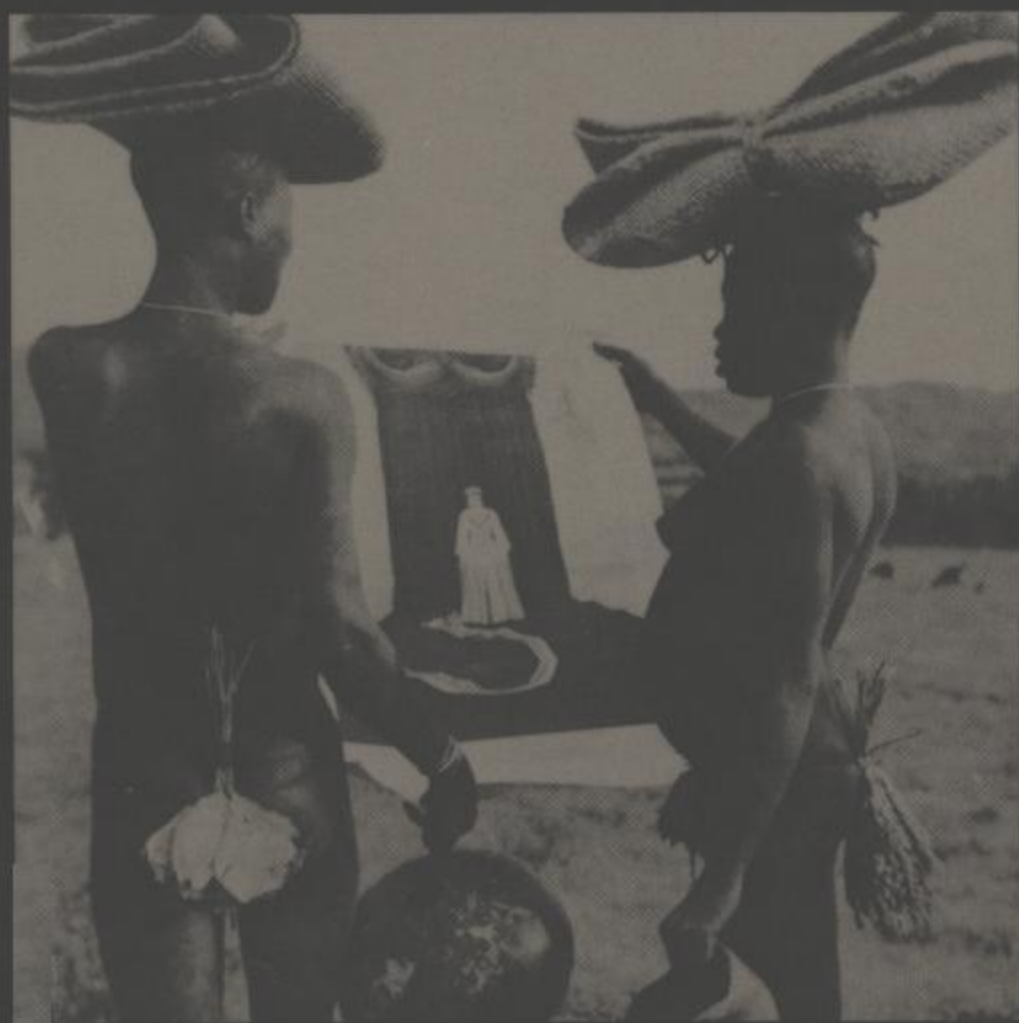


NIGEL BARLEY

# El antropólogo inocente

Prólogo de Alberto Cardín



● crónicas ●  
ANAGRAMA

Nigel Barley

# El antropólogo inocente

Notas desde una choza de barro

Traducción de M.<sup>a</sup> José Rodellar



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Título de la edición original:*  
The Innocent Anthropologist. Notes from a Mud Hut  
British Museum Publications Ltd.  
Londres, 1983

Revisión técnica de Alberto Cardín

## cultura Libre

*Diseño de la colección:*  
Julio Vivas  
Ilustración: Fotografía de Mrs. Waterfield, AIBPP

*Decimoctava edición: abril 2004*

© Nigel Barley, 1983  
© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 1989  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 84-339-2518-0  
Depósito Legal: B. 20391-2004

Printed in Spain

Liberduplex, S.L., Constitució, 19, 08014 Barcelona

## PROLOGO

Pocas veces se habrán visto reunidos, en un libro de antropología, un cúmulo tal de situaciones divertidas, referidas con inimitable humor y gracia, y una competencia etnográfica tan afinada, como las que Nigel Barley ofrece en esta minuta de su trabajo de campo entre los dowayos, realizado en 1978.

No suelen las monografías etnográficas ser libros especialmente divertidos, ni mucho menos descuellan por su humor, a pesar de la gran cantidad de equívocos y situaciones ridículas en que necesariamente incurre cualquier individuo que intenta apropiarse de convenciones que le son totalmente extrañas, como es el caso de cualquier etnógrafo en el seno de su correspondiente población exótica.

Serio e imbuido de su cuasisacerdotal responsabilidad teórica, el etnógrafo con frecuencia no llega a captar el humor de sus exóticos anfitriones (que con toda razón suelen hacerlo objeto de burla, por su impericia práctica y su minusvalía verbal), y muy raramente observa distanciadamente lo patético de su posición. Más habitual es que proyecte sus frustraciones sobre sus huéspedes, llenando sus diarios personales y los prólogos de sus monografías de quejas y denuestos contra los nativos, en un estilo que hoy ya resulta plenamente familiar desde la publicación de los diarios de Malinowski, y que Lévi-Strauss explicaba recientemente sin pelos en la lengua a Didier Eribon: «¿Sabe? Cuando se han perdido quince días con un grupo indígena sin conseguir

sacar de ellos nada en claro, simplemente porque no les da la gana, uno llega a detestarlos.»

El nativo, convertido en pura veta informativa, carece de identidad personal (es además esto un presupuesto teórico de su ser como «primitivo»: la falta de individualidad, el primado del rito y lo grupal), salvo en el caso de ciertos informantes privilegiados, que han pasado a la historia de la antropología como casos señeros de individualización primitiva (el Ahuia de Malinowski, que terminó él mismo casi como etnólogo, el Jim Carpenter de Lowie, o el Ohnainewk de Carpenter), y que en general quedan reducidos a una presencia fugaz en el trabajo reconstructivo final del etnógrafo, donde se supone que es la *sociedad misma*, y no la anécdota individual, la que debe quedar reflejada.

La virtud del libro de Barley, en este sentido, es que está lleno de individualidades que evolucionan como verdaderos actores, con una vida propia cargada de colorido, y una profusión y variedad verdaderamente asombrosos, por cuanto dan la medida de un intrincamiento racial y cultural que pocas veces aparece en las monografías etnológicas, empeñadas habitualmente en mostrar la puridad del «aislado» cultural y demográfico sobre el que centran su atención.

Fulanis, dowayo, koma, negros urbanizados, cristianos y musulmanes, misioneros católicos y protestantes, funcionarios negros y cooperantes blancos, todo el espectro de este detritus cultural que forma los márgenes de la Cultura-Mundo occidental, y cuyo mestizaje y entrecruce constituye hoy una de las principales preocupaciones de la antropología, se manifiestan como un bulle-bulle vívido y variopinto, que la pericia narrativa de Barley nos hace compartir, a la vez con humor implicado y crítica distancia.

Pero entre ellos destacan, convertidos en verdaderos personajes novelescos, individuos como el estafalario jefe Zuuldibo; o el viejo de Kpau, el misterioso y atrabiliario «jefe de lluvia», cuyos poderes expone Barley con una fascinación próxima a la de Castaneda por Don Juan; o el hábil traductor Matthieu, el dowayo semiaculturado, cuyo reencuentro años más tarde, describe

Barley en *A plague of caterpillars*, comparándolo humorísticamente con el principio de *Sonrisas y lágrimas*; o el histérico misionero Herbert Brown, afectado por el sol de los trópicos, y dotado de un curioso don de lenguas; cada uno de ellos perfectamente individualizado y construido con las trazas realistas de un personaje de novela, dentro de una tradición más propia del relato de viajes inglés que de la antropología social británica: en la línea más de Burton que de Evans Pritchard.

O, incluso, extremando las tintas, en la línea del viaje imaginario, pero totalmente adobado de elementos reales sarcásticamente deformados, que representa *Merienda de negros*, de Waugh. Hay un indudable toque Waugh en el libro de Barley, pero aplicado a un país y a una experiencia reales, lo que no ocurre con los libros de viaje propiamente dichos del viejo escritor neocatólico inglés, que sólo en la imaginaria Azania llegó a afilar convenientemente su mordacidad antiafricana.

Cierto es que todo esto es posible gracias a que Barley ha violentado en este libro la estructura clásica de la monografía etnológica (que debió redactar aparte en términos estrictamente académicos, como se deduce de las constantes alusiones que a este trabajo «formal» hace), pero también es cierto que hoy día son muchos los jóvenes antropólogos americanos que se ensayan en este tipo de etnografía informal (generalmente, como aquí, reconsideraciones personalizadas del trabajo de campo académicamente sancionado), sin conseguir el interés narrativo y la gracia bienhumorada que caracteriza la prosa de Barley.

Ahí están, para demostrarlo, libros como *Reflections on a Fieldwork in Morocco*, de Rabinow, o *The Headman and I*, de Dumont, atrapados en tristonas, añorantes y anticolonialistas consideraciones sobre las relaciones con «el otro», el imposible acceso a su mismidad, y las paradojas del trabajo de campo, sobre las que no me extenderé porque han sido ampliamente comentadas por Geertz en su reciente libro *El antropólogo como autor*. Libro donde, por cierto, sea por desconocimiento, o por simple USA-centrismo, no se hace la menor mención al libro de Barley, a pesar

de su fundamental relevancia para el tema desarrollado por Geertz.

Humor y etnografía, que parecían actitudes ante lo real y lo «otro» imposibles de conectar, por cuanto afectan al problema del contexto y la traducción (o, dicho en términos más moralistas, a la cuestión del racismo y el eurocentrismo), encuentran en Barley una solución ejemplar: se burla de los negros (no sólo de los aculturados, cuyo frankensteiniano ridículo es patente, sino de los nativos «fetén»), comparándolos no pocas veces con elementos o situaciones palmariamente ridículos de nuestro contexto europeo, pero la comparación no resulta ni ofensiva ni degradante: se sitúa en una especie de *entre-deux* que tiene una clara función cognoscitiva.

La principal forma de ironía, con todo, cae siempre sobre el autor mismo. Y es ironía tanto en el aspecto banal como socrático de la palabra: es deformación interrogante, que sirve para desvelar realidades. Y, en este sentido, el principal objeto de *slapstick* es Barley mismo, siendo las muestras de su ridiculización risible los pasajes desternillantemente cómicos de todo el libro: como la aventura de su extracción dental, sus escauceos con la gorda prostituta de Poli, o sus dificultades lingüísticas con las tonalidades dowayo, origen de situaciones sociales verdaderamente embarazosas.

Esta ironía desveladora, cargada de sabiduría humana y teórica, y radicalmente antropológica aunque tan poco la hayan practicado hasta ahora los mismos antropólogos, convierte a Barley en un verdadero ejemplo para la profesión en dos sentidos: como envidiable vulgarizador sin pérdida de rigor (cosa del todo inhabitual, y absolutamente necesaria), y como hábil penetrador de la opacidad de otras culturas (y de otras mentes en general), de la única manera que esto puede hacerse: con cautela, con humor, con ciertas triquiñuelas del oficio (cuya receta nos da), y confiando pacientemente en la suerte.

De todo ello surge este libro que es, sin lugar a dudas, la mejor continuación del *Viaje al País de los Houyhnhnm*, con toda la mordacidad de Swift, pero sin la biliosidad del gran canónigo ir-

landés. Tal vez, si Geertz hubiera leído a Barley, hubiera otorgado a éste, y no a la bien poco irónica Ruth Benedict, el honor de continuar la hoy bastante oscurecida tradición swiftiana.

ALBERTO CARDÍN  
*Dieciséis de octubre de 1989*

## El antropólogo inocente

*Al Jeep*

## 1. LAS RAZONES

«¿Y por qué no haces un trabajo de campo?» La cuestión me la planteó un colega al término de un más o menos étlico repaso de la situación de la antropología, la docencia universitaria y la vida académica en general. El repaso no había resultado muy favorable. Habíamos hecho inventario y encontrado la alacena vacía.

Mi caso era bastante corriente. Me había formado en instituciones educativas de prestigio y, empujado más por el azar que por elección propia, había acabado dedicándome a la docencia. La vida universitaria de Inglaterra se basa en toda una serie de supuestos arbitrarios. En primer lugar, se supone que si uno es un buen estudiante, será un buen investigador. Si es un buen investigador, será también un buen enseñante. Si es buen enseñante, deseará hacer trabajo de campo. Ninguna de estas deducciones tiene fundamento. Hay excelentes estudiantes que resultan lastimosos investigadores; extraordinarios eruditos, cuyos nombres aparecen constantemente en las revistas especializadas, que dan unas clases tan rematadamente aburridas que los alumnos expresan con los pies la opinión que les merecen y se evaporan como el rocío bajo el sol africano. La profesión está llena de abnegados investigadores de campo, con la piel curtida por la exposición a climas tórridos y los dientes permanentemente apretados tras años de tratar con los indígenas, y que tienen poco o nada interesante que decir en términos académicos. Nosotros, los deli-



cados «nuevos antropólogos», titulares de doctorados basados en horas de biblioteca, decidimos que la cuestión del trabajo de campo se había sobrevalorado. Naturalmente, el profesorado de más edad que estaba en activo en tiempos del Imperio y «había vivido la antropología como quien dice en caliente», tenía un profundo interés por mantener el culto al dios del cual eran altos sacerdotes. Ellos sí que habían sufrido los peligros y privaciones de las ciénagas y la jungla, y ningún chiquilicuatre debía escurrir el bulto.

Cada vez que en un debate se les acorralaba al tratar alguna cuestión teórica o metafísica, sacudían la cabeza compungidos, chupaban lánguidamente sus pipas o se mesaban las barbas antes de murmurar algo sobre que «la gente real» no encajaba en las cuadrículadas abstracciones de «los que no habían hecho nunca trabajo de campo». Mostraban una genuina lástima hacia aquellos colegas infradotados y dejaban sentado que para ellos la cuestión estaba clarísima. Ellos habían estado allí, y habían visto las cosas sobre el terreno. No había nada más que decir.

Después de enseñar durante varios años las doctrinas ortodoxas aceptadas en un departamento de antropología no especialmente renombrado, quizá había llegado el momento de cambiar. No me fue fácil decidir si hacer trabajo de campo era una de esas tareas desagradables, como el servicio militar, que había que sufrir en silencio, o si por el contrario se trataba de uno de los «privilegios» de la profesión por el cual había que estar agradecido. Las opiniones de mis colegas no me fueron de mucha ayuda. La mayoría habían tenido tiempo suficiente para envolver sus experiencias en un resplandor rosado de aventura romántica. El hecho de haber realizado trabajo de campo es como una licencia para ponerse pesado. Amigos y parientes sufren una tremenda desilusión si cualquier tema, desde cómo se hace la colada a cómo debe tratarse un resfriado común, no se acompaña con una salsa de reminiscencias etnográficas. Las viejas anécdotas se convierten en viejos amigos y pronto no quedan sino los buenos momentos del trabajo de campo, con sólo unas pocas muestras aisladas de desdicha que no pueden ser olvidadas ni sumergidas en la euforia

general. Por ejemplo, tenía yo un colega que afirmaba haber pasado una temporada fantástica en compañía de unos indígenas amabilísimos y sonrientes que le regalaban cestas llenas de fruta y flores. Sin embargo, la cronología detallada de su estancia se componía de frases como «eso sucedió después de que cogiera una intoxicación», o «entonces no andaba muy bien porque la llaga de debajo de los dedos todavía me supuraba». Uno sospechaba que en realidad todo era como esos alegres recuerdos de guerra que, contra toda información objetiva, le hacen a uno lamentar no haber estado vivo en aquella época.

Pero quizá se podía sacar algún provecho de la experiencia. Las tutorías ya no se me volverían a atragantar. Cuando me viera obligado a hablar de un tema en el que fuera totalmente ignorante, podría echar mano de mi saco de anécdotas etnográficas, igual que habían hecho mis profesores en su día, y extraer un prolijo relato que tendría callados a mis alumnos durante diez minutos. También se adquiere una variada serie de técnicas para apabullar a la gente. Me viene a la mente el recuerdo de una ocasión ejemplar. Me encontraba yo en un congreso, más tedioso aún de lo normal, charlando educadamente con varios superiores míos, entre ellos dos etnólogos australianos de aspecto realmente sombrío. De repente, como si hubieran recibido una señal acordada, los demás desaparecieron y me dejaron expuesto a los horrores de los antípodas. Tras varios minutos de silencio, propuse cuidadosamente tomar una copa con la esperanza de romper el hielo. La etnógrafa hizo una mueca de repugnancia. «¡Na! —exclamó, torciendo el gesto con desagrado—. De eso ya hemos visto bastante en el desierto.» El trabajo de campo te da la gran ventaja de poder pronunciar frases de este tipo, que, con todo merecimiento, les están vedadas a los mortales inferiores.

Y sospecho que ha sido la utilización de tales latiguillos lo que ha dotado de esa valiosa aura de excentricidad a los grises pobladores de los departamentos de antropología. Los antropólogos han tenido suerte en lo que se refiere a su imagen pública. Es notorio que los sociólogos son avinagrados e izquierdistas proveedores de desatinos o perogrulladas. Pero los antropólogos se

han situado a los pies de santos hindúes, han visto dioses extraños, presenciado ritos repugnantes y, haciendo gala de una audacia suprema, han ido a donde no había ido ningún hombre. Están, pues, rodeados de un halo de santidad y divina ociosidad. Son santos de la iglesia británica de la excentricidad por mérito propio. La oportunidad de convertirse en uno de ellos no debía ser rechazada a la ligera.

En honor a la verdad, también cabía la posibilidad —por remota que fuera— de que el trabajo de campo hiciera alguna contribución de importancia al conocimiento humano. Aunque, a primera vista, parecía bastante improbable. El proceso de recogida de datos resulta en sí mismo poco atractivo. No son precisamente datos lo que le falta a la antropología, sino más bien algo inteligente que hacer con ellos. El concepto de «coleccionar mariposas» es corriente en la disciplina, y caracteriza con propiedad las actividades de muchos etnógrafos e intérpretes fracasados que se limitan a acumular bonitos ejemplos de costumbres curiosas clasificadas geográfica, alfabéticamente, o en términos evolutivos, según la moda de la época.

Francamente, entonces me pareció, y me lo sigue pareciendo ahora, que la justificación del estudio de campo, al igual que la de cualquier actividad académica, no reside en la contribución a la colectividad sino en una satisfacción egoísta. Como la vida monástica, la investigación erudita no persigue sino la perfección de la propia alma. Esto puede conducir a alguna finalidad más amplia, pero no debe juzgarse tan sólo sobre esa base. Sin duda, esta opinión no contará con la aquiescencia ni de los estudiosos conservadores ni de los que se consideran revolucionarios. Ambos grupos están afectados por igual de un temible fervor y un engrimiento relamido que les impide ver que el mundo no está pendiente de sus palabras.

Por esta razón, cuando Malinowski, el «inventor» del trabajo de campo, se reveló en sus diarios como un vehículo pura y simplemente humano, y bastante defectuoso por lo demás, cundió la indignación. También él se había sentido exasperado por los «negros», atormentado por la lujuria y el aislamiento. El parecer ge-

neral era que esos diarios no debían haberse hecho públicos, que resultaban «contraproducentes para la ciencia», que eran injustificadamente iconoclastas y que provocarían todo tipo de faltas de respeto hacia los mayores.

Todo esto es síntoma de la intolerable hipocresía típica de los representantes de la disciplina, que debe ser combatida cada vez que se presente la ocasión. Con esta intención me propongo escribir el relato de mis propias experiencias. Aquellos que han pasado por los mismos trances no encontrarán aquí nada nuevo, pero haré precisamente hincapié en los aspectos que las monografías etnográficas normales suelen tildar de «no antropológicos», «no pertinentes» o «fútiles». En mi actividad profesional, siempre me han atraído prioritariamente los niveles más elevados de abstracción y especulación teórica, pues únicamente mediante el avance en ese terreno se accederá a una posible interpretación. No apartar los ojos del suelo es el modo más seguro de tener una visión parcial y falta de interés. Así pues, este libro puede servir para reequilibrar la balanza y demostrar a los estudiantes, y ojalá también a los no antropólogos, que la monografía acabada guarda relación con los «sangrantes pedazos» de la cruda realidad en que se basa, así como para transmitir algo de la experiencia del trabajo de campo a los que no han pasado por ella.

Tenía ya el gusanillo de «hacer trabajo de campo» metido en la cabeza, y la semilla habría de crecer como hacen siempre estas cosas. «¿Por qué voy a querer hacer trabajo de campo?», le pregunté a un colega. En respuesta, él hizo un aparatoso gesto que yo reconocí como perteneciente al repertorio de sus clases. Se usaba en ocasiones en que los alumnos preguntaban cosas como «¿Qué es la verdad?», o «¿Cómo se escribe “gato”?». No hacía falta decir nada más.

Es una ficción amable pensar que un deseo irrefrenable de vivir entre un único pueblo de este planeta que se considera depositario de un secreto de gran trascendencia para el resto de la raza humana consume a los antropólogos, que sugerir que trabajen en otro lugar es como sugerir que podían haberse casado con alguien que no fuera su insustituible compañero espiritual. En

mi caso, había hecho la tesis doctoral sobre materiales publicados o manuscritos en inglés antiguo. Como expresé no sin cierta petulancia entonces, había «viajado en el tiempo, no en el espacio». La frase ablandó a mis examinadores, que, no obstante, se sintieron obligados a alzar un dedo amonestador y advertirme que en el futuro debía circunscribir mis estudios a áreas geográficas más convencionales. No debía pues lealtad a ningún continente en particular y, al no haberme especializado durante la licenciatura, tampoco me repelía ningún lugar. Tomando como base la premisa de que el resultado del estudio es reflejo del pueblo estudiado más que imagen de los que lo han estudiado, África parecía con mucho el continente más insulso. Tras el genial inicio que supuso Evans-Pritchard, los trabajos habían ido cayendo rápidamente en la pseudosociología y la descripción de sistemas de descendencia como todos integrados, y aunque se reanimaban un poco al entrar, chirriando, en la consideración de temas «difíciles» como el matrimonio prescriptivo y el simbolismo, en lo fundamental no se apartaban de la imagen «sencilla y prudente» que querían dar. La antropología africana debe de ser una de las pocas áreas donde la ramplonería llega a ser considerada un mérito. Sudamérica parecía fascinante, pero, por lo que me habían contado los colegas, los problemas políticos hacían difícilísimo trabajar allí; por otro lado, daba la impresión de que todo el mundo trabajaba a la sombra de Lévi-Strauss y de los antropólogos franceses. Oceanía podía ser una opción fácil en lo relativo a condiciones de vida, sin embargo, no sé por qué, todos los estudios de esa área terminaban pareciéndose. Por lo visto los aborígenes tenían el monopolio de los sistemas de matrimonio endemoniadamente complejos. La India podía ser un sitio espléndido, pero antes de empezar a hacer nada relevante había que pasarse cinco años aprendiendo las lenguas necesarias. ¿El Lejano Oriente? Me documentaría lo que pudiera.

Consideraciones tales podrían ciertamente ser tachadas de superficiales, aunque muchos de mis coetáneos, y posteriormente sus respectivos alumnos, se han guiado por esas mismas pautas. Al fin y al cabo, la mayoría de las investigaciones tienen su inicio en

un vago interés por un área determinada de estudio y raro es el que sabe de qué tratará su tesis antes de haberla escrito.

Los meses siguientes los pasé oyendo relatos de la obstaculización gubernamental en la zona de Indonesia entremezclados con noticias de atrocidades y desastres acaecidos en toda Asia. Finalmente empezaba a inclinarme por el Timor portugués. Estaba seguro de que el simbolismo cultural y los sistemas de creencias me interesaban más que la política o el proceso de socialización urbana y Timor parecía ofrecer todo tipo de interesantes posibilidades, con sus diversos reinos y sus sistemas de alianza prescriptiva que obligaban a los cónyuges a estar unidos por un determinado grado de parentesco. Parece ser una constante que los sistemas simbólicos claros y precisos aparezcan con mayor nitidez en lugares donde se dan tales fenómenos. A punto estaba de ponerme a elaborar un proyecto cuando los periódicos empezaron a llenarse de noticias de guerra civil, genocidios e invasiones. Aparentemente, los blancos temían por su vida y el hambre asomaba en el horizonte. El viaje quedó anulado.

Procedí entonces a consultar con varios expertos del ramo, que coincidieron en sugerir que regresara a África, donde los permisos para investigar eran más fáciles de obtener y las condiciones más estables. Me hablaron de los bubi de Fernando Poo. Para quienes no han tenido nunca contacto con Fernando Poo, diré que se trata de una isla situada frente a la costa occidental de África; antigua colonia española, forma hoy parte de Guinea Ecuatorial. Empecé a husmear en la bibliografía. Todos los autores mostraban la misma actitud desfavorable respecto de Fernando Poo y los bubi. Los británicos lo despreciaban por ser un lugar «donde es muy probable que a media tarde uno se encuentre a un desaliñado funcionario español todavía en pijama», y se extendían nostálgicamente en consideraciones sobre el tórrido y fétido ambiente y las numerosas enfermedades a las que ofrecía refugio. Los exploradores alemanes del siglo XIX menospreciaban a los indígenas por degenerados. Mary Kingsley decía de la isla que ofrecía las mismas posibilidades que un montón de carbón. Richard Burton, por lo visto, había dejado pasmado a todo el mundo yendo allí y vol-

viendo vivo. En resumen, una perspectiva deprimente. Por suerte para mí, o eso creí yo entonces, el dictador local inició una política de matanzas de la oposición, utilizando el término en sentido amplio. Ya no podía ir a Fernando Poo.

Llegados a este punto, otro colega vino en mi ayuda llamándome la atención sobre un grupo extrañamente olvidado de habitantes paganos de las montañas de Camerún. Así me presentaron a los dowayos, que se convertirían en «mi» pueblo, para lo bueno y para lo malo, de entonces en adelante. Sintíendome un poco como la bolita del juego del «Millón», emprendí la búsqueda del pueblo dowayo.

Un repaso del índice bibliográfico del Instituto Africano Internacional me reveló varias referencias escritas por administradores coloniales franceses y un par de viajeros de paso. Lo que decían bastaba para demostrar que eran interesantes; rendían culto a las calaveras por ejemplo, practicaban la circuncisión, tenían un lenguaje especial hecho de silbidos, momias y una gran reputación de recalcitrantes y salvajes. Mi colega me dio los nombres de un misionero que había vivido con ellos durante años y de un par de lingüistas que estaban estudiando el idioma. Asimismo me señaló la tierra de los dowayos en el mapa. Parecía que la cosa iba en serio.

Me puse a trabajar de inmediato, olvidado ya el problema de si en realidad quería ir o no. Los dos obstáculos que me quedaban por salvar eran, a saber, conseguir dinero y autorización para investigar.

De haberme percatado desde el principio de que me aguardaban dos años de esfuerzos constantes para hacerme con las dos cosas al mismo tiempo, quizá habría regresado a la cuestión de si todo aquello valía la pena. Pero por fortuna mi ignorancia me resultó útil y comencé a aprender el arte de arrastrarse para recaudar fondos.

## 2. PREPARATIVOS

La primera vez supuse que lo que debía hacer era demostrarle al organismo otorgador de becas por qué el proyecto de investigación propuesto era interesante/nuevo/importante. Nada más lejos de la realidad. Cuando un etnógrafo inexperto hace hincapié en esta faceta de su trabajo, el comité que ha de concederle la beca, quizá amparándose en fundadas experiencias, comienza a preguntarse si el proyecto en cuestión podrá ser considerado una continuación normal/estándar de trabajos anteriores. Al resaltar las vastas implicaciones teóricas de mi pequeño proyecto para el futuro de la antropología, me colocaba en la situación de un hombre que ensalza las bondades del rosbif ante un grupo de vegetarianos. Todo lo que hacía no contribuía sino a empeorar las cosas. Andando el tiempo recibí una carta diciéndome que al comité le interesaba la etnografía básica de la zona, la pura recogida de datos. Volví a redactar el proyecto con todo lujo de pormenores. En la siguiente ocasión el comité expresó su inquietud por el hecho de que me proponía investigar un grupo desconocido. Nueva redacción. Esta vez le dieron el visto bueno y recibí el dinero. Primer obstáculo salvado.

El problema de obtener permiso para llevar a cabo la investigación adquirió una importancia capital, pues el tiempo iba pasando y el dinero disminuyendo. Hacía aproximadamente un año había escrito al ministerio correspondiente de Camerún y me habían prometido responderme a su debido tiempo. Volví a escribir

y me pidieron una descripción minuciosa del proyecto. Se la envié y esperé, hasta que por fin, cuando prácticamente había abandonado ya toda esperanza, recibí autorización para solicitar visado y trasladarme a Yaoundé, la capital. Confieso, no sin cierta vergüenza ante los expertos en África, que pensé que aquél era mi último contacto con la burocracia. Supongo que por aquel entonces me imaginaba que la administración estaba formada por un grupo de «amiguetes» campechanos que realizaban las pocas gestiones necesarias con jovial sentido común. En un país de siete millones de habitantes, sin duda la mayoría de las cosas se harían llanamente, en mangas de camisa, como en los días del viejo Imperio británico, el lenguaje empleado tendería a la claridad y todo el mundo echaría una mano en lo que fuera necesario.

En la embajada de Camerún podía haber aprendido mucho, pero no fue así. Dejé las conclusiones en suspenso, siguiendo el método antropológico, y esperé a haber recogido todas las pruebas. Después de telefonar para cerciorarme de que estaba abierta, me presenté allí con todos los documentos y muy orgulloso de la eficiencia que demostraba no olvidándome de las dos fotografías tamaño carnet indispensables. Sin embargo, la embajada estaba cerrada. A mis prolongados timbrazos acudió una voz gruñona que se negaba a hablar otra cosa que no fuera francés y me dijo que volviera al día siguiente.

Así lo hice, y en esta ocasión conseguí llegar hasta el vestíbulo. Allí me informaron de que el caballero que se ocupaba de estas cuestiones no estaba y no sabían cuándo regresaría. Me dio la impresión de que solicitar un visado era una cosa rarísima. No obstante, logré enterarme de un dato útil: no podía solicitar el visado sin contar con un billete de vuelta válido. Me fui a la compañía aérea.

«Air Cameroun» consideraba a todos los clientes una detestable molestia. En ese momento no me di cuenta de que así funcionan todos los monopolios estatales de Camerún y lo atribuí a dificultades de idioma. Además, desconfiaban de los cheques y pagar en metálico era impropio. Acabé abonando el billete en cheques de viaje franceses. No sé lo que harán otros. (Consejo

para principiantes: Trate siempre con las líneas aéreas exóticas a través de una agencia de viajes corriente. Estas aceptan siempre las formas habituales de pago.) Ya que estaba allí, pedí información sobre el horario de los trenes que circulaban entre Yaoundé y N'gaoundéré, mi siguiente punto de destino en el país, a lo cual me replicaron con acritud que aquello era la sede de unas líneas aéreas, no del ferrocarril, pero que casualmente sabían que un tren dotado de aire acondicionado unía las dos ciudades. El trayecto duraba unas tres horas.

Enardecido por el triunfo y armado de mi billete, regresé a la embajada. El caballero todavía no había regresado pero me permitirían cumplimentar un impreso por triplicado. Así lo hice y me sorprendió comprobar que el primer ejemplar que tan laboriosamente había rellenado era lanzado a la basura. Esperé alrededor de una hora. No ocurrió nada. Entre tanto iba entrando y saliendo gente; la mayoría hablaba en francés. Quizá convenga señalar que Camerún es una ex colonia alemana que pasó a manos británicas y francesas durante la Primera Guerra Mundial, posteriormente se independizó como república federal y luego se convirtió en república unificada. Aunque en teoría se trata de un Estado bilingüe en francés e inglés, el que espere desenvolverse sólo a base de inglés que se vaya armando de valor. Por fin entró una fornida mujer africana y observé que yo estaba siendo objeto de una larga conversación mantenida en una lengua desconocida para mí. Ahora sospecho que no era otra que la inglesa. Si en un antiguo territorio británico se te acerca alguien hablando un idioma totalmente ininteligible cuyos sonidos básicos te resultan absolutamente extraños, es probable que se trate del inglés. Por fin me condujeron a otro despacho con las paredes forradas de libros que, según comprobé, contenían las fotografías y datos de las personas proscritas. Todavía me deja pasmado que un país tan joven tenga proscrita a tanta gente. Después de buscarme en vano durante un tiempo considerable, la mujer abandonó los volúmenes con lo que parecía ser una profunda desilusión. El siguiente problema derivó del hecho de haber presentado las dos fotografías de carnet juntas. Debían haber estado separadas y re-

cibí una regañina por llevarlas de aquel modo. Se inició entonces una dilatada búsqueda de las tijeras en la cual participaron muchas personas, se movieron los muebles y se removieron los libros de los proscritos. En un intento por demostrar buena voluntad, miré sin mucho interés por el suelo. Volvieron a regañarme. Aquello era una embajada y yo no debía tocar ni mirar nada. Por fin resultó que las tijeras las tenía en el sótano un individuo que, por lo visto, no estaba autorizado a emplearlas. Todo esto fue explicado prolijamente, tras lo cual cada uno de nosotros hubo de expresar su indignación. El siguiente problema consistía en si debía pagar el visado o no. En mi inocencia, me mostré dispuesto a pagar inmediatamente sin darme cuenta de que se trataba de una cuestión de importancia capital. Debía decidirlo el jefe del departamento. Volví a la sala de espera, donde por fin apareció otro camerunés que inspeccionó mis documentos con gran atención y me pidió que me volviera a explicar, sin abandonar ni un momento una expresión de extrema incredulidad respecto de mis motivos. La principal dificultad reside aquí, igual que en otras áreas, en explicar por qué el gobierno británico considera provechoso pagar a sus súbditos jóvenes cantidades bastante importantes de dinero para que se vayan a zonas desoladas del mundo con el supuesto cometido de estudiar pueblos que en el país son famosos por su ignorancia y atraso. ¿Cómo era posible que semejantes estudios fueran rentables? Evidentemente, había algún tipo de propósito oculto. El espionaje, la búsqueda de yacimientos minerales o el contrabando habían de ser el verdadero motivo. La única esperanza que le queda a uno es hacerse pasar por un idiota inofensivo que no sabe nada de nada. Y lo logré. Finalmente me concedieron el visado, un enorme sello que representaba una evidente africanización de Marianne, la heroína revolucionaria francesa. Al marcharme me invadía una extraña fatiga acompañada de una persistente sensación de humillación e incredulidad que, con el tiempo, acabaría conociendo muy bien.

Disponía entonces aproximadamente de una semana para ultimar los preparativos. Las vacunas habían desempeñado un papel bastante importante en mi vida durante los últimos meses y ya

sólo me restaba una inyección contra la fiebre amarilla para quedar totalmente protegido. Por desgracia, esta última inyección me produjo calentura y vómitos, lo cual mermó considerablemente el placer de las despedidas. Se me proporcionó además un imponente botiquín con una lista de los síntomas que curaba cada medicamento, la mayoría de los cuales tenía ya a causa de las inoculaciones.

Había llegado el momento de recibir los últimos consejos. Mi familia más cercana, completamente ajena a la ciencia antropológica, lo único que sabía era que estaba lo suficientemente loco como para irme a unas tierras salvajes donde viviría en la jungla, constantemente amenazado por leones y serpientes, eso si tenía la suerte de escapar a la olla. Cuando estaba a punto de abandonar el país Dowayo me reconfortó oír de boca del jefe de mi aldea que con mucho gusto me acompañaría a mi aldea británica, pero que temía ir a un país donde siempre hacía frío, había bestias salvajes como los perros europeos de la misión y era sabido que abundaban los caníbales.

Sin duda deberían recogerse en un libro las «recomendaciones a un joven etnógrafo a punto de irse al campo». Corre el rumor de que el eminente antropólogo Evans-Pritchard se limitaba a decirles a sus discípulos más próximos: «Cómprase una buena cesta de comida en Fortnum y Mason y no se acerque a las mujeres indígenas.» Otro experto en el Africa occidental declaró que el secreto del éxito estribaba en la posesión de una buena camiseta de hilo. A mí, en cambio, me recomendaron que hiciera testamento (consejo que seguí), que me llevara esmalte de uñas para los dandis de la zona (consejo que no seguí) y que me comprara una buena navaja (que se rompió). Una antropóloga me hizo depositario de la dirección de una tienda de Londres donde podía comprarme pantalones cortos cuyos bolsillos estaban protegidos mediante solapas a prueba de langostas. Consideré que se trataba de un lujo innecesario.

Si va a precisar un vehículo, antes de iniciar el viaje el etnógrafo ha de enfrentarse a una decisión fundamental. O bien puede comprarlo en su país de origen, llenarlo con todos los artículos

necesarios para sobrevivir y enviarlo a destino, o bien puede llegar a su punto de destino sin carga alguna y adquirir lo que le haga falta allí. La ventaja del primer método reside en el precio y en la certeza de encontrar todo lo que se desea. La desventaja consiste simplemente en la frustración inherente al contacto adicional con los funcionarios de aduanas y otros burócratas que confiscarán el vehículo, le impondrán gravámenes, lo dejarán expuesto a los monzones hasta que se pudra, permitirán que lo desvalijen e insistirán en la presentación de listas detalladas y autenticadas por cuadruplicado, refrendadas y selladas por otros funcionarios que están a cientos de kilómetros de distancia. De no cumplirse tales requisitos, atormentarán y acosarán divertidos al recién llegado. Muchas de estas dificultades se desvanecerán mágicamente mediante un soborno hecho a tiempo, pero el cálculo de la cantidad adecuada y del momento propicio para ofrecerla requieren un tacto del que el neófito carece. Este podrá toparse con serios problemas si pone en práctica tal procedimiento sin las debidas cautelas.

El inconveniente del método de llegar sin nada y comprar todo lo necesario allí es que resulta sumamente caro. Los automóviles cuestan por lo menos el doble de lo que valen aquí y la variedad de modelos es muy limitada. Por otro lado, no es probable que el recién llegado, a no ser que tenga mucha suerte, encuentre lo que busca y a buen precio.

En mi inocencia, opté por la segunda alternativa, en parte debido a que no disponía de tiempo para pertrecharme a conciencia antes de salir y estaba ansioso por ponerme en camino.

### 3. RUMBO A LOS MONTES

Cuando el avión tomó tierra en el oscuro aeropuerto de Douala, un peculiar olor invadió la cabina. Era una vaharada almizcleña, húmeda y sofocante, aromática y áspera, el olor del Africa occidental. En tanto recorríamos a pie la pista de aterrizaje, caía sobre nosotros una lluvia cálida que se deslizaba sobre nuestros sudorosos rostros como un reguero de sangre. En la terminal nos esperaba el mayor caos que he visto jamás. Los europeos se apiñaban en grupos desesperados o les gritaban a los africanos. Los africanos gritaban a otros africanos. Un árabe solitario iba desconsolado de mostrador en mostrador y ante cada uno de ellos encontraba una cola francesa, es decir, una muchedumbre de individuos enloquecidos que trataban de abrirse paso a empellones. Allí recibí la segunda lección de burocracia camerunesa. Por lo visto, teníamos que recoger tres papeles, uno relacionado con el visado, otro con los certificados médicos y otro con los trámites de inmigración, para lo cual hubo que rellenar numerosos impresos, cosa que originó un intenso tráfico de bolígrafos. Cuando los franceses se hubieron abierto camino a base de codazos a fin de tener el privilegio de esperar sus equipajes bajo la lluvia, nos atendieron a los demás. Varios cometimos el error de no poder dar una dirección concreta de alojamiento ni los nombres de nuestros contactos comerciales. Detrás de su escritorio, el fornido funcionario leía el periódico sin hacernos el más mínimo caso. Después de establecer entre nosotros una jerarquía que lo satisfi-

ciera, nos entrevistó con una actitud que dejaba bien claro que con él no se jugaba. Al ver cómo iban las cosas, decidí mostrarme sumiso y le proporcioné una dirección inventada, recurso adoptado igualmente por otros. A partir de entonces cumplimenté siempre con meticulosidad todos los impresos, que eran sin duda luego devorados por las termitas o arrojados a la basura sin que nadie los leyera. Seguidamente volvimos a pasar por las tres mesetas antes de entrar en la zona de aduanas, donde se estaba desarrollando un drama. Al abrirle el equipaje a un francés se descubrió que contenía ciertas sustancias aromáticas. El individuo explicaba en vano que se trataba de hierbas destinadas a preparar salsas francesas. El funcionario estaba convencido de que había capturado a un importante traficante de marihuana, aunque de todo el mundo es sabido que el tráfico se produce de *dentro* de Camerún hacia *fuera*. Los ansiosos franceses volvían a estar en acción y parecía que les iba bastante bien hasta que apareció la enorme silueta de un africano impecable que había subido en primera clase en Niza y les pasó delante a todos. Mediante un chasquido de sus enjorados dedos señaló su equipaje, que fue recogido de inmediato por los mozos. Afortunadamente para mí, mis maletas obstaculizaban la retirada de las suyas, gracias a lo cual recibí una indicación de proseguir y entré en África.

Las primeras impresiones son muy importantes. Aquel que no tenga las rodillas marrones será despreciado por todo tipo de gente. Sea como sea, lo que yo tomé como un mozo entusiasta se apoderó prontamente de la bolsa donde llevaba mi cámara fotográfica. Al contemplar cómo en un abrir y cerrar de ojos desaparecía en la distancia, hube de reconsiderar mi juicio inicial y emprendí la persecución utilizando todo tipo de frases inusuales en la conversación diaria. «*Au secours! Au voleur!*», gritaba yo. Afortunadamente, el tráfico lo detuvo y pude darle alcance. Empezamos a forcejear. Un súbito golpe que me abrió un lado de la cara y el abandono de la bolsa por su parte pusieron fin al altercado. Un solícito taxista me llevó entonces al hotel por sólo cinco veces el precio normal de la carrera.

Al día siguiente dejé atrás los encantos de Douala y me tras-

ladé en avión a la capital sin incidentes, observando, eso sí, que había adoptado las maneras groseras y hostiles de los demás pasajeros para con mozos y taxistas. En Yaoundé hube de sufrir otra larga tanda de burocracia. Puesto que los trámites duraron unas tres semanas, no me quedó otra alternativa que hacer de turista.

La primera impresión que me produjo la ciudad es que tenía pocos encantos. En la temporada seca resulta desagradablemente polvoriento y se convierte en un inmenso cenagal en la húmeda. Sus principales monumentos tienen el atractivo de las cafeterías de las autopistas. Las rejillas rotas de las aceras ofrecen al visitante desprevenido un rápido acceso al alcantarillado municipal y raras veces transcurre mucho tiempo sin que los recién llegados se fracturen alguna extremidad. La vida de los expatriados gira en torno a dos o tres cafés en los que pasan el rato hundidos en un profundo aburrimiento, contemplando cómo pasan los taxis y quitándose de encima a los vendedores de recuerdos, gentiles caballeros que han aprendido que los blancos están dispuestos a comprar cualquier cosa con tal que tenga un precio astronómico. Su mercancía consiste en una mezcla de tallas perfectamente aceptables y muestras de simple basura que presentan como «*genuinas antigüedades*». Las operaciones se realizan con cierto aire de juego. A veces los precios son veinte veces superiores al valor real del objeto. Si un cliente se queja de que le están robando, se echan a reír, dicen que sí y le dan un precio cinco veces menor. Muchos gustan de establecer con los apáticos europeos una especie de relación de clientelismo, plenamente conscientes de que cuanto más descabelladas sean sus mentiras más diversión causarán.

El caso más triste es el de los diplomáticos, que parecen seguir una política de mínimo contacto con la población del país y van de sus despachos a sus recintos residenciales sin detenerse más que en el café. Por motivos que se harán evidentes luego, yo habría de ocasionar ciertas molestias a la comunidad británica.

Mucho más interesante era la comunidad francesa de *coopérants*, jóvenes que trabajaban en el extranjero como alternativa



al servicio militar y habían conseguido crear una réplica de la vida social de cualquier provincia francesa incorporando elementos tales como barbacoas, carreras de vehículos motorizados y fiestas, sin prestar apenas atención al hecho de que nos encontrábamos en África occidental. Al poco tiempo trabé amistad con un grupito formado por una chica y dos chicos dedicados en diverso grado a la enseñanza, y que posteriormente me serían de gran ayuda. Contrariamente a la comunidad diplomática, a veces salían de la capital, tenían información sobre el estado de las carreteras, el mercado de vehículos, etc., y hablaban con los africanos que no eran criados suyos. Después del contacto que había tenido con los funcionarios, me sorprendió enormemente comprobar lo afables y joviales que eran los demás habitantes; no me lo esperaba en absoluto. Habiendo conocido en Inglaterra el resentimiento político de los indios y los antillanos, me pareció ridículo que fuera en África donde las gentes de distintas razas se encontraran en un mismo plano de naturalidad y sencillez. Por supuesto, luego descubrí que las cosas no eran tan simples como parecían. Las relaciones entre europeos y africanos se ven complicadas por todo tipo de factores. Con frecuencia los africanos llegan a amoldarse tan bien que acaban convertidos en poco menos que franceses negros. Por su parte, los europeos residentes en África tienden a ser gente extraña. El motivo de que a la comunidad diplomática le vaya tan mal es quizá su patente vulgaridad; a los excéntricos —y he conocido varios— les va muy bien, pese a la devastación que dejan a sus espaldas.

Como buen inglés, quizá me impresionó más de lo razonable el hecho de que personas que no conocía de nada me saludaran y sonrieran por la calle, aparentemente sin segundas intenciones.

El tiempo iba pasando y las ciudades africanas no son en modo alguno baratas; Yaoundé está considerada una de las más caras del mundo para un extranjero. Y aunque no vivía precisamente a lo grande, el dinero desaparecía con rapidez y llegué a la conclusión de que tenía que salir de allí cuanto antes; no tenía más remedio que hacer una escena. Templando mis nervios, me

dirigí a la Oficina de Inmigración. Detrás de su mesa estaba el arrogante inspector con quien ya había tratado en anteriores visitas, que alzó la vista de los documentos que estaba leyendo, inició una complicadísima operación con un cigarrillo y un encendedor y, haciendo caso omiso de mi saludo, me lanzó el pasaporte sobre la mesa. En lugar de los dos años que había solicitado, misteriosamente me habían concedido nueve meses de estancia en el país. Agradecido por tamaña merced, me marché.

Llegado a este punto cometí dos errores garrafales que revelan lo poco que sabía del mundo en que me movía. Primero me fui a correos con intención de enviar un telegrama a N'gaoundéré, la siguiente parada prevista en el viaje por ferrocarril, anunciando mi inminente llegada, que tuvo lugar quince días más tarde, lapso de tiempo considerado intermedio por los expertos. Ello me permitió conocer a un extraño australiano que, empujado a la desesperación tanto por los desdeñosos funcionarios como por el público del lugar, que había aprendido de los franceses a abrirse paso a empujones, se plantó en el centro de la habitación vociferando para sorpresa de todos: «Ya lo entiendo. No tengo el color adecuado, ¿eh?» Tras lo cual pasó a declarar en términos bien claros que no pensaba volver a escribirle a su madre desde territorio camerunés. Por suerte, pude venderle uno de los sellos que tenía yo, acción que provocó en él una explosión de afecto sensiblero hacia los hijos de la Commonwealth. Después de dar cuenta de varias cervezas accediendo a su insistencia, me reveló que en los dos años largos que llevaba de viaje nunca había gastado más de cincuenta peniques diarios, cosa que me dejó lógicamente impresionado hasta que lo vi largarse sin pagar las consumiciones.

Fue entonces cuando cometí el más craso de todos mis errores. Hasta ese día había guardado la mayor parte del importe de mi beca bajo la forma de un cheque internacional conformado, que llevaba encima en todo momento. Sin embargo, me pareció que lo más prudente sería ingresarlo en un banco, para lo cual sólo hube de someterme a una hora de tratamiento a base de arrogancia y codazos. Un joven de aspecto creíble me aseguró sin inmu-

tarse que al cabo de veinticuatro horas me esperaba en N'gaoundéré un talonario de cheques que podía utilizar para retirar fondos de la cuenta a mi conveniencia. Por extrañío que parezca, le creí, y, aunque la realidad fue que tardé unos cinco meses en poder acceder al dinero que tan a la ligera había ingresado, en ese momento la operación se me antojaba una victoria de la razón en vista de los numerosos relatos de todo tipo de delitos, a cual más horrendo, que circulaban entre la comunidad blanca. Muchos hombres habían adoptado la costumbre de usar bolsitos, a la refinada manera continental, donde guardar los documentos que estaban obligados a llevar encima. Parece que de noche bandas de gigantescas africanas recorren las calles para apoderarse de los bolsos de los hombres solitarios y apalean a los que son suficientemente valientes para resistirse. El rumor resulta perfectamente factible. En Africa se dan los físicos más asombrosos, lo mismo masculinos que femeninos, como resultado de vidas de continuo esfuerzo físico y dietas bajas en proteínas. El occidental enclenque se siente de inmediato empequeñecido ante el desarrollo pectoral de los cameruneses del sur.

No sin cierta sensación de alivio, dejé el hotel despidiéndome mentalmente de la música africana de guitarra en conserva que sonaba día y noche, y sufrí por última vez el ataque de las prostitutas. Estas señoras son seguramente los miembros menos sutiles del oficio que he visto jamás. Un sistema de abordaje perfectamente aceptable consiste en abalanzarse sobre el varón elegido y echarle mano sin más preámbulos entre las piernas con un gesto cargado de depravación; es recomendable evitar ser acorralado en el ascensor en tales circunstancias.

Poco después me encontraba a salvo en la estación sintiendo cómo me invadía un creciente escepticismo respecto de las delicias del vagón climatizado que me había descrito la empleada de las líneas aéreas en Londres. El tren resultó ser un material móvil de la Primera Guerra Mundial misteriosamente procedente de Italia y profusamente adornado con recomendaciones en italiano sobre lo que había y no había que hacer con el agua y las insta-

laciones higiénicas. Los problemas de traducción habían sido resueltos de un plumazo simplemente suprimiéndolas.

Unos cuantos codazos más bastaron para sacar el billete, operación que requería la cumplimentación de aproximadamente la misma cantidad de impresos que se necesitan para contratar un seguro de vida.

Viajar en Africa occidental tiene mucho en común con lo que debía de ser desplazarse en diligencia, según se desprende de los primeros «westerns». Hay una serie de personajes fijos que se encuentran tanto al viajar en tren como en taxi; este último sistema desempeña un papel muy importante en el transporte por el interior del país. Los taxis consisten en grandes furgonetas Toyota o Saviem construidas para acomodar de doce a veinte personas en las cuales los propietarios pretenden meter entre treinta y cincuenta. Si el vehículo produce la falsa impresión de estar a punto de reventar, la solución corriente es arrancar a toda velocidad y seguidamente accionar los frenos, lo que permite siempre hacer sitio para un par de personas más. Por lo visto, uno de los requisitos es que cada vehículo contenga un par de cabos o tenientes del ejército. Generalmente, los gendarmes ocupan los mejores asientos, junto al conductor, y con todo descaro se niegan a pagar. Un par de maestros de escuela del sur, resentidos por haber sido destinados a la zona musulmana del norte, son también corrientes. A poco que alguien los anime a ello, en seguida se prestan a distraer a la concurrencia con relatos de su sufrimiento en esas tierras sumidas en la ignorancia, denunciando la falta de espíritu emprendedor, el salvajismo de sus infieles habitantes y lo repugnante de la comida. Suele haber también una mujer pagana, calzada con zapatos de plástico azul, amamantando a un niño, operación que parece ocupar a la mayoría de las mujeres a jornada completa. Otro par de macilentos musulmanes procedentes del semidesierto del norte, ataviados con túnicas árabes y siempre provistos de sus esterillas para la oración y sus cantimploras, completa la reunión. Así era el tren.

Uno de los avances técnicos más apreciados por la población es el radiocassette, que les permite grabar cualquier cacofonía

fluctuante acompañada de intensos silbidos y chisporroteos de interferencias y luego hacerla sonar en público una y otra vez. Entre los musulmanes del norte y los cristianos del sur se establece siempre una reñida competencia por hacerse con los derechos de antena. Una vez ganada la partida, se adquiere el privilegio exclusivo de tener el aparato encendido a cualquier hora, lo cual determina asimismo si la emisión consistirá en el interminable y disonante pop de África occidental en *pidgin*<sup>1</sup> nigeriano («*O me mammy I don't forget you*»), u otros productos indígenas («*Je suis un enfant de Douala olé*»), o en los estridentes gemidos de las composiciones de estilo árabe. Apagar el aparato un solo instante, se considera equivalente a dar paso al contrario y es por lo tanto desaconsejable. La principal diferencia entre los barrios de una ciudad habitados por los burócratas locales y los ocupados por los agentes extranjeros es el nivel de ruido. Los africanos manifiestan una genuina perplejidad ante la predilección del occidental por el silencio cuando probablemente podría permitirse adquirir las pilas necesarias para tener la radio encendida las veinticuatro horas del día.

Otra diferencia fundamental entre cristianos y musulmanes es que los hombres cristianos orinan de pie y por lo tanto alcanzan fácilmente el váter en tal operación, mientras que los musulmanes orinan en cuclillas, proceso arriesgadísimo que realizan extendiendo las túnicas hasta formar una espaciosa tienda de campaña mientras sacan la mitad del cuerpo por la puerta abierta del vagón en movimiento.

En este viaje me senté frente a un ingeniero agrónomo alemán que se dirigía al norte para iniciar la segunda temporada de servicio. Según me reveló, tenía a su cargo un proyecto encaminado a fomentar el cultivo del algodón de cara a la exportación.

1. Barley emplea la grafía inhabitual «*pijin*», que he sustituido en todo el texto por la más habitual que aquí aparece. Técnicamente, el «*pidgin*» es una lengua híbrida, surgida de un prolongado contacto aculturativo entre una lengua nativa y una colonizadora: la lengua nativa aporta la estructura sintáctica, y la colonizadora la mayor parte del léxico, sometido no obstante a fuertes deformaciones fonológicas. (Nota de Alberto Cardín.)

Esta materia se comercializa a través de un monopolio estatal y de ella se obtienen unas divisas muy necesarias, por eso su producción está muy protegida por el gobierno central. ¿Había tenido éxito? Mucho: en realidad la gente se había dedicado tanto al algodón que habían dejado de cultivar alimentos, los precios se habían disparado y el hambre sólo había sido evitada gracias a la intervención de la Iglesia. Por extrañía que parezca, no daba la impresión de hallarse en absoluto deprimido por esta consecuencia, sino que más bien la interpretaba como un signo de que el algodón había echado raíces en el país.

Durante el tiempo que pasé en Camerún conocí a muchos especialistas de este tipo, algunos de los cuales me acusaron amargamente de ser un «parásito de la cultura africana». Ellos estaban allí para compartir conocimientos, para cambiar la vida de la gente. Yo lo único que pretendía era observar, y con mi interés podía alentar las supersticiones paganas y el atraso. A veces, durante las silenciosas vigiliass nocturnas, yo también pensaba en ello, lo mismo que en Inglaterra había dudado del sentido de la vida académica. No obstante, en la práctica parecía que los resultados que obtenían eran mínimos. Por cada problema que resolvían, creaban otros dos. Tenía la impresión de que los que afirmaban ser los únicos poseedores de la verdad eran los que más debían inquietarse por el trastorno que causaban en la vida de los demás. Aunque sólo sea por eso, del antropólogo se puede decir que es un trabajador inocuo, pues el oficio tiene como uno de sus principios éticos interferir lo menos posible en lo que uno observa.

Tales pensamientos acometen al investigador de campo mientras consume interminables plátanos en un tren. El trayecto, según me habían asegurado, debía tener una duración de tres horas; en realidad duró diecisiete, pero la temperatura fue descendiendo gradualmente mientras nosotros ascendíamos a la meseta en que se encuentra situada la ciudad de N'gaoundéré. La noche cayó de súbito y las luces del tren no se encendieron. Permanecimos sentados en la penumbra comiendo plátanos, chapurreando alemán y contemplando cómo se desvanecía en la oscuridad.

dad total la áspera estepa. Por fin, cuando ya empezaba a tener la sensación de que me iba a pasar el resto de la vida en aquel tren, llegamos a N'gaoundéré.

Inmediatamente se percibía un exotismo mucho más marcado que en las regiones meridionales. N'gaoundéré se considera ciudad fronteriza entre el norte y el sur y goza de popularidad entre los blancos por su clima suave y su comunicación ferroviaria con la capital. No obstante, y a pesar de los cambios experimentados debidos al impacto del ferrocarril, todavía conserva grandes zonas de edificaciones tradicionales con techumbres de paja. Más al sur, éstas han sido totalmente sustituidas como consecuencia de la pasión por el hierro acanalado y la chapa de aluminio, materiales que las hacen intolerablemente calurosas cuando les da el sol y actúan como radiador que garantiza una noche tan tórrida como el día. Estas chabolas de chapa acanalada contribuyen en gran medida a la fealdad de las ciudades africanas, a ojos de los occidentales. Ello se debe en parte a un puro etnocentrismo: mientras que las cabañas con techumbre de paja resultan «pintorescas y rústicas», las casuchas de chapa recuerdan nuestros barrios de chabolas. Con todo, N'gaoundéré no era tan repulsiva como la mayoría de las poblaciones africanas. De noche y con centenares de fogatas encendidas para cocinar, respondía exactamente a la idea que tiene un occidental de África. De día se ven montones de basura putrefacta por entre los que una juventud dorada circula en ciclomotores adornados con flores de plástico.

Como primera providencia, el alemán y yo tuvimos que enzarzarnos en un arduo regateo con un taxista. Mientras que probablemente yo hubiera asumido mi papel histórico de víctima del robo, el alemán se entregó al tira y afloja con la fiereza y el aparente desprecio hacia todos los taxistas que identifiqué como marca del que se sabe desenvolverse de verdad. La consecuencia fue que nos vimos conducidos con un mínimo retraso y a un precio razonable a la misión católica, donde fuimos recibidos calurosamente por los sacerdotes, a quienes él conocía bien.

Existe una creencia generalizada en el sentido de que los misioneros han tomado sobre sus hombros el manto de la hospita-

lidad medieval para con los viajeros. Algunos ciertamente ofrecen alojamiento, pero más para miembros de su propia organización que tienen que asistir a reuniones y conferencias que para insulsos vagabundos. Ya han sufrido suficientemente las consecuencias de albergar a autoestopistas sin dinero que esperan vivir a costillas de África lo mismo que hacen en Europa. Debido a sus abusos, la hospitalidad se ha recortado, de lo contrario las misiones se hubieran hallado dedicadas únicamente al ramo de la hostelería.

Pero yo estaba ansioso por llegar a la misión protestante, donde creía que me aguardaban. Con los retrasos de la documentación, había consumido ya dos meses de mi tiempo y todavía no había visto a un solo dowayo. Empezaba a acometerme el insistente temor de que no existieran, pues la palabra «dowayo» era un término autóctono que significaba «nadie» y que había sido recogido como respuesta a la pregunta formulada por un funcionario de distrito. «¿Quién vive allí?», pregunté cortésmente en la misión católica. Sí, parecía que los dowayos sí existían. Por fortuna, los católicos habían tenido poco contacto con ellos: eran un pueblo terrible. En la escuela que regentaban los padres, eran siempre los peores alumnos. ¿Por qué quería estudiar a los dowayos? Su modo de vida respondía a una sencilla explicación: eran ignorantes.

#### 4. HONNI SOIT QUI MALINOWSKI<sup>1</sup>

Los antropólogos jóvenes son una autoridad en todo lo concerniente a los misioneros antes de conocer a ninguno, pues desempeñan un importante papel en la demonología de la disciplina, junto con los administradores engreídos y los colonos explotadores. La única respuesta intelectualmente admisible a la hucha que hace resonar en tus narices alguien que recoge dinero para las misiones es una refutación razonada del concepto global de interferencia misionera. La documentación está ahí. Los antropólogos señalan, en sus cursos introductorios, los excesos y la cordedad de miras de las misiones melanesias, que terminaron dando lugar a los cultos «cargos»<sup>2</sup> y provocando hambrunas. Las órdenes

1. Es la divisa de la Orden de Jarretera, o de la Liga (*Honni soit qui mal y pense*: «Mal haya quien tal piense»), la que sirve de irónico apoyo al autor para contrastar las reglas de la observación etnográfica de Malinowski con su propia experiencia. (*Nota de Alberto Cardín.*)

2. Aunque originalmente este término sirvió para designar los cultos sincréticos surgidos en Melanesia, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, y centrados en torno a la veneración de los cargueros (aviones sobre todo, pero también barcos) occidentales, hoy en día se emplea para referirse a cualquier religión del pasado o del presente, surgida de contactos aculturativos entre poblaciones «primitivas» y colonizadores «civilizados», generalmente teñida de un fuerte componente milenarista o apocalíptico, y en la que determinados ítems prestigiosos de la cultura invasora (mercancías, instrumentos, medios de transporte, etc.) se cargan de significado religioso, asimilándose a determinadas representaciones sacrales previas. (*Nota de Alberto Cardín.*)

brasileñas del Amazonas han sido acusadas de tráfico de esclavos y de prostitución de menores, de robar tierras y de intimidar a los indígenas por la fuerza y con el fuego del infierno. Las misiones destruyen las culturas tradicionales y el autorrespeto de los nativos, reduciendo a los pueblos de todo el globo a un estado de indefensión, convertidos sus integrantes en imbéciles desconcertados que viven de la caridad y en dependencia cultural y económica respecto de Occidente. El gran fraude reside en querer exportar al Tercer Mundo sistemas de pensamiento que el propio Occidente ha desechado hace tiempo.

Todo esto estaba en mi subconsciente cuando llegué a la misión norteamericana de N'gaoundéré. Hablar siquiera con los misioneros era en cierta medida una traición a los principios antropológicos: desde que Malinowski, el inventor del trabajo de campo, lanzó al etnógrafo su apasionada conminación a abandonar la veranda de la misión y penetrar en los poblados, a todos mis colegas les persigue la obsesión de liberarse de esta mácula. Pensé, no obstante, que manteniéndome alerta contra las añagazas del demonio, hablar con gente que conocía el país Dowayo podía ahorrarme mucho tiempo.

Para sorpresa mía, me recibieron calurosamente. En lugar de ser agresivos imperialistas culturales, los misioneros me parecieron —con la excepción de un par de la vieja escuela— extremadamente reacios a imponer sus puntos de vista. De hecho, daba la impresión de que atribuían a la antropología un papel embañosamente destacado como remedio soberano de los desafortunados malentendidos culturales, función que honradamente yo no hubiera reclamado para la disciplina.

Mi primer contacto fue Ron Nelson, que dirigía una emisora de radio cuyos programas eran difundidos por gran parte de África occidental, siempre que los transmisores no hubieran sido nacionalizados por uno u otro gobierno. Su esposa y él irradiaban una especie de fortaleza apacible distante de la histeria de los escuadrones divinos que esperaba yo; al fin y al cabo, cualquiera que fuera a cristianizar a los gentiles tenía que ser un fanático religioso. Y ciertamente encontré algunos entre los grupos más extre-

mistas que trabajaban en Camerún, gentes que me censuraron por llevarme un par de muñecas de la fertilidad a Europa, sobre la base de que estaba importando el demonio al territorio de Dios; debían ser quemadas, no exhibidas. Por fortuna, se trataba de una minoría y, aparentemente, en declive, si los misioneros jóvenes que conocí servían como indicio.

En general, resultaba sorprendente lo mucho que se estaban estudiando las culturas y lenguas locales, las numerosas traducciones, investigaciones lingüísticas puras e intentos por adaptar la liturgia al sistema simbólico autóctono que se hacían; mi propia investigación hubiera sido inviable sin el apoyo de la misión. Habiendo depositado incautamente mis fondos en el buche del banco africano, sólo gracias a la misión pude prepararme para iniciar mi trabajo. Cuando enfermaba, el hospital de la misión me parcheaba; cuando no podía regresar a mi casa, los misioneros me acogían, y cuando se me acababan las provisiones, me permitían comprar en su economato, que en teoría era sólo para su personal. A ojos del extenuado y hambriento estudioso, se trataba de una cueva de Aladino repleta de manjares importados a precios reducidos.

Pero, para un antropólogo en absoluto preparado, ni material ni mentalmente, para las tierras africanas, la misión no era únicamente un sistema de apoyo al que podía recurrir en casos de apuro, era asimismo un importantísimo santuario donde, cuando las cosas simplemente se ponían demasiado duras, uno podía refugiarse, comer carne, hablar en inglés y estar con personas para las cuales la más sencilla declaración no debía ir precedida de largas explicaciones.

Los misioneros franceses también me tomaron un poco bajo su protección, claramente convencidos de que nosotros los europeos debemos permanecer unidos frente a los americanos. Mi favorito era el P. Henri, un hombre alegre, extrovertido y muy activo. Había vivido varios años con los nómadas fulani<sup>1</sup> y, en

1. Los ful, fulbé, fula, pullo, peul o fulani (uno de cuyos grupos más vistosos son los nómadas mbororo) son un grupo de amplia difusión por toda la zona del Sahel occidental, desde el Senegal hasta la cuenca del

palabras de uno de sus colegas, «no se había visto con ánimos para evangelizarlos». Estaba enamorado de ese pueblo y se pasaba horas comentando sutiles cuestiones gramaticales con hablantes de fulani supuestamente «puro». La habitación que ocupaba en el seminario del monte era a la vez un lugar sagrado y un laboratorio. Con la ayuda de los más asombrosos y poco prácticos aparatos, hacía grabaciones de sus informantes nativos, las montaba, las transcribía y las cotejaba, todo a base de interruptores accionados con el codo, el pie o la rodilla. Daba la impresión de que este hombre funcionaba al doble de velocidad que los demás mortales. Al enterarse de que yo buscaba un vehículo, inmediatamente se me llevó a hacer una serie de visitas relámpago a todos sus contactos, en las cuales pudimos admirar otras tantas cafeteras escacharradas a precios exorbitantes. Terminamos en el bar del aeropuerto, que estaba regentado por el típico colono francés que resultó un *cockney* que tenía un conocido que, a su vez, tenía un conocido, etc. A últimas horas de la tarde habían pasado por allí los coches que ya habíamos visto antes y el P. Henri había negociado una complicada serie de opciones y prerrogativas de mi elección que me aseguraban contra todo lo imaginable. Al final compré el coche de Ron Nelson utilizando el dinero que me prestaron en la misión y lo cargué de provisiones también de la misión, con el propósito de salir de inmediato hacia la meta última de mi viaje. Gracias a varias personas pude aprovecharme

---

Bangui, a los que unos consideran una mezcla de negroides y caucasoides, y otros una variante más clara de poblaciones nigríticas, emparentadas con los serer y los wolof de la cuenca del Senegal, y que partiendo de la región de Futa Toro habrían empezado a extenderse hacia el Este a partir del siglo XIII. Su gran expansión se produjo a principios del XIX, bajo el liderazgo de Osman Dan Fodio, que conquistó los principados hausa y nupe, extendiendo su dominio militar hasta los montañeses del Camerún. Su dominación acabó a finales del siglo XIX, con la llegada al África occidental de franceses y alemanes. Las bolsas de población fulbé que siembran tan amplio territorio, han conservado no obstante un gran prestigio, así como su lengua, el pular o fulfulde (que Barley, para simplificar, llama simplemente «fulani»), que sigue sirviendo en toda esta área como *lingua franca*. (Nota de Alberto Cardín.)

de los materiales que habían ido acumulando los religiosos a lo largo de los más de veinte años que llevaban en el país Dowayo, no sólo información lingüística, sino también esbozos del sistema de parentesco (escandalosamente erróneos) y de todo tipo de datos etnográficos sueltos que me permitieron convencer a los dowayos de que tenía unos conocimientos de su cultura más amplios de lo que parecía, permitiéndome detectar las evasivas y las medias verdades en un abrir y cerrar de ojos. Estando todavía en Inglaterra había mantenido correspondencia con dos investigadores del Summer Institute of Linguistics que me habían proporcionado un vocabulario, un esquema del sistema verbal y un inventario de los fonemas básicos de su lengua, de modo que me creía suficientemente bien equipado. Ya me veía emprendiendo el camino de la aldea al día siguiente, una mañana fresca y luminosa, dispuesto a empezar desde cero un análisis profundo y llevado hasta las últimas consecuencias de la cultura de un pueblo primitivo de mi entera propiedad. Pero en este punto la burocracia volvió a cortarme el paso de nuevo.

La existencia de un colosal y anticuado sistema administrativo francés en un clima cultural africano es una combinación capaz de vencer al más tenaz. Mis anfitriones me comunicaron con tacto y con una especie de tolerancia perpleja, reservada al inocente o al corto de alcances, que no podía abandonar el pueblo en mi Peugeot 404 sin tener arreglados los papeles. En diversos puntos del trayecto habría policías sin otra cosa que hacer que inspeccionar documentos. Y puesto que era imposible adivinar de antemano cuáles sabían leer y cuáles no, sólo era aconsejable intentar pasar los controles a base de engaños en caso de emergencia.

Salí corriendo hacia la *préfecture* con los documentos precisos en la mano. Empezó entonces la más grotesca y confusa persecución de papeles. Me dijeron que me cobrarían ciento veinte libras esterlinas en concepto de matriculación y, tras una cantidad mínima de los consabidos codazos con su correspondiente dosis de arrogancia, conseguí un papel que debía presentar en el Ministerio de Hacienda, que me lo rechazó alegando que no llevaba

los doscientos francos en pólizas necesarios para pagar los gastos administrativos. Las pólizas, según unas reglas que parecían inventadas exclusivamente para ese día, sólo podían adquirirse en la ventanilla señalada con el letrero «Paquetes Postales» de la estafeta de correos. La oficina de correos, sin embargo, no tenía pólizas de menos de doscientos cincuenta francos, de modo que adjunté una de éstas. En la Delegación de Hacienda mi decisión fue considerada improcedente y contraria al buen orden administrativo. La última palabra la tenía el inspector, que, por desgracia, se había «retrasado debido a un almuerzo de trabajo», pero sin duda regresaría. Ese día no regresó. Allí me encontré con un fulani fatalista, de profesión conductor de taxi, igualmente atribulado, que en tan adversa coyuntura hallaba un gran consuelo en la religión musulmana. Estaba empeñado en una campaña de envergadura cuyo objetivo era pagar el recibo de la luz, e iba de despacho en despacho tratando de coger a sus ocupantes con la guardia baja, pero cada vez topaba con una hostilidad mayor. Supongo que como castigo a sus indecorosas prisas, las autoridades competentes decidieron sellarme el papel a mí, de modo que pude pasar a la siguiente etapa al cabo de sólo tres horas. Al día siguiente hube de regresar al despacho donde había empezado. Allí me dieron otros papeles, por triplicado, a cambio de los que llevaba; los nuevos hube de cambiarlos después de varias horas por otros que me sellaron en el extremo opuesto de la localidad (adonde llegué tras desviarme ligeramente de mi recorrido para adquirir más pólizas). El taxista todavía estaba en la Delegación de Hacienda cuando regresé, sumido en sus rezos y convencido de que únicamente una intervención directa de los poderes sobrenaturales podía ayudarlo. Yo me abrí paso a toda prisa.

Al final del siguiente día, me había gastado unas doscientas libras y se acercaba el término de mi odisea. El primero que me había mandado a otro sitio me recibió con aire divertido en la *préfecture* e hizo salir a otros clientes de su despacho para ofrecerme asiento. «Enhorabuena —dijo con una amplia sonrisa—. La mayoría tardan mucho más que usted. ¿Tiene los documentos, los recibos y la declaración?» Se los mostré sin demora y vi cómo los

metía en una carpeta. «Gracias. Pásese la semana que viene.» En un gesto melodramático, di un paso atrás horrorizado. El funcionario sonrió beatíficamente. «Se nos han terminado las tarjetas de inscripción, pero las esperamos dentro de unos días.» Como prueba de que había empezado a adaptarme, después de defender mi posición y discutir con fiereza y veneno, salí del despacho con una tarjeta provisional y el expediente entero en mi poder.

La distancia que me separaba de Gouna, donde debía desviarme, la recorrí bajo un lluvia torrencial pero sin incidentes. La carretera estaba asfaltada y, para la zona, era buena. Puesto que iba advertido de algunas de sus más destacadas peculiaridades, fui descendiendo lentamente de la meseta al llano mientras la temperatura subía como si estuviera penetrando en un horno. Uno de los principales peligros de la carretera son sus dispositivos de seguridad. Por ejemplo, hay varios puentes por los que sólo se puede circular en un sentido. A fin de cerciorarse de que los conductores no se aproximan a ellos a velocidades imprudentes, las autoridades han colocado muy sensatamente una hilera doble de ladrillos en medio de la calzada —en aquella época sin señalización— a ambos lados de cada puente. Los restos calcinados de los automóviles y camiones cuyos conductores no habían tomado suficientes precauciones se hallan desperdigados por el cauce de los ríos. Muchos murieron. Localizar los restos de accidentes recientes constituye un método corriente de aliviar el aburrimiento cuando se viaja por entre los monótonos matorrales. En los recorridos en taxi, cada accidente daba pie a una nueva anécdota por parte de algún pasajero inevitablemente bien informado. Aquél era un camión del Chad que se había incendiado porque el depósito de gasolina se había resquebrajado. Aquello otro era el chasis de la motocicleta de dos franceses. Iban a más de ciento treinta kilómetros por hora cuando chocaron con los ladrillos y uno de ellos quedó incrustado en la barandilla del puente.

Por si acaso el tedio se apoderaba del viajero avezado, las autoridades señalaban las zonas de asfalto reblandecido con enormes pedruscos de granito que resultaban invisibles al anochecer.

En posterior ocasión, uno de estos ejemplares casi nos hace perder la vida a mí y a unos amigos.

En este primer viaje recorrí los doscientos kilómetros bastante satisfecho, disfrutando de la novedad del paisaje, con sus aldeas de chozas de barro, los niños que salían a saludar con la mano y los montones de boniatos puestos a la venta en la carretera. Era finales de julio, estábamos en plena temporada de lluvias y el paisaje estaba formado por una masa de verdes arbustos enanos y hierba. Los incendios de la temporada seca aseguraban que no crecieran nunca árboles auténticos. En la distancia se divisaban los montes de la sierra Godet, afilados dientes de granito desnudo, donde vivían los dowayos.

Cuando unas horas más tarde llegué a Gouna me puse a buscar en vano la gasolinera señalada en el mapa. Sencillamente no existía. La diferencia entre el paisaje representado en cualquier mapa británico de un buen servicio cartográfico, como el Ordnance Survey, y el mapa francés con que me había equipado era enorme. Al contrario de su homólogo británico, el francés contenía pocas indicaciones sobre los lugares donde era posible atravesar los ríos y no informaba sobre si las iglesias tenían campanarios planos o terminados en aguja, abundaba sin embargo en referencias a restaurantes y vistas bonitas. A juzgar por el mapa francés, parecía estar destinado a deslizarme sin dificultad de un lugar de sensual encanto en otro.

A lo largo de los primeros quince kilómetros, la carretera de tierra era bastante transitable. A ambos lados se extendían campos bien cultivados de lo que no dudé en identificar como maíz y resultó ser mijo, entreverados con extensos matorrales renegridos. Allí, por fin, cavando tranquilamente en sus huertos de los márgenes de la carretera, estaban las personas que había ido a ver, los dowayos. La primera impresión fue favorable. Sonreían y me saludaban con la mano, haciendo una pausa en sus faenas para seguirme con la mirada, tras lo cual entablaban una animada discusión, sin duda en un intento de identificarme. Desde allí la carretera iba empeorando gradualmente hasta convertirse en una sucesión de rocas desmenuzadas y profundos cráteres. Evidente-



mente me había desviado de la ruta. Llegado a este punto, corrieron hacia mí dos niños con los zapatos en la cabeza, a fin de protegerlos del barro. Para alivio mío, hablaban francés. Aquella era en verdad la carretera. Al comentar que estaba en pésimas condiciones, me contestaron que había conocido épocas mejores. Luego me enteré de que los fondos destinados a repararla habían desaparecido misteriosamente. Por esas mismas fechas, el *sous-préfet* se había comprado uno de esos enormes coches americanos tan bajos, y se consideraba de justicia que el estado de la carretera le impidiera llegar en él hasta la ciudad. Con mucho gusto acompañé a los niños al colegio, que según me aseguraron estaba muy cerca. Mientras avanzábamos dando tumbos y sacudidas recogimos a varios más hasta totalizar unos siete u ocho.

Ya que por fin había conocido a mis dwayos, me moría de ganas de entablar conversación. «¿Sois todos dwayos?», pregunté. La perplejidad los dejó sin habla. Repetí la pregunta. Como uno solo, replicaron ofendidísimos. Negaban altaneramente tener ningún parentesco con aquella vil raza de hijos de perra. Ellos, a lo que parecía, eran dupa, y me dieron a entender que nadie sino un idiota podría confundirlos. Los dwayos vivían al otro lado de los montes. Nuestra conversación terminó ahí. Unos quince kilómetros después desembarcaron ante el colegio, con aire todavía ultrajado, y me dieron las gracias educadamente. Proseguí la ruta solo.

Según mi mapa, Poli tenía que ser una población de tamaño considerable. Si bien era cierto que no daba indicación alguna del número de habitantes, señalaba que era una *sous-préfecture*, tenía un hospital, dos misiones, una gasolinera y una pista de aterrizaje. Aparecía destacada hasta en los mapas ingleses de gran escala. Yo me había imaginado una ciudad del tamaño de Cheltenham, aunque de arquitectura menos majestuosa.

Era pura y simplemente una pequeña aldea. Su única calle se extendía a lo largo de un par de centenares de metros, flanqueada por chozas de barro y chapa de aluminio, y terminaba en un con-fuso matorral frente al que se alzaba un mástil. Me volví buscando el resto; no había nada más. Tenía todo el aspecto de un

pueblo del lejano oeste mexicano durante la hora de la siesta. Unas pocas figuras harapientas se movían furtivamente por las calles mirándome fijamente. Un letrado de hojalata anunciaba la presencia de un bar, una deprimente chabola ornamentada con anuncios de la lotería nacional y de la campaña contra el analfabetismo. Estos últimos estaban llenos de expresiones como: «El adulto analfabeto, incapacitado y falto de información, ha constituido siempre un obstáculo para la puesta en práctica de iniciativas conducentes al progreso de un país.» Yo no veía claro cómo iban a leer el anuncio los analfabetos. El bar estaba desierto pero me desplomé sobre un taburete y me dispuse a aguardar contemplando tristemente el lodazal que constituía la calle.

En todas partes del mundo los bares son el sitio donde mejor se toma el pulso de una población y se capta su estado general; aquél no era una excepción. Al cabo de unos diez minutos, apareció un hombre de aspecto furtivo y me dijo que no tenía sentido que aguardara porque hacía tres semanas que se les había acabado la cerveza; sin embargo, esperaban el camión de reparto para dentro de veinticuatro horas. Ya estaba yo familiarizado para entonces con la enfermedad del optimismo y, tras preguntarle cómo se llegaba a la misión protestante, me fui.

Esta resultó una congregación de casitas con techo de hojalata semejante al que ya había yo clasificado como estilo usual de las misiones, agrupadas en torno a una iglesia de bloques de hormigón rematada por un chapitel de zinc acanalado. Al frente de ella había un pastor norteamericano de ojos desorbitados; él y su familia llevaban unos veinticinco años en el oficio. Se trataba de una filial de la misión de N'gaoundéré y me habían ofrecido alojamiento hasta que me estableciera en la aldea. Una cosa me había extrañado: cada vez que preguntaba por la misión de Poli la gente se mostraba socarrona o evasiva. Hablaban de la tensión de Africa, del aislamiento y del calor. En cuanto vi al pastor Brown todo comenzó a cobrar sentido. (Su verdadero nombre no es éste y puede considerarse un personaje ficticio si se desea.)

De la casa salió una extraña figura de panza descomunal des-

nuda hasta la cintura. Se cubría la cabeza con un salacot de estilo imperial que no acababa de cuadrar con las gafas color violeta estridente que podían verse debajo. En la mano llevaba un enorme manajo de llaves y una herramienta. Creo que durante todo el tiempo que traté a Herbert Brown no lo oí jamás terminar una frase, aun cuando usaba tres idiomas a la vez y pasaba del inglés al fulani y al francés, y viceversa, en el espacio de cuatro palabras. Cualquier explosión comunicativa se veía interrumpida por un juramento en fulani, un gesto y un cambio completo de tema. Su estilo de vida respondía a las mismas características. En mitad de una lectura comentada de la Biblia podía irse a soldar una bicicleta al garaje, dependencia que le proporcionaba las mayores alegrías, abandonando a continuación esto para golpear el viejo generador, que amenazaba con dejar de funcionar, tras lo cual echaba a correr para suministrar medicamentos contra la tos en su casa, antes de comprobar la eficacia de los golpes propinados a la máquina, viéndose desviado de su último propósito por la necesidad de expulsar a las cabras que se habían metido en su huerto o para ir a pronunciar una homilía sobre lo pernicioso de contraer deudas. Todo esto iba acompañado de sonoros gritos de rabia, desespero y frustración que ponían su rostro al rojo vivo y hacían temer por su vida. Creía fervientemente en el demonio, con el cual libraba un enconado combate personal que explicaba por qué todo lo que intentaba hacer por la gente fracasaba. Los tractores que importaba se caían a pedazos, las bombas se estropeaban, los edificios se derrumbaban. Su vida era un incesante torbellino de luchas contra la entropía: improvisaciones, remiendos, coger un poco de aquí para poner un parche allí, usar esto para sostener aquello, aserrar, cortar, clavar, martillar.

El establecimiento se hallaba sumido en un ambiente de tensión maníaca totalmente opuesto al de la cercana misión católica, donde todo era orden y calma. Al frente estaba un sacerdote francés con dos «madres», monjas encargadas del suministro de medicamentos. Había incluso flores. Los dowayos explicaban este fenómeno señalando que el protestante era un herrero. Para este pueblo, los herreros forman un grupo aparte y conviene regular

estrictamente los contactos con ellos. No pueden casarse con otros dowayos ni comer con ellos, sacar agua junto a ellos ni entrar en sus casas. Resultan perturbadores por el ruido que hacen, por su olor y por su extraña manera de hablar.

## 5. LLEVADME ANTE VUESTRO JEFE

En África los días comienzan temprano. Cuando estaba en Londres tenía por costumbre levantarme a eso de las ocho y media; aquí todo el mundo estaba en pie a las cinco y media, nada más amanecer. Puntualmente me despertaban el golpear de metales y los gritos indicadores de que mi misionero había empezado la jornada. Me habían asignado una vieja casona de la misión para mí solo, y por entonces no tenía ni idea de los lujos de que estaba disfrutando; aquélla era la última vez que habría de ver agua corriente, y no digamos electricidad. Lo que sí me intrigó fue descubrir un frigorífico de parafina en la casa de al lado; era la primera vez que veía uno de esos monstruos. Estos otrora caprichosamente impredecibles pilares de la vida en las tierras vírgenes son hoy raros y poco rentables, debido a la llegada de la electricidad a las poblaciones. Por pura perversidad, se descongelan espontáneamente y destruyen la carne de un mes, o bien emiten un calor capaz de incinerar a todo el que entre en la habitación. Hay que protegerlos de las corrientes de aire, de la humedad y de los desniveles del suelo, conseguido todo lo cual, con un poco de suerte, quizá consientan en ejercer un ligero efecto refrigerante. En Camerún, con los diversos idiomas y *pidgins* que se hablan, existen además peligros adicionales. Los vocablos ingleses *paraffin* y *petrol* se confunden con los franceses *pétrole* y *essence*, y los norteamericanos *kerosene* y *gas*. No sería la primera vez que un criado echara gasolina a un frigorífico de para-

fina, error de consecuencias desastrosas. Me asomé al interior y vi las bolsas de grandes termitas amarillas cuidadosamente apiladas allí; hasta muertas parecían agitarse. Jamás logré comer más de una o dos de estas exquisiteces africanas a las que tanta afición tienen los dowayos. Estos insectos proliferan al inicio de la estación de las lluvias y cualquier resplandor los atrae. El sistema más empleado para cazarlos consiste en colocar una luz en el centro de un cubo de agua. Cuando los insectos la alcanzan repliegan las alas y caen dentro; ya se puede entonces proceder a recogerlos para asar sus rollizos cuerpos, o simplemente comérselos crudos.

Tras disfrutar de un día de respiro, llegó el momento de volver a hacer frente a la administración. En la misión de N'gaoundéré me habían recomendado que no dejara de inscribirme en el registro de la policía ni de saludar al *sous-préfet*, el representante del gobierno. Así pues, armado con todos mis documentos, emprendí a pie el camino del pueblo. Aunque la distancia que me separaba de él era aproximadamente de un kilómetro y medio, que un hombre blanco la salvara andando se consideraba una gran excentricidad. Un individuo me preguntó si se me había estropeado el coche y numerosos lugareños abandonaron sus ocupaciones para venir corriendo a estrecharme la mano y parlotear en un distorsionado fulani. Yo había aprendido los rudimentos de esta lengua en Londres, de modo que al menos pude decir: «Lo siento, no hablo fulani.» Dado que había practicado la misma frase muchas veces, me salía con bastante fluidez, lo que añadía nuevos elementos de confusión.

El puesto de la policía contaba con una dotación de unos quince gendarmes, todos armados hasta los dientes. Uno de ellos estaba lustrando una ametralladora. El comandante resultó ser un fornido sureño que medía por lo menos un metro noventa y cinco. Tras hacerme entrar en su despacho, procedió a inspeccionar detenidamente mis documentos. ¿Cuál era el motivo de mi estancia? Exhibí el permiso de investigación, un documento de lo más impresionante, cuajado de sellos y fotografías. El policía se mostró abiertamente disgustado mientras yo trataba de exponer la

naturaleza esencial de la tarea antropológica. «Pero ¿para qué sirve?», preguntó. Ante la alternativa de darle una versión improvisada de la asignatura Introducción a la Antropología o algo menos denso, repliqué sin mucha convicción: «Es mi trabajo.» Luego me di cuenta de lo satisfactoria que resultaba esta respuesta para un funcionario que se pasaba la vida haciendo cumplir reglas como si ello fuera un fin en sí mismo. Me examinó prolongadamente con los ojos entrecerrados y observé por primera vez que llevaba una aguja en la boca. Se la colocó sobre la lengua con el extremo romo hacia afuera. Luego, con un hábil movimiento, se la metió toda dentro y ejecutó un ágil reajuste para que volviera a aparecer en el otro lado con la punta hacia afuera. Seguidamente se la volvió a meter para sacarla exhibiendo el extremo romo. Daba la horripilante impresión de que tenía lengua de serpiente.

Barrunté entonces que me iba a encontrar con problemas, y mi presentimiento se cumplió. De momento, empero, me dejó marchar como quien afloja el cerco lo suficiente para que la presa caiga confiada en la trampa, no sin antes anotar mi nombre y mis datos personales en un grueso volumen que me recordó los tomos de personas proscritas de la embajada.

El *sous-préfet* vivía en una casa húmeda llena de desconchones que databa del período colonial francés. Las grietas y hendiduras de la fachada aparecían todas llenas de musgo y hongos. No obstante, sobre una loma que dominaba el pueblo había erigido un resplandeciente palacio que permanecía vacío, con el aire acondicionado sin estrenar y los suelos enlosados sin hollar. Esto tenía varias explicaciones. Algunos decían que el gobierno lo había confiscado como prueba de su corrupción. Los dowayos, cuando llegaron a conocerlos, contaban otra historia. Según ellos y pese a sus protestas, la casa había sido construida encima de un antiguo cementerio dowayo. Afirmaban que no habían amenazado al *sous-préfet*, no era necesario, pues conocían a los espíritus de sus antepasados. Simplemente lo informaron de que el mismo día que se trasladara a vivir allí moriría. Fuera como fuera, no llegó nunca a habitar la

casa nueva y se contentaba con contemplarla desde la ventana de la vieja.

Después de escuchar mi explicación, un hosco criado me franqueó la entrada, y cuál no sería mi asombro al comprobar que antes de osar dirigirse a su superior se arrodillaba.

Ya me habían advertido que llevarle unos puros sería considerado «acceptable», de modo que le hice puntual entrega del obsequio, que me fue graciosamente aceptado, desapareciendo acto seguido en el interior de su amplia túnica. Seguía yo de pie, el criado de rodillas y el *sous-préfet* sentado. Mis documentos sufrieron una nueva inspección minuciosa y empecé a temer que se desgastaran antes de que pensara siquiera en abandonar el país. «Ni hablar —aseveré impasivo—. No puedo permitir que se quede en Poli.» Tal declaración supuso una cierta contrariedad; yo consideraba aquella visita más bien de cortesía. «Pero el permiso de investigación expedido en Yaoundé —le hice ver con cautela— me autoriza a estar aquí.» Encendió entonces uno de mis puros. «Esto no es Yaoundé y yo no le doy permiso.» Era evidente que no se trataba de una situación en que el movimiento de capital fuera recomendable puesto que el venerable sirviente todavía estaba allí arrodillado escuchando todo lo que se decía. «¿Qué he de hacer para que me dé su permiso?», insistí. «Una carta del prefecto eximiéndome de toda responsabilidad bastaría. Está en Garoua.» Se volvió de espaldas a mí y se puso a revolver papeles. Nuestra entrevista había terminado.

De regreso a la misión, el incidente le pareció al pastor Brown una nueva justificación de su pesimismo. Fue conmovedor comprobar cómo lo animó mi desgracia. Dudaba incluso de que llegara a ver al prefecto, aunque se encontrara donde decían que estaba y no de viaje en la capital; se hallaba prácticamente convencido de que pasarían meses antes de que regresara. Su propia experiencia abundaba en frustraciones de este tipo. Aquello era África, no había lugar para la esperanza. Se alejó riéndose entre dientes.

Después de calcular que disponía de la gasolina justa para llegar a Garoua, de donde me separaban unos ciento sesenta

kilómetros, decidí emprender viaje el día siguiente al amanecer.

Cuando salí de casa por la mañana, quedé desconcertado al encontrar un mar de rostros expectantes que pretendían acompañarme. Siempre ha sido un misterio para mí cómo circula este tipo de información. Los occidentales no suelen percatarse de la atención con que son observados. Que te vean comprobar el nivel de tu depósito de carburante basta para desencadenar un alud de peticiones de transporte. Los que acusan a los europeos de paternalismo no son conscientes de la tradición que tienen las relaciones entre ricos y pobres en gran parte de África. El hombre que trabaja para ti no es tan sólo un empleado; tú eres su patrón. Es una relación sin límite. Si su esposa está enferma, el problema es tuyo en la misma medida que de él, y de ti se espera que hagas todo lo que esté en tu mano para que se cure. Si decides tirar algo, debes ofrecérselo a él primero; dárselo a otro sería una imperdonable incorrección. Resulta prácticamente imposible trazar la divisoria entre lo que es asunto tuyo y lo que es su vida privada. El europeo desprevenido se encontrará atrapado en la gran variedad de obligaciones consubstanciales al parentesco lejano, a no ser que tenga mucha suerte. Cuando un empleado te llama «padre» es que se avecina peligro. Sin duda a ello seguirá una historia sobre una dote no pagada o unas cabezas de ganado muertas y se considerará una auténtica traición que no te hagas cargo de parte del problema. La línea que separa «lo mío» de «lo tuyo» está sujeta a una constante renegociación y los dowayos son tan expertos como cualquiera en el arte de sacar todo el provecho que pueden de su vinculación con un hombre rico. El hecho de no darse cuenta de que la relación es contemplada desde distintos ángulos por cada una de las partes ha sido origen de muchos roces. Los occidentales se quejan continuamente de la «cara dura» o la «desfachatez» que demuestran sus trabajadores (ahora ya no se llaman «mozos» ni «criados») al esperar que los que les dan empleo los cuiden también y estén siempre dispuestos a sacarlos de apuros. Al principio, yo me sulfuraba mucho en las ocasiones como la que se me presentaba en ese momento. Parecía imposible hacer nada espontáneamente o ir a ningún sitio

sin cargar con el enorme peso de las numerosas obligaciones. Una vez en la ciudad, todavía resultaba más irritante descubrir que las personas a quienes uno había llevado en el coche se molestarían sobremanera de no facilitarles de inmediato fondos para financiar su estancia. Yo los había llevado a aquel extraño lugar; que los abandonara allí era impensable.

No obstante, la primera vez no comprendí nada de esto y dejé subir a todos los que pude. De nuevo hallamos otro ejemplo de la disparidad de los puntos de vista europeos y africanos. Para estos últimos, un automóvil con sólo seis personas dentro está vacío. Afirmar que no queda sitio se considera un embuste descarado. Y para colmo, después de poner límite al número de pasajeros haciendo gala de esa actitud firme que esperan los africanos de los occidentales que hablan realmente en serio, de súbito aparecen todo tipo de bultos que antes estaban escondidos y empiezan a ser atados al techo del vehículo con las inevitables tiras de goma sacadas de neumáticos de automóvil.

Con el retraso que había supuesto toda esta operación, por fin pude ponerme en marcha hacia Garoua en un coche gimiente y jadeante. Pronto se hicieron patentes otras características de los numerosos pasajeros. A los dowayos no les entusiasman los viajes, y el movimiento produce en ellos una reacción desagradable. Al cabo de diez minutos ya había tres o cuatro vomitando con gran deleite en el interior del automóvil; por supuesto, ninguno de ellos se molestó en utilizar la ventanilla. El conductor que por fin consiguió llegar a las afueras de Garoua y sometió sus documentos a una nueva inspección estaba bastante sucio. Si bien un blanco solo llama poco la atención de la policía, cuando transporta africanos despierta todo tipo de sospechas, de modo que mis movimientos y motivos suscitaron un gran interés en los guardias.

Por lo visto, la palabra «doctor» que aparecía en mi pasaporte fue lo que más contribuyó a disipar cualquier duda, pero mis pasajeros no tuvieron la misma suerte. Mientras yo trataba de explicar por qué el coche no tenía tarjeta de registro, mostrando al sargento la documentación que prudentemente me había

llevado de N'gaoundéré, alinearon a mis pasajeros y les hicieron enseñar los comprobantes de que habían pagado los impuestos correspondientes en los tres últimos años, los carnets de identidad y los de pertenencia al único partido político del país. Como era de esperar, ni lejanamente se aproximaban al ideal, lo cual originó nuevos retrasos y pronto se vio que no conseguiríamos solucionar nada antes de la hora de la siesta.

Garoua es una extraña población situada a orillas del río Benoue, una corriente de agua de esporádica aparición, que tanto puede adoptar la forma de un Mississippi incontenible en la estación de las lluvias como de un lecho de arena húmeda en la seca. La consagración de la ciudad a tan voluble río explica el olor a pescado putrefacto que la cubre como un manto de humo. El pescado seco es una de sus principales fuentes de ingresos, junto con la cerveza y la administración. La cerveza ejerce una especial fascinación sobre los dowayos, que son asiduos clientes de las fábricas productoras de la marca «33», creada por la anterior administración francesa. Su peculiaridad reside en que le permite a uno pasar directamente de la sobriedad a la resaca, saltándose la fase intermedia de ebriedad. La fábrica tenía una vidriera que permitía ver cómo se deslizaban las botellas, sin intervención humana, de una etapa del proceso a otra. Ello impresionaba profundamente a los dowayos, que se pasaban horas y horas contemplando el milagro. Para describirlo utilizaban la palabra *gerse*, que quiere decir «milagro», «maravilla», «magia». Este fue el primer contexto en que oí el término que luego me ocuparía como antropólogo. Constituía además una fértil fuente de metáforas de los conceptos más metafísicos. Los dowayos creían en la reencarnación. Era como la cerveza de Garoua, explicaban; las personas eran las botellas que tenían que ser llenadas de espíritu. Enterrarlas cuando morían era como devolver la botella vacía a la fábrica.

Temiendo lo peor, esperaba tardar varios días en poder ver al prefecto, si es que conseguía verlo. Una especie de calma fatalista se había apoderado de mí. Las cosas tardaban lo que tardaban; no servía de nada preocuparse. Una de las características del investigador de campo es que dispone de una marcha alterna-

tiva que puede embragar en tales momentos para dejar pasar las piedras y las flechas.

Antes de establecer los contactos que tan útiles resultan al antropólogo viajero, me busqué hotel. Garoua contaba nada menos que con dos: un Novotel moderno a tan sólo treinta libras por noche para turistas, y un sórdido establecimiento de la época colonial francesa mucho más barato. Evidentemente, este último era más de mi estilo. Por lo visto había sido construido para reposo y solaz de los oficiales franceses enloquecidos por el sol de los desamparados territorios del imperio, y estaba formado por chozas aisladas con techumbre de hierba y amuebladas al estilo militar, aunque, eso sí, dotadas de agua y electricidad. También poseía una amplia terraza en la que se sentaba la élite del lugar a tomar copas mientras se ponía el sol detrás de los árboles. La imposibilidad de olvidar la presencia del resto de África le confería un especial encanto romántico: los rugidos de los leones del zoo contiguo lo hacían presente.

Fue en este establecimiento donde conocí a la mujer que luego se hizo famosa con el nombre de «señora Cuu-i». En cualquier estación del año, la temperatura de Garoua es, por lo menos, diez grados superior a la de Poli y, gracias al río, disfruta de una gran profusión de mosquitos. Tras horas de encierro con los dowayos y sus vómitos, anhelaba una ducha. Apenas acababa de meterme debajo del grifo, cuando llegaron a mis oídos unos insistentes arañazos en la puerta. Al comprobar que mis interpe-laciones no obtenían respuesta, me envolví con una toalla y salí a abrir. Fuera había una fornida fulani de cincuenta y tantos años que, esbozando una sonrisa bobalicona, empezó a describir circulitos en el polvo con sus enormes pies. «¿Qué desea?», inquirí. Ella hizo el gesto de beber. «Agua, agua.» Comencé a desconfiar, pues me vino a mientes el concepto de hospitalidad que predomina en el desierto. Mientras yo analizaba el problema, se deslizó junto a mí, se hizo con un vaso y lo llenó en el grifo. Ante mis horrorizados ojos, empezó a destapar su voluminoso cuerpo. En ese momento acertó a venir a traerme un poco de jabón el portero,

que, interpretando erróneamente la situación, inició la retirada murmurando disculpas. Me hallaba atrapado en una farsa.

Por fortuna, las pocas lecciones de fulani que había tomado en la Escuela de Estudios Orientales y Africanos me resultaron entonces de gran utilidad y, gritando «no quiero», rechacé todo deseo de contacto físico con aquella mujer, que me recordaba a Oliver Hardy. Como ante una señal estipulada con antelación, el portero, ahora riéndose, cogió a la mujer de un brazo, yo la agarré del otro y la sacamos fuera. No obstante, regresaba cada hora, incapaz de aceptar que sus encantos no fueran apreciados, y vagaba por fuera gritando «cuu-í», como un gato que maulla para que lo dejen entrar. Al final, me cansé. Estaba claro que trabajaba en connivencia con la dirección, de modo que declaré que era un misionero que había venido del campo para ver al obispo y que desaprobaba tales conductas. Se quedaron pasmados y avergonzados; inmediatamente la mujerzuela me dejó en paz.

Esta anécdota se convirtió en una de las favoritas de los *doways* cuando nos sentábamos alrededor del fuego por la noche a contar historias. Mi ayudante me hacía contar siempre «el cuento de la gorda fulani», nombre por el que pasó a conocerse, y cuando llegaba al momento en que ella gritaba «cuu-í» todos se partían de risa, se abrazaban las rodillas y empezaban a darse revolcones en el suelo. Esta anécdota contribuyó en gran medida a nuestras buenas relaciones.

La visita que efectué al despacho del prefecto al día siguiente resultó ser un anticlímax. Me hicieron pasar sin demora. El prefecto era un fulani alto de piel muy oscura que atendió a mi explicación, dictó una carta por teléfono y con suma afabilidad se embarcó en una disquisición sobre la política gubernamental respecto a la apertura de escuelas en las zonas paganas para amenizar la espera. Le trajeron la carta, la firmó, la selló y me deseó buena suerte y *bon courage*. Armado de esta guisa, regresé a Poli.

Encontrar ayudante y ponerme a aprender la lengua empezaban a ser tareas prioritarias. El ayudante del antropólogo es una figura sospechosamente ausente de la literatura etnográfica. El mito convencional tiende a pintar al curtido investigador como

una figura solitaria que llega a una aldea, se instala y «aprende el idioma» en un par de meses; como máximo, es posible encontrar referencias a algún traductor que es relevado del servicio al cabo de pocas semanas. No importa que esto sea contrario a toda experiencia lingüística conocida. En Europa uno puede estudiar francés en el colegio durante seis años con la ayuda de todo tipo de artificios pedagógicos, viajes a Francia y lecturas, para apenas verse capaz de balbucear unas pocas palabras en una urgencia. Sin embargo, una vez sobre el terreno de estudio, uno se transforma en un genio de la lingüística y adquiere fluidez en una lengua mucho más difícil para un occidental que el francés, sin profesores especializados, sin textos bilingües, y con frecuencia sin gramáticas ni diccionarios. Al menos, ésta es la impresión que se transmite. Naturalmente, gran parte de la actividad lingüística puede realizarse en *pidgin*, o incluso en inglés, pero esto tampoco suele mencionarse.

Estaba claro que necesitaba un *dowayo* nativo que también hablara algo de francés. Ello quería decir que tendría que haber ido al colegio, lo cual, dada la naturaleza de las cosas en el país *Dowayo*, implicaba que fuera cristiano. Para mí esto constituía una importante desventaja, pues la religión tradicional era una de las áreas que más me interesaban. Pero no había otra alternativa, de modo que decidí dirigirme a la escuela secundaria local a ver si había alguien con las características requeridas. No obstante, no llegué a ir.

Uno de los predicadores que estaban en período de formación en la misión de Poli se enteró de lo que buscaba y me cogió por su cuenta; casualmente tenía doce hermanos. Con raro olfato empresarial, los movilizó a todos, los hizo trasladarse desde su aldea, situada a treinta y cinco kilómetros de allí, y me los presentó. Uno, según explicó, era buen cocinero y muy alegre, pero por desgracia no hablaba francés; otro, que sabía leer y escribir, era un terrible cocinero, pero muy fuerte; otro era buen cristiano y excelente narrador de historias. Por lo visto, todos tenían grandes virtudes y constituían un «buen partido». Al final, accedí a coger a uno de ellos a prueba y elegí al que no sabía guisar pero

era el que mejor hablaba francés, además de saber leer y escribir. Me di cuenta también de que al que debía contratar era al propio predicador, pero su ocupación lo impedía. Posteriormente fue expulsado de la misión por su tendencia a la promiscuidad.

Había llegado el momento, si es que no estaba más que pasado, de trasladarme a un poblado. Los dowayos se dividen en dos tipos, los de la montaña y los del llano. Toda la gente con quien había hablado me había instado a vivir entre los del llano. Eran menos bárbaros, sería más fácil conseguir provisiones, había más que hablaran francés y tendría menos dificultades para ir a la iglesia. Los dowayos de la montaña eran salvajes y difíciles, adoraban al diablo y no me dirían nada. Sobre tales premisas, el antropólogo no tiene más que una elección; naturalmente opté por los dowayos de la montaña. A unos catorce kilómetros de Poli se levantaba la aldea de Kongle. Si bien estaba situada en el llano, entre dos grupos de colinas, era una aldea de dowayos de la montaña. Según me dijeron, allí vivía un hombre muy anciano que era ferviente tradicionalista y conservaba muchos arcanos de sus antepasados. El camino era transitable y decidí instalarme allí.

Consulté a Matthieu, mi recién estrenado ayudante, que se quedó horrorizado al oír que pensaba vivir en el campo. ¿Quería aquello decir que no iba a tener una casa bonita y otros criados? Desgraciadamente, sí. Pero sin duda no desearía vivir en Kongle, sus habitantes eran salvajes. Debía dejarlo en sus manos; él hablaría con su padre, un dowayo del llano, que nos buscaría alojamiento cerca de la misión católica. Hube de explicar nuevamente la naturaleza de mi trabajo. La única empresa similar realizada en el país Dowayo había sido el intento de análisis de la lengua de los dowayos por parte de dos lingüistas, que se habían pasado dos años construyendo una bonita casa de cemento y cuyos suministros llegaban por avión. Al enterarse de que mi presupuesto era mucho más modesto, Matthieu se sumió en la zozobra. Se hizo evidente que su posición dependía de la mía, y consiguió que cualquier alejamiento de su concepto de dignidad por mi parte pareciera una amarga traición.

Llegó el momento del primer contacto. Por indicación de Matthieu, nos pusimos en marcha hacia Kongle con unas botellas de cerveza y un poco de tabaco. El camino no era demasiado malo, aunque había que cruzar dos ríos cuyo aspecto no era muy halagüeño y que resultaron bastante molestos. Mi coche tenía por costumbre estropearse justo en mitad del cauce, cosa más peligrosa de lo normal dado que eran propensos a las avenidas súbitas. Los montes estaban hechos de granito puro y cuando llovía el agua descendía inmediatamente como una ola que inundaba los valles. A ambos lados de la carretera había campos de cultivo. La gente que los trabajaba interrumpía sus tareas para mirarnos mientras avanzábamos trabajosamente. Algunos huían. Luego me enteré de que suponían que éramos enviados del *sous-préfet*; por lo general, los extraños no traían sino problemas a los dowayos. Al llegar al pie de los montes, el camino simplemente se interrumpía, y tras una cerca de tallos de mijo y cactus se extendía la aldea.

Las chozas de los dowayos son construcciones circulares de barro con techumbres cónicas. Al estar edificadas con el barro y la hierba del campo, tienen un aspecto pintoresco que resulta un alivio para la vista después de la fealdad de las ciudades. En las techumbres crecen largas matas de melones rastreros a la manera de los rosales trepadores de las casas de campo inglesas. Siguiendo a Matthieu, penetré en el círculo que se extiende ante todo poblado dowayo. Es el lugar donde se celebran las reuniones públicas y audiencias judiciales, donde se efectúan los rituales y se guardan los diversos objetos sagrados fundamentales para la vida religiosa. Detrás hay un segundo cercado, en cuyo interior se encierra el ganado comunal, que atravesamos para acceder al patio del jefe. Este término no es exacto; los dowayos no tienen jefes verdaderos, es decir, dirigentes dotados de poder y autoridad, si bien los franceses trataron de crear tal figura a fin de tener cabezas visibles mediante las cuales gobernar y que a la vez sirviera para recaudar impuestos. El término dowayo que designa a esos hombres, *waari*, responde a una clasificación antigua. Los jefes no son sino individuos ricos, o sea, poseedores de cabezas



de ganado. Los ricos son los que organizan los diversos festivales religiosos que constituyen una parte esencial de la vida ritual. Los pobres pueden añadirse a las celebraciones de los ricos, y de esta forma llevar a cabo ceremonias que de otro modo no podrían permitirse. Los jefes son por lo tanto personas muy importantes. Algunos toman como modelo a la tribu dominante, los fulani, y pretenden mejorar su posición negándose a hablar en dwayo con su propio pueblo. Fingen que sólo lo comprenden con dificultad, aun tratándose de su primera lengua. De ahí su sorpresa cuando me negué a hablar fulani, como hacen todos los demás blancos, e insistí en aprender dwayo. Algunos jefes han adoptado toda la pompa de que se rodean los nobles fulani. Van armados con espadas y acompañados de un sirviente que les cubre la cabeza con un parasol rojo. Algunos van incluso precedidos de cantores que, al son del tambor, recitan una lista estereotipada de sus singulares hazañas y virtudes, siempre en fulani.

El jefe de Kongle era otra cosa: despreciaba a los dwayos que renegaban de su cultura y nunca les hablaba otra lengua que no fuera el dwayo.

Nos detuvimos ante una mujer de pechos desnudos que se arrodilló frente a mí y cruzó las manos sobre sus genitales, ocultos por un manojito de hojas. «Lo está saludando —dijo Mathieu—. Déle la mano.» Así lo hice y ella empezó a balancearse adelante y atrás sobre los talones canturreando repetidamente en fulani «gracias, gracias», al tiempo que batía palmas. Varios rostros emergieron furtivamente por encima de las paredes y asomaron por los costados de las chozas. Para bochorno mío, apareció un niño con una silla plegable que dispuso en el centro de la plazuela. Me ofrecieron asiento. Yo no podía hacer otra cosa que aceptar y me acomodé en magnífico aislamiento con la sensación de ser una de esas figuras rígidas tan británicas que aparecen en las fotografías de la época colonial. Las diferencias de posición están muy marcadas en gran parte de Africa; los africanos son muy dados a la exageración. Se arrastran, hacen genuflexiones y reverencias de un modo que a los occidentales les resulta difícil asimilar; sin embargo, negarse a aceptar tales gestos

es sumamente descortés. Al principio, cada vez que me sentaba encima de una piedra al mismo nivel que los demás causaba un tremendo desasosiego entre mis acompañantes, que se afanaban por disponer las cosas de manera que ellos quedaran situados a un nivel inferior al mío, o insistían en que me acomodara sobre una esterilla. Sentarse en una esterilla, aunque se esté más bajo que encima de una piedra, es signo de una categoría más elevada. Así llegamos a un término medio.

El silencio se estaba cargando de tensión y consideré que me tocaba a mí decir algo. He apuntado ya que una de las alegrías del trabajo de campo es que permite echar mano de una serie de expresiones que habitualmente no se usan. «Llebadme ante vuestro jefe», exclamé. Mi petición fue debidamente traducida y en respuesta me explicaron que el jefe estaba ya en camino, pues se encontraba en el campo.

Zuuldibo se convirtió después en un buen amigo. Era un hombre de cuarenta y pocos años que sonreía invariablemente con todo su rostro y tendía a la obesidad. Hizo su aparición resplandecientemente ataviado con ropas fulani, una espada y gafas de sol. Ahora me doy cuenta de que fuera cual fuera su ocupación en el momento de mi llegada, no se encontraba en el campo. Nadie trabaja la tierra con semejante atuendo; y lo que es más, Zuuldibo no había tocado una azada en su vida. Tenía todo lo referente a la agricultura por un tema tan aburrido que ponía cara de contrariedad en cuanto alguien nombraba las tareas agrícolas en su presencia.

Solté el discurso que traía preparado, en el cual decía que había recorrido una larga distancia desde la tierra del hombre blanco porque había oído hablar de las costumbres de los dwayos y sobre todo del buen corazón y la afabilidad de los habitantes de Kongle. Me pareció que mis palabras eran bien recibidas. Deseaba vivir con ellos durante un tiempo y familiarizarme con sus costumbres y su lengua. Hice hincapié en el hecho de que no era misionero, lo cual al principio nadie se creyó dado que no se les ocultaba que vivía en la misión y conducía un coche que pertenecía a ésta; no tenía nada que ver con el gobierno, cosa que

tampoco creyó nadie porque me habían visto rondar la *sous-préfecture*; y no era francés, cosa que no comprendieron, pues para los dowayos todos los blancos son iguales. No obstante, me escucharon educadamente asintiendo de vez en cuando con la cabeza y murmurando «muy bien» o «cierto, cierto». Rápidamente acordamos que regresaría al cabo de una semana y el jefe me tendría preparada una choza y alojamiento para mi ayudante. Nos tomamos una cerveza y les di un poco de tabaco. Todos parecían extasiados. Cuando me disponía a marcharme una anciana se arrojó al suelo y me abrazó las rodillas. «¿Qué ha dicho?», pregunté. Matthieu se echó a reír. «Ha dicho que Dios lo ha enviado para escuchar nuestra voz.» Era un inicio mejor de lo que me hubiera atrevido a esperar.

Durante la semana que siguió hice otro viaje a la ciudad para abastecerme y comprar tabaco. El tabaco negro nigeriano que tanto les gusta a los dowayos se vende en el país Dowayo a un precio cuatro veces superior al que tiene en Garoua. Compré una bolsa grande para pagar a los informantes. Mi situación financiera seguía siendo muy precaria, pues había dispuesto que mi sueldo fuera enviado de Inglaterra a mi cuenta de Camerún. Dado que procedía de Gran Bretaña, tenían que enviarlo a la antigua capital del Camerún británico, Victoria, luego a Yaoundé, posteriormente a N'gaoundéré y finalmente a Garoua, adonde nunca llegó; el banco de Victoria deducía el diez por ciento en concepto de «gastos» y lo devolvía a Inglaterra, con lo cual me dejaba mordiéndome las uñas e incrementando la deuda contraída en la misión protestante. Ponerse en contacto con el banco de Victoria era imposible; hacían caso omiso de las cartas y los teléfonos no funcionaban.

Fue durante este último viaje cuando contraí malaria por primera vez. Al principio se manifestó como una leve sensación de mareo que apareció nada más emprender el regreso. Al llegar a Poli, veía doble y casi no distinguía la carretera. La elevada fiebre iba acompañada de escalofríos y espasmos intestinales.

Uno de los aspectos más tristes de la enfermedad es que causa la pérdida del control de esfínteres; cuando te levantas te

orinas encima. Y lo que es peor, la lista de remedios es casi infinita; mientras unos meramente ofrecen protección contra la enfermedad, otros la curan una vez contraída. Por desgracia, las pastillas que empecé a tomarme lleno de esperanza no eran de las curativas, de modo que mi estado empeoró y las fiebres me dejaron reducido a un cascajo gimoteante. El pastor Brown vino a mofarse de mi hundimiento físico y me dejó unos medicamentos con la advertencia de que «aquí nunca puedes estar seguro de que nada va a ser efectivo». Sin embargo, lo fueron y, aunque algo tembloroso, estaba de nuevo en pie a tiempo para trasladarme a la aldea en el momento previsto, después de pasar varias noches atormentado por la fiebre y por los murciélagos que entraban en la casa por los agujeros del techo. Se han escrito muchas páginas sobre la excelencia del sistema de navegación de los murciélagos, pero todo es falso. Los murciélagos tropicales se pasan el tiempo chocando contra todo tipo de obstáculos, con los consiguientes estruendos. Su especialidad es precipitarse contra las paredes y luego caérsete aleteando sobre la cara. Mi recomendación particular a la hora de reunir el «equipo esencial para el trabajo de campo» sería que no se deje de incluir una raqueta de tenis; resulta efficacísima para limpiar una habitación de murciélagos. Por otra parte, el pastor Brown se había tomado la molestia de explicarme que los murciélagos eran portadores de rabia, por lo tanto ocupaban un lugar destacado en mis fantasías febriles.

Hasta que no me puse a preparar las cosas para el traslado no me di cuenta de que alguien había entrado en la casa y había robado la mitad de la comida.

## 6. ¿ESTA EL CIELO DESPEJADO PARA TI?

Después de todas estas penas y trabajos, por fin me encontraba en medio de «mi» pueblo, disponía de ayudante, de papel y de lápiz. Habiéndome enfrentado a tantos impedimentos, me di cuenta, no sin un pequeño sobresalto, de que me hallaba por fin en situación de «hacer antropología». Y cuanto más meditaba sobre este concepto menos claro lo veía. Si me pidieran que describiera a una persona dedicada a esta actividad, no sabría cómo reflejarla. Sólo se me ocurriría representar a un hombre subiendo una montaña (camino del lugar donde «hará antropología») o redactando un informe (después de «hacer antropología»). Evidentemente hacía falta una definición bastante amplia, algo como «aprender una lengua en el extranjero». Llegué a la conclusión de que el tiempo que pasara hablando con los dowayos sería considerado legítimo.

No obstante, aún habría de enfrentarme a varios problemas. En primer lugar, no sabía ni una palabra de su lengua. En segundo lugar, la primera mañana de mi estancia en el poblado no había allí ni un solo dowayo; todos estaban en el campo, cavando entre los brotes de mijo. Así pues, me pasé el día entero pensando en las cosas que había que hacer para convertir mi choza en un lugar donde poder trabajar.

El jefe había tenido la amabilidad de cederme una choza de gran tamaño en un anexo de su propia zona de la aldea. Mis vecinos eran dos esposas suyas y su hermano menor. Al cabo de

un tiempo me percaté de que al asignarme una vivienda que normalmente ocuparían parientes políticos por parte de una esposa favorita demostraba una considerable confianza en mí. El inquilino anterior había dejado una gran cantidad de ataditos inidentificables, además de numerosas lanzas y puntas de flecha clavadas en la techumbre (no pude evitar recordar que Mary Kingsley había descubierto una mano humana en su choza durante su estancia entre los fang). Una vez libre de todos estos objetos, colocamos mi equipo entre las vigas del techo y colgué un mapa de Poli que había adquirido en la capital. El mapa despertó una gran curiosidad en los dowayos, que no llegaron a comprender jamás sus principios lógicos y me preguntaban dónde se encontraban aldeas en las que yo no había estado nunca. Si les contestaba, seguidamente me preguntaban el nombre de las personas que vivían allí; no llegaron a entender nunca por qué podía responderles a lo primero pero no a lo segundo.

Como un signo más de favor especial, el jefe me había asignado dos sillas plegables iguales a la que había visto en mi primera visita que resultaron ser las únicas de toda la aldea. Cada vez que una persona de categoría venía a ver al jefe se las volvían a llevar a su choza, de modo que nos turnábamos para utilizarlas, como una chaqueta de gala que había compartido con otros tres compañeros de universidad.

Un lecho de tierra batida, el más incómodo que he visto en toda mi vida, completaba mi mobiliario. A un altísimo precio, me había comprado un colchón fino relleno de algodón que el jefe me envidiaba sobremanera. Las camas eran lo único que despertaba su ambición. En una ocasión me confió que deseaba morir en un lecho de hierro que pudiera dejarle a su hijo. «Las termitas no podrían comérselo —rió—. Se volverán locas.»

Durante las primeras tres semanas llovió con furia implacable. El aire estaba saturado, el moho crecía en todas las superficies desprotegidas y llegué a temer por los objetivos de mi cámara fotográfica. Invertí el tiempo en tratar de aprender los rudimentos de la lengua. Los africanos suelen ser bilingües o incluso trilingües en cierta medida, pero la mayoría no han aprendido nun-

ca un idioma fuera del contexto social. La idea de registrar un verbo en todas sus formas, tiempos y modos, de reflexionar sobre el sistema en conjunto les es totalmente ajena. Aprenden las lenguas de pequeños y pasan sin esfuerzo de una a otra.

Los dowayos no tuvieron nunca conciencia de las dificultades que su idioma planteaba a un etnógrafo europeo. Se trata de una lengua tonal, es decir que el tono en que se pronuncia una palabra altera su significado. Muchas lenguas africanas tienen dos tonos; los dowayos emplean cuatro. Distinguir un tono alto de uno bajo no entrañaba dificultad alguna, pero entre estos dos parecía que todo era posible. Y el asunto se complicaba todavía más por el hecho de que los dowayos combinan tonos para formar entonaciones específicas y un tono puede muy bien verse afectado por los de las palabras contiguas. A esto hay que añadir los problemas dialectales. En algunas zonas juntan varios tonos, además de emplear un vocabulario y una sintaxis distinta. Puesto que lo importante es el tono relativo, al principio me resultaba difícil acostumbrarme a hablar primero con una mujer de voz aguda y luego con un hombre cuyos tonos altos están al mismo nivel que los bajos de la mujer. Pero lo que más me deprimía era una cosa que se repetía una vez tras otra. Cuando me encontraba con un dowayo, lo saludaba. En esto no había problema, pues había hecho que mi ayudante me adiestrara hasta la saciedad en el pequeño diálogo que hay que intercambiar con cada persona que uno saluda: «¿Está el cielo despejado para ti?» «El cielo está despejado para mí. ¿Está despejado para ti?» Los ingleses tendemos a dar poca importancia a estos rituales y a considerarlos una pérdida de tiempo, pero los dowayos no tienen nuestras prisas y se ofenden fácilmente si no les prestas la debida atención. Hecho esto, solía proceder a formular alguna pregunta intrascendente del tipo «¿Cómo está tu campo?» o «¿Vienes de lejos?». Pero entonces sus rostros se descomponían invariablemente en una mueca de perplejidad. Mi ayudante intervenía de inmediato para decirme —al oído— exactamente lo que acababa de decir yo. El rostro de mi interlocutor se iluminaba entonces. «Aaaah.

Ya comprendo (pausa). Pero ¿cómo no habla nuestro idioma llevando ya dos semanas entre nosotros?»

Los dowayos tienen por su lengua tan poca consideración (sus propios jefes se niegan a usar este tosco instrumento, apenas superior a las voces de los animales) que no comprenden cómo es posible que le resulte difícil de aprender a alguien. De esto se deriva su baja calidad como informantes. La tentación de emplear la lengua del comercio, el fulani, era enorme. Yo había aprendido un poco en Londres, donde tienes a tu disposición todo tipo de instrumentos pedagógicos, diccionarios y manuales. No obstante, existe la arraigada convicción de que la información «no es válida» si no es expresada en la lengua materna de cada uno, y era cierto que había descubierto numerosas distorsiones en los datos recogidos en fulani, lengua que categoriza el espectro de las ocupaciones impuras —«herrero, enterrador, barbero, circuncisor, curandero»— de un modo muy distinto del dowayo. Según la información que tenía yo, todos estos oficios los realizaba una misma persona, mientras que los «sacerdotes» eran una casta aparte. En realidad, en dowayo el herrero es el que está más separado y las demás tareas se distribuyen según criterios distintos. También hay que tener en cuenta que los dowayos normalmente no hablan fulani entre ellos. Bien es verdad que en mi aldea había un hombre que se negaba a hablar otra cosa incluso con sus amigos, pero era blanco de los chistes que tanto les gustan a los dowayos. Mientras trabajaba en el campo con otros dowayos, no dejaba de quejarse a voz en grito. ¿Por qué un noble fulani como él se veía obligado a trabajar con paganos salvajes? Presa de una creciente histeria, enumeraba detalladamente los múltiples defectos de aquella raza de perros, hasta que llegaba un punto en que los que lo oían empezaban a desternillarse de risa. También se consideraba divertidísimo que yo insistiera en hablarle en mi pobre fulani, y a veces formábamos una especie de dúo cómico.

El uso generalizado de la lengua de comercio hubiera comportado numerosas desventajas. Desde luego, hubiera podido hacer las entrevistas en dicha lengua pero no mantener conversaciones reales. Los dowayos hablan una variedad viciada de fulani

de la que se han suprimido todas las formas irregulares y el significado de las palabras se ha modificado para acomodarlo a los conceptos dowayos. Por lo demás, sólo conociendo su lengua es posible captar los apartes reservados para otros oídos.

En una ocasión me interné en las montañas hasta los últimos confines del país Dowayo. Muchos niños no habían visto nunca a un blanco y se pusieron a gritar aterrorizados hasta que sus mayores les explicaron que se trataba del jefe blanco de Kongle. Todos nos reímos benévolutamente de su miedo y fumamos juntos. Yo no suelo fumar, pero me pareció útil hacerlo para que compartir el tabaco se convirtiera en una especie de vínculo social con la gente. Cuando me marchaba una niña se echó a llorar y pude oír su gimoteo: «Quería que se quitara la piel.» Me propuse confirmar más tarde si había comprendido bien, pues normalmente estas expresiones son resultado de un tono mal interpretado o de la ignorancia de un homónimo. No obstante, cuando se lo pregunté a mi ayudante éste se mostró muy turbado. Recurrí al proceso de estímulo que había ideado precisamente para estas situaciones y le presté toda mi atención; los dowayos suelen ser objeto de burla por parte de otras tribus vecinas a causa de su «salvajismo» y se cierran en banda ante el mínimo indicio de que no se les esté tomando en serio. A regañadientes confesó que los dowayos creían que todos los blancos que vivían durante largos períodos en el país Dowayo eran espíritus reencarnados de hechiceros. Debajo de la piel blanca de que nos habíamos revestido éramos negros. Alguien había visto que al acostarme por las noches me quitaba la piel blanca y la colgaba. Cuando iba a la misión con los otros hombres blancos, al hacerse de noche corríamos las cortinas, echábamos la llave a la puerta y nos quitábamos la piel blanca. Naturalmente, *él* no lo creía, declaró con cierto desdén, mientras me miraba de arriba abajo como si temiera que fuera a recuperar el color negro allí mismo. La creencia servía para explicar la obsesión de los occidentales por la intimidad.

También explicaba lo molestos que se mostraban a veces los dowayos ante mis fracasos lingüísticos después de llevar meses

entre ellos; los consideraban penosos intentos de ocultar mi pertenencia a su raza. De todos era sabido que comprendía lo que quería comprender. ¿Por qué me empeñaba en fingir que desconocía la lengua? Hubo de transcurrir un año entero hasta que oyeran a los dowayos referirse a mí como «nuestro» hombre blanco, lo cual me produjo un gran orgullo. Estoy convencido de que mis intentos por dominar la lengua, aun siendo deficientes y estando infravalorados, contribuyeron grandemente a que me «aceptaran».

Pero todo esto puedo decirlo mirando retrospectivamente. Aquellas tres primeras semanas lo único que sabía era que me había propuesto aprender una lengua imposible, que no había dowayos en la aldea, que llovía a cántaros y que me encontraba débil y terriblemente solo.

Como la mayoría de los antropólogos en esta situación, busqué refugio en la recogida de datos. La prevalencia de los datos factuales en las monografías antropológicas deriva, estoy seguro, no del valor o interés intrínseco de tales datos, sino de la actitud que tiene como lema «En caso de duda, recoge datos». En cierto modo, se trata de un enfoque comprensible. El estudioso no puede saber de antemano qué resultará importante y qué no. Una vez ha registrado los datos en su cuaderno, experimenta una fuerte resistencia a no incluirlos en su monografía; recuerda los kilómetros recorridos bajo el sol o las horas invertidas en obtenerlos. Por otra parte, la selección presupone una visión coherente de lo que se pretende hacer y la meta de la mayor parte de los autores de monografías antropológicas se limita a «escribir una monografía etnográfica» y nada más.

Así pues, cada día salía a recorrer los campos armado con mi tabaco y mis cuadernos, calculaba las cosechas y contaba las cabras en un arranque de actividad superflua que al menos servía para que los dowayos se acostumbraran a mi extraño e inexplicable comportamiento. De este modo comencé a conocerlos por su nombre.

De la pluma de personas que deberían conocer la realidad han salido muchas tonterías sobre la «aceptación» del antropólogo.

A veces se sugiere que un pueblo extraño puede considerar al visitante de distinta raza y cultura muy similar a sus propios miembros en todos los aspectos. Ello, por desgracia, es poco probable. Seguramente lo más que uno puede esperar es ser tenido por un idiota inofensivo que aporta ciertos beneficios a la aldea: es una fuente de ingresos y crea empleo. Al cabo de unos tres meses mis relaciones experimentaron un giro importante coincidiendo con el deseo del jefe de recuperar la choza. Discutimos el asunto pormenorizadamente y coincidí con él en que lo mejor para mí sería hacerme construir una choza propia, que me costó la magnífica suma de catorce libras esterlinas y me permitió dar empleo al hijo del circuncisor, quien respondió de mi buena fe ante su padre, el hermano del jefe, que me habló de la caza, y al sobrino del curandero local, que me puso en contacto con su tío. Naturalmente, mi coche servía de ambulancia y taxi de la comunidad; las mujeres siempre podían pedirme sal o cebollas prestadas; los perros del pueblo sabían que yo era un blandengue y se congregaban delante de mi choza, para desespero de mi ayudante; los alfareros y herreros no habían trabajado tanto en su vida; mi presencia otorgaba categoría al jefe, que se aseguraba de que estuviera enterado de todos los festivales para que lo llevara en coche. Además, servía de banco para los que no tenían dinero pero sí grandes aspiraciones, se esperaba de mí que actuara como enviado comercial de aquellos que necesitaban piezas de recambio para su bicicleta o su lámpara, y a mí acudían los enfermos en busca de medicamentos.

También era cierto que mi presencia tenía ciertos inconvenientes: atraía extraños a la aldea, cosa que era mala; fatigaba a mis anfitriones con preguntas absurdas y luego me negaba a comprender sus respuestas; y existía el peligro de que contara las cosas que había visto y oído. Además era una fuente constante de embarazo social. En una ocasión, por ejemplo, le pregunté a un hombre si debía abstenerse de realizar el acto sexual antes de salir de caza. Aquello era en sí mismo correcto, pero su hermana estaba lo suficientemente cerca para oírlo y ambos salieron disparados en direcciones opuestas emitiendo estridentes

quejidos. Unos segundos antes yo estaba sentado en la choza hablando con tres hombres. En un abrir y cerrar de ojos me quedé solo con mi ayudante, que gemía y se llevaba las manos a la cabeza. La tremenda falta de decoro que había cometido fue tema de horrorizadas murmuraciones durante varias semanas.

Mi vacilante dominio de la lengua constituía otro peligro grave. La obscenidad nunca anda lejos en dowayo. Una variación de tono convierte la partícula interrogativa, que se añade a una frase para transformarla en pregunta, en la palabra más malsonante del idioma, algo parecido a «coño». Así pues, solía yo desconcertar y divertir a los dowayos saludándolos de este modo: «¿Está el cielo despejado para ti, coño?» Pero mis problemas no se circunscribían a las vaginas interrogativas; también las comidas y la copulación me planteaban dificultades semejantes. Un día me llamaron a la choza del jefe para presentarme a un brujo con poderes para propiciar la lluvia. Se trataba de un valiosísimo contacto y yo llevaba varias semanas pidiéndole con insistencia al jefe que arreglara un encuentro. Conversamos educadamente tanteándonos uno a otro. Se suponía que yo no sabía que era un brujo de la lluvia; el entrevistado era yo, y creo que le impresionó mucho mi respetuosa actitud. Convinimos en que le haría una visita. Yo tenía prisa por marcharme porque había comprado un poco de carne por primera vez en un mes y la había dejado al cuidado de mi ayudante. Me levanté y le estreché la mano cortésmente. «Discúlpeme —dije—, tengo que guisar un poco de carne.» Al menos es lo que pretendía decir, pero debido a un error de tono declaré ante una perpleja audiencia: «Discúlpeme, tengo que copular con el herrero.»

Los habitantes de mi poblado se volvieron rápidamente expertos en traducir lo que había dicho a lo que quería decir. Es difícil discernir hasta dónde se incrementó mi dominio de la lengua y hasta dónde les enseñé a entender mi chapurreo particular.

No obstante, seguía convencido de que para los dowayos yo no era sino una simple curiosidad. Es falso que el aburrimiento sea una queja exclusivamente endémica de la civilización. La vida rural de Africa es tediosa a más no poder, no sólo para un

occidental acostumbrado a una gran variedad de estímulos cambiantes, sino para los propios lugareños. Todo pequeño suceso o escándalo es comentado con deleite una y otra vez, cada novedad perseguida, cualquier alteración de la rutina saludada como un alivio de la monotonía. A mí me apreciaban porque los distraía. Nadie podía estar seguro de lo que haría a continuación. Quizá me iría a la ciudad y traería alguna nueva maravilla o alguna anécdota. Quizá vendría alguien a visitarme. Quizá me iría a Poli y encontraría cerveza. Quizá saldría con alguna nueva tonte-ría. Era una fuente constante de conversación.

Ahora que había inventado todo tipo de actividades inútiles en que invertir el tiempo, sentía necesidad de rutina. Era esencial levantarse temprano. En aquella época del año, la mayoría de la gente dormía en unos pequeños refugios de los campos para protegerlos de los estragos del ganado. En teoría los dowayos deben llevar sus rebaños al corral de la aldea cada noche, pero raras veces se molestan en hacerlo. Tradicionalmente, la vigilancia y el pastoreo han sido tarea de los niños pequeños, pero hoy en día éstos han de ir al colegio. En consecuencia, los animales vagan a placer por los campos e infligen un gran daño a las cosechas. Las mujeres saben que si su campo es devastado ello se considerará prueba de adulterio y encima su esposo les pegará; por lo tanto, suelen vigilar con especial cuidado. A riesgo de perder el alimento del año siguiente, pocos son los que regresan a la aldea en varias semanas seguidas, y los que lo hacen se vuelven a marchar muy temprano.

Así pues, intentaba estar en pie al alba para saludar a la gente antes de que se marchara. «Saludar a la gente» es una gran tradición africana. Consiste en que te visiten durante horas personas que no conoces y que eluden todo intento de trabar conversación. Marcharse apresuradamente se considera de mala educación, de modo que se vuelve sobre los mismos temas una y otra vez: el campo, el ganado, el tiempo. Esto tiene ciertas ventajas para el neófito: el vocabulario es reducido y las construcciones simples, de modo que no son pocas las veces que puede sorprender a la gente con frases enteras aprendidas de memoria.

Una vez finalizados los «saludos» a satisfacción de todos, me disponía a desayunar. La comida era un problema importante en el país Dowayo. Tenía un colega que había trabajado en la zona selvática meridional de Camerún y me había contado muchas cosas sobre las delicias culinarias que me esperaban. Los plátanos crecían a la puerta de tu casa, los aguacates caían de los árboles a tu paso y había carne en abundancia. Por desgracia, yo estaba más cerca del desierto que de la jungla y los dowayos concentraban todo su amor en el mijo. No comían nada más por miedo a ponerse enfermos. Hablaban del mijo; pagaban sus deudas con mijo; fabricaban cerveza de mijo. Si alguien les ofrecía arroz o patatas dulces, se lo comían pero lamentaban amargamente que no fuera tan bueno como el mijo, que acompañaban de una salsa vegetal agria y pegajosa hecha con hojas de plantas silvestres. Como menú ocasional estaba muy bien, pero los dowayos lo comían dos veces diarias, por la mañana y por la noche, todos los días del año. El mijo hervido es como una masilla. Lástima que no pudieran venderme.

La tierra es gratuita en el país Dowayo. Cada cual puede coger la que quiera y construirse una casa donde guste. No obstante, esa política no produce excedentes agrícolas. Todos cultivan lo mínimo posible. Limpiar la tierra y cosechar son ya tareas bastante duras. Pero lo peor es lo que hay que cavar a mitad del período de crecimiento. A fin de aliviar el tedio de este proceso se celebran grandes fiestas de la cerveza en las que los trabajadores permanecen mientras queda que beber; luego se van a otra fiesta y se llevan al anfitrión. De esta forma, el trabajo se ve interrumpido por tandas de borracheras en sociedad. Aunque el mijo alcanza un precio elevado en las ciudades, a los dowayos no les atrae vender allí, pues el mercado está controlado por los comerciantes fulani, que esperan obtener ganancias de en torno a un cien o doscientos por cien en todo lo que tocan. Puesto que también controlan el transporte, la remuneración que recibiría un campesino dowayo sería muy pequeña, por eso prefieren cultivar lo justo para su consumo y para atender sus obligaciones familiares si hay alguna celebración en perspectiva. Por lo demás,

los márgenes son reducidos, y si llueve menos de lo que se espera antes de la cosecha, es posible que haya incluso escasez. Tratar de comprar algo en el país Dowayo es intentar nadar a contracorriente. Aunque no les resultaba rentable, los franceses introdujeron deliberadamente los impuestos para obligar a los dowayos a emplear el dinero. Sin embargo, siguen prefiriendo el trueque y acumulan deudas que se saldan matando una res en vez de con dinero. Si me hubieran dado mijo, yo hubiera tenido que pagar con carne o con mijo comprado en la ciudad.

Si bien disponen de vacas, los dowayos no las ordeñan ni las crían para obtener alimentos. Son reses enanas, sin joroba, a diferencia de las de los fulani, y casi no producen leche. Los dowayos afirman también que son «muy fieras», aun cuando yo no vi ninguna prueba de ello. En teoría, sólo deben ser sacrificadas para los festivales. Cuando muere un hombre rico que posee, digamos, cuarenta reses, habría que sacrificar diez y entregar su carne a los parientes. Hoy en día el gobierno central intenta evitar lo que considera un despilfarro de recursos, pero la costumbre perdura.

En otras festividades se sacrifican reses en honor de los muertos, y también hay que pagar con reses al comprar esposas. De ahí que su injustificable destrucción para obtener alimentos o dinero sea vista con malos ojos por los jóvenes, que piensan emplearlas con fines matrimoniales. Cuando alguien me daba carne, especialmente el jefe de Kongle, se producía una alternancia rápida entre la escasez y la abundancia. Insistía siempre en darme una pierna entera, que era mucho más de lo que yo podía consumir antes de que se pudriera, de modo que se me ofrecía así la posibilidad de obtener una serie de subproductos de la hospitalidad del jefe, pues podía cambiar carne por huevos. No es que los huevos fuesen una gran bendición. Normalmente los dowayos no los comen; la idea les resulta algo repulsiva. «¿No sabe de dónde vienen?», preguntaban. Los huevos no eran para comerlos sino para criar pollos. Así pues, muy amablemente, me traían huevos que habían tenido al sol durante un par de semanas a fin de que satisficiera con ellos mi enfermizo deseo. Comprobar si flotaban

no siempre bastaba para identificar los que estaban malos; una vez han rebasado un determinado estado de putrefacción, empiezan a hundirse en el agua igual que los frescos. Mi esperanza de comerme un huevo se vio muchas veces truncada tras ir cascando uno tras otro y oliendo el denso hedor que despedía su interior azul verdoso.

Frente a la imposibilidad de comer productos de la tierra, decidí criar mis propias gallinas. Tampoco este intento tuvo éxito. Algunas las compré y otras me las dieron. Las gallinas dowayas son en general unos animalitos endebles; comérselos es como comerse una reproducción en plástico de un Tiger Moth. No obstante, respondieron a mi tratamiento. Las alimenté con arroz y gachas de avena, cosa que los dowayos, que no les daban nunca de comer, consideraron una enorme extravagancia. Un día empezaron a poner. Yo ya fantaseaba con poder tomar un huevo diario. Mientras estaba sentado en mi choza regocijándome por el festín que me iba a dar, apareció mi ayudante en la puerta con una expresión de orgullo en el rostro: «*Patrón* —exclamó—, acabo de darme cuenta de que las gallinas estaban poniendo huevos, así que las he matado antes de que perdieran toda la fuerza.»

Después de esto, me resigné a contentarme con un desayuno a base de gachas de avena y leche enlatada que compraba en la tienda de la misión. En Camerún se cultiva té en abundancia, pero generalmente era imposible comprarlo en Poli. No obstante, sí había té nigeriano, presumiblemente de contrabando.

Mi ayudante solía comer conmigo, pues afirmaba que los alimentos de aquellos dowayos salvajes del monte no eran comestibles. Al cabo de unos meses observé que había engordado una barbaridad y descubrí que además de comer conmigo comía también con el jefe.

Después del desayuno era la hora del «consultorio médico». En el país Dowayo hay muchos enfermos y a mí no me hacía demasiada gracia tenerlos a todos congregados alrededor de mi choza. Sin embargo, aun teniendo en cuenta lo limitado de mis conocimientos y medios médicos, hubiera sido inhumano recha-



zarlos como hizo mi ayudante inicialmente. De conformidad con el concepto africano de categoría, consideraba que debía protegerme del contacto con el populacho. Podía conversar con los jefes o los brujos, pero no debía perder el tiempo con necios plebeyos ni con mujeres. Siempre que hablaba con los niños se mostraba abiertamente horrorizado. Se apostaba estratégicamente delante de mi casa y saltaba encima de cualquiera que pretendiera acercarse a mí, interponiéndose como una secretaria en la antecámara de algún gran hombre. Cada vez que yo quería darle un cigarrillo a alguien, insistía en que pasara por sus manos antes de ser entregado a un dowayo. Al final tuvimos que hablar del tema y desistió de sus atenciones, pero dejó claro que el contacto excesivo con la gente baja disminuía su propio rango.

Me traían las heridas y las llagas infectadas y yo les ponía un antiséptico y un vendaje, aun a sabiendas de que era todo inútil, pues los dowayos mantienen las heridas descubiertas y se quitan el apósito en cuanto se les pierde de vista. Había uno o dos casos de malaria, en la cual me creía a esas alturas experto, y les administraba quinina a los afectados, siempre con la intervención de mi ayudante para asegurarse de que les decía los números bien cuando explicaba la dosificación.

Pronto se extendió la noticia de que yo distribuía «raíces», como llaman los dowayos a los remedios, para la malaria y tenía buenos medicamentos. Sin embargo, un día se presentó una anciana furiosa quejándose de que le había contagiado la malaria. Se entabló entonces una enconada discusión que yo no pude seguir y al final se marchó acompañada de las burlas de los presentes. Sólo al cabo de meses de trabajo con curanderos y hechiceros comprendí en qué consistía el problema. Los dowayos dividen las enfermedades en varias clases. Están las «epidemias», enfermedades infecciosas para las cuales los blancos tienen remedios, como la malaria o la lepra. Está la brujería de la cabeza o de las plantas, y los síntomas causados por los espíritus de los muertos. Y, por último, las enfermedades por contaminación, contraídas tras el contacto con personas o cosas prohibidas. Estas últimas se curan mediante un nuevo contacto regulado con la persona o cosa que

ha causado la enfermedad. Al oír que yo tenía una cura para la malaria, la vieja se imaginó que era una enfermedad por contaminación y que el remedio que tenía en mi choza era también la causa de la enfermedad. Guardar una cosa tan fuerte y peligrosa en medio de una aldea constituía sin duda motivo de queja.

El resto de la mañana la dedicaba a aprender la lengua. A mi ayudante le gustaba mucho el papel de maestro y se complacía enormemente en hacerme repetir las formas verbales hasta que ya no podía más. Sin embargo, le gustaba menos una práctica que adopté al cabo de un par de semanas.

Disponía yo de un pequeño magnetofón portátil que casi siempre llevaba encima; a veces grababa las conversaciones que mantenía con la gente en el campo. A los dowayos les encantaba oír sus propias voces pero no se mostraban muy impresionados; no era la primera vez que veían magnetofones, los dandys dowayos gustaban de los radiocassettes y la mayoría los habían visto en alguna ocasión. Lo que de verdad los hacía murmurar «magia», «maravilla», era ver cómo escribía. Con la excepción de unos pocos niños, los dowayos son analfabetos. Incluso los niños escriben sólo en francés, y hasta que los lingüistas se pusieron a estudiar la lengua dowaya, a nadie se le hubiera ocurrido escribir en ella. Cuando yo tomaba notas en una mezcla de inglés y francés y copiaba las frases importantes en dowayo utilizando el alfabeto fonético, se quedaban contemplándome encantados durante horas y se turnaban para mirar por encima de mi hombro. Una vez le leí a un hombre lo que había dicho en nuestro anterior encuentro, que había tenido lugar un par de semanas antes, y se quedó estupefacto. Gradualmente fui formando una biblioteca compuesta de las conversaciones grabadas, mis notas y las interpretaciones posteriores. Así podía coger una al azar y repasarla palabra por palabra con mi ayudante, haciéndole justificar traducciones que me había dado, profundizar en algún tema o explicar las diferencias existentes entre dos sinónimos. Una vez empezamos a hacerlo con regularidad, nuestro nivel de competencia lingüística se incrementó enormemente. El se volvió mucho más cauteloso y yo empecé a aprender mucho más deprisa. En lugar de despa-

charme con una aproximación, señalaba dificultades sobre las que volver después y abandonó el aire de omnisciencia que había adoptado inicialmente.

El almuerzo consistía en galletas duras acompañadas quizá de chocolate, manteca de cacahuete o arroz. Luego mi ayudante se echaba una siesta que abarcaba la parte más calurosa del día y yo me retiraba a mi lecho de piedra durante una hora para escribir cartas, dormir o hacer cálculos desesperados de mis apuradas finanzas.

Al cabo de unas semanas el calor aumentó mucho, empezaron a caer chaparrones esporádicos e instituí el baño de la tarde. El agua es muy peligrosa en el país Dwayo. Hay varias enfermedades parasitarias endémicas, la peor de las cuales es la bilharziasis, que muchos dwayos padecen y produce graves hemorragias intestinales, náuseas, debilidad y, finalmente, la muerte. De todos modos, la esperanza de vida es tan baja en el país Dwayo que muchos perecen antes de alcanzar esta fase. A mí, diversas personas me habían contado cosas diversas en diversos momentos. Según algunas autoridades, sólo con meter un pie imprudentemente en un río se contrae una bilharziasis crónica; según otras, es necesario sumergirse durante varias horas en agua contaminada para que sea posible la infección. Un geógrafo francés que andaba de paso me dijo que después de las primeras lluvias fuertes no había peligro alguno. Al parecer, éstas barrían los caracoles portadores del parásito río abajo. Así, siempre que uno evitara las aguas estancadas o con poca corriente en la temporada seca, el riesgo era mínimo. Puesto que ya había sufrido la tortura de ver a los dwayos jugueteando alegremente en los refrescantes riachuelos mientras yo me arrastraba envuelto en sudor, sentía una fuerte tentación de zambullirme también; de todos modos, era imposible trasladarse a ningún sitio que se encontrara a una distancia moderada sin tener que cruzar algún veloz torrente metiéndote en las aguas hasta la cintura. Por lo tanto, decidí dar por bueno el diagnóstico del geógrafo e ir al lugar donde se bañaban los hombres, una profunda concavidad granítica al pie de una

cascada que las mujeres tenían vedada por ser allí donde se circuncidaba a los niños.

El día que hice la primera aparición en el nadadero sólo había dos hombres jóvenes que se habían detenido a lavarse a la vuelta del campo. Mi anatomía era claramente tema de viva especulación. Los días que siguieron aparecieron por allí veinte o treinta hombres con el obvio propósito de ver la gran novedad que representaba un blanco sin ropa. A partir de entonces mi gancho como atracción disminuyó rápidamente y las cifras recuperaron los niveles normales. Me sentí ligeramente insultado.

Se trataba de un lugar delicioso situado al pie de los montes de donde brotaba el agua, fría y limpia. Unos árboles proyectaban su sombra sobre el estanque, cuyo fondo era de arena. Alrededor del agua había losas dispuestas a varios niveles sobre las cuales se podía uno tumbar en toda la gradación posible de temperatura.

Matthieu y yo íbamos casi cada día, a no ser que otra ocupación nos reclamara, y en este entorno exclusivamente masculino fue donde los dwayos comenzaron a hablarme de su religión y sus creencias. Puesto que era bien patente que todos habían sido circuncidados a la manera tradicional y yo no, la conversación se encaminó espontáneamente hacia este tema, que para la cultura dwayo era algo más que una obsesión transitoria.

Después de bañarnos, dábamos una vuelta por los campos tratando de localizar las fiestas que se celebraran ese día. En ellas, debajo de una cubierta tejida, se congregaban hasta veinte hombres y mujeres que cavaban y bebían intermitentemente. Un ilustre funcionario colonial francés dijo de la cerveza de mijo que tenía la consistencia de una crema de guisantes y un sabor a parafina. La descripción es exacta. Los dwayos no beben otra cosa a mediodía y se emborrachan bastante pese a su bajo contenido alcohólico. Ello me intrigaba. Yo había decidido desde el principio tomar cerveza autóctona pese a los indudables horrores del proceso de fabricación. En mi primera visita a una fiesta dwayo hube de someterme a una dura prueba. «¿Le apetece un poco de cerveza?», me preguntaron. «La cerveza está surcada»,

respondí equivocándome de tono. «Ha dicho que sí», les explicó mi ayudante con voz fatigada. Estaban asombrados. No se sabía de ningún blanco que hubiera tocado su cerveza. Cogieron una calabaza y procedieron a lavarla en honor de mi exótica sensibilidad, lo cual hicieron entregándosela a un perro para que la lamiera. En el mejor de los casos, los perros dwayos no son bonitos; éste era particularmente repulsivo: flaco, con las orejas llenas de heridas abiertas donde se cebaban las moscas y enormes garrapatas colgando del vientre. El animal lamió la calabaza con fruición, tras lo cual la llenaron y me la entregaron. Todo el mundo me miraba expectante. No podía hacer nada; di cuenta de su contenido y exhalé un jadeo de placer. A ésta siguieron varias calabazas más. Les costaba creer que no estuviera ebrio. Para un occidental es virtualmente imposible emborracharse a base de cerveza de mijo; sencillamente no puede retener en el cuerpo la cantidad necesaria. En cambio, los dwayos cogen en seguida grandes melopeas con la cerveza de fabricación industrial. No es extraño que una botella les dure tres días, durante los cuales afirman estar constantemente ebrios.

El jefe, Zuuldibo, estaba siempre presente en estas ocasiones. No se perdía una fiesta, pero se negaba en redondo a hacer ningún trabajo agrícola a cambio. La manera más sencilla de localizar una celebración era enviar a Matthieu a buscar a Zuuldibo. Puesto que al perro de Zuuldibo le había dado por seguirme con la esperanza de recibir alguna dádiva, formábamos una procesión bastante curiosa. Mi primer discurso correcto en dwayo fue: «Matthieu sigue al jefe. Yo sigo a Matthieu. El perro me sigue a mí.» Este parlamento se consideró muestra de un ingenio de primer orden y fue muy repetido.

Después de una sesión en el campo, siempre trataba de estar en el cruce de caminos hacia el anochecer, pues a esa hora pasaban por allí los que regresaban a las distintas zonas de Kongle. Habían sido colocados en ese lugar un par de árboles talados sobre los cuales se sentaban los hombres, que se dedicaban a chismorrear y espantar a los mosquitos hasta la hora de cenar. Unas gachas de avena o un puré de patatas instantáneo (muy caro, pero las

patatas de verdad se pudrían en cuestión de días) con una lata de sopa ponían fin a la jornada. Luego me retiraba a redactar impresiones, a anotar preguntas para el día siguiente y a leer todo lo que caía en mis manos.

Mi único lujo de verdad era una lámpara de gas que había comprado en N'gaoundéré. Aunque tenía que desplazarme doscientos cuarenta kilómetros para cambiar la bombona, sólo era necesario hacerlo cada dos meses y además disponía de una de reserva. Ello me permitía trabajar después de anochecer, lo cual constituía una gran bendición, pues oscurece antes de las siete durante todo el año. Esta maravilla atraía numerosas visitas y me costaba mucho explicarles a los dwayos que *no* era electricidad.

Así transcurrieron las primeras semanas y comencé a integrarme en la vida de la aldea. A medida que los dwayos fueron regresando al poblado, mi soledad se fue haciendo menos aguda, pero todavía era víctima de grandes ataques de depresión cuando la lluvia me dejaba encerrado en mi diminuta choza. Por otra parte, desde que contrajera la malaria no había recuperado del todo la salud. Ello se debía en parte a la monotonía de mi dieta, que con frecuencia me llevaba o bien a saltarme las comidas o bien a atiborrarme viendo en los alimentos un combustible esencial.

Hubieron de transcurrir meses antes de que tuviera la sensación de haber avanzado algo en el conocimiento de la lengua, aunque en el fondo estaba convencido de que regresaría sin aprender ni comprender nada. Lo peor era que los dwayos raramente parecían *hacer* nada, tener ninguna creencia ni llevar a cabo actividad simbólica alguna. Simplemente existían.

Mi frustración por no poder captar más que una fracción de lo que se decía a mi alrededor eligió como víctima propiciatoria a mi desventurado ayudante. Tenía la sensación de que no me enseñaba más que formas verbales incorrectas y comencé a dudar de que la mitad del tiempo entendiera lo que le decía, o de que hablara siquiera el dialecto de los dwayos monteses. Alguna que otra vez lo había visto intercambiar miradas furtivas con los hombres cuando salían ciertos temas y eso me olía a conspiración.

El puesto de ayudante de un investigador de campo no está exento de dificultades. Los indígenas esperan que se ponga de su parte en cualquier conflicto que surja con su patrón; en una sociedad africana, a un hombre que provoca la ira de sus allegados la vida puede complicársele mucho. Al mismo tiempo, el patrón espera que actúe como agente suyo en las relaciones con los nativos y que lo oriente en lo relativo a estrategias y contactos. Para un etnógrafo ansioso de dar con la verdad, trabajar por mediación de la tortuosa lealtad de un colegial parcialmente alfabetizado resulta muy frustrante, y el hecho de que cada parte implicada pueda tener ideas muy distantes sobre lo que se espera de él sólo contribuye a agravar el asunto. La mayoría de los dowayos, extrapolando las experiencias que han tenido con los misioneros, esperan que todos los blancos sean cristianos fanáticos. Por lo tanto, les extrañó muchísimo que mi ayudante asistiera a los rezos dominicales y yo no. Hube de esforzarme por salir al encuentro de los cristianos a su regreso y pasar un rato en su compañía para demostrar que mi ausencia no era debida a un sentimiento de superioridad por mi parte.

Y cuál no sería mi aflicción al descubrir que no podía sacarles a los dowayos más de diez palabras seguidas. Cuando les pedía que me describieran algo, una ceremonia o un animal, pronunciaban una o dos frases y se paraban. Para obtener más información tenía que hacer más preguntas. Aquello no era nada satisfactorio porque dirigía sus respuestas más de lo que aconseja cualquier método de campo fiable. Un día, después de unos dos meses de esfuerzos bastante improductivos, comprendí de repente el motivo. Sencillamente, los dowayos se rigen por reglas distintas a la hora de dividir una conversación. Mientras que en Occidente aprendemos a no interrumpir cuando habla otro, esto no es aplicable en Africa. Hay que hablar con las personas físicamente presentes como si se hiciera por teléfono, empleando frecuentes interjecciones y respuestas verbales con el único fin de que el interlocutor sepa que lo escuchamos. Cuando oye hablar a alguien, el dowayo se queda con la mirada fija en el suelo, se balancea hacia adelante y hacia atrás y va murmurando «sí», «así es», «muy bien» cada

cinco segundos aproximadamente. Si no se hace de esta forma, el hablante calla de inmediato. En cuanto adopté este método, mis entrevistas se transformaron.

Pero el principal problema no residía tanto en la fidelidad y honestidad de mi ayudante como en su edad. En Africa la edad confiere categoría; los dowayos muestran respeto hacia alguien dirigiéndose a él con el tratamiento de «viejo». Así, los sabios ancianos y venerables me llamaban «viejo» o «abuelo». Era un escándalo que un niño de diecisiete años estuviera presente en las conversaciones de mayores tan eruditos como nosotros. Para mí podía resultar casi invisible, pero a los dowayos les resultaba imposible no reparar en él. Andando el tiempo, los ancianos empezaron a despedirlo perentoriamente antes de entrar en temas serios, de modo que yo tenía que consultarle después si había surgido algún problema lingüístico. Por fortuna, un oscuro parentesco lo unía con el principal brujo propiciador de la lluvia y ello bastó para excusar su presencia en los primeros tiempos, de lo contrario —al igual que otros que habían trabajado con los dowayos— habría regresado convencido de la terquedad mular de esa raza.

## 7. «OH, CAMERUN, CUNA DE NUESTROS PADRES»

La única distracción de la rutina semanal era la escapada al pueblo que hacía los viernes por la tarde. El viaje se justificaba por el hecho de que ese día llegaba el correo de Garoua. Sin embargo, se trataba de una falsedad; sólo llegaba los viernes *en teoría*. El jefe fulani de Poli estaba encargado de repartir la correspondencia en su camión, pero cuándo lo hacía, o si lo hacía, dependía tan sólo de su capricho personal. Si decidía que deseaba pasar unos días en la ciudad, allí se quedaba, y el correo no llegaba hasta la semana siguiente. Le traía sin cuidado que ninguno de los maestros ni demás funcionarios recibieran su sueldo, que los medicamentos del hospital quedaran retenidos y que toda la población sufriera incomodidades.

Por otra parte, el servicio de correos es tan lento que durante los dos primeros meses lo único que recibí fueron cartas del banco de Garoua con extractos de operaciones escandalosamente inexactos. Por algún extraño artificio, ahora disponía de tres cuentas, una en Yaoundé, otra en Garoua, y otra, misteriosamente, en una población en la que no había estado nunca.

Una de las ventajas de «ir a recoger el correo» era que me permitía descansar de mi ayudante. Jamás en la vida había pasado tanto tiempo en la compañía ininterrumpida de una persona, y empezaba a sentirme como si me hubieran casado contra mi voluntad con alguien del todo incompatible conmigo.

Así pues, comenzaba las tardes de los viernes filtrando alegre-

mente agua para el viaje, que insistía en realizar a pie, en primer lugar debido a que en Poli era imposible obtener gasolina y por lo tanto tenía que ser cuidadosamente administrada, y en segundo lugar porque de lo contrario tenía que llevarme a todo el pueblo. En la estación de las lluvias había agua en abundancia, de modo que me contentaba con filtrarla antes de bebérmela. En la estación seca todos los badenes se transforman en pestilentes charcas y es necesario hervirla o echarle cloro. Mi cantimplora se convirtió en motivo de risa para los dowayos, que se extrañaban de que un litro me durara casi todo el día, hecho que acabaron aceptando como una peculiaridad del hombre blanco. En realidad, ellos tienen un sistema propio de restricciones de agua del cual el mío no era sino una extensión lógica. Los herreros, por ejemplo, no pueden recoger agua con los demás dowayos; éstos han de ofrecérsela. Los dowayos corrientes no pueden beber el agua de los del monte a no ser que sus propietarios se la ofrezcan. Los brujos de la lluvia no pueden beber agua de lluvia. Todo forma parte de un sistema regulado de intercambio que gobierna el intercambio de mujeres, comida y agua de uno a otro de los tres grupos. Puesto que yo no intercambiaba comida ni mujeres con otros grupos, era lógico que tuviera restricciones propias. Los dowayos jamás tocaban mi agua a no ser que literalmente se la pusiera en las manos, convencidos de que si bebían sin ser invitados podían contraer una enfermedad.

El paseo de aproximadamente nueve kilómetros por un pedregoso camino constituía en general un agradable alivio del chapoteo en los campos enlodados. Al cabo de un par de meses, tenía los pies y los tobillos plagados de todo tipo de hongos malignos que hacían caso omiso de los remedios de que disponía. En la época de las lluvias, los pantalones tenían una vida aproximada de un mes, transcurrido el cual se iban literalmente pudriendo de abajo arriba. Usar pantalones cortos era la solución evidente, pero ello enojaba a mi ayudante, que alegaba que no eran propios de mi elevada posición; por otra parte, no protegían de los espinos, la hierba afilada ni las cañas punzantes que abundaban en esa región.

Una vez en el pueblo, me instalaba en el bar con todos los demás asiduos aguardadores del correo. A veces había cerveza con la que matar el tiempo mientras esperábamos el sonido del camión. En ocasiones pasaba por el mercado un miserable grupo de viejos que vendían un puñado de pimientos o de collares de cuentas. No creo que se tratara de una ocupación económicamente rentable y a buen seguro su único objetivo era aliviar el aburrimiento. En el otro extremo de la población había un carnicero que vendía carne dos días por semana. Puesto que los peces gordos se habían reservado la mayor parte con antelación, lo único que quedaba para los demás eran pies e intestinos, que el carnicero cortaba con un hacha. La cantidad que le daban a uno por un precio determinado variaba caprichosamente, pues no se usaban balanzas. Funcionarios diversos, vagabundos en grado variable, gendarmes cogidos de la mano y, sobre todo, niños cruzaban este escenario.

Gracias a mi escapada de los viernes conocí a varios maestros. Figura destacada entre ellos era Alphonse. Se trataba de un forniko sureño que había sido enviado como maestro de primaria más allá del río Faro. Esa región de Camerún es tan remota que virtualmente forma parte de Nigeria. Allí se encuentra dinero y artículos nigerianos antes que cameruneses y el contrabando es corriente. Alphonse vivía totalmente aislado entre los tchamba. Un amigo que había ido a verlo contaba que su choza era diminuta y sus únicas posesiones un par de pantalones cortos y dos sandalias de distinto color. No había cerveza. Al iniciarse la estación seca, en el horizonte de la carretera de Tchamba aparecía una nubecilla de polvo y gradualmente iba haciéndose visible un puntito. Era Alphonse, que andaba, trastabillaba y se arrastraba hacia Poli gritando: «¡Cerveza! ¡Cerveza!» Cuando llegaba se instalaba en el bar y se gastaba todas las pagas que había acumulado en cerveza. El hecho de que no llegara nunca durante uno de los prolongados períodos en que no había cerveza constituye un argumento contundente en favor de la existencia de una deidad benefactora. Hacia las cuatro de la tarde, Alphonse ya había alcanzado el estadio en que quería bailar.

Era un hombre corpulento, afable si no se le contrariaba, pero prodigioso en sus accesos de furia. El encargado del servicio, que solía ser un alumno novillero de alguno de los maestros, era enviado a buscar la radio. En cuanto sonaba la música, Alphonse empezaba a saltar como un fenómeno de la naturaleza. Olvidándose del resto del mundo, arrastraba los pies mientras emitía graves gemidos, tomaba enormes tragos de su botella, balanceaba las caderas, hacía girar la pelvis y ladeaba la cabeza. Esto proseguía durante horas hasta que alcanzaba una fase más avanzada en la que todo el mundo tenía que bailar también so pena de que se ofendiera. La incógnita de si el correo llegaría o no antes de que Alphonse alcanzara la fase del baile social era causa de cierta preocupación. El bailarín no demostraba respeto alguno por los cargos y con frecuencia se encontraban en el bar inspectores de Hacienda y gendarmes que se movían nerviosamente bajo su imperial dominio mientras él suspiraba y sonreía feliz en un rincón.

Su principal aliado y compañero de juergas era otro sureño, Augustin. Este había desertado de la vida de contable que llevaba en la capital para hacerse profesor de francés. Se trataba de otro individualista a ultranza en un Estado que valoraba el conformismo servil. Mientras estuve allí, no conocí a nadie más que se negara a sacarse el carnet del único partido político. Entre el *sous-préfet* y él había nacido una pugna; ambos tenían fama de mujeriegos. Los funcionarios locales habían pronosticado con convicción que un día «desaparecería» o bien debido a algún delito político o bien debido a sus actividades con la esposas de los fulanis de Poli. Bajo la influencia del alcohol, atravesaba la población en una atronadora y enorme motocicleta, sembrando el terror entre jóvenes y ancianos por igual y sufriendo frecuentes caídas de las que salía siempre ileso. Una atmósfera de desastre inminente rodeaba a Augustin; donde se encontrara había problemas. En una ocasión en que vino a verme a la aldea se puso a fornicar descaradamente con una mujer casada. Los dowayos esperan que las mujeres casadas practiquen el adulterio y seducir a las mujeres de los demás se considera un divertido deporte. No obstante, Augustin copuló con ella en la choza del marido, lo cual constituía

una grave afrenta. El ofendido se enteró en seguida y, con la lógica de la responsabilidad compartida, decidió que yo debía compensarlo, a lo cual, tras consultar con el jefe y otros «asesores legales», me negué cortésmente. El marido se presentó entonces ante mi choza acompañado de sus hermanos. Cogería a Augustin la próxima vez que viniera a verme y, lo que era peor, le destrozarían la moto a garrotazos. Dadas las circunstancias, me pareció aconsejable advertir a Augustin que no apareciera por la aldea durante un tiempo. Sin embargo, en un gesto muy propio de él, se presentó al día siguiente e incluso estacionó la motocicleta delante de la choza del marido agraviado. Yo temía que hubiera violencia o que mi relación con los dowayos se viera perjudicada por el incidente.

El marido apareció con sus hermanos. Augustin sacó la cerveza que traía y todos bebimos en silencio. Seguidamente ofreció otra ronda y Zuuldibo, con su increíble capacidad para olfatear la bebida, hizo inmediatamente acto de presencia. Mi ayudante revoloteaba nervioso en segundo plano. Yo repartí tabaco. De pronto, el marido, que había estado reflexionando inmerso en el silencio tenso que suele asociarse con los borrachos de Glasgow, comenzó a canturrear desafinadamente. Los demás hombres se unieron a él con deleite. Al poco rato, el marido se marchó. El papel del antropólogo en estas ocasiones consiste en comportarse como un insistente zángano e ir por ahí pidiendo que le expliquen el chiste, de modo que empecé a preguntar por lo que acababa de presenciar. La letra de la canción era: «Oh, ¿quién copularía con una vagina amarga?», cantada en son de burla de las mujeres. Por lo visto, el marido, apaciguado por la cerveza, había llegado a la conclusión de que la solidaridad entre los hombres era más importante que la fidelidad de una simple esposa. No se volvió a hablar del asunto. Es más, Zuuldibo y Augustin pasaron a ser inmejorables amigos y desde entonces compartieron muchas farras.

Alphonse y Augustin solían encontrarse en el bar aguardando la llegada de su sueldo con el inútil nerviosismo del que está a punto de ser padre. Durante la espera estallaban siempre grandes disputas sobre los cálculos del impuesto sobre la renta, y observé

con interés que los maestros cameruneses recibían casi el mismo salario en Poli que yo en Londres. También recibían billetes de avión para viajes interiores que en su mayoría vendían en el mercado negro, a no ser que los funcionarios se los hubieran quedado antes. En realidad, ir a buscar el correo era un regreso nostálgico a la burocracia de los empellones. Había que hacer interminables colas mientras se anotaban minuciosamente todo tipo de detalles en cuadernos escolares donde se tiraban abundantes y cuidadosas líneas y se ponían sellos con precisión milimétrica. Los documentos de identidad eran asimismo atentamente examinados. Un oficinista experimentado podía lograr que la entrega de una sola carta durara diez minutos.

Seguidamente llegaba el post mortem. Los que no habían recibido correo se retiraban al bar a lamentarse. Los que sí lo habían recibido, generalmente terminaban en el mismo sitio para celebrarlo. Puesto que anochece antes de las siete, el camino de regreso a Kongle había de realizarlo casi invariablemente sin luz. En Inglaterra nos olvidamos de lo oscuras que pueden ser las noches pues raramente nos encontramos lejos de algún punto luminoso; en el país Dowayo no podían ser más negras y había que llevar linterna por fuerza. Los dowayos se niegan a rebasar de noche la valla que señala el límite de la aldea; la oscuridad los aterra y se reúnen en torno al humo y el resplandor de las fogatas hasta que retorna la luz. Fuera hay animales salvajes y hechizos; y además está el gigante «Cabeza de Pimiento», que asesta golpes a los viajeros desprevenidos y los deja mudos del susto.

Les extrañaba, pues, sobremanera que cometiera la temeridad de recorrer el despoblado a oscuras. Hacerlo solo era muestra de locura. Lo cierto es que yo no me sentí nunca tan seguro como en el campo desierto de noche cerrada. El ambiente refrescaba hasta alcanzar la temperatura de los crepúsculos estivales ingleses y generalmente la lluvia aflojaba, aunque continuaban los relámpagos silenciosos sobre las altas montañas. Las constelaciones eran nuevas y espléndidas. A menudo la luna salía más tarde e iluminaba la escena como si fuera de día. En aquella zona no había grandes predadores verdaderamente peligrosos; el riesgo princi-

pal era pisar una serpiente. En el campo reinaba una paz y una tranquilidad que distaban mucho de la agitación del poblado y constituían un agradecido alivio de la tarea de tratar de comprender a los dowayos, de percibir cómo te miraban y te señalaban, te gritaban y te interrogaban. La intimidad esencial del individuo, primera carencia de la vida africana, se recuperaba allí mágicamente. Siempre regresaba como nuevo de mis caminatas nocturnas.

Alguna que otra vez me cruzaba con alguien. Solían ser grupos que huían despavoridos de los horrores de la noche, visitantes que se habían retrasado imprudentemente en las aldeas del monte, hombres que regresaban de alguna fiesta. En ocasiones simplemente daban media vuelta y echaban a correr nada más avistarme. Al día siguiente, la diversión era grande cuando contaban que se habían topado con el mismísimo «Cabeza de Pimiento» y habían logrado escapar de sus garras; todo el mundo procuraba evitar la conclusión de que el aumento de la frecuencia de sus apariciones se debía en gran medida a mi intervención. Consideraban que el miedo al gigante era una saludable medida preventiva contra los «paseos» de las mujeres. Los «paseos» llevaban aparejadas relaciones adúlteras. Existían incluso encantamientos a base de hierbas que transformaban en «Cabeza de Pimiento» y que los hombres colocaban en los cruces de caminos a tal fin. No venía mal darles un susto a las mujeres de cuando en cuando.

A medida que iba componiendo el rompecabezas de las relaciones entre brujos de la lluvia, dowayos corrientes y herreros, también me iba haciendo una idea de las relaciones entre hombres y mujeres. En lo relativo a detalles físicos me basaba en lo que podía sacarles en el nadadero a mi ayudante y a los hombres del poblado. Ello era abundantemente complementado por el considerable estudio práctico realizado por Augustin con las mujeres paganas. Una vez le hube sugerido un par de temas para que los tuviera presentes, demostró ser una rica fuente de información sobre costumbres sexuales y pudo confirmar la extraña mezcla de libertinaje y pudibundez exhibida por los dowayos.

El objeto de mi estudio es un pueblo sexualmente activo desde una edad relativamente temprana. Puesto que no saben qué edad tienen, hay que calcularlo a ojo y parece que inician la exploración hacia los ocho años. La actividad sexual no es desaconsejada, pero la promiscuidad desenfrenada no está bien vista. Aunque se permite que un chico pase la noche con una chica en su choza, se espera que la madre esté al tanto. Las relaciones sexuales empeoran con la pubertad. El embarazo prematrimonial no constituye deshonor, al contrario, se considera una prueba de que la muchacha es fértil; sin embargo, la menstruación es causa de imbecilidad si un hombre entra en contacto con ella. La circuncisión añade nuevas complicaciones. Esta puede realizarse a cualquier edad entre los diez y los veinte años, sometiendo simultáneamente a dicha operación a todos los jóvenes de la localidad. Un hombre puede casarse e incluso tener hijos antes de ser circuncidado; se conocen casos de padres que son circuncidados al mismo tiempo que sus hijos, aunque no es frecuente. Sin embargo, los hombres no circuncidados tienen un aura de femineidad. Se les acusa de emitir el hedor de las mujeres como consecuencia de la suciedad de sus prepucios, no se les permite participar en los actos sólo para hombres y son enterrados con las mujeres. Pero lo peor de todo es que no pueden jurar por sus cuchillos. El más fuerte juramento que se puede pronunciar en el país Dowayo es *Dang mi gere*, «Mirad mi cuchillo». Hace referencia al cuchillo de la circuncisión, un potente objeto que sirve para matar brujas y desde luego mataría a cualquier mujer. Si un hombre dirige tal juramento a una mujer es que está muy enfadado y seguramente le va a dar una paliza. Los hombres no circuncidados que lo utilizan son blanco de despiadadas burlas y si persisten en ello se les golpea; cuando lo usaba yo se mondaban de risa.

Los dowayos practican una circuncisión muy severa, pues arrancan la piel del pene en toda su longitud. Hoy en día, algunos chicos son operados en el hospital, pero los conservadores lo consideran un escándalo porque piensan que no les quitan lo suficiente, además de que el chico no permanece completamente



aislado de las mujeres durante los nueve meses preceptivos. A través de un proceso de muerte y resurrección, el ser imperfecto que aparece en el nacimiento natural se convierte en una persona completamente masculina. El circuncisor tuvo a bien certificar que yo estaba «honoríficamente circuncidado» previo pago de seis botellas de cerveza, de modo que la exención me salió a buen precio.

Las mujeres no deben saber nada de la circuncisión. Se les dice que consiste en una operación mediante la cual se sella el ano con un fragmento de piel de vaca. Para mantener el secreto es preciso emplear todo tipo de ardidés. En la estación seca la vegetación se marchita y hay muy poca protección. El país Dowayo está lleno de hombres que andan por ahí con la mirada perdida en el espacio, conteniéndose desesperados hasta que no haya moros en la costa para poder precipitarse detrás de una piedra para aliviarse. En realidad, las mujeres saben perfectamente lo que pasa, pero no deben admitirlo en público. Llegué a considerar que uno de los signos de mi anómala situación como ser fundamentalmente asexual era que ante mí sí lo admitían. Transcurrió mucho tiempo hasta que alguien se tomó la molestia de ponerme al tanto de esta división de conocimientos. Antes había supuesto que las mujeres sabían en qué consistía la circuncisión pero resultaba bochornoso hablar de ello en su presencia. Existe una gran variedad de cosas relacionadas con los «secretos de los hombres» que no han de nombrarse delante de las mujeres: ceremonias, canciones y objetos. En la práctica, generalmente resultaba que las mujeres conocían muchos detalles de lo que ocurría pero no se habían hecho una idea completa. Si bien sabían que el pene tenía un papel en la circuncisión, ignoraban que el ritual a que se someten los chicos durante esta operación es virtualmente idéntico al que viven las viudas en los festivales que se celebran unos años después de la muerte de los hombres ricos. Así pues, seguramente desconocían que todo el festival de las calaveras tenía como modelo el ritual de la circuncisión. Según descubrí más tarde, sólo estaba al alcance de los hombres conocer la totalidad del sistema cultural.

Se ha señalado que, extrañamente, las mujeres suelen estar ausentes de las descripciones de los antropólogos. Se supone que son fuentes de conocimiento difíciles y mal informadas. En mi caso particular, he de decir que, después de un desafortunado inicio, me resultaron de gran ayuda.

Como de costumbre, el problema era de naturaleza lingüística. Deseaba hablar con una anciana sobre los cambios experimentados por el comportamiento dowayo a lo largo de los años y pensé que sería conveniente pedirle antes permiso al marido. «Pero ¿de qué quiere hablar con ella?», me preguntó. «Del matrimonio —le dije—. Quiero saber cosas de las costumbres, del adulterio, de...» Tanto el marido como mi ayudante se sobresaltaron, horrorizados e incrédulos. Yo me apresuré a reparar mentalmente los tonos que había usado pero no advertí ninguna equivocación. Hice un aparte con Matthieu. El problema residía en una concreta expresión dowayo. En este idioma las costumbres no se «ponen en práctica», se «hablan». O, lo que es lo mismo, no se «comete» adulterio, sino que se «habla». Por lo tanto, había anunciado mi intención de ponerme a realizar determinados rituales y cometer adulterio con la esposa de aquel hombre.

Una vez se hubo aclarado el malentendido, resultó una informante de suma utilidad. Mientras que los hombres se consideraban depositarios de los secretos últimos del universo y había de engatusarlos para que los compartieran conmigo, las mujeres estaban convencidas de que toda la información que poseyeran carecía de importancia y podía ser repetida sin remordimientos a cualquier extraño. Con frecuencia abrían nuevos terrenos de investigación aludiendo de pasada a alguna creencia o ceremonia de la que yo no había tenido noticia hasta entonces y que los hombres habían evitado mencionar.

La vida de hombres y mujeres permanece en gran medida separada. Un hombre puede tener numerosas mujeres pero pasar el tiempo con sus amigos mientras ellas están con las otras esposas o las vecinas. Tal comportamiento es similar al que se da en el norte de Inglaterra. La mujer prepara la comida para su marido y sus hijos pero él come solo, a lo sumo con el hijo mayor. Tam-

bién cultivan la tierra separadamente. Ella cultiva sus alimentos y él los de él, aunque quizá la ayude en las tareas más duras. Hombre y mujer se encuentran con propósitos sexuales en la choza de él según una rotación que ya han acordado de antemano con las demás esposas. A ojos de un occidental la familiaridad o el afecto que se demuestran es escaso. Los dowayos me contaron extrañados que la esposa de un misionero americano salía corriendo de casa a recibir a su marido cuando éste regresaba de algún viaje. Se partían de risa por el hecho de tener que pedirle a la mujer del misionero, en vez de a él, que los llevara en el coche, y encima no parecía que le pegara nunca.

De esto no debe inferirse que las esposas de los dowayos son pobres violetas amedrentadas. Dan lo mismo que reciben y se defienden con furia. La mayor represalia consiste simplemente en marcharse a la aldea de sus padres. El marido sabe que en estas circunstancias tendrá gran dificultad para recuperar las cabezas de ganado que ha pagado por la esposa. Es muy posible que se quede sin mujer y sin reses. Por ello se suele retrasar la entrega del ganado todo lo posible. No es infrecuente que las mujeres abandonen a sus maridos y el sistema de traspaso de reses está tan sujeto a retrasos como el más eficaz banco camerunés. La frecuencia de las rupturas matrimoniales y el incumplimiento por parte de los maridos del pago de las esposas puede despertar la cólera del etnógrafo que descubre que una misma mujer aparece dos o tres veces en sus cómputos. Así, si una mujer ha dejado a su marido por otro, ambos informarán al antropólogo con toda tranquilidad de que se trata de su mujer. El primero estará más que dispuesto a decir cuánto ha pagado por su esposa pero omitirá el detalle de que esa cantidad nunca fue satisfecha. El segundo marido indicará el precio que pagó por ella pero se olvidará de decir que no lo satisfizo a los padres sino al primer marido injuriado, quien es muy posible que haya usado esas cabezas de ganado para pagar alguna mujer anterior que todavía debiera. Los padres de la esposa descarriada le reclamarán ahora al segundo marido las reses que no pagó el primero, amenazando con llevarse a la mujer. El responderá recordando una deuda con-

traída tres generaciones antes al no ser pagada alguna mujer de su familia. A esto sigue una querrela complicadísima.

Los dowayos no justifican nunca la elección de una esposa por su belleza sino más bien por su obediencia y bondad. Una mujer no debe ver nunca un pene que no haya sido circuncidado, de lo contrario enfermará. Un hombre no debe ver nunca una vagina so pena de perder el apetito sexual. De ahí que el coito sea un encuentro furtivo realizado en una oscuridad total en que ninguno de los dos participantes está desnudo. La mujer no se quita el manojito de hojas que lleva por delante y por detrás. En otro tiempo, los hombres llevaban un taparrabos que se desataba para permitir la extracción de la calabaza protectora del pene que tenían que llevar los circuncidados. Hoy en día los pantalones cortos están en boga y sólo los ancianos o los que realizan actividades rituales llevan ese tipo de protección. A modo de chiste, las mujeres imitan con los carrillos el ruido seco que hace el miembro viril al ser extraído de la calabaza; el mismo sonido sirve de eufemismo para referirse al propio acto sexual. Las mujeres esperan siempre recibir una recompensa por sus servicios, incluso de su propio esposo, hecho que ha conducido a severas comparaciones entre el concepto dowayo del matrimonio y la prostitución por parte de algunos predicadores; existe además una arraigada costumbre de llevar la cuenta de todo, incluso entre marido y mujer. Toda esta información la fui reuniendo poquito a poquito; la investigación de los festivales no relacionados con la vida diaria fue una cosa totalmente distinta.

Por pura suerte, había llegado al país Dowayo el año siguiente a una buena cosecha de mijo (los años van aquí de una cosecha de mijo, que tiene lugar a primeros de noviembre, a la siguiente) y muchos habían aprovechado esa abundancia para organizar festivales de las calaveras en honor de sus muertos.

Al morir, los cadáveres de los dowayos son envueltos en una mortaja de algodón autóctono y en los pellejos de las reses sacrificadas para la ocasión. Se los entierra agazapados. Unas dos semanas más tarde se retira la cabeza a través de una abertura dejada en el envoltorio para tal propósito, se la examina en busca

de señales de brujería y se la mete en una olla que se coloca en un árbol. A partir de ahí los cráneos de hombres y mujeres (u hombres no circuncidados) reciben distinto tratamiento. Los de hombre son situados en el descampado de detrás de la choza donde las calaveras encuentran el descanso final. Los de mujer son colocados detrás de la choza de la aldea donde nació la mujer. Al casarse, la esposa se traslada a la aldea de su marido; al morir retorna a la suya.

Al cabo de varios años, los espíritus de los muertos pueden empezar a importunar a sus parientes vivos apareciéndoseles en sueños, causándoles enfermedades o no dignándose penetrar en las entrañas de las mujeres para que nazcan niños y se reen-carnen los espíritus. Esto quiere decir que es buen momento para organizar un festival de las calaveras. Normalmente, lo pone en marcha un hombre rico solicitando el apoyo de sus parientes y ofreciéndoles cerveza. Si se celebran dos fiestas sin desavenencias, se dispone la organización. Los dowayos se vuelven muy quisquillosos cuando están bebidos y es raro que no se produzcan disputas; para lograrlo se requiere el esfuerzo de todos los presentes. El hecho de que dos fiestas seguidas no se vean empañadas por pelea alguna indica una singular comunidad de propósitos.

Yo me había enterado por Zuuldibo de que iba a celebrarse uno de estos festivales en una aldea distante unos veinticuatro kilómetros, y llevé a cabo un rastreo preliminar a fin de comprobar su veracidad.

En el país Dowayo el cómputo del tiempo es una pesadilla para cualquiera que pretenda establecer un plan que abarque más allá de diez minutos en el futuro. El tiempo se mide en años, meses y días. Los más ancianos sólo tienen una vaga noción de lo que es una semana; parece que ese concepto se considera un préstamo cultural, igual que los nombres de los meses. Los viejos cuentan en días a partir del presente. Existe una complicada terminología que designa puntos determinados del pasado y el futuro como, por ejemplo, «el día anterior al día anterior a ayer». Mediante este procedimiento, es virtualmente imposible fijar con

precisión el día en que va a ocurrir una cosa. A esto se añade el hecho de que los dowayos son muy independientes y se molestan si alguien intenta organizarlos. Hacen las cosas cuando les viene en gana. Tardé mucho en acostumbrarme a ello; no me gustaba aprovechar mal el tiempo, me contrariaba perderlo y esperaba obtener una compensación por el que invertía. Estaba convencido de que tenía el récord mundial de oír la frase «No es el momento oportuno para eso», pues era lo que contestaban los dowayos cada vez que trataba de obligarlos a enseñarme una cosa concreta en un momento concreto. Nunca quedaban en encontrarse a una hora o en un lugar determinados. La gente se extrañaba de que me sintiera ofendido cuando aparecían un día o una semana más tarde, o cuando recorría quince kilómetros para descubrir que no estaban en casa. Sencillamente, el tiempo no podía ser distribuido. Otras cosas de naturaleza más material entraban dentro de la misma categoría. El tabaco, por ejemplo, no admitía una separación clara entre lo mío y lo tuyo. Al principio me desconcertó que mi ayudante cogiera mi tabaco sin un formulario «con permiso» siquiera, mientras que no se le hubiera ocurrido jamás tocar mi agua. El tabaco, como el tiempo, es un área en que el grado de flexibilidad permitido por la cultura se halla muy lejos del nuestro. No es permisible negarse a compartir el tabaco; los amigos tienen derecho a registrarte los bolsillos y coger lo que encuentren. Cuando pagaba a mis informantes con un paquete, se lo escondían rápidamente pasando por alto todas las normas del recato y salían corriendo hacia casa, preocupadísimo por no encontrarse a nadie camino del lugar donde pretendían ocultarlo definitivamente.

Este viaje fue mi primera visita al valle conocido como Valle de las Palmeras Borassa, por los numerosos árboles de esta especie que tan sólo se dan allí. En los mapas antiguos todavía consta que una carretera discurre por el valle, pero en la actualidad se encuentra en un estado bastante lamentable. No obstante, conduciendo cuidadosamente se podía penetrar varios kilómetros en la fértil hondonada teniendo como telón de fondo las magníficas montañas que señalan la frontera con Nigeria. Allí los po-

blados se acercaban mucho más a la tradición de los dowayos del monte que los de mi zona. Por otra parte, era imposible comprender una palabra de lo que decía nadie, pues los tonos eran bastante distintos, exagerados hasta convertirse en enormes subidas y bajadas. Después de un par de horas de andar por el camino precedido por Matthieu y Zuuldibo, llegamos al recinto del jefe de la región. Las chozas estaban tan juntas, con propósitos defensivos, que había que ponerse a cuatro patas para pasar entre ellas. Las de la entrada eran tan bajas que todos tuvimos que tumbarnos panza abajo y arrastrarnos para poder penetrar. La estatura media de los habitantes de Kongle es aproximadamente de un metro sesenta y ocho. Aquí todos eran fornidos individuos de más de metro ochenta, de modo que tal disposición debía de resultarles muy molesta.

El jefe, un asombroso pirata viejo con un solo ojo y profundas escarificaciones ornamentales por todo el rostro, nos recibió con gran ceremonia. Puso cerveza a nuestra disposición y Zuuldibo se lanzó al ataque con avidez. Yo empecé a temer que nos pasáramos el día allí. Nos confirmaron que se iba a celebrar el festival de las calaveras, aun cuando no conseguimos precisar la fecha exacta. Hasta que no empezaron el consabido «el día siguiente al día siguiente...» no me di cuenta de que el jefe estaba borracho. Zuuldibo se esforzaba por alcanzarlo. El hablaba dowayo, los demás fulani. Uno de sus hijos se incorporó a la reunión y se puso a hablar en francés. Al poco se hizo patente que no tenía ni idea de quién era yo, pues me había confundido con el lingüista holandés, treinta años mayor que yo, que había vivido en su aldea durante varios años y se había marchado hacía poco. Por lo visto, todos los blancos le parecíamos iguales. Estaría encantado de que los acompañara cuando se celebrara la ceremonia. Ya me avisaría. Yo sabía por experiencia que no lo haría, pero le di las gracias efusivamente y conseguí convencer a Zuuldibo de que nos marcháramos a cambio de llenar mi cantimplora de cerveza para el viaje.

Eran las últimas horas de la tarde de un día muy caluroso y la piel de la cara se me caía a tiras. Los dowayos no me quitaban

ojo, sin duda esperando que pronto empezara a aparecer mi verdadera naturaleza negra.

Incluso los ancianos de esa raza caminan a una velocidad que duplica la de los europeos y saltan de una piedra a otra como las cabras. Empecé a arrepentirme de no haber llevado agua. Mis acompañantes se acomodaron amablemente a mi paso, perplejos por el hecho de que un blanco pudiera andar. Todos tenían exagerados prejuicios sobre nuestra inutilidad y nuestra vulnerabilidad ante la enfermedad y la incomodidad, que se explicaban por el hecho de que teníamos la «piel delicada». Lo cierto es que la piel de los pies y los coños de los africanos mide dos centímetros de espesor y ese pétreo pellejo les permite andar descalzos sobre piedras afiladas o incluso sobre cristal sin sufrir daño alguno. Por fin llegamos al coche y emprendimos el regreso, no sin antes recoger a una mujer que pasaba. Apenas habíamos recorrido kilómetro y medio cuando empezó a vomitar, como de costumbre, encima de mí. Mientras estuve entre los dowayos, fueron no pocas las personas y los perros que aprovecharon para vomitarme encima. En la estación lluviosa no había problema, te detenías junto a un río y te zambullías totalmente vestido para limpiarte.

De vuelta en la aldea, me sorprendió agradablemente el ingenio natural de mi ayudante. Al ver cómo iban las cosas en casa del jefe borracho, desapareció y fue a buscar a una joven conocida que se encargaba de preparar la cerveza para la fiesta. Por su estado de fermentación, dedujo que tardaría un par de días en hallarse lista y cuatro en agriarse. De este modo calculó la fecha. Y puesto que tal iniciativa coincidió con el día de pago, lo sorprendí, a él y a mí mismo, dándole una pequeña gratificación. El incidente supuso un cambio en nuestras relaciones e hizo nacer en Matthieu un repentino interés por obtener información y enterarse de las celebraciones. Al tiempo que se marchaba, comentó que el viaje había sido innecesario, pues por el número de gente que pasaría por el pueblo sabríamos qué día iba a ser la ceremonia. Además, tampoco hacía falta pedir permiso para asistir.

Los festivales son públicos y cuantos más extraños haya mayor es el éxito.

El día tan esperado amaneció espléndido. Me despertaron los habituales ruidos de los dowayos, que le preguntaban a Matthieu ante mi choza si *todavía* estaba en la cama, si *todavía* no me había levantado. Eran las seis menos cuarto. Por fin se me presentaba la primera oportunidad de poner a prueba mi equipo —máquinas fotográficas y magnetofón— sobre el terreno. Le había enseñado a Matthieu a usar el magnetofón y habíamos acordado que él se ocuparía de eso mientras yo me concentraba en tomar fotografías y notas. Ello lo complació grandemente y empezó a pavonearse y a apartar a la gente de su camino a empujones, cerciorándose de que todo el mundo se percataba de sus dificultosas responsabilidades. Entre tanto se había derrumbado uno de los puentes y al trayecto que habíamos de hacer a pie se añadieron otros cinco kilómetros. Especialmente desagradable resultó la travesía de un violento torrente, pues hubimos de saltar por las resbaladizas piedras con el equipo en alto para que no se mojara. Como era dowayo del llano, Matthieu tenía el mismo miedo que yo, mientras que nuestro acompañante, un montañés de unos cincuenta años, nos conducía con todo cuidado al otro lado aferrándose a las piedras mediante sus pies descalzos.

Por los senderos que convergían en el festival se acercaban cuadrillas de gente. Las mujeres habían cambiado las hojas habituales por retales de tela, señal inequívoca de que se trataba de un acontecimiento público. La ley obliga a los dowayos a vestirse y está prohibido sacar fotografías de mujeres con el pecho al descubierto. Tomada estrictamente, esta norma imposibilitaría por completo toda fotografía, de modo que, como la mayoría, hice caso omiso de ella, consciente sin embargo de que si aparecía la policía podían surgir problemas. Cuando llegamos a la aldea hubimos de saludar a una agobiante cantidad de extraños. En seguida tuvimos detrás un enjambre de sonrientes niños que jugaban y se revolcaban en el barro. Unos decrepitos ancianos se empeñaron en estrecharnos la mano y unos solícitos jóvenes en ofrecernos sus radios para que no me faltara música nigeriana. Con toda

paciencia traté de explicar que lo que deseaba era música dowayo. Ello complació a los ancianos y dejó perplejos a los jóvenes.

En el corral comunal se había congregado una gran muchedumbre con los pies hundidos en el barro hasta los tobillos. Zuuldibo se hallaba ya acomodado en una esterilla, radiante con sus gafas de sol y su espada. Nos tomamos una cerveza e intenté explicarme lo que ocurría.

Las «explicaciones» de los dowayos llevan siempre aparejados numerosos problemas. En primer lugar, suelen pasar por alto el detalle esencial que da sentido a toda la explicación. Nadie me contó, por ejemplo, que aquella aldea era donde vivía el «señor de la tierra», el hombre que controlaba la fertilidad de todas las plantas, ni que, en consecuencia, varias partes de la ceremonia se celebrarían aquí de forma distinta de cualquier otro sitio. Pero era comprensible; algunas cosas son demasiado evidentes para explicarlas. Si nosotros enseñáramos a un dowayo a conducir un coche, le hablaríamos de las marchas y de las señales de tráfico antes de indicarle que había de intentar no chocar con otros vehículos.

Por otra parte, sus aclaraciones solían terminar siempre en un círculo que llegué a conocer muy bien.

—¿Por qué hacéis esto? —preguntaba yo.

—Porque es bueno.

—¿Por qué es bueno?

—Porque nuestros antepasados nos lo dijeron.

Entonces insistía astutamente:

—¿Por qué os lo dijeron vuestros antepasados?

—Porque es bueno.

No pude jamás sacarlos de los «antepasados», con los cuales empezaban y terminaban todas las explicaciones.

Al principio me desconcertaba su inflexibilidad en las catalogaciones.

—¿Quién ha organizado este festival?

—El hombre de las púas de puercoespín en el pelo.

—Yo no veo a nadie con púas de puercoespín en el pelo.

—No. Es que no las lleva.

Siempre describían las cosas como deberían ser, no como eran.

Pero, al mismo tiempo, a los dowayos les encantaban las bromas. Yo siempre procuraba anotar qué tipos de hojas llevaban los distintos participantes en los festivales, pues parecía lógico que su vestimenta fuera importante, y constantemente era víctima de los «bromistas»; los hombres circuncidados el mismo día o las mujeres que menstruaron a la vez aparecían adornados con una extraña colección de hojas raras y lo desbarataban todo. Era fundamental identificarlos en seguida, porque si no sus mofas podían ser confundidas con las prácticas auténticas que pretendían subvertir.

También resultaba esencial saber que una misma persona podía desempeñar distintos papeles. En este festival en concreto, uno de los payasos, que era el único que podía tocar las calaveras, era también el hermano menor del fallecido en cuyo honor se había organizado el acontecimiento, por lo tanto alternaba las funciones de payaso y de organizador, de modo que para un extraño distaba mucho de quedar claro dónde empezaba uno y terminaba el otro. También llevaba a cabo muchas de las tareas que normalmente realizaría el hechicero de la casa de las calaveras, debido a la inhabitual enfermedad de éste. Así pues, un solo hombre ocupaba tres posiciones distintas en el sistema cultural.

Todo esto, naturalmente, escapaba al nivel de análisis para el que estaba yo capacitado en aquel momento, de modo que me limité a sentarme en una piedra a mirar, hacer preguntas tontas y sacar fotografías de las partes que parecían interesantes.

Ese primer día había mucho que ver. Los payasos eran extravagantes: llevaban la mitad del rostro pintado de blanco y la otra mitad de negro, llevaban encima trapos viejos y proferían agudos gritos en fulani y en dowayo, obscenidades y tonterías. «¡El coño de la cerveza!», exclamaban. Los asistentes se reían complacidos. Acto seguido, exhibían sus partes; por un mecanismo que desconozco, se echaban unos pedos ensordecedores; y trataban de copular unos con otros. Yo les causaba muchísima gracia. «Sacaban fotografías» con un cuenco roto y «tomaban apuntes» en hojas de palmera. Por mi parte, procuré pagarles con la misma moneda:

cuando me pidieron dinero, les entregué solemnemente el tapón de una botella.

A las afueras de la aldea estaban las calaveras de los muertos, hombres y mujeres por separado. Se habían sacrificado numerosas cabras, vacas y ovejas, y sus excrementos cubrían los cráneos. Los organizadores cortaron las cabezas de los pollos y rociaron a los difuntos con la sangre. Inmediatamente, los payasos comenzaron a pelearse por los cuerpos pisoteando el revoltijo de barro, sangre y excrementos. El calor era agobiante, el público numerosísimo. Los payasos se divertían tratando de salpicar a los asistentes con toda la sangre y suciedad posible. El olor resultaba repugnante y varios dowayos empezaron a vomitar, contribuyendo así al miasma. Yo me aparté de inmediato. Entonces empezó a caer una lluvia torrencial y Zuuldibo y yo nos cobijamos debajo de un árbol al tiempo que nos cubríamos la cabeza con hojas de palmera.

Un murmullo se elevó de la muchedumbre y se hizo evidente que un hombrecillo de edad avanzada acaparaba su interés. Era menudo y nervioso; su boca dibujaba un rictus ocasionado, como descubrí más tarde, por una dentadura postiza de segunda mano. Al parecer, presenciar cómo se la quitaba era una de las maravillas del país Dowayo. Estaba sentado muy erguido bajo un paraguas rojo, mirando a derecha e izquierda con aire de benévola omnisciencia. Nadie me quería decir quién era. «Un anciano conocido por su bondad», dijo Zuuldibo. «No lo sé», contestó Mathieu evasivamente. Le entregaron un gran recipiente de cerveza, que probó antes de desaparecer en el campo. Se respiraba cierta tensión en el aire. No hablaba nadie. Al cabo de unos diez minutos reapareció el anciano. La lluvia comenzó a remitir e incluso yo percibí un suspiro general de alivio. No tenía ni idea de lo que se avecinaba pero sabía que más valía que no pidiera explicaciones; quizá en privado Zuuldibo se mostraría más comunicativo.

A esto siguió uno de esos prolongados períodos de inactividad que caracterizan los actos organizados por los dowayos. Ello me permitió poner la «marcha de trabajo de campo», un estado

próximo a la suspensión de todas las funciones en que uno puede aguardar horas sin sentir impaciencia ni frustración, sin esperar que ocurra nada mejor. Al cabo de un largo rato se hizo evidente que no iba a suceder nada más. Por lo visto, algunos parientes habían confundido la fecha de la ceremonia y no se habían presentado. Quizá llegarían al día siguiente. Comenzó una agitada concertación de alojamientos y Matthieu salió a solucionar el mío. Zuuldibo anunció que él dormiría debajo de un árbol mientras hubiera cerveza.

Tras un corto paseo por el campo y después de atravesar dos ríos y muchos zarzales, llegué al que había de ser mi lugar de descanso, la choza que me había cedido un hombre amabilísimo que había echado a su hijo para poder él pasar la noche bajo techado. Al preguntarle, me dio a entender que su hijo recibiría aquella noche los favores sexuales de una doncella dowayo, por lo que no debía inquietarme.

La choza era la más cochambrosa que había visto hasta entonces. En un rincón había una caja con varios pollos en proceso de putrefacción, presumiblemente indicio de que su dueño había ofrecido la sangre a los antepasados ese día. De las vigas del techo pendían diversos artefactos que se utilizarían en distintas etapas del festival: las flautas que se tocan cuando un hombre ha sido sacrificado y las colas de caballo y las mortajas, que se usan para ornamentar las calaveras antes de bailar con ellas. El suelo estaba cubierto de inmundicia. Cuando me hube acomodado en ella, descubrí que la cama contenía varios trozos de carne y huesos a medio comer, restos de una res sacrificada.

Hasta nuestros oídos llegaban los tambores y los cantos procedentes de la aldea y el rítmico sonido me arrulló hasta que me dormí acurrucado y cubierto por mi propia ropa mojada. De pronto me despertaron unos arañazos en la puerta; durante un momento temí que se tratara de otra Cuu-í, pero era Matthieu, que me traía agua caliente en una calabaza. «Ha hervido cinco minutos, *patron*, puede beberla.» Yo tenía escondida una mezcla de leche y café en polvo, además de abundante azúcar por si lo quería algún dowayo. Nos repartimos la poción y Matthieu añá-

dió seis cucharadas de azúcar a su parte. Haciendo un esfuerzo para cumplir con mi deber, le pregunté por varios de los objetos del techo y recibí la iluminación solicitada. «El viejo de hoy, es el Viejo de Kpan, jefe de todos los productores de lluvia. Zuuldibo se lo presentará mañana.» Se marchó y oí que un dowayo preguntaba en voz alta: «¿Ya está dormido tu *patron*?»

La primera persona que vi al día siguiente fue Augustin, que se había tomado un descanso de los rigores de Poli. Como todo buen urbanícola africano, ni se le pasaba por la cabeza ir a ningún sitio andando. Había conseguido llevar la motocicleta hasta allí, pero llegó tarde y tuvo que pasar la noche con otra complaciente mujer dowayo que resultó una esposa díscola del Viejo de Kpan. Parecía que aquella era su aldea natal y había regresado para las fiestas. El hermano de ella había acompañado a Augustin a su puerta y le había advertido que si se enteraba el brujo un rayo los fulminaría a todos. El archivo mental que había abierto el día anterior sobre él se estaba llenando rápidamente. Sin embargo, los acontecimientos del día lo apartaron de mi mente.

Un festival dowayo de las calaveras es un poco como un circo ruso: ocurren cuatro cosas distintas a la vez. Tras una última sesión de lanzamiento de excrementos, los payasos comenzaron a limpiar las calaveras. Entre tanto, los maridos habían traído a las muchachas originarias de la aldea, que se habían disfrazado de guerreros fulani y bailaban sobre una loma agitando lanzas al son de las flautas «parlantes», llamadas así porque imitan los tonos de la lengua. Este es otro aspecto del idioma dowayo que no llegué a dominar nunca. Las flautas las invitaban a exhibir las riquezas de sus maridos, que las acosaban despiadadamente para que se esmeraran en la representación y las adornaban con gafas de sol, relojes prestados, radios y otros artículos de consumo, además de las túnicas. Algunos hombres se ponían dinero en el cabello.

En otra parte de la aldea estaban las viudas de los hombres en cuyo honor se celebraba la fiesta. Iban ataviadas con largas faldas de hojas y sombreros cónicos del mismo material y bailaban en largas hileras como si de coristas se tratara. Por el momento tenía que limitarme a recoger toda la información que

podiera, dejando cualquier intento de análisis inteligente para otra ocasión. Matthieu iba de grupo en grupo grabando cuanto podía, para lo cual se abría paso hasta la primera fila de cada congregación de público de una manera que yo era incapaz de emular.

En la distancia apareció otro grupo transportando un extraño atado y agitando cuchillos. Luego me enteré de que eran los circuncisos, que llevaban el arco del hombre en cuyo honor se celebraba el festival y cantaban canciones de circuncisión. De repente un grupo de chicos empezó a gritarles. Yo pensaba que estaba presenciando un genuino altercado espontáneo, pero por el entusiasmo de los espectadores deduje que se trataba de un elemento fijo. «Los no circuncisos —me explicó un vecino solícito—. Siempre igual.» No pude resistir la tentación de preguntarle por qué. Se me quedó mirando como si acabara de decir una gran idiotez. «Nos lo dijeron nuestros antepasados», declaró, y se marchó.

Algo estaba ocurriendo junto a las calaveras y allí me dirigí a toda prisa mientras Matthieu se ocupaba de la batalla entre los dos grupos. Estaban envolviendo los cráneos de los hombres, por la razón que inevitablemente acompañaba toda actividad colectiva entre los dowayos, con lo que hasta yo identifiqué como las vestiduras de un candidato a la circuncisión. Los cráneos de las mujeres fueron lanzados ignominiosamente a un lado y olvidados. Tras ahuyentar a mujeres y niños, los que se quedaron empezaron a zarandear y golpear las calaveras y a tocar las flautas que había visto en el techo de mi choza. «Amenazan a los muertos con la circuncisión», explicó enigmáticamente Zuuldibo. Un hombre se las puso sobre la cabeza y empezó a sonar una extraña y reiterativa melodía a base de gongs, tambores y flautas graves desacompañadas. A continuación fueron sacando del atado largas tiras de tela de mortaja que sostenían unos hombres oscilantes, de modo que se formó una especie de enorme araña. Mientras tanto, otros se ciñeron los ensangrentados pellejos de las reses sacrificadas para la ocasión con la cabeza apoyada en la de ellos y, mordiendo un jirón de carne, empezaron a girar en torno a las

calaveras pateando, inclinándose hacia adelante y oscilando a un lado y otro. El hedor, el ruido y el movimiento lo dominaban todo. A la entrada de la aldea bailaban las viudas llamando a los muertos, que se movían lentamente alrededor del árbol central antes de ser colocados, junto a las cabezas de las reses sacrificadas, sobre un portalón. Entonces saltó un hombre junto a ellos, el organizador, y gritó: «Gracias a mí fueron circuncidados estos hombres. De no ser por el hombre blanco, hubiera matado a un hombre.»

Naturalmente, en ese momento pensé que se refería a mí, imaginándome que habían suprimido todo tipo de acciones obscenas debido a mi presencia. Mi primera reacción fue de decepción. «Por mí que no quede —hubiera gritado—. Para eso he venido.» Subsiguientes indagaciones me revelaron que en otros tiempos se sacrificaba un hombre y su cráneo se hacía añicos golpeándolo con una piedra, pero el gobierno central —francés, alemán y camerunés— había puesto fin a esta práctica.

La celebración degeneró en un jolgorio, amenizado con cerveza y bailes en abundancia, y nosotros decidimos regresar a Kongle. Ya de camino, Zuuldibo nos hizo dar un rodeo para conducirnos a una edificación aislada de las estribaciones de los montes. En el interior estaba sentado el Viejo de Kpan. Intercambiamos los complicados saludos de rigor y hube de dejar que me estrechara contra su corazón, tras lo cual cayó en un éxtasis de suspiros, gemidos y cloqueos que me recordaban los de una solterona ante su sobrino favorito. Sirvieron más cerveza caliente y nos sentamos en círculo a charlar en la acogedora penumbra; de vez en cuando, el anciano se interrumpía en mitad de una frase para exclamar cuánto se alegraba de mi presencia. Tenía entendido que me interesaban las costumbres de los dowayos. El había vivido mucho tiempo y visto muchas cosas. Me ayudaría. Podía ir a su casa dentro de poco. Ya me mandaría llamar, ahora tenía una temporada de mucho trabajo. Me dirigió una mirada de complicidad que yo traté de devolverle. Sería el segundo blanco que visitaba el valle. «¿El primero fue francés o alemán?», pregunté para tratar de determinar el período. «No, no, un blanco



como usted.» Ofrecí a todo el mundo nueces de cola que llevaba encima y nos marchamos, cruzando por peñascos de granito y senderos encharcados hasta llegar al camino principal. En el fondo del valle empezaba a acumularse una espesa neblina y se anunciaba una noche muy fría. Cuando llegamos al coche estábamos todos tiritando y ansiosos por regresar a las comodidades de Kongle. En África occidental, la climatología tiene un carácter fundamentalmente local; las precipitaciones pueden ser en un punto el doble de fuertes que en otro situado a pocos kilómetros. De noche, en Kongle siempre estábamos a diez grados más que en este extremo del país Dwayo; y al otro lado de la montaña todavía hacía más calor.

En cuanto avistamos el coche nos dimos cuenta de que había pasado algo. Daba la impresión de que estaba inclinado. Durante todo el tiempo que permanecí en el país Dwayo, la única vez que me robaron fue estando en la misión, de modo que había adquirido la costumbre de dejarlo todo abierto cuando me encontraba lejos de la influencia de la civilización. ¿Habría quitado alguien el freno para moverlo?

Una rápida inspección lo desveló todo. Lo había aparcado al borde de un barranco, pues la continuación del camino conducía al puente que se había venido abajo. El aguacero del día anterior había reblandecido la tierra lo suficiente para que el peso del coche hiciera ceder el terraplén. El vehículo tenía ahora las ruedas de un lado suspendidas sobre un precipicio de veinte metros de profundidad, en un equilibrio tan perfecto que al tocarlo se balanceaba ligeramente. Era una situación en que se imponía el recurso de la fuerza bruta, pero todo el mundo se encontraba todavía en la celebración. No podíamos hacer nada. Desalentados, agarramos los cuadernos, la máquina de fotos y el magnetofón, y dimos media vuelta para emprender el camino de regreso. Era un desafortunado final para un día tan bueno. Para colmo, Zuuldibo nos deprimió aún más con su insistencia en pronunciar sentencias como: «El destino del hombre es el sufrimiento.» Evidentemente, las había aprendido de los musulmanes locales, pues eran uno de los consuelos de su religión. Por lo visto había reunido una

interminable colección de lugares comunes del mismo tipo. «El hombre propone y Dios dispone», declaró mientras vadeábamos las heladas aguas del río. «Ningún hombre puede conocer el futuro», manifestó en tanto ascendía a cuatro patas hacia la aldea.

Cuando llegamos buscamos al jefe. Si existe en esas tierras una cosa menos práctica que tratar de fijar la hora de un encuentro con un dwayo, es intentar encontrar a una persona o un lugar. Con plena seguridad, nos informaron de que el jefe estaba en suchoza, en Poli, enfermo y borracho, todo menos muerto o en Francia. Nunca llegué a saber con certeza si esto reflejaba una diferencia epistemológica básica entre nosotros —como los conceptos de «conocimiento», «verdad» o «prueba»—, o si simplemente mentían. ¿Me decían acaso lo que pensaban que quería oír yo? ¿Pensaban que tener un firme convencimiento erróneo era mejor que la duda? ¿Sería simplemente una norma cultural tratar de confundir a los extraños todo lo posible? Me inclinaba por la última posibilidad.

Cuando por fin lo localizamos, el jefe inició una retahíla de lamentaciones por nuestra desgracia. De noche no se podía hacer nada, explicó, debido a los peligros de la oscuridad, pero al día siguiente por la mañana él mismo organizaría la operación. «El destino del hombre es el sufrimiento», dije, y Zuuldibo se echó a reír.

Matthieu y yo compartimos una choza situada en medio de una plantación de plátanos y nos alimentamos de los frutos de la tierra, ateridos de frío. En la choza quedaban los restos de una hoguera y un perro dormido que no nos hizo ningún caso. Ahora me doy cuenta de que debía de ser la cocina de alguien, pero por qué estaba allí, lejos de todo, sigue siendo un misterio. Por otra parte, ningún dwayo en su sano juicio permitiría a un perro tumbarse dentro de una choza junto al fuego. Matthieu reaccionó a la auténtica manera dwayo y empezó a buscar una estaca para darle al perro en la cabeza. Cuando la encontró, me apropié de ella para echarla al fuego. Pasamos la noche tendidos en el suelo de tierra batida con la ropa mojada puesta. Aunque tuve la fortuna de que el perro adoptara mis pies como almohada, no la re-

cordaré como la noche más feliz que pasé en el país Dowayo. Hacía mucho frío, Matthieu roncaba y el perro tosía. Traté de calcular las posibilidades que había de que el coche, que todavía no había pagado, se precipitara por el barranco y me consolé pensando en todo el material de calidad que había recogido aquel día, aunque no tuviera ni idea de lo que significaba. Poco antes del alba logré conciliar el sueño con la cabeza apoyada en la funda de la máquina de fotos y los cuadernos debajo de la mano, como un aprendiz medieval durmiendo con las herramientas de su oficio.

Matthieu me despertó al amanecer. El flemático perro siguió durmiendo. Tras un período relativamente corto de agitación, emprendimos la marcha hacia el coche con cuatro forzudos. El Peugeot 404 es un automóvil que pesa mucho y yo no acababa de creer que con cuatro hombres bastara; pensaba que más bien se necesitaba una docena. Me parecía recordar de mis correrías de estudiante que hacían falta cuatro para levantar un Mini. Zuuldibo nos entretuvo hablándonos del hombre aquejado de diarrea con quien había pasado la noche. El dowayo dispone de un gran muestrario de extraordinarios sonidos para describir el movimiento y el olor. Zuuldibo no se dejó ninguna de las variaciones posibles, de modo que todos estábamos de buen humor cuando llegamos al coche. Sin esperar instrucciones, los hombres se situaron gateando del lado que pendía sobre el barranco y, apoyándose con los dedos de los pies en un reborde, levantaron el vehículo con insultante facilidad y lo colocaron en tierra firme. Su evidente falta de esfuerzo parecía indicar que habrían podido hacerlo sólo entre dos. Zuuldibo estaba extasiado, aplaudía, se palmeaba las piernas y emitía otra retahíla de gorjeos, clics y nasalizaciones de regocijo. Me di cuenta con vergüenza de que debía repartir unas monedas como muestra de agradecimiento; sin embargo, por desgracia, no llevaba ninguna encima, de modo que distribuí unos miserables cigarrillos. Los hombres quedaron visiblemente defraudados pero no se quejaron. Después de esta experiencia, cada vez que salía a hacer una investigación sobre el terreno procuraba llevar agua, una lata de carne, unas monedas y pastillas antimalaria

para una semana; hacía dos días que no tomaba ninguna y empezaba a temer lo peor. Ya notaba que me iba a subir la fiebre y ansiaba disponer de mi botiquín cuanto antes.

Tras un día de descanso, recuperamos la moral. Parecía que el único daño perdurable era el sufrido por mis pies. Alrededor de las uñas de los pulgares me habían salido unas manchas de sangre acompañadas de intensos picores. Tenía niguas, unos desagradables parásitos que penetran bajo la piel para depositar allí sus huevos y pueden hacer que se te pudra todo el pie. Los expertos en África te recomendarán que te pongas en manos de los indígenas, pues saben extraerlos con un imperdible sin reventar los saquitos de huevos. Desafortunadamente, los dowayos no tienen imperdibles y carecen de experiencia en el manejo de estos artilugios. Obligado a actuar por mi cuenta, me los saqué con una navaja, llevándome en la operación generosas cantidades de carne a fin de evitar tocar los huevos, tras lo cual me lavé con alcohol y un antiséptico. Este drástico pero necesario procedimiento redujo en cierta medida mi movilidad durante un tiempo, inconveniente que revistió relativamente poca importancia, pues por fin disponía de material para trabajar y empecé por tratar de poner en claro los apuntes que había tomado en las fiestas. Cada página de notas me tenía varios días ocupado: repasaba lo que había visto, lo comparaba con las fiestas de mi propia aldea y meditaba sobre qué otro tipo de conocimiento cultural implicaba. Por ejemplo, el hombre que llevaba las calaveras en el baile no era cualquiera, debía tener una relación *duuse* con el difunto. Para comprender lo que quería decir esta palabra, hube de definir todos los términos relacionados con el parentesco. Intentar hacerlo, aunque sea *grosso modo*, a base de equivalentes franceses resulta prácticamente imposible, pero los errores que cometen los dowayos cuando hablan francés son de mucha utilidad. Una muestra es que no distinguen entre sobrino y tío, ni entre abuelo y nieto. Esto me indicó que en dowayo se utilizarían los mismos términos para referirse a ambas categorías, y así resultó. La terminología dowayo es marcadamente recíproca, es decir que si yo me refiero a una persona de una manera esa persona se referirá

a mí de la misma manera. Sin embargo, tardé bastante en aclararlo todo. Al final, cogí las últimas tres botellas de cerveza que me quedaban —como en Poli se había acabado, eran las únicas en trescientos kilómetros a la redonda— y pedí que me dejaran usar la escuela y su pizarra. Los hombres que haraganeaban en el cruce estaban más que dispuestos a venir a hablar con este loco inofensivo a cambio de cerveza. Captaron rápidamente los principios de las tablas de parentesco y disfrutamos de una sesión la mar de informativa. Mucho se ha escrito sobre la capacidad o incapacidad de los pueblos primitivos para abordar cuestiones hipotéticas. Yo nunca llegué a estar seguro de si mis dificultades eran puramente lingüísticas o si abarcaban en un ámbito mucho más amplio.

—Si usted tuviera una hermana que se casara con un hombre, ¿cómo llamaría...? —empezaba yo.

—No tengo ninguna hermana.

—No, pero si la tuviera...

—Pero no la tengo. Tengo cuatro hermanos.

Después de varios intentos frustrados en esta línea, Matthieu decidió intervenir.

—No, *patron*. Así. Un hombre tiene una hermana. Otro hombre se la lleva. Es su esposa. El hombre llama al marido ¿cómo?...

Y le contestaban, de modo que adopté este sistema y no volví a tener problemas... hasta que llegué al término *duuse*.

—¿Quién es tu *duuse*? —pregunté.

—Hacemos bromas con él.

—¿Cómo sabes que es tu *duuse*?

—Nos lo dicen de pequeños. Hacemos bromas con él.

—¿Dónde vive?

—Puede vivir en cualquier sitio.

—Si es tu *duuse*, ¿cómo lo llama tu padre?

Pausa.

—Lo llama abuelo.

—¿Cómo lo llama tu hijo?

—Mí hijo lo llama abuelo.

Empezó a hacerse la luz.

—¿Lo llamas tú abuelo?

—Sí.

Entre los *dowayos*, los jóvenes llaman «abuelo» a todos los ancianos. El término señala únicamente una diferencia de edad. El día anterior me había pasado casi toda la tarde tratando de descifrarlo. Decidí atacar por otro flanco.

—¿Es tu *duuse* de tu propia familia o has emparentado con él a través del matrimonio?

—De mi propia familia —dijo uno.

—A través del matrimonio —dijo otro—. Es como un abuelo. Probé otro enfoque.

—¿Cuántos *duuse* tienes?

—No se puede saber.

Se me ocurrió que la palabra podía referirse a otros aspectos del mundo distintos del parentesco biológico, que podía pertenecer a una clase totalmente distinta de palabras. Lo intenté todo (residencia, casa de calaveras, relaciones de intercambio) pero seguí sin saber lo que quería decir. Adopté entonces la táctica de pedirles que me presentaran a sus *duuse*. Nos sentábamos y yo trataba de descifrar qué relación los unía. Al final me hice una idea de lo que era. Un *duuse* era alguien con quien uno estaba vinculado a través de un pariente común de la generación del bisabuelo o anterior y, al menos, con un nexo femenino intermedio. Es decir, era alguien como el abuelo de mi madre, para cuya designación no existía ningún otro término, que pertenecía a otra casa de las calaveras y estaba en el límite del círculo familiar, donde era imposible establecer los vínculos de parentesco con claridad. Ello explicaba por qué, aunque reuniera a dos *duuse*, con frecuencia me contaban dos versiones distintas de sus relaciones. Así pues, cada persona tenía un gran número de *duuse* potenciales de los cuales seleccionaba un pequeño grupo con el cual hacer bromas y llevar a cabo actividades rituales.

Las cosas más triviales planteaban similares problemas: las plumas que llevaba un hombre en ocasiones distintas, las hojas empleadas en rituales especiales, los animales que pueden o no

matarse. Todos estos datos eran potencialmente importantes para comprender en qué tipo de mundo cultural vivían los dowayos. Por ejemplo, el leopardo ocupa un lugar preeminente en su mundo, aunque hace treinta años que han desaparecido del país Dowayo. Los leopardos matan a hombres y ganado, y en cuanto tales están equiparados al hombre. Los circuncisores, como verdadores que son de sangre humana, deben gruñir a la manera de los leopardos cuando están de caza, mientras que los muchachos que sufren la intervención se visten de leopardos jóvenes. El que mata un leopardo ha de someterse al mismo ritual que si hubiera matado a un hombre. El que ha matado a un hombre es denominado «leopardo» y se le permite llevar garras de ese animal en el sombrero. Cuando hablan de sus ritos de enterramiento, los dowayos hacen gran hincapié en el hecho de que el leopardo, al igual que ellos mismos, pone los cráneos de sus muertos en los árboles, referencia al hábito de transportar sus presas a un árbol para comérselas. Se cree, además, que los hombres poderosos y peligrosos como los brujos de la lluvia tienen capacidad para transformarse en leopardos. Todas estas actitudes diversas «cobran sentido» si se consideran como un modo de contemplar la parte salvaje y violenta de la naturaleza humana.

Pero incluso un área de investigación tan simple, y para un antropólogo tan evidente, requirió varias semanas de esfuerzo continuo. La gente se resistía a hablar de los propiciadores de lluvia y de los leopardos. Lo descubrí charlando con un muchacho que me encontré un viernes yendo camino del pueblo a buscar el correo. Tuvimos que refugiarnos de la tormenta debajo de un árbol y la conversación se orientó espontáneamente hacia los brujos de la lluvia. El chico me señaló un monte que tenía permanentemente una nube encima. «Ahí es donde vive uno —dijo—. Domboulko. Allí siempre hay agua, hasta en la estación seca. Pero el mejor es mi padre en Kpan. A su muerte, yo compraré el secreto de la lluvia una vez que se haya convertido en leopardo.» Aguzando el oído, me propuse explotar aquella veta de oro puro mientras el mozalbeta seguía hablando despreocupadamente de las cosas que más me interesaban. Cuando llegamos a Poli, estaba

al tanto de la importancia de las montañas y las cuevas especiales, de la existencia de piedras que sirven para producir lluvia y del poder del propiciador de lluvia para matar mediante el relámpago (aparte de que llevaba dentadura postiza). Una vez me hube enterado de estas cosas, no me costó ningún trabajo que me las corroboraran en la aldea. Sin embargo, sólo la suerte me había brindado esa información sobre los brujos de la lluvia y los leopardos. Si no me hubiera encontrado andando por ese camino en ese preciso momento, quizá no me habría enterado nunca, o tal vez habría tardado mucho.

Así pues, los informantes me ponían dificultades incluso en lo referente a los animales más destacados como los leopardos. Popularmente se supone que los africanos rebosan sabiduría indígena y conocimientos ancestrales sobre plantas y animales. Son expertos en su identificación por el rastro, el olor o las señales que dejan en los árboles y se embarcan en meticulosos análisis encaminados a determinar a qué planta pertenece una hoja, fruto o corteza. Para infortunio suyo, los occidentales suelen actuar de una manera interesada en sus interpretaciones. En la época en que se daba por sentada la superioridad cultural de Occidente, era intuitivamente evidente para todos que los africanos se equivocaban en la mayoría de las cosas y que simplemente no eran muy listos. Por lo tanto, no era de extrañar que sus mentes no fueran nunca más allá de sus estómagos. El antropólogo se encontraba de forma inevitable en el papel de refutador de esta concepción del hombre primitivo. A él le tocaba demostrar que cierta lógica guiaba su comportamiento y que seguramente su sabiduría escapaba al observador occidental. En esta época de neorromanticismo, el antropólogo ético se sorprende al encontrarse de repente en el otro extremo. Actualmente, el hombre primitivo es utilizado por los occidentales, igual que lo fue por Rousseau o por Montaigne, para demostrar algo referente a su propia sociedad y reprobando los aspectos de la misma que les parecen poco atractivos. Los «pensadores» contemporáneos tienen el juicio fundamentado y equitativo en tan poca consideración como sus antecesores. Un ejemplo que me impresionó especialmente antes

incluso de ir al país Dowayo fue una exposición de objetos de los indios pieles rojas. En ella se exhibía una canoa de madera y nos informaban que «las canoas de madera funcionan en armonía con el entorno y no son contaminantes»; junto a ella había una fotografía del proceso de construcción en la que aparecían los indios quemando grandes extensiones de bosque para obtener la madera adecuada y dejando que se pudriera el resto. El «noble salvaje» se ha alzado de su tumba y se encuentra vivo y coleando en el noroeste de Londres, lo mismo que en algunos departamentos de antropología.

Lo cierto era que los dowayos sabían menos de los animales de la estepa africana que yo. Como rastreadores, distinguían las huellas de motocicleta de las humanas, pero ésa era la cima de su conocimiento. Al igual que la mayoría de los africanos, creían que los camaleones eran venenosos y me aseguraron que las cobras eran inofensivas. Ignoraban que los gusanos se convierten en mariposas, no distinguían un pájaro de otro ni te podías fiar de que identificaran bien un árbol. Muchas plantas carecían de nombre aun cuando las usaran con frecuencia; para referirse a ellas tenían que dar largas explicaciones: «La planta que se usa para extraer la corteza con la que se fabrica el tinte.» Gran parte de los animales de caza se habían extinguido debido al uso de trampas. En lo que se refiere a «vivir en armonía con la naturaleza», a los dowayos les quedaba mucho camino por recorrer. Con frecuencia me reprochaban el no haber traído una ametralladora de la tierra de los blancos para poder así erradicar las patéticas manadas de antílopes que todavía existen en su territorio. Cuando los dowayos empezaron a cultivar algodón para el monopolio estatal, les suministraron grandes cantidades de pesticidas, que ellos inmediatamente aplicaron a la pesca. Arrojan el producto a los ríos para después recoger los peces envenenados que flotaban en la superficie. Esta ponzoña sustituyó rápidamente a la corteza de árbol que habían utilizado tradicionalmente para ahogar a los peces. «Es maravilloso —explicaban—. Lo echas y lo mata todo, peces pequeños y peces grandes, a lo largo de kilómetros.»

Por otra parte, cada año provocan grandes incendios en el matorral para acelerar el crecimiento de hierba nueva. Esas conflagraciones tienen como consecuencia la muerte de numerosos animales jóvenes y un considerable riesgo para la vida humana.

Todos estos factores intervenían en el sencillo problema de hablar con los dowayos de los leopardos, al cual había que añadir las consabidas dificultades lingüísticas. El idioma de este pueblo cuenta con una palabra perfectamente precisa para referirse a leopardo, *naamy*. No obstante, para designar al león utilizan el compuesto «leopardo hembra viejo». Para indicar los felinos salvajes menores como la civeta o el serval, usan la perífrasis «hijos del leopardo». El nombre que designa al elefante es muy similar, sólo difiere en un tono de «león». Para empeorar más las cosas, el primer dowayo que hablaba francés a quien pregunté sobre esta terminología cometió el genuino error de decirme que *naamy* significaba «león». El problema de saber si por el compuesto «leopardo hembra viejo» nos referíamos a leones, a leopardos viejos del sexo femenino o a ambos era peliagudo. Al final me hice con unas postales que representaban la fauna africana. Por lo menos tenía un león y un leopardo y se los enseñé a la gente para ver si los distinguían. Por desgracia, no. Pero ello no había que achacarlo a su clasificación de los animales sino más bien al hecho de que no identificaban las imágenes de las fotografías. En Occidente solemos olvidar que hay que acostumbrarse a ver fotografías. Nosotros tenemos contacto con ellas desde la más tierna infancia, de modo que no nos es difícil identificar rostros u objetos captados desde cualquier ángulo, bajo una luz distinta o incluso con lentes deformantes. Los dowayos no tienen tradición en el arte visual; sus creaciones se limitan a franjas de dibujos geométricos. En la actualidad, naturalmente, los niños dowayo tienen contacto con las imágenes de los libros de texto y de los carnets de identidad, pues la ley requiere que todos los dowayos lleven un carnet de identidad con su fotografía. Esto fue siempre fuente de misterio para mí, dado que muchos de los que tenían carnet de identidad no habían estado nunca en la ciudad y en Poli no hay fotógrafo. Un examen de los carnets revela que

con frecuencia las fotografías de uno servían para muchos distintos. Al parecer, los funcionarios no tienen mucha más habilidad para reconocer imágenes que los propios dowayos.

Mientras estaba recogiendo vocabulario de campos tan sencillos como las partes del cuerpo, dibujé una silueta de un hombre y otra de una mujer con las partes pudendas algo difuminadas para que ellos señalaran las zonas que tuvieran un nombre único. El dibujo se consideró una maravilla y durante varios meses se presentaron hombres en mi choza solicitando que se lo dejara ver. (Sobre todo querían saber si había representado el pene en toda su gloria circuncidada; de ser así, me habrían pedido que no se lo enseñara a las mujeres.) Lo curioso era que los hombres no distinguían la silueta masculina de la femenina. Yo lo atribuí simplemente a mi poca capacidad para el dibujo, hasta que intenté usar fotografías de leones y leopardos. Los viejos se quedaban mirando las postales, cuyas imágenes eran perfectamente nítidas, les daban vueltas en todas direcciones y luego decían algo así como: «No conozco a este hombre.» Los niños identificaban los animales pero desconocían por completo su importancia ritual. Al final hice un viaje a Garoua. En el mercado hay un puesto que ostenta el espléndido título de «Sindicato de curanderos tradicionales». Allí se encuentran muchas cosas extrañas y maravillosas tales como trozos de plantas, garras de leopardo, ojos de murciélago o anos de hiena. Compré unas garras de leopardo, una pata de civeta y una cola de león. Mediante estos objetos pude determinar de qué animal estábamos hablando.

No obstante, aquello no puso fin al problema. Los dowayos «explicaban» las relaciones entre estos animales con un cuento: «Un leopardo tomó a una leona como esposa. Vivían en una cueva del monte y tenían tres hijos. Un día el leopardo rugió. Dos de los hijos tuvieron miedo y huyeron. Se convirtieron en el serval y la civeta. El que se quedó se volvió leopardo. Ya está.»

Me pareció natural preguntar si aquello había sucedido tan sólo una vez o si era el origen de todos los servales y civetas. Unos dijeron una cosa y otros otra. Unos mantenían que tal era el origen de todas las civetas pero que los servales sólo nacían

de servales. Otros afirmaban que los servales nacían así pero que las civetas descendían únicamente de otras civetas.

Y no se trataba de un fenómeno aislado. Las más sencillas preguntas sobre pájaros o monos llevaban aparejada una respuesta de la más pasmosa complejidad que poco tenía que ver con las declaraciones del tipo «Los dowayos creen que...» que solemos leer en las monografías. Qué creían los dowayos era una cuestión difícil de esclarecer por el sencillo método de preguntárselo. Si se pretendía hacer honor a la verdad, a cada paso aparecía un abanico de interpretaciones posibles.

Así continuó la vida durante un tiempo. El único festival a que había asistido me proporcionó combustible para muchos días de trabajo. El investigador de campo no puede esperar mantener mucho tiempo un buen ritmo en la investigación. He calculado que durante la temporada que estuve en Africa quizá pasé un uno por ciento del tiempo haciendo lo que había ido a hacer. El resto lo invertí en logística, enfermedades, relacionarme con la gente, disponer cosas, trasladarme de un sitio a otro y, sobre todo, esperar. Había desafiado a los dioses locales con mi excesiva ansia de *hacer* algo y pronto me iban a poner en mi sitio.

El siguiente período de mi estancia fue sin duda el más desagradable que he pasado jamás en ningún sitio, un tiempo en el que sucumbí al pecado de la desesperación.

Los males empezaron cuando decidí ir a Garoua para reabastecerme. Más que una decisión fue una necesidad, pues no tenía ya nada que comer; apenas me quedaba gasolina suficiente para llegar a los límites de la ciudad y sólo mil quinientos francos (unas tres libras esterlinas). Tales circunstancias requieren una acción decidida. Le había prometido a Augustin que lo llevaría y quedamos al romper el alba detrás de la calle principal a fin de no cargarnos de mijo ni de policías. Con una maniobra rápida salimos de la población y nos resignamos a los bamboleos y sacudidas del peor tramo del camino que conducía a la carretera asfaltada. Pero no llegamos. A unos ocho kilómetros de nuestra meta, al volver un recodo, descubrí que el camino simplemente había desaparecido con las lluvias. Los occidentales tenemos la mala costumbre de suponer que aunque la carretera describa una curva ha de continuar al otro lado. Con un aterrador estrépito metálico, nos metimos en una zanja de unos treinta centímetros de profundidad que cruzaba la calzada.

Inmediatamente me di cuenta de que le pasaba algo a la dirección. Crujía y gimoteaba y se empecinaba en no modificar la posición de las ruedas. Puesto que hasta entonces yo había vivido del sueldo de profesor del más bajo rango, poco contacto ha-

bía tenido con los coches y no sabía cuál era la mejor manera de proceder. Evidentemente, se imponía buscar ayuda. Por lo general, uno se podía fiar de que Herbert Brown arreglara cualquier cosa; se contaban maravillas de sus proezas mecánicas. Con dos colgadores y un arado viejo improvisaba una caja de cambio. Sus soluciones no eran nunca elegantes pero solían funcionar. Y tenía la gracia de entregárselas a los clientes con la observación: «No es más que un montón de chatarra, pero aquí no hay nada que funcione mucho tiempo.» Por desgracia, estaba fuera. No se podía hacer nada pero yo tenía que llegar a Garoua. Empujamos el vehículo a un lado del camino y proseguimos a pie. Cuando llegamos a la carretera asfaltada paramos un taxi. En ese momento no tomé la leyenda de la puerta, «Acatemos la voluntad de Dios», como un presagio.

Arribamos a nuestro destino sin más complicaciones, después de obedecer religiosamente todos los requerimientos pintados en los costados del vehículo instándonos a no escupir, no pelearnos, no vomitar ni romper ventanas. Era ya casi mediodía y Augustin me llevó a comer a su restaurante africano preferido, donde podías elegir entre lo tomas o lo dejas. Yo primero lo cogí y luego lo dejé. Me trajeron un pie de vaca en un gran cuenco esmaltado lleno de agua caliente. Al decir «pie de vaca» no me refiero a algo cuya base es el pie de vaca sino el artículo completo, con pezuña, pellejo y pelo. Por mucho que lo intentaba, no veía siquiera el modo de empezar y me lo quitó de encima aduciendo una repentina pérdida de apetito. Augustin lo agarró y lo redujo a los huesos con la entrega de una colonia de hormigas devastadoras.

Dos notables éxitos marcaron este viaje. En primer lugar, conseguí sacarle algo de dinero al banco al que tan precipitadamente había confiado mis finanzas. En segundo lugar, concertamos un viaje a Poli con el mecánico del *sous-préfet*. Esto, pensé yo neciamente, era un increíble golpe de buena suerte. Después de que nos llevara durante horas por diversas zonas fulani de la ciudad donde tenía que hacer recados incomprensibles, emprendimos la marcha hacia Poli. La carretera es muy estrecha y por ella circu-

lan enormes camiones con remolque que transportan algodón y gasolina entre Chad y el enlace ferroviario de N'gaoundéré. Observé con desánimo que cada vez que adelantaba a uno de estos monstruos, colocando la rueda exterior a centímetros de la cuneta, que medía un metro de profundidad, el conductor cerraba firmemente los ojos.

Con todo, al anochecer llegamos al lugar donde había abandonado el vehículo. El mecánico lo inspeccionó rápidamente y declaró que no había problema, lo único que tenía que hacer era darle unos golpes. Se metió debajo e inmediatamente oímos un entrechocar de metales y lo que yo tomé por juramentos fulani. Reapareció resplandeciente. No había quedado perfecto pero llegaría a Poli, desde donde podía encargarse el recambio.

Me puse contentísimo. Augustin y yo subimos al coche y emprendimos la marcha con tranquilidad. La dirección se notaba un poco extraña pero funcionaba aparentemente. El camino estaba lleno de bñhos que, posándose en el suelo, arremetían contra los faros de los automóviles; es grande la carnicería que de ellos se hace en las carreteras y los dowayos les tienen terror, pues creen que llevan hechizos bajo las alas. Si un hombre oye alguno cerca de su casa o de su ganado, debe buscar inmediatamente uno de los remedios conocidos contra ellos.

Alcanzamos la cumbre del monte al otro lado del cual está Poli e iniciamos el descenso. Hasta que no nos encontramos cerca de un estrecho puente que atravesaba una cañada no me di cuenta de que había vuelto a fallar la dirección. Sólo tuve tiempo para recordar los afilados clavos que quedaban de la balastrada tras el accidente ocurrido en aquel preciso lugar unos años antes en que había muerto un *sous-préfet*. Chocamos contra un árbol, rebotamos, volvimos a chocar contra una roca y nos precipitamos directos hacia el barranco. Yo cargué todo mi peso sobre el freno, sin mayor efecto. Quedamos suspendidos en el borde un instante y luego nos despeñamos.

Caímos limpiamente sobre un arbolito que fue cediendo despacio bajo nuestro peso. Con toda tranquilidad, apagué el motor, le pregunté a Augustin si se encontraba bien y evacuamos el

vehículo. Cuando remontamos el barranco, algo dentro de nosotros se desató, nos quedamos mirando las afiladas rocas y sufrimos un ataque de risa histérica, naturalmente no producto de la diversión sino de una emoción compuesta a la vez de terror, alivio e incredulidad. Creo que estuvimos así bastante rato. Entonces nos pareció que habíamos salido considerablemente bien parados. Augustin presentaba contusiones en el pecho. Yo me había dado un golpe en la cabeza con el volante y tenía un par de dedos de los pies, otros tantos de las manos y varias costillas doloridas. Mientras andábamos hacia el pueblo abrimos un par de cervezas que Augustin tenía escondidas para casos de extrema urgencia. Consideramos que nos las habíamos ganado.

Al día siguiente percibimos la trascendencia real de la situación. La inspección de los restos del coche me convenció de que repararlo sería un asunto largo y costoso, así como de que habíamos tenido suerte de salir ilesos. El médico del pueblo nos hizo un reconocimiento y no encontró daños de consideración en ninguno de los dos. Del hecho de que todavía tengo dedos de las manos y de los pies en ángulos extraños y un bulto en dos costillas, infiero que escaparon a su examen varias fracturas menores. Lo peor era el estado de mi mandíbula. Parecía que tenía dos dientes delanteros muy flojos y el maxilar inferior comenzó a hincharse lentamente con notable dolor.

Esperando que todo evolucionara para mejor, regresé a Kongle y continué la investigación de los leopardos y los felinos salvajes; por las noches tomaba Valium para poder dormir.

Una de mis principales preocupaciones del momento era la clasificación de las enfermedades, para lo que pasé largos ratos en compañía de un curandero tradicional que tenía la desventaja de vivir en la cima de un escarpado risco. Nos pasábamos horas recogiendo raíces, hablando de la identificación de las enfermedades y de las diferencias entre los diversos tratamientos.

Como ya he mencionado, los dowayos dividen las enfermedades en «dolencias infecciosas», brujería de la cabeza, interferencias de los antepasados y contaminaciones. Sólo las dolencias infecciosas o los daños accidentales producto de la brujería pue-



den ser aliviados mediante hierbas. La atribución de una enfermedad concreta a una causa determinada es un asunto complejo. Los nombres de algunas enfermedades se refieren tanto a los síntomas como a un agente causal (de la misma manera que nuestra palabra «resfriado» alude a ciertos síntomas y a una causa vírica), mientras que otros nombres se refieren únicamente a los síntomas (como la «ictericia», que puede ser resultado de muchas enfermedades). Para relacionar los síntomas con las enfermedades se emplean varias formas de adivinación. Se puede llamar a un curandero para que lance las entrañas de un pollo al agua, o el enfermo puede ser observado a través de una bola de cristal por un especialista que determina así qué dolencia lo aqueja. No obstante, la forma más común de adivinación es frotar la planta llamada *zepto* entre los dedos mientras se pronuncian los nombres de las diversas formas de enfermedad que pueden afectar al paciente. Cuando se rompe el *zepto* quiere decir que se ha dado con el nombre apropiado. El adivino pasa entonces al agente causal —brujería, antepasados, etc.—. A continuación le toca el turno al remedio. Por lo general, con tres adivinaciones basta para obtener toda la información necesaria. Si el enfermo no puede trasladarse personalmente a ver al adivino, debe enviar un poco de paja de la techumbre de su granero, la zona más privada y personal de la casa de un hombre.

En el caso de que se responsabilice a un antepasado concreto, se envía a un hombre a la casa de las calaveras con sangre, excrementos o cerveza para que rocíe el cráneo del pariente malfico.

Las enfermedades por contaminación suelen requerir la intervención de expertos —circuncisor, hechicero o brujo de la lluvia—. Con frecuencia, las causas y los efectos se relacionan de una forma bastante indirecta. Por ejemplo, lo que nosotros consideramos una torcedura, se cree que duele porque se han metido lombrices en el miembro; las lombrices proceden de la lluvia, de modo que sólo el brujo de la lluvia puede curar esa dolencia. El contacto con los asuntos de los muertos, por otra parte, requiere que el hechicero efectúe un tratamiento consistente en frotar a

la víctima con las prendas u otros objetos personales del difunto. Las peores enfermedades por contaminación son las causadas por el herrero y sus esposas, las alfareras. Un excesivo contacto con ellos, especialmente con sus herramientas, origina lo que sólo puede describirse como una vagina que crece hacia dentro en las mujeres y una protuberancia anal en los hombres. El fuelle que afecta a los hombres es un objeto marcadamente fálico y el hecho de que ataque al ano en vez de al pene hay que relacionarlo con la versión «oficial» de la circuncisión, según la cual la operación consiste en sellar el ano.

Con objeto de proteger sus propiedades, otros hombres realizan encantamientos que causan enfermedades por contaminación. Uno de mis mejores contactos era el payaso de la aldea de Kongle, que poseía el único naranjo de la zona y me tenía un extraordinario apego desde el día que le compré doscientas naranjas. (Debo confesar que no pensaba comprar doscientas naranjas sino veinte; en la base del problema estaba mi deficiente manejo de los numerales.) A fin de proteger su árbol del acoso de los niños, le colocó ciertas plantas y unos cuernos de cabra destinados a hacer que cualquiera que le robara naranjas tosiera como una cabra y tuviera que acudir a él para que lo curara.

Algunos dowayos obtienen considerables ingresos de la posesión de piedras mágicas que causan desde dolor de muelas a disentería; los afectados han de recurrir a ellos para curarse. Los dowayos no ven nada malo en ganar dinero de esta forma.

La brujería de la cabeza es transmitida por los parientes próximos a través de los cacahuets o de la carne. Es susceptible a los objetos punzantes, de modo que un muchacho no debe tener contacto con ella antes de la circuncisión pues de lo contrario podría desangrarse. Chupa la sangre de los hombres y el ganado y puede llegar a matarlos. Se dice que de noche se pasea con la apariencia de un polluelo; eso es lo que llevan los búhos debajo de las alas. Para protegerse hay que poner cardos o púas de puercoespín en el tejado de las chozas. Al morir una persona, se comprueba si su cráneo ha sido objeto de brujería de la cabeza. Al principio yo no entendí que las personas que mueren de «bru-

jería» no son víctimas de los brujos sino brujos cuya capacidad para la brujería se ha visto dañada por tales encantamientos; una vez dañada su capacidad para la brujería, el poseedor muere. Los dowayos explican de este modo el elevado índice de mortalidad entre los jóvenes que van a trabajar a la ciudad durante la estación seca. Se trata de jóvenes, casi niños, que no han aprendido a controlar su capacidad para la brujería. Esta se excita especialmente al ver carne en la tabla del carnicero y se corta con todos los cuchillos afilados que hay por allí.

Después de la muerte, se revela en forma de dos protuberancias afiladas situadas debajo de la mandíbula superior. Si son rojas o negras, quiere decir que la brujería ha sido la causante de la muerte. Cuando se han confirmado varias muertes de brujos en una sola familia, normalmente las sospechas se centran en un pariente concreto. En la época precolonial, los brujos acusados debían someterse a una severa prueba. Si eran hombres, tenían que beber una cerveza en la cual se hubiera puesto a remojo el cuchillo de la circuncisión; caso de ser culpables, se les hincharía el estómago y se desangrarían. También podía ser que los obligaran a beber cerveza mezclada con el venenoso látex del cacto *dangob* (*Euphorbia Cameroonica*). Si no vomitaban, morían y se les consideraría culpables de las acusaciones. Si la vomitaban y el vómito era blanco, quería decir que eran inocentes; el vómito rojo indicaba culpabilidad. El culpable era ahorcado por el herrero.

En una ocasión se creyó que una mujer que era tenida por bruja había transmitido la enfermedad a sus dos hijas, que habían muerto las dos. Yo presencié el examen del cráneo de la segunda. Un anciano separó la cabeza del cadáver mediante un palo curvo. La destreza con que insertó el extremo en la cavidad ocular y arrancó la cabeza sin perder ningún diente, que suelen caer al estómago, fue muy admirada. El cadáver tenía unas tres semanas y hedía bastante. En recompensa por el servicio, el anciano recibiría de los padres una piel de cabra. Como era habitual, no se caseaban las muestras de humor procaz. Las mujeres fueron despedidas con el siguiente argumento: «Si al inclinarnos a recoger

la cabeza nos tiráramos un pedo, se lo contaríais a todo el mundo.» Una vez se hubieron retirado, considerablemente malhumoradas, los hombres procedieron a examinar la cabeza. Durante el tiempo que permanecí entre los dowayos, reconocí un gran número de cráneos, pero no acabé de convencerme de que la diferencia entre uno que presentara señales de brujería y otro libre de ellas se basara en una distinción morfológica perceptible. No obstante, los ancianos se mostraban siempre unánimes. En este caso, el anuncio del hallazgo de brujería no se recibió en la aldea con enfado sino con callada satisfacción. Casualmente, la mujer era vecina mía e inmediatamente proliferaron los chistes en el sentido de que sólo un hombre blanco, inmune como todos los blancos a la brujería, podía vivir junto a ella. La mujer parecía molesta por semejante estigma y propuso andar sobre los cráneos de los muertos; caso de ser fuente de brujería, moriría. Su marido se negó a permitirselo. «¿De qué iba a servir? —me explicó—. Se moriría y tendría que comprar otra esposa.»

No había ni rastro del temor y la estupefacción que yo había asociado con la brujería; todo se veía con impasibilidad y normalidad. Los dowayos siempre me recalcaron que había distintas formas de brujería de la cabeza, de las cuales sólo una era mala. Algunas variedades simplemente te permitían tener los dientes limpios y otras fomentaban el éxito en las labores agrícolas sin implicar ningún perjuicio para otra persona. Nunca acababan de creerme cuando les explicaba que esas cosas me interesaban porque no existían en la tierra de los blancos. Entonces no era consciente de que los dowayos me habían atribuido una categoría de mago reencarnado. No me llamaban nunca mentiroso, pero cuando trataba de hacerles tragar alguna falsedad particularmente flagrante como la existencia de trenes subterráneos o el hecho de que en Inglaterra no haya que pagar las esposas adoptaban una peculiar expresión facial.

En general, los curanderos estaban más que dispuestos a bajar conmigo por la relativamente modesta retribución que yo podía darles. Su único temor era que les robara los remedios y les hiciera la competencia. En las sociedades primitivas, el saber

pocas veces es de libre acceso, constituye más bien una propiedad privada. Cada uno es dueño de sus conocimientos, ha pagado por ellos y sería una tontería cedérselos a otro sin compensación alguna, de la misma manera que nadie entregaría a sus hijas sin recibir un pago a cambio. Era lógico que me cobraran. Por otra parte, los dowayos evalúan los remedios según su antigüedad. Un remedio antiguo es mejor que otro nuevo, en consecuencia, al no llevar el *imprimatur* de los antepasados, las innovaciones despiertan desconfianza; de ahí la falta de interés por encontrar remedios nuevos.

Al principio los curanderos sospechaban de mi «clínica», pero quedaron satisfechos al comprobar que me limitaba al tratamiento de las enfermedades infecciosas empleando las raíces de los blancos y que no les hacía la competencia. Hubo un caso que planteó ciertas dificultades morales y estratégicas. El hermano del jefe, que vivía a varias chozas de distancia, venía a verme con bastante frecuencia. Era un hombre larguirucho, torpón y afable que tenía fama de no ser muy despierto. Un día me di cuenta de que llevaba varias semanas sin visitarme y, al preguntar si estaba fuera, me comunicaron que se estaba muriendo. Había sufrido un ataque grave de disentería amebiana y habían llamado al curandero del risco. El examen de las entrañas de un pollo había revelado que lo aquejaba el espíritu de su difunta madre, que quería cerveza. Ya la habían vertido sobre su calavera pero el enfermo no mejoraba. Llamaron a otro curandero y éste diagnosticó que la enfermedad era causada por otro espíritu disfrazado de la madre del moribundo. Se hicieron las correspondientes ofrendas pero el joven siguió debilitándose. La tercera esposa del jefe, que lo había cuidado de niño, estaba muy angustiada y vino llorando a mi choza para preguntarme si tenía alguna raíz que lo curara. No podía negarme, pues disponía de amebicidas y antibióticos fuertes. Expliqué a todo el mundo que yo no era curandero y que no sabía si mis raíces le servirían de ayuda, pero que si deseaban que lo intentara, así lo haría. Tenía miedo de despertar la antipatía de los curanderos, pero se mostraron bastante bien dispuestos a admitir que habían hecho un diagnóstico erró-

neo. El joven se recuperó rápidamente. De parecer un esqueleto, en cuestión de días pasó a gozar de buena salud; la alegría fue general. Los curanderos no se ofendieron en absoluto, simplemente explicaron que se trataba de un caso complejo en que varios espíritus se habían aprovechado de la enfermedad infecciosa que aquejaba a un hombre para incrementar sus sufrimientos. Ellos se habían ocupado de los espíritus, yo de la enfermedad.

Tan sólo al verlos enfermos sentía yo lástima por los dowayos y su vida me parecía inferior a la nuestra. En cambio, gozaban de libertad, se consideraban ricos, tenían fácil acceso a sus principales formas de placer sensual, la cerveza y las mujeres, y se respetaban a sí mismos. No obstante, una vez enfermaban, morían en medio de una agonía y un terror innecesarios. El hospital estatal de Poli no les era de ninguna ayuda. Una de las normas del establecimiento estipulaba que todos los pacientes tenían que presentarse con media libreta en la cual llevar el control de su caso. Los analfabetos habitantes de los poblados no utilizaban libretas para nada, de modo que nunca tenían ninguna que presentar. En Poli no se vendían y el personal del hospital tampoco las facilitaba porque, según el reglamento, no formaba parte de sus funciones. Los pacientes eran rechazados y no recibían el tratamiento médico que necesitaban hasta que encontraban una libreta. Inevitablemente, me convertí en benefactor en este tema, lo mismo que las misiones, pero muchos dowayos no se molestaban siquiera en ir al hospital. Sin duda se produjeron numerosas muertes por esta causa. Por otra parte, también a mí me resultaba imposible tolerar el trato arrogante e inhumano que dispensaban los funcionarios en tales circunstancias. Era consciente de que, sólo por ser blanco, se consideraba normal que me saltara las colas y recibiera un tratamiento preferencial, igual que los grandes del lugar.

Otro de los momentos delicados coincidió con la visita de un botánico francés que realizaba un viaje relámpago por Camerún, con objeto de elaborar un atlas botánico en el que constara la distribución de las plantas en el país. Un día, al regresar a la aldea me encontré a este caballero instalado en la escuela,

donde pretendía realizar el estudio de la flora local en no más de seis horas. Naturalmente, a los dowayos no les cabía en la cabeza que hubiera alguien interesado en las plantas como fin en sí mismo. Estaba claro que lo que pretendía era robar sus remedios para después venderlos en otra parte y obtener pingües beneficios. El botánico podía permitirse más comodidades que yo, pues se había procurado pollos propios y dos criados que atendieran sus necesidades. Nos sentamos en medio del campo a tomar una absurda cena con mantel y servilletas mientras los niños dowayos nos hacían corro con unos ojos como platos de curiosidad. Muy amablemente, el científico me explicó cómo había que tomar las muestras botánicas para su ulterior clasificación. En pleno corazón de África, las diferencias entre un botánico francés y un antropólogo inglés parecen mínimas, de modo que estuvimos conversando hasta entrada la noche.

Al día siguiente, el curandero local estaba algo más que brusco conmigo ante la atroz batida perpetrada por mi «hermano». Al final lo convencí de que no éramos siquiera del mismo país aduciendo la prueba de que Zuuldibo le había ofrecido cerveza y él la había rechazado. Era un extranjero, igual que Herbert Brown, el de la misión protestante. La diferencia entre estas razas y la inglesa era la misma que entre los terribles fulani y los buenos dowayos.

A nuestro modo de ver, los remedios aplicados por los curanderos tradicionales son ineficaces e incluso perjudiciales. Las prácticas como frotar el pecho de un paciente con cuernos de cabra para curar la tuberculosis son tan ajenas a nuestro mundo que ni siquiera nos molestamos en comprobar su efectividad. Inmediatamente las clasificamos bajo el nombre genérico de magia, simpática o contagiosa, de modo que para el antropólogo apenas tienen importancia. No capté este aspecto de sus creencias hasta que empecé a trabajar con los brujos de la lluvia; pero eso debo contarlo en su momento.

La mayoría de los remedios dowayos se basan en las tres plantas mágicas que se suponen efectivas contra todo tipo de infortunio, desde el adulterio hasta el dolor de cabeza. Cada una

la dividen en varias especies, que el lego no puede distinguir mediante una inspección meramente física. Los dowayos hablaban siempre como si fueran unos positivistas a ultranza que no creyeran nada si no contaban con pruebas sensoriales directas. «¿En qué se distingue un tipo de *zepto*, por ejemplo, de otro? —preguntaba yo—. ¿Cómo sé si éste es de los que ponen fin al adulterio o de los que curan el dolor de cabeza?» Se me quedaban mirando perplejos ante tamaña estupidez. «Probándolos —respondían—. ¿De qué otra manera?» Entonces empezaban largas disertaciones sobre las piedras que causan la lluvia, los hombres que se transforman en leopardos, los murciélagos que vomitan sus excrementos por la nariz porque no tienen ano, etc., todos ellos ejemplos contrarios a sus principios positivistas. Era imposible saber de antemano cómo reaccionarían a un interrogatorio sobre este tema. A veces recurrían a las tres maneras distintas de decir «no lo sé» con varios grados de exasperación. En ocasiones hasta conseguía una respuesta directa, pero la mayoría de las veces era «No lo sé. No lo he visto. ¿Cómo voy a saberlo si no lo he visto?». Empecé a adquirir fama de creérmelo todo.

Durante esta época comencé por fin a tener la sensación de que estaba recogiendo datos válidos. Había empezado a adaptarme a las exigencias de la vida africana y al método del trabajo de campo. Recordaba haber leído en alguna parte que para extraer una onza de oro había que remover tres toneladas de ganga; si aquello era cierto, el trabajo de campo tenía mucho que ver con las minas de oro.

Sin embargo, la mandíbula no sólo no se me había curado, sino que había empeorado mucho. Las encías habían empezado a supurar una extraña mezcla de sangre y pus. Había llegado el momento de buscar ayuda. Fui hasta la misión y di con Herbert Brown, quien disfrutó oyendo cómo África había defraudado todas mis expectativas, justificando así su sombría visión del Continente Negro. Se comprometió a tratar de reparar el coche, aunque no podía decir con exactitud cuándo terminaría. Si hubiera sabido que iba a tardar nueve meses, le habría estado menos agradecido. Así las cosas, al menos tenía la sensación de que me

había quitado un peso de encima y me fui a Garoua en el furgón de correos.

No entendí jamás por qué el conductor del furgón postal era tan reacio a coger pasajeros blancos; por muy poco, cogía a cualquiera, pero cuando se trataba de un occidental invocaba el reglamento de transportes como si fueran las Sagradas Escrituras y se negaba en redondo. A veces un gendarme bien intencionado intercedía por mí, pero carecer de medio de transporte para salir de Poli se añadió a las demás frustraciones de la vida. Con todo, finalmente llegué a Garoua, donde, según me habían informado, se ocultaba uno de los dentistas del país; el otro estaba en la capital. Después de muchos falsos indicios que me llevaban a supuestos dentistas chinos que en realidad eran tractoristas, localicé a mi hombre en el hospital.

Puesto que todavía me encontraba en la fase del occidental liberal de ideas confusas, me puse a la cola y me preparé a esperar. Al cabo de un rato llegó un hombre de negocios francés, se abrió paso hasta el comienzo de la cola y le dio quinientos francos a la enfermera. «¿Hay algún dentista blanco?», preguntó. La enfermera explicó: «No es blanco, pero es francés.» El extranjero reflexionó y se marchó. Yo me quedé.

En cuanto se abrió la puerta del consultorio, fui empujado por los africanos que esperaban hasta el comienzo de la cola. Dentro había cierta cantidad de instrumentos dentales en un estado lamentable y un gran diploma de la Universidad de Lyon, cosa que me tranquilizó un poco. Le expliqué mi problema a un grandullón que había dentro. Sin más discusión, éste agarró unas tenazas y me arrancó los dos incisivos. Lo inesperado del ataque me aletargó los sentidos en cierta medida y mitigó el dolor de la extracción. Según declaró, los dientes estaban podridos. Quizá siempre los había tenido podridos, aventuró misteriosamente. Me los había quitado, de modo que estaba curado. Podía pagarle a la enfermera de fuera. Me quedé sentado como un pasmarote —la sangre me corría por el pecho de la camisa— y traté de hacerle comprender que ya podía emprender el siguiente paso del tratamiento. No resulta sencillo discutir en un idioma extranjero fal-

tándole a uno dos incisivos; poco saqué en limpio. Finalmente comprendió que era un paciente difícil. Muy bien, declaró irritado, si no estaba satisfecho con su tratamiento llamaría al propio dentista. Desapareció y me dejó preguntándome quién acababa de efectuar la extracción. Había caído en la trampa de creer que cualquiera que se encontrara en un consultorio dental con una bata blanca y preparado para sacar muelas era dentista.

Apareció otro hombre, también con bata blanca. Inmediatamente le pregunté si era dentista. Respondió que lo era. El otro era mecánico; también arreglaba relojes. La prótesis necesaria para cubrir el hueco que me había dejado resultaría muy costosa. Su realización era muy difícil y requería una gran pericia. El la tenía. Traté de explicarle que si no podía hablar no podía trabajar. Si no podía trabajar, no podría pagarle. Su rostro se iluminó visiblemente y me indicó que regresara aquella tarde, entonces tendría confeccionada una pieza de plástico. Como paciente importante, era merecedor de anestesia y me inyectó novocaína en las encías. A mí me pareció un poco extraño que lo hiciera después de la operación, pero me sentía demasiado desgraciado para que me importara.

Pasé unas tensas horas dando vueltas por Garoua con dos dientes menos, pero con colmillos de hombre lobo. La gente que venía hacia mí por la calle cruzaba a la otra acera para no pasar por mi lado. Tenía tanta sangre en la pechera que parecía mortalmente herido. No podía hacer sino balbucir y tartajear explicaciones a los policías inquisitivos que, evidentemente, me tomaban por el perpetrador de algún acto de descuartizamiento humano.

Cuando regresé por la tarde, me colocaron dos dientes de plástico que oscilaban precariamente sobre las encías y me entregaron un frasco de líquido rosado para hacer gárgaras. Me cobraron diez veces más de lo fijado por la ley, pero fui lo suficientemente incauto para pagarlo. Al salir, observé que la jeringuilla con que me habían inyectado estaba tirada en el suelo.

Acostumbrarme a esta tremebunda prótesis era una complicación que no me hacía ninguna falta. A los dowayos, naturalmente, les encantó; muchos se liman los incisivos hasta dejarlos parecidos

a los que yo exhibía ahora. Les pregunté por qué lo hacían. ¿Por estética? No, no. ¿Era —y aquí el antropólogo daba rienda suelta a sus fantasías— para proporcionar al cuerpo una entrada similar a la puerta de la aldea? No, no, *patron*. Lo hacían, según me informaron, para que, si se les quedaban pegadas las mandíbulas, pudieran meterse comida en la boca y así seguir alimentándose. ¿Ocurría tal cosa con frecuencia? Que ellos supieran, no había ocurrido nunca, pero podía ocurrir. Mi capacidad para quitarme los dientes, o, lo que es más, su autonomía para soltarse a voluntad en plena conversación, eran asuntos de gran interés para los dowayos.

Se aproximaba la época de la cosecha y los dowayos trataban de encajar todas las ceremonias de la estación húmeda que podían en el mes que faltaba para que terminaran las lluvias. Después de la muerte de una persona se celebran ceremonias en las que, si es hombre, se coloca su arco en el sitio que le corresponde, detrás de la casa de las calaveras, y si es mujer, su marido o su hijo devuelven el cántaro del agua a sus hermanos. Yo tenía mucho interés por verlas, pues no podría llevar a cabo ningún análisis de su lógica ni de su estructura hasta que no hubiera presenciado y registrado todas las ceremonias.

Matthieu, complacido por el ascenso de categoría que suponían mis dientes postizos, me comunicó que corrían rumores de que mi curandero estaba a punto de ejecutar la ceremonia antedicha en honor de su difunta esposa. A mí no me hacía ninguna gracia ir a verlo porque para ello había que subir una pared rocosa en la que se producían frecuentes desprendimientos bordeando abruptos precipicios, pero no había alternativa. El curandero había elegido ese inhóspito lugar para vivir por diversas razones. Primero, era el entorno en que tradicionalmente debían vivir los dowayos, que debían también cultivar las laderas de las montañas en terrazas tan escarpadas que los obligaran a moverse de rodillas. Por otra parte, al estar varios centenares de metros más alto, el clima era idóneo para criar ciertas variedades pequeñas de mijo más apreciadas por los dowayos que las grandes del llano. En teoría, todas las ofrendas a los antepasados debían hacerse con

esta clase preciada de mijo, que da, además, una cerveza más fuerte. Y por último, allí había menos riesgo de que los campos fueran devastados por el ganado.

La situación tenía ciertas ventajas para mí: en las aldeas de montaña no hace tanto calor, sin duda el curandero me recibiría bien y no estaba lejos de mi choza. Comprobé el funcionamiento de las cámaras fotográficas, del magnetofón, etc., e hice una visita preliminar a fin de untar la mano de mi anfitrión, esclarecer los motivos que lo llevaban a organizar tal ceremonia y ver qué preparativos se habían hecho. Siempre era conveniente proceder así. Una vez se hubiera iniciado la ceremonia, habría tantos parientes merodeando por allí que nadie tendría tiempo para responder a las tontas preguntas de un antropólogo. Por otra parte, ello me permitía repasar las respuestas que me estaban dando y las preguntas que estaba haciendo y de esta forma tratar de mejorarlas. Unos días después de terminada la fiesta haría otra visita destinada a aclarar las dudas que surgieran durante el desarrollo del acto y comprobar las semejanzas, los puntos de conflicto y las diferencias existentes entre el modo de ejecutar el ritual aquí y en otras aldeas. Asimismo podría aprovechar para sacar buenas fotografías de todos los aditamentos rituales, que todavía no habrían sido devueltos a sus propietarios, pues seguramente en las fotos tomadas durante la ceremonia no se verían bien. Había decidido adoptar la norma de enviar a revelar los carretes a casa. Revelarlos en Camerún era caro y poco fiable, y guardarlos durante un año y medio en ese clima entrañaría un gran riesgo. Aunque ello quería decir que muchos se perderían en el correo y que no podría verlos hasta que regresara a Inglaterra, en conjunto parecía lo más conveniente. La gran desventaja era que de este modo incrementaba mi contacto con los funcionarios de la estafeta de correos, que eran más que maestros en ineficacia y todo menos serviciales, incluso para los niveles locales.

Durante los días inmediatamente anteriores a la celebración de la ceremonia se produjo un importante cambio en mis condiciones de vida. Había ido ya al pueblo a recoger la correspondencia cuando apareció un camión desconocido cargado de cajas,

barriles y baúles. Los vehículos nunca antes vistos daban siempre lugar a todo tipo de especulaciones. En éste viajaban dos blancos desconocidos, un hombre y una mujer. Como blanco residente me correspondía ser el primero en acercarme a ellos y meter las narices en sus asuntos. Mientras manteníamos una conversación en un francés bastante deficiente, se puso de manifiesto que todos éramos angloparlantes y recibí un viril apretón de manos que me machacó los dos dedos fracturados.

Jon y Jeannie Berg, según se presentaron, eran los nuevos misioneros destinados en Poli, colegas de Herbert Brown en la misión protestante. Se trataba de unos norteamericanos jóvenes, recién llegados a África y tan desconcertados por la experiencia como lo había estado yo al principio. Jon debía ocuparse de impartir clases en la escuela bíblica y Jeannie de ayudarlo en esta tarea. Todos nosotros desprendíamos el intenso aroma de la educación superior.

Una vez se hubieron instalado en Poli, se convirtieron en la inamovible meta de mis excursiones en busca del correo. En su agradable compañía se podía hablar cierto tipo de inglés, comer el pan que hacía Jeannie en la cocina, escuchar música y hablar de cosas que no fueran el ganado y el mijo. La tarea de Jon consistía en comunicar a los dowayos «el significado del cristianismo», como la mía era esclarecer «el significado de la cultura dowaya». Ambos nos ayudábamos a comprender las limitaciones de nuestras respectivas empresas. Por otra parte, Jon era orgulloso propietario de doce cajas de literatura barata que prestaba generosamente, y mantengo que fue esto, sobre todo lo demás, lo que me mantuvo cuerdo mientras estuve en el país Dowayo. Las interminables esperas entre una ceremonia y otra, las terriblemente aburridas veladas que empezaban a las siete de la tarde, cuando ya se habían acostado todos los dowayos, perdieron parte de su efecto frustrante al disponer de algo que leer. El trabajo de campo se convirtió en la experiencia literaria más intensa de mi vida. Hasta entonces jamás se me había presentado una oportunidad tan propicia para la lectura. Leía sentado en las piedras, mientras descansaba de una subida, tumbado junto a los riachue-

los, acurrucado dentro de una choza bajo el resplandor de la luna o esperando en los cruces a la luz de las lámparas de aceite. Siempre llevaba encima uno de los libros de bolsillo de Jon. Cuando me fallaban los planes o alguien incumplía un juramento sagrado, simplemente metía la marcha de trabajo de campo, sacaba mi librito y hacía gala de más paciencia que los propios dowayos.

De esta forma adquirí una envidiable fama de testarudo. Si me citaba con alguien y no aparecía, me limitaba a sentarme a esperar con un libro hasta que se presentara. Estaba convencido de que por fin había logrado una victoria occidental sobre la noción del tiempo que tenían los dowayos.

Jon y Jeannie, aparte de resolverme el problema del transporte y de estar dispuestos a traerme suministros de la ciudad, remediaron asimismo otras necesidades. Jon me dio una llave de su oficina para que la usara cuando él estuviera fuera. Disponía así de una auténtica mesa de despacho, la primera superficie plana para escribir que había visto en el país Dowayo, luz eléctrica y papel. Nadie que no haya vivido en una aldea de montaña africana apreciará estos lujos. Podía cruzar la puerta y abandonar el país Dowayo durante varias horas seguidas, extender mis cuadernos y comenzar a analizar datos para detectar áreas en que mis conocimientos fueran incompletos e identificar otras en que la investigación podía resultar provechosa, es decir, satisfacer las exigencias del pensamiento abstracto sin interrupción ni distracción, pretensiones, todas ellas, contrarias a la esencia de África.

Esto, naturalmente, fue posterior a nuestro primer encuentro, pero los acontecimientos superaron con creces mis propias expectativas. Como ya he dicho, por aquellos días me ocupaba de la ceremonia del cántaro. El día anunciado, me presenté en el lugar señalado y descubrí, para mi sorpresa, que la ceremonia iba a tener lugar tal como se había previsto. Confieso que subir hasta allí había mermado mis facultades más de lo que esperaba; cuando alcancé la cima apenas me tenía en pie y el mundo se balanceaba ante mis ojos. Tomé nota de la ceremonia lo mejor que pude, de la decoración del cántaro de la difunta como si fuera un candidato a la circuncisión, de los cantos y de los bailes, en los cuales un

hombre llevaba el cántaro en la cabeza. Pero algo malo me ocurría. Me costaba mantener los ojos abiertos, el peso de la máquina de fotos me parecía insoportable y de repente las «explicaciones» de los dowayos me irritaban sobremanera. Estaba sentado en la valla del corral, tratando de dilucidar el grado de parentesco que unía a los diversos participantes en la ceremonia, cuando un hombre me advirtió que no me sentara en ese lugar en concreto so pena de contraer una horrible enfermedad. Le pedí a mi ayudante que me lo explicara. Según él, el problema residía en unas vasijas rotas que había en un rincón. Allí se acumulaban ciertos gases que podían anular las vitaminas de mi estómago. Esta monserga hizo que se me acabara la paciencia y, para mi propia sorpresa, desató en mí un acceso de furia totalmente fuera de lugar, pues era una de las típicas explicaciones a que me tenían acostumbrado los dowayos instruidos. En un estado mental normal lo hubiera acogido como un intento de traducción a una forma pseudooccidental de una percepción tradicional dowaya. De hecho, como descubrí posteriormente tras penosos interrogatorios, el peligro residía en las piedras destinadas a garantizar la fertilidad de las vacas que había enterradas debajo de las vasijas rotas, pues podían interferir en la sexualidad humana, por lo cual sólo los ancianos que hubieran rebasado la edad de la paternidad podían acercarse a ellas. Al sentarme de aquel modo ponía en peligro mi propia fertilidad.

Hacia el final de la ceremonia apenas podía ya tomar notas y bajé al llano a toda velocidad ansiando derrumbarme en mi cama de barro. Al día siguiente, antes de que acabara de salir el sol, me arrastré hasta el pueblo con intención de que me viera el médico. Este me examinó los ojos, miró por el microscopio la orina de vivo color naranja que estaba segregando y declaró que tenía una hepatitis vírica. «¿No le habrán puesto alguna inyección con una aguja sucia recientemente?», preguntó. Yo pensé de inmediato en el dentista de Garoua. La única cura posible consistía en vitamina B, mucho descanso y una dieta nutritiva. Dadas mis circunstancias, aquello era imposible. Después de guardar cama unos días, me encontraba bastante mejor y regresé a la montaña

con objeto de terminar la investigación de la ceremonia del cántaro.

Con la mente todavía bastante turbia, continué trabajando durante otra semana aproximadamente hasta que vino a verme Jon acompañado de otro misionero de N'gaoundéré. No recuerdo la conversación que mantuvimos. Era algo relacionado con las connotaciones sexuales de los ñames con forma de pene, de los cuales me había procurado un ejemplo aquel mismo día. Sí me acuerdo de que cruzaron miradas de complicidad y cuchichearon algo en privado. Parecía que mi estado les preocupaba un poco y deseaban llevarme al hospital de la misión de N'gaoundéré.

Yo no estaba nada convencido de que fuera necesario recurrir a medidas tan extremas, pero, afortunadamente, insistieron en pasar al día siguiente cuando emprendieran el viaje. Me recomendaron que me lo pensara. Armado de jabón, me encaminé al nadadero, pero a unos cien metros de la aldea me asaltó una tremenda fatiga que me impidió continuar. Me senté en una piedra convenientemente colocada allí y comprobé que había perdido el control de las piernas. Empezó a llover copiosamente, pero no podía moverme. Me acordé de que era mi cumpleaños y me eché a llorar como una Magdalena. En este estado me encontró Gaston, un hombre de una aldea próxima. Le conté entre sollozos que no podía andar, me cogió en brazos y me llevó a mi choza, donde estuve durmiendo hasta que me condujeron al hospital.



## 9. EX AFRICA SEMPER QUID IMMUNDUM<sup>1</sup>

A todo occidental se le cae el alma a los pies con sólo entrar en cualquier hospital africano. No hay nada en ellos que recuerde el silencio y los tonos pastel de nuestras instituciones. Los aspectos desagradables y repulsivos del cuerpo humano no se ocultan en salas separadas ni detrás de biombos. Son lugares públicos. Cuando alguien está enfermo, toda la familia se empeña en estar a su lado, sin dejar por ello de cocinar, hacer la colada, alimentar a los niños y resolver los problemas domésticos a voz en grito como si estuvieran en casa. Hay radios a todo volumen, quincalleros anunciando todo tipo de baratijas, largas colas de mujeres vendadas y hombres enyesados asiendo papeles como si fueran amuletos. Los enfermeros pasan entre ellos inmersos en sus propios quehaceres, sin prestar atención alguna a las manos que los agarran ni a las voces gimientes. Los alrededores suelen ser un desastre ecológico. Se han arrancado todas las hojas para secarse manos con ellas y todas las ramitas para alimentar hogueras; toda brizna de hierba ha sido pisoteada hasta la muerte y, para acabarlo

1. El autor juega con la máxima latina *Quid novum semper ex Africa?* («¿Qué hay de nuevo en África?»), que los romanos empleaban para subrayar lo novedoso de algo, remitiéndose a un continente caracterizado por la sorpresividad de las cosas que continuamente aportaba. En el original la última palabra aparece en inglés (*Ex Africa quid semper nasty?*). La solución de la traductora, traduciendo el «nasty» en latín, resulta de lo más adecuada. (*Nota de Alberto Cardín.*)

de rematar, el paisaje lunar está salpicado de pulcros montoncitos de excrementos de los cuales se alimentan los perros vagabundos.

En medio de todo esto hay un médico, generalmente blanco, asediado y abrumado de trabajo, que corre de una urgencia a otra, combinando en su servicio las competencias de una docena de departamentos. En semejante entorno recibí tratamiento en forma de unas inyecciones de gammaglobulina que me dejaron sin poder mover las piernas en dos días, tras lo cual, una vez más, fui recogido por los Nelson, que decidieron poner en práctica una política de engorde.

Por lo visto, el mayor problema de la hepatitis era que podía volverse crónica fácilmente y perseguirme hasta el fin de mi estancia. En consecuencia, era importante identificar cuál de las diversas variedades posibles había contraído. Ello sólo podía hacerse en Yaoundé. Allí había también un dentista como es debido que podía arreglarme la boca de una manera más digna hasta que regresara a Inglaterra. La evidente desazón que causaba en los occidentales cada vez que se me salían los dientes en mitad de una comida, de una conversación o de otras formas de actividad cotidiana me animó a buscarlo.

El desastre financiero me asediaba por todos los frentes. Todavía no me llegaba el dinero. El banco era incapaz de seguir las más sencillas instrucciones y mi endeudamiento con la misión estaba alcanzando cotas bochornosas. Para colmo, ahora tenía que hacer frente a los gastos de reparación de mi coche y de mi cuerpo. Desesperado, mandé un telegrama a la universidad pidiéndoles que me adelantaran quinientas libras esterlinas para salir del atolladero. Si me las podían enviar por cable, las recogería en la Embajada Británica de Yaoundé.

Mi hundimiento físico se había producido en un momento relativamente oportuno, pues la temporada de rituales más importante había finalizado y la cosecha, que tenía mucho interés en presenciar, todavía no se había iniciado. Disponía de unas tres semanas para reponerme y regresar sobre el terreno. Con suerte, a lo mejor llegaba a tiempo. Haciendo rechinar los dientes, empecé viaje a Yaoundé.

En atención a mi delicado estado, decidí viajar en litera y pasar por alto el despilfarro. Me sorprendió la limpieza y comodidad del vagón, así como su estilo, pues parecía proceder de la Compañía de Ferrocarriles Tierra del Fuego y datar del año 1910. Con todo, la oportunidad de disfrutar de una buena noche se vino abajo gracias a los esfuerzos del empleado por ponerme en el mismo compartimiento que una formidable libanesa acompañada por su esbelta hija. El ferroviario me señaló una cama; yo acomodé mi equipaje y me dispuse a dormir. La arpia oriental se lanzó entonces bruscamente contra el empleado diciendo: «Ningún hombre va a dormir en la misma habitación que mi hija hasta que se case.» Y susurró: «Es virgen.» Ambos la contemplamos con renovada atención. Yo intenté negar todo interés por los encantos físicos de su retoño. La chica soltó una risita. El empleado empezó a despotricar y dejaron de prestarme atención.

Seguidamente, y pese a las constantes protestas de la mujer, el empleado nos deleitó con una lectura detallada del reglamento. Continuaron dándole vueltas y más vueltas al asunto con la falta de pragmatismo que caracteriza todas las discusiones africanas.

—Conozco a un director del ferrocarril. Haré que lo despidan.

—Mi hermano es inspector de inmigración. Haré que la deporten.

—¡Salvaje!

—¡Putal!

Se enzarzaron entonces en una indecorosa riña que terminó con grandes cantidades de escupitajos. La muchacha y yo intercambiamos miradas de muda complicidad. Había llegado el momento del dogmatismo y, no sin dificultad, me levanté. Al parecer, la mujer temió que intentara asaltar a su hija y se interpuso entre nosotros de un salto blandiendo los puños. Aprovechando la distracción, el empleado la agarró por detrás y tiró de ella hacia el corredor vociferando. Llegados a este punto, se congregó un numeroso público, formado principalmente por policías de viaje que lo observaban todo con serena indiferencia mientras otros espíritus más belicosos jaleaban a los combatientes.

En cuanto a mí, me alejé cojeando pasillo abajo, donde encontré casi todas las literas vacías y elegí una al azar. El empleado consideró mi acción un vil abandono y me castigó con una perorata sobre la opinión que le merecían los libaneses hasta que le di una propina para que se fuera. Durante toda la noche oí cómo, cada vez que la centinela veía que se acercaba el enemigo, abría la puerta del compartimiento para soltarle una andanada de invectivas. A la mañana siguiente, mientras entrábamos en Yaoundé, el empleado se afanaba por impedir que la mujer encontrara un mozo en tanto ella pretendía echarle un vaso de agua por encima.

Me cité con los amigos franceses que había conocido a mi llegada al país, en el bar de siempre, y nos pusimos a chismorrear sobre lo que cada uno había pasado. Parecía que la mayoría de los ausentes habían sucumbido a las virulentísimas enfermedades venéreas que amenazan a todo el África occidental, pues la vida social es tan aburrida que fornicar constituye la principal distracción. Comprobé horrorizado que los vendedores de souvenirs me reconocían como alguien que había pasado sin comprarles nada la primera vez y estaban decididos a no dejarme escapar en esta ocasión.

Si bien cuando llegué a Camerún me impresionó fuertemente la fealdad y suciedad de Yaoundé, ahora la ciudad me parecía un paraíso de belleza y buen gusto, rebosante de todas las comodidades de la civilización. En los pocos meses transcurridos desde entonces algo drástico le había ocurrido a mi criterio. Observé que tampoco me conmovía la chocante distribución de la riqueza. Mientras estaba sentado en el café, fundamentalmente en compañía de blancos, apareció un niño que se plantó en medio de la acera y, empujado a tan tierna edad hacia el radicalismo político por una misteriosa fuerza, empezó una diatriba contra los extranjeros. A la clientela del café les pareció divertidísimo y le empezaron a echar monedas que él iba recogiendo del suelo.

Pronto me encontré instalado en el piso de mis amigos y volví a comprobar lo diferentes que son las prioridades de los jóvenes franceses y las de los ingleses. Los ingleses o americanos solteros

que uno conoce en tales circunstancias o bien viven de los productos de la tierra o bien a base de latas, pero los franceses se aferran a su *cuisine*. Cuando no estaban dando clases, su vida consistía en hacer carreras por la jungla, asistir a fiestas en la embajada y organizar excursiones turísticas. Uno de ellos era un taxidermista entusiasta especializado en disecar armadillos (animales escamosos que se alimentan de hormigas). Al parecer, se trata de bichos difícilísimos de matar y él experimentaba constantemente nuevos sistemas de darles muerte. No era inusual encontrarse la bañera llena de vigorosos armadillos que se suponía acababa de ahogar, o que unos armadillos que acababa de «matar de frío» forzarán la puerta del congelador.

Por una extraña coincidencia, el nuevo médico de la policlínica resultó ser un conocido mío; era el novio de la hermana de un viejo amigo y nos habían presentado una vez en un bar de La Rochelle. Resultó sumamente reconfortante comprobar que el mundo era un pañuelo y funcionaba según principios tan africanos como los del parentesco extenso. El galeno dispuso que me hicieran unos análisis de sangre, procedimiento que a mí no me acababa de convencer. Me parecía contradictorio que me clavaran agujas como cura de una enfermedad contraída por haberme clavado una aguja.

Al día siguiente pasé por la embajada para ver si había señales de mi dinero. Para sorpresa mía, descubrí que era el causante de una gran actividad. A través del Ministerio de Asuntos Exteriores de Londres, les había llegado una exageradísima información sobre mis lesiones y desfiguramiento, hasta el punto de que un miembro de la misión diplomática se había planteado la posibilidad de rebasar los límites de la capital para buscarme. Como de costumbre, procedieron prolijamente a explicarme las muchas maneras en que no podían ayudarme. Lo que sí hicieron fue colarme en el consultorio del dentista, pero negaban rotundamente saber nada de mi dinero.

Me vi obligado a pasar dos semanas en Yaoundé mientras me reparaban la dentadura, tiempo que aproveché para comer carne, pan y, un día excepcional, hasta un pastel de nata. (Cuando regresé a Inglaterra adopté la costumbre de comer dos diarios hasta que

recuperé mi peso normal.) No hay experiencia más grata que poder andar nuevamente después de una enfermedad. La vida estaba llena de placeres hedonistas. Estando un día cenando con el encargado de la tabacalera local, no pude explicarle la repentina y general sensación de bienestar que me invadía hasta que me di cuenta de que me hallaba sentado en un sillón tapizado por primera vez en cuatro meses. En el país Dowayo me sentaba siempre en las piedras o en las destartadas sillas plegables del jefe y en la misión no había sino sillas de respaldo recto. La ciudad también ofrecía cines con diversas comodidades, como por ejemplo sistemas que te permitían oír el sonido en la parte de atrás sin tener que fiarte de lo que iban contando los espectadores de la zona delantera del local. Lo mejor de todo era que las techumbres no estaban hechas de hierro acanalado, de modo que cuando caía un chaparrón el ruido no tapaba todo lo demás.

Pero esta euforia fue breve. Para los blancos, la vida giraba en torno a los diversos bares en que se reunían a última hora de la tarde para compartir el común aburrimiento y quejarse de Yaoundé. Puesto que tenía terminantemente prohibido el alcohol so pena de recaer, estos lugares carecían de todo aliciente para mí y no lo lamenté cuando llegó el momento de regresar al campo; dejando aparte otras consideraciones, estaba convencido de que los dowayos habrían iniciado la cosecha en cuanto volví la espalda.

Pasé por el hospital a recoger el resultado de los análisis de sangre. El primero me informaba que padecía de «muestra extraviada»; el segundo diagnosticaba «falta reactivo para esta prueba». Como era de esperar, había sido una pérdida de tiempo. No obstante, me encontraba mucho mejor físicamente y con los dientes nuevos podía producir la mayoría de los sonidos de la lengua inglesa. Sólo mis finanzas habían sufrido menoscabo. La embajada tardó varios meses en descubrir que el dinero me *había* sido efectivamente enviado y estaba olvidado en algún cajón. Lo que sí me emocionó fue el tacto que demostraron al mandarme una invitación para la fiesta que celebraban en honor del cumpleaños de la reina de modo que llegara una semana *después* del evento;

en el reverso alguien había escrito: «El embajador no se sorprenderá si no le es posible asistir.»

Regresé sin contratiempos a N'gaoundéré, donde me encontré con Jon y Jeannie, que me llevaron hasta Poli. Acababan de llegar refuerzos de Estados Unidos personificados en la familia Blue, cuyo patriarca, Walter, tenía que dar clase en la escuela de la misión. Jon, él y yo en seguida nos hicimos íntimos amigos. Walter, que pronto pasó a ser conocido como Vulch gracias a la insistencia de los indígenas en cambiarle el nombre por «*vulture*»,<sup>1</sup> era adicto a los crucigramas del *Times* y se pasaba horas de sufrimiento peleándose con ellos en la galería, mientras emitía gruñidos y hurras alternando la desesperación con el júbilo. También tenía una gran afición por la música, y al poco tiempo se hizo con la exclusiva de un piano desvencijado y desafinado que había sufrido mucho a causa de la humedad y de las termitas; hasta que mucho después tuvo por fin acceso a un instrumento en mejores condiciones, no me di cuenta de que realmente sabía tocar. Su esposa, Jacqui, representaba el contrapunto perfecto. Se encargaba eficazmente de los asuntos prácticos: cosía, criaba gallinas, golpeaba trozos de madera con un martillo y le traía niños que Vulch acunaba distraídamente mientras hacía un crucigrama. Por su casa pasaba un flujo constante de visitas, y siempre parecían contentos de recibir más. Al llegar del campo, uno nunca sabía con exactitud a quién se encontraría con el equipaje recién desembalado, en medio del barullo de excitados niños, gatos, perros y camaleones que constituían su hogar.

Empezaba a sentirme menos solo en Camerún; parecía que lo peor ya había pasado y había logrado superarlo. Había encontrado amigos a una distancia relativamente corta de mi centro de operaciones y tenía a donde acudir cuando la enfermedad, la depresión y la soledad hicieran presa en mí. Ahora ya podía adelantar en el trabajo que me había llevado allí.

1. «Buitre» en inglés. (*N. de la T.*)

## 10. RITOS Y RETOS<sup>1</sup>

Había pasado algo más de tres semanas fuera, pero me animó comprobar que el mijo que crecía junto a la carretera todavía no estaba listo para ser recogido.

Desde que leyera las fanáticas diatribas de Malinowski contra los antropólogos que trabajan desde la veranda de la misión, ese lugar ha ejercido sobre mí una gran atracción y siempre me ha parecido un mirador agradable y ventajoso desde donde contemplar Africa. La carretera principal pasaba justo delante; detrás se alzaban los montes iluminados por la luna. Era una situación espléndida para fisgonear y holgazanear.

Mientras me encontraba disfrutando de la vista y del benigno calor tras las frescas temperaturas de N'gaoundéré, llegó hasta mí un redoble de tambores procedente de las montañas. Una vez más me sentí como el blanco arquetípico de una de aquellas películas para todos los públicos que hacían los británicos en los años cuarenta, de los que escuchan a los indígenas en la distancia y se preguntan si se va a producir la matanza que todos temen. Lo cierto es que identifiqué el sonido como el del tambor de la muer-

1. En el original, el título del capítulo es *Rites and Wrongs*, o lo que es lo mismo, «ritos y errores», jugando el autor con la homofonía entre *rights* y *rites*, para recordar subliminalmente la frase hecha aliterativa *rights and wrongs* («aciertos y errores»). La traducción que aquí aparece guarda a la vez el juego semántico y la aliteración de forma bastante adecuada. (*Nota de Alberto Cardín.*)

te. Estaban enterrando a alguien, a un hombre rico. Con el eco de los montes, resultaba difícil saber de dónde procedía. Se lo pregunté al cocinero, Rubén, que me dijo que venía de Mango cuando en realidad nacía en mi propia aldea, que era donde lo había situado yo. Mi sentido del deber me hizo ponerme en marcha. Me despedí de mis amigos y me dirigí a Kongle a la luz de una linterna prestada.

Nada más entrar en el poblado me encontré a mi ayudante, que me prodigó una calurosa bienvenida y me pidió un adelanto de su paga. El fallecido era efectivamente un hombre rico de la zona más alejada de Kongle, un grupo de viviendas en el que yo tenía buenos contactos a través de un hombre llamado Mayo. Era un viejo amigo del padre de Zuuldibo a quien la administración trataba como jefe de Kongle, contraviniendo los deseos de la población y las reglas de la herencia. El padre de Zuuldibo tuvo la brillante idea de que si la administración podía recaudar impuestos, también podía él. Creó entonces un tributo especial y se sintió sumamente agraviado cuando le dijeron que eso no estaba permitido. Así nació un gran enfrentamiento entre el *sous-préfet* y los habitantes de Kongle, de resultas del cual Mayo, a quien siempre le habían endilgado los aspectos más tediosos de la jefatura, fue considerado agente del gobierno. Por extraño que parezca, Mayo y Zuuldibo siguieron siendo grandes amigos y aquél una figura de amplia popularidad. Yo le tenía por el dwayo más simpático y bondadoso que había conocido. Era generoso, servicial y alegre, y se había desvivido por ayudarme en numerosas ocasiones. Me llenó de satisfacción comprobar que Matthieu acababa de regresar del poblado de Mayo y había tomado apuntes sobre los actos.

Nada más rayar el alba del día siguiente nos pusimos en marcha hacia el «lugar de los muertos». Mayo insistió en sacar una silla, cubierta, observé, con un lienzo sepulcral, y colocarla justo al lado del cadáver, donde obstaculizaba considerablemente las evoluciones de los participantes.

El cuerpo ya había sido envuelto en el pellejo de un novillo castrado, sacrificado por sus hermanos para la ocasión. Por la aldea corrían mujeres ataviadas con hojas de luto haciendo entre-

chocar calabazas vacías y sollozando. A un lado del recinto reservado a los muertos del sexo masculino estaban sentadas las viudas con la mirada fija al frente. Como un tonto, me acerqué a saludarlas olvidando que no pueden hablar ni moverse. Los hombres lo tomaron como una broma graciosísima y mientras cubrían el cadáver iban soltando risitas. Otros parientes, especialmente los próximos, traían los materiales con que se iba a envolver el cuerpo: pieles, lienzos y vendas. Llegó entonces el yerno del difunto con su esposa para colocarla en el corral y lanzarle las ofrendas al vientre a fin de hacer patente su vinculación con la familia del fallecido. Los que le han dado esposas lanzan sus ofrendas al rostro de los componentes de la familia. Por lo general, éste es un gesto insultante y en rigor es muestra del respeto e inferioridad del marido en relación con los padres de su esposa, así como de la superioridad de éstos respecto a él.

Los hombres se gastaban bromas mutuamente sin parar. Luego me enteré de que eran los que habían sido circuncidados al mismo tiempo que el finado, que comparten la obligación de insultarse unos a otros en broma y disponer libremente de las propiedades de los demás mientras vivan. De repente cayó un aguacero y todo el mundo se esfumó.

—¿Adónde han ido?

—A defecar en los arbustos.

En ese momento supuse ingenuamente que se trataba de un mero descanso en la ceremonia durante el cual los que llevaban ocupados en ella desde primeras horas de la mañana aprovechaban para hacer sus necesidades en el campo antes de proseguir. Pero luego me enteré de que constituía una parte integral del acto —una referencia indirecta entre iniciados a la realidad de la circuncisión, una admisión de que no era cierto que se sellara el ano—. Matthieu, Mayo y yo nos retiramos a una choza hasta que cesó la lluvia, y Mayo me contó lo que hacen los hombres en el cruce de caminos al amanecer cuando se ha producido una muerte. Era típico de él transmitirme información espontáneamente, mientras que a la mayoría tenía que sacársela con sacacorchos.

Los hombres salen al cruce. Los payasos y los hechiceros también están allí. Se sientan unos frente a otros de dos en dos. Se ponen hierba en la cabeza. Uno dice: «Dame tu coño.» El otro dice: «Aquí lo tienes.» Uno copula con otro. Lo hacen con un palo. Un hombre prende fuego a la hierba. Gritan. Vuelven con los demás hombres y ya está.

A Mayo todo esto le parecía graciosísimo y se partía de risa. Lo cortés hubiera sido hacer lo mismo, pero a mí lo que me preocupaba era «darle sentido» a aquella información. Las fiestas de los dowayos siempre me dejaban como aturcido, agobiado por lo sugestivo pero a la vez poco definido de su simbolismo. Sin embargo, tenía la impresión de que faltaba una parte importante, algún dato fundamental y tan evidente para ellos que nadie se molestaba en referírmelo, de modo que yo lo veía todo cabeza abajo y le daba una interpretación totalmente errónea. Ya sospechaba de qué se trataba —la circuncisión—, pero todavía no había nadie dispuesto a hablarme de ello. Iba a tener que resolver el rompecabezas poquito a poquito a lo largo de los meses siguientes. En realidad, este ritual no es sino una versión abreviada de lo que ocurre cuando se circuncida a un muchacho, su estructura deriva de esa otra ceremonia igual que todas las fiestas del país Dowayo. Cada una de las crisis de la vida, cada uno de los festivales relacionados con el calendario, siguen el modelo de la circuncisión. Por eso el traje de la circuncisión aparece en los lugares más inesperados, en el cántaro de una difunta o en la mortaja de un cadáver.

Oímos un grito. Mientras nosotros estábamos en la choza los hombres habían regresado y habían anudado un sombrero rojo, igual que el que lleva el candidato a la circuncisión, al muerto. A continuación lo zarandearon y lo amenazaron con circuncidarlo. A veces colocan a un muchacho desnudo apoyado de espaldas en el cadáver y le cortan un hilillo rojo del pene para simular la circuncisión.

Matthieu y yo nos quedamos grabando canciones y recogiendo

chismes de toda índole hasta avanzadas horas de la noche; las cintas me darían quehacer durante bastante tiempo.

Acabábamos apenas de regresar a la aldea y nos disponíamos a dar cuenta de la primera comida del día cuando nos enteramos de que se iba a celebrar otra fiesta de las calaveras en las proximidades, quizá al día siguiente, quizá al otro. En el cementerio no iba a ocurrir nada más durante unos dos días, tiempo que el cadáver permanecía «en estado», de modo que podíamos dejar eso de lado para concentrarnos en el otro gran acontecimiento.

Mientras comíamos Matthieu adoptó una expresión misteriosa que ya me resultaba familiar y temida. Tardaba tanto en tramar las cosas que siempre suponía un alivio cuando desembuchaba. Por fin sacó lo que llevaba dentro. Durante mi ausencia había ido a visitar a varios parientes, pero también se había dedicado a ordenar mi choza y había encontrado un traje viejo que yo guardaba en el fondo de una maleta. Me lo había llevado siguiendo el consejo de un colega. «Necesitarás al menos un traje», me dijo, pero no supe nunca para qué. Había acarreado aquel trasto de un sitio a otro durante meses esperando la ocasión de ponérmelo, hasta que finalmente relegué la recomendación de mi colega a una larga lista de «consejos absurdos e inútiles para los estudiosos de campo». No obstante, Matthieu tenía otra idea. Me pidió muy seriamente que me pusiera el traje para asistir a la ceremonia de las calaveras. Impresionaría a la gente, afirmaba. Mi categórica negativa hizo que se enfurruñara. Bueno, pero también quería plantearme otra cosa. Debería tener cocinero. No era correcto que yo mismo me preparara la comida; además, en ocasiones como la de aquel día hubiera ido muy bien encontrarnos la comida hecha al regresar. El tenía un «hermano» y podía hacerlo venir. En un esfuerzo por mantener la paz y la tranquilidad, accedí a hablar con él, aunque secretamente no tenía la más mínima intención de cargarme con una servidumbre numerosa.

Al día siguiente Matthieu me despertó incluso antes de que amaneciera. Era todo sonrisas y me dijo que tenía preparada una sorpresa. Ya había ido a buscar al cocinero de que me había hablado, su hermano, que me había preparado un desayuno con-

sistente en intestinos quemados nadando en aceite. No soportaba la manía de los dowayos de empapararlo todo en esa substancia. El cocinero se presentó ante mí para recibir mi felicitación. Era un jovencito de unos quince años que tenía la peculiaridad de contar con seis dedos en cada mano. Iba a tener que investigar el tema de los lisiados y las deformaciones. El muchacho atribuía su habilidad para guisar al contacto que había tenido con los blancos en Garoua. ¿Acaso había sido cocinero allí? No, barren-dero. En aquel momento me encontraba cansado; más valía que me ocupara de aquel problema cuando tuviera más ánimos. Le dije que ya hablaría con él aquella noche.

Muy en consonancia con la noción del tiempo de los dowayos, la fiesta no se encontraba en la fase en que debería haber estado; ello ofrecía la ventaja de que me permitía ver partes de las cuales no me habían hablado. Aunque, en justicia, no era culpa de nadie. Yo había dicho que quería ver el «lanzamiento sobre las calaveras», pues pensaba que era así como se llamaba toda la ceremonia. Y así era, pero por desgracia técnicamente sólo hacía referencia a la parte en que se lanzan excrementos y sangre a los cráneos, por lo tanto eso era lo que me indicaban. Entre tanto, otras personas que yo no sabía que tuvieran ninguna participación en el acto ejecutaban todo tipo de acciones provocativas. Los hombres, por ejemplo, realizaban una danza narcisista con espejos. Los hermanos de circuncisión debían subirse a los tejados de las chozas de los muertos y frotarse los anos contra los bordes. Las mujeres, por su parte, llevaban a cabo una serie de extraños actos con penes de ñame que me dejaron desconcertado hasta que me di cuenta de que eran una mera adaptación de lo que hacen los chicos después de ser circuncidados. Es decir, que después de despedirse definitivamente de su difunto esposo las viudas son tratadas como si acabaran de ser circuncidadas. El rasgo común consiste en que por fin se reincorporan a la vida normal tras un período de exclusión. Los esposos, que son los sometidos a la ceremonia de las calaveras, reciben el mismo tratamiento que si acabaran de circuncidarlos. En este caso el rasgo común es que tras esto pueden ser colocados en la casa de las

calaveras, donde el propio ritual de la circuncisión alcanza el clímax final.

En ese momento, naturalmente, se me escapaba una gran parte de todo esto. Estaba demasiado ocupado anotándolo para poder siquiera pensar qué estaba escribiendo con tanto afán. Muchas veces simplemente lanzaba preguntas al azar en la esperanza de topar con algo que me diera pie a ulteriores preguntas. El problema de trabajar en el terreno del simbolismo reside en la dificultad para definir qué datos son susceptibles de interpretación simbólica. Lo que se pretende describir es en qué tipo de mundo viven los dowayos, cómo lo estructuran y lo interpretan. Puesto que la mayoría de datos serán inconscientes, no es posible recurrir simplemente a la encuesta. Si se le formula a un dowayo la pregunta «¿En qué tipo de mundo vive usted?», seguramente será menos capaz de responder que nosotros. Es una pregunta demasiado vaga. Hay que ir haciéndose una composición de lugar trocito a trocito. Posiblemente determinado giro lingüístico, creencia o la estructura de un ritual concreto serán significativos. Luego se intenta integrarlo todo en una especie de esquema.

Por ejemplo, ya he explicado que los herreros constituyen una clase aparte dentro de la sociedad dowayo y que esta distinción se manifiesta en unas reglas que exigen que cultiven la tierra, coman, tengan relaciones sexuales y extraigan agua separadamente. Es lógico que el antropólogo sospeche que la separación de los herreros también puede ponerse de manifiesto en otras formas de comunicación; podrían existir normas sobre la lengua, por ejemplo, y descubrí que los herreros debían hablar con un acento peculiar, distinto del de los demás dowayos. Su aislamiento sexual podía explicarse mediante creencias sobre el incesto o la homosexualidad. Este último tema me resultó especialmente oscuro. La oportunidad de introducirlo se me presentó con ocasión de la castración de un toro al que se le habían comido los testículos unos gusanos parásitos. Resultó interesante comprobar que si hubiera habido que castrar a varias reses se habría hecho en el campo de la circuncisión, donde se les prac-

tica la operación a los niños, lo cual constituye un nuevo ejemplo de identificación entre hombres y ganado. Mientras se recojan todas las reses para poder apresar a la enferma, dos jóvenes machos trataban de montarse mutuamente. Lo hice notar con la esperanza de que se imputaran prácticas similares a algún otro grupo, con suerte, a los herreros. Cuanto más insistía en mi interrogatorio, más tenso y embarazoso se volvía. La verdad es que las prácticas homosexuales son virtualmente desconocidas en Africa occidental, excepto allí donde las han difundido los blancos. A los dowayos les costaba creer que tales cosas pudieran producirse. En los animales ese comportamiento se interpretaba como una lucha por las mujeres. Los hombres tienen mucho más contacto físico entre sí de lo que se consideraría normal en nuestra cultura, pero dicho contacto no tiene connotaciones sexuales: los amigos se pasean cogidos de la mano; es frecuente que los jóvenes duerman abrazados; los que llevaban cierto tiempo sin verme, venían a sentarse en mi regazo y me acariciaban el cabello, divertidos ante la turbación que tal comportamiento público me producía. Así pues, mi esperanza de que los herreros tuvieran fama de homosexuales era infundada; no obstante, comían perros y monos, que son rechazados por la mayoría de los dowayos. Un antropólogo explicaría este hecho diciendo que ambos están demasiado próximos a los humanos, por lo que comerse los constituye un equivalente culinario del incesto o la homosexualidad.

Así, mediante un constante proceso de prueba y error, uno se va abriendo paso por el mar de datos confusos. No obstante, confieso que ese día en concreto me preocupaba más el problema de cómo desembarazarme de los dudosos servicios del cocinero. Por fortuna, al final se me ocurrió una excelente solución; lo emplearía como mano de obra para construir mi nueva casa. Así nos ahorraríamos el mal trago, y, de todas formas, seguramente se le daría mejor el barro que la comida.

Aparte de las demás cuestiones de interés, el festival me proporcionó otra oportunidad para hablar con el Viejo de Kpan, pues el acontecimiento se desarrollaba a las mismas puertas de

su casa. Como de costumbre, lo rodeaba un considerable séquito, se protegía mediante un parasol rojo y estaba empapado en cerveza. Propuso una comparación de dentaduras y, como la suya resultó mucho más compleja, me invitó a visitarlo al cabo de un mes. Ya me haría llamar.

La estación de las lluvias había terminado oficialmente y durante cinco o seis meses no volvería a haber precipitaciones, lo cual representaba para mí una gran alegría, pues nunca me ha gustado la lluvia. Sin embargo, mientras regresábamos de las calaveras estalló una tremenda tormenta. Comenzó con un tenue gemido procedente de los montes que se convirtió en un rugido apagado. En el cielo unos enormes nubarrones se iban arremolinando en torno a los picos. Era evidente que no íbamos a poder llegar a la aldea antes de que nos alcanzara. El viento barría el llano aplastando la hierba y arrancando las hojas de los árboles. Matthieu vio en seguida que no se trataba de una tormenta corriente sino de una demostración del poder del brujo de la lluvia. He de confesar que de no ser un occidental lleno de prejuicios, me hubiera visto tentado de pensar lo mismo que él, pues se trataba de una tormenta impresionante. La lluvia nos dejó calados hasta los huesos y temblando de frío en cuestión de segundos. La fuerza del viento era tal que nos arrancaba los botones de la camisa. Tuvimos que detenernos antes de cruzar un puente de madera formado por un tronco de árbol cortado en dos y cubierto de musgo que salvaba un barranco de unos doce metros de profundidad. Era imposible tratar de pasar por allí con aquel viento, de modo que nos sentamos a esperar. A Matthieu le aterraba la posibilidad de que el viejo mandara rayos para matarnos. Yo le dije que los rayos no pueden alcanzar al hombre blanco, de modo que si se pegaba a mí estaría seguro. Me creyó de inmediato. Por lo visto en Africa occidental se da el porcentaje más alto del mundo de personas aniquiladas por rayos. Recuerdo que mientras estábamos allí sentados pensé que, como casi todos los vehículos tienen un *motorjo*, un hombre cuyo cometido es amarrar los equipajes y subirse al techo para bajar los bultos, la famosa expresión «A mi postillón lo ha fulminado un rayo» es



probablemente más útil en África que en ninguna otra parte de la Tierra.

Por fin, la furia se apaciguó y regresamos a la aldea. La noticia de la tormenta se extendió pronto y estuve toda aquella tarde charlando bastante abiertamente de los brujos propiciadores de lluvia; de la noche a la mañana se había vuelto un tema de conversación aceptable.

Algunos dowayos ya habían empezado a cosechar, aunque era temprano, y llegó el momento de dejarme ver por los campos. Cada temporada construyen una era, situada en una pequeña depresión excavada en el suelo y recubierta de barro, excrementos de vaca y plantas viscosas para darle una superficie firme que ha de protegerse de la brujería mediante elementos punzantes: cardos, púas de tallos de mijo o bambú, e incluso de puercoespín. Ahí se dejan secar las espigas del mijo cortado durante varios días, transcurridos los cuales son golpeadas con estacas para separar el grano. Se trata de un trabajo muy duro que no les gusta nada a los dowayos. Las cáscaras son muy irritantes y hasta en la endurecida piel de este pueblo produce grandes llagas. Mientras dura el trabajo, lo alternan con la bebida sin dejar de rasarse con un aceite no restringido por el pudor. La era me interesó de manera especial. Tales lugares son en todas partes centro simbólico y en el país Dowayo van unidos a una serie de prohibiciones. Yo ya sabía que había una clase especial de «verdaderos cultivadores» que debían tomar precauciones extraordinarias. Había quedado con uno para asistir a su cosecha al cabo de un par de semanas y entonces averiguaría cuál era su lugar en el sistema cultural. Además, me había esforzado por llevarme bien con las mujeres de la aldea, pues sabía que serían una buena fuente de información sobre estos temas dada su propensión a sufrir alteraciones de la sexualidad debidas a violaciones de tabúes y me había enterado de que las embarazadas no debían entrar en la era. No era lo que me esperaba. En todos los demás lugares del país Dowayo se cree que la sexualidad humana y la fertilidad de las plantas ejercen una beneficiosa influencia mutua. Por ejemplo, la primera vez que menstrúa una niña, la encierran durante

tres días en la choza donde el mijo se transforma en harina. Sólo los unidos por el matrimonio pueden aceptar mijo germinado. Los herreros, con quienes está prohibido tener relaciones sexuales, no deben entrar en el campo de una mujer si hay mijo plantado. Es decir, que la cultura establece una serie de paralelos entre diversas etapas del ciclo del mijo y los procesos sexuales de la mujer. En esta línea, yo hubiera esperado que el alumbramiento y la trilla estuvieran también vinculados. Hubiera cuadrado muy bien con mi esquema que sentar a la mujer en la era fuera una cura para los alumbramientos difíciles. Todo esto me tuvo intrigado durante mucho tiempo. Incluso me encerré en el despacho de Jon un día entero a estudiar mis apuntes para tratar de averiguar si me había equivocado en algo. Si mis suposiciones eran erróneas, quizá tendría que echar a la basura todo lo que había sacado en claro hasta el momento del «mapa cultural» de los dowayos.

Decidí entonces tener una charla con mi informante favorita, Mariyo, la tercera esposa del jefe. Eramos buenos amigos desde que mis medicinas habían curado al hermano pequeño de Zuuldibo, y me interesaba por diversas razones. Una era que vivía justo detrás de mi choza y no podía evitar oír las incesantes series de pedos, accesos de tos y ensordecedores eructos que salían de su casa por la noche. Sentía mucha simpatía por ella, pues me parecía que sus entrañas estaban tan poco preparadas para vivir en el país Dowayo como las mías. Un día se lo comenté a Matthieu, que soltó una risotada y salió corriendo a contarle mi último despropósito a Mariyo. Un minuto más tarde me llegó otra risotada desde su choza y a partir de ahí pude seguir el recorrido del cuento por toda la aldea a medida que la historia iba pasando de choza en choza. Matthieu regresó por fin, llorando y debilitado de tanto reír. Me condujo a la vivienda de Mariyo y señaló una choza pequeña que había justo detrás de la mía. Dentro estaban las cabras. Como lego que era en lo relativo a esos animales, desconocía lo humanas que sonaban sus detonaciones. Tras este incidente, la relación entre Mariyo y yo tomó un giro jocoso y solamente podíamos comunicarnos a base de

tomaduras de pelo. Los dowayos tienen muchas relaciones de este tipo, tanto con clases determinadas de parientes como con individuos afines. En ocasiones son divertidísimas, en otras aburridísimas, pues no toman en consideración el estado de ánimo en que se encuentren.

Como consecuencia de nuestras bromas, Mariyo era una informante muy abierta y aceptaba la separación que imponía yo entre los chistes y las «preguntas». Ella era la única mujer dowayo de cuantas conocí que parecía tener algún atisbo de lo que yo perseguía. Una vez le pregunté por los cortes de pelo en forma de estrella que llevan las mujeres emparentadas con la difunta en la ceremonia del cántaro. ¿Se los hacían también para alguna otra ocasión? Respondió negativamente, como hubiera hecho cualquier dowayo, pero, a diferencia de los demás, añadió: «A veces lo hacen los hombres», y pasó a darme una lista de las ocasiones en que los hombres adoptaban tales peinados. Puesto que la mayoría de los ritos femeninos sólo pueden comprenderse como una derivación de los masculinos, ello me ayudó a interpretarlos y abrió para mí una nueva línea de investigación que correlacionaba los dibujos efectuados sobre cuerpo humano con la ornamentación de las vasijas, y las ideas nativas sobre la concepción, que permiten ver a la mujer en una especie de vasija más o menos tarada.

La información que pude obtener sobre las embarazadas y las eras se la había sacado con sacacorchos a otras informantes y sentía curiosidad por lo que me iba a decir Mariyo. Gradualmente me fui acercando al tema. ¿Cómo se hacía la era? ¿Qué ocurría allí? ¿Hay algo que no se deba hacer en una era? ¿Hay alguien que no deba entrar? Una vez más, repuso que las embarazadas. «Por lo menos —añadió—, hasta que el niño no esté totalmente formado y a punto de nacer.» Esto arrojó una luz totalmente nueva sobre el tema. Continuó explicando que si una embarazada entraba en la era daría a luz demasiado pronto. De esta forma quedaba salvada mi teoría de la relación entre las etapas de desarrollo del mijo y la fertilidad femenina. Resulta imposible explicarle a un lego la profunda satisfacción que puede producir

una información tan simple como ésta. Quedan así validados años de enseñar perogrulladas, meses de enfermedad, soledad y aburrimiento, y horas y más horas de preguntas tontas. En antropología, las ratificaciones son pocas y ésta me vino muy bien para recuperar la moral.

Pero, como es habitual en Africa, el trabajo metódico no podía apartarme de otros temas menores y hube de dedicar un día a emprender la batalla contra las diversas formas de vida animal que habían invadido mi choza. Las lagartijas no me molestaban. Corrían por el techo pasando como una flecha de una viga a otra; el único inconveniente era su costumbre de defecar sobre la cabeza de la gente. Las cabras eran una maldición continua contra la que aprendí a tomar precauciones. Mantenía un enfrentamiento constante con un macho cabrío que sentía predilección por meterse en mi casa a las dos de la madrugada para saltar entre mis ollas. Echarlo proporcionaba sólo una hora de respiro, pues al cabo de este tiempo volvía y ofrecía la repetición de la jugada golpeando mi bombona de gas con las patas traseras. Lo peor era el olor. Las cabras de los dowayos despiden un hedor tal que cuando vas andando por el campo se nota si durante los últimos diez minutos ha pasado por allí un macho cabrío. Por fin logré derrotarlo ganándome el afecto del perro del jefe, Burse, que era adicto al chocolate. Dándole una porción cada noche conseguía que se la pasara delante de mi choza y me espantara a todas las cabras. Posteriormente quiso meter a su mujer e hijos en el trato y mis existencias mermaron considerablemente. A los dowayos les hacía mucha gracia ver mi comitiva de perros, que me seguía a lo largo de kilómetros y kilómetros, y a veces me apodaban «el gran cazador».

Las termitas constituían una amenaza constante para el papel. Tenían la curiosa costumbre de devorar los libros desde dentro, de modo que externamente parecía que estaban en perfectas condiciones aun cuando se hubieran quedado en un mero envoltorio de papel de fumar. Una contundente ofensiva química las exterminó.

Los ratones resultaban más exasperantes. No hacían el menor

caso de mi comida; como todas las demás formas de vida del país Dowayo, eran adictos al mijo, y lo único que les gustaba de cuanto yo tenía era el plástico. Devoraron el tubo del filtro de agua en una sola noche y lanzaron ataques perfectamente coordinados contra mi cámara fotográfica. Lo que más odiaba en ellos era su torpeza, pues iban chocando con todo y dándose constantes batacazos. Su destino quedó sentenciado una noche en que me desperté en la oscuridad porque noté que me temblaba una cosa encima del pecho. Me quedé inmóvil convencido de que tenía una mortífera mamba verde enroscada justo encima del corazón. Traté de calcular sus dimensiones. ¿Debía quedarme quieto y esperar a que se fuera? Por desgracia, tengo un sueño muy agitado y temía dormirme y caer sobre ella con consecuencias fatales. Llegué a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era contar hasta tres y quitármela de encima de un salto. Conté, di un grito y me lancé hacia un lado, dejándome un trozo de rodilla en el borde de la cama. Con una implacable destreza que me impresionó bastante, así la linterna y enfoqué con ella a mi atacante. Allí, paralizado por la luz, temblaba el ratoncillo más diminuto que he visto en mi vida. Me invadió entonces una tremenda vergüenza hasta que por la mañana comprobé que había tratado de comerse mi dentadura. Ello me endureció el corazón y recorrí la aldea buscando ratoneras. En una sola noche maté diez ratones que luego se comieron los niños.

No obstante, las cigarras eran todavía peores. Las colinas del país Dowayo están pobladas por unos diez millones de cigarras que producen ese agradable zumbido peculiar de los atardeceres tropicales. Tener una única cigarra atrapada en la choza es suficiente para volverte loco. Tienen una curiosa habilidad para esconderse entre grietas, y localizarlas por el ruido presenta una enorme dificultad. Cuando hay luz guardan un silencio total, mientras que en la oscuridad producen un irritante chirrido que traspasa. La única manera de localizarlas era impregnar el recinto con una lata de insecticida, que en condiciones normales habría sembrado la estancia de cucarachas agonizantes, moscas mareadas y mosquitos precipitándose en picado. Sin embargo, con esto sólo

se lograba hacerles abandonar su escondite para corretear aturdidas por el suelo, donde podía despachárselas a base de no menos de diez golpes propinados con algún objeto contundente. Pero, después de varias noches en vela, la violencia y la furia requeridas para semejante tarea acuden con total normalidad.

Pero lo que me empujó a declarar una guerra sin cuartel fue el descubrimiento de un nido de escorpiones en el rincón de la choza donde guardaba mi par de zapatos de recambio. Del suelo, con toda inocencia, salió un escorpión enorme y vigoroso que la emprendió contra mí. Yo me acobardé de la manera menos viril posible y me batí en retirada hacia la puerta, donde se hallaba un niño extraviado de unos seis años que me miró intrigado. El miedo me había atrofiado el léxico y no lograba encontrar la palabra «escorpión». «¡Ahí dentro hay bestias calientes!», grité con voz del Antiguo Testamento. El niño echó una mirada al interior y mostrando un profundo desdén aplastó los escorpiones con el pie. (Para el bien del prójimo diré que las picaduras de los escorpiones raras veces son mortales, aunque producen un intenso dolor; se tratan metiendo la zona afectada en agua fría y tomando las pastillas antihistamínicas que suelen recetarse para la fiebre del heno.)

A los dowayos les extrañaba que las serpientes y los escorpiones me dieran tanto miedo y que en cambio evitara atropellar a las más horripilante de las aves, el búho. Una vez me vieron recoger un camaleón, cuya picadura consideran fatal, después que unos niños lo hubieran estado atormentando, para depositarlo en un árbol. Era una locura. Sin embargo, la más útil de mis locuras era estar dispuesto a tocar las zarpas de un oso hormiguero; los dowayos no los tocan jamás, a riesgo de ver sus penes permanentemente flácidos. Incrustándolas en el fruto del baobab y pronunciando el nombre de la víctima, las garras se pueden utilizar para matar a un hombre; al caer el fruto, la persona morirá. Los dowayos que habían matado un oso hormiguero me requerían públicamente y me ofrecían las garras como prenda de sus buenas intenciones respecto de sus vecinos. Entonces yo tenía que llevarlas al monte y enterrarlas lejos de los lugares frecuen-

tados. Esta tarea de controlador de la contaminación cosmológica que desempeñaba era muy apreciada.

Varios viajeros me dijeron que el hijo de mi «verdadero cultivador» no estaba todavía listo para ser cortado, de modo que pude dedicarme a contemplar la última distracción, una elección en Kongle. El *sous-préfet* había convocado a todos los aldeanos en un lugar y a una hora determinados para hablarles de ese tema y del importante problema de la jefatura. Cuando llegó el momento no se presentó y los dejó a todos sentados debajo de los árboles durante dos días, transcurridos los cuales regresaron a los campos. Varios días después apareció por la aldea un *goumier*. Estos desagradables personajes son ex soldados utilizados por el gobierno central para cerciorarse de la obediencia de las aldeas rebeldes que no pueden ser vigiladas por los gendarmes. Se instalan en ellas durante largos períodos de tiempo y viven de sus anfitriones, a quienes además obligan a hacer lo que les apetece mediante amenazas. En las zonas en que la gente ignora cuáles son sus derechos, o donde quizá saben lo poco que pueden fiarse de ellos, ejercen una considerable tiranía. La tarea de ese individuo en concreto había de ser asegurarse de que se prepararan cabinas para las votaciones. Hasta el momento los dowayos no habían demostrado interés por la política nacional, era necesario estimular su entusiasmo.

Todos los dowayos, hombres y mujeres, debían votar el día señalado. El jefe ha de responsabilizarse de que la asistencia sea buena y Mayo aceptó humildemente la tarea mientras Zuuldibo permanecía sentado a la sombra dando instrucciones a los que hacían el trabajo. Yo me senté con él y mantuvimos una larga charla sobre los puntos más oscuros del adulterio. «Mira Mariyo —dijo—. La gente siempre ha dicho que se acuesta con mi hermano pequeño. Pero ya viste lo triste que estaba cuando se puso enfermo. Eso me demostró que no hay nada entre ellos.» Para los dowayos el sexo y el afecto son cosas tan distintas que una excluye a la otra. Yo asentí con la cabeza; no hubiera servido de nada tratar de explicarle que había otro modo de ver las cosas.

La democracia brillaba con todo su esplendor en las cabinas

de votación. A un hombre le estaban regañando por no llevar a todas sus esposas. «No querían venir.» «Debías haberles pegado.» Les pregunté a varios dowayos qué estaban votando. Se me quedaron mirando sin saber qué decir. «Coges el carnet de identidad —explicaron por fin— y se lo das a ese funcionario, que te lo sella y toma nota de tu voto.» Sí, pero ¿qué era lo que estaban votando? Más miradas de incompreensión. Ya me lo habían explicado, cogías el carnet... Nadie sabía para qué era la votación. No se aceptaban votos negativos. Finalizada la jornada, los funcionarios consideraron que no se habían recogido las papeletas suficientes, de modo que los hicieron votar a todos otra vez. La semana en que se hicieron públicos los resultados yo me encontraba en un cine. Un noventa y nueve por ciento de los votantes habían elegido al único candidato presentado por el único partido. Sin embargo, me pareció una buena señal que el público, bien preservado su anonimato en la oscuridad, prorrumiera en burles abucheos.

En cambio, en la aldea todo el mundo se tomó la votación muy en serio y se siguieron las normas al pie de la letra. Se examinaron meticulosamente los documentos de identidad, se puso especial cuidado en colocar los sellos en los lugares destinados a tal fin, se calculó con precisión el porcentaje de lugareños que votaron y las actas pasaron de un funcionario a otro con las correspondientes firmas de acuses de recibo. Nadie parecía percibir la contradicción existente entre tan concienzuda observancia de minucias y la flagrante desatención a los principios básicos de la democracia.

En las escuelas ocurría lo mismo. Esas instituciones disponen de un increíble aparato burocrático para determinar qué alumnos deben ser expulsados, cuáles pasados al curso siguiente y cuáles obligados a repetir. La cantidad de tiempo invertido en el abstruso cálculo de promedios mediante fórmulas secretas es cuando menos igual al pasado en las aulas. Después de todo esto, el director puede añadir dos puntos más a todo el mundo si las notas le parecen demasiado bajas, o bien aceptar sobornos de un padre para cambiar la calificación de su hijo. También es posible

que el gobierno decida que no necesita tantos estudiantes e invalide sus propios exámenes. En ocasiones todo se convierte en una mala farsa. Resulta imposible no sonreír al ver cómo unos gendarmes armados con ametralladoras custodian las preguntas sabiendo que el sobre que las contiene ha sido abierto por un hombre que se las vendió al mejor postor varios días antes.

Después de este intermedio, llegó el momento de ir a ver a mi «verdadero cultivador» y su cosecha. Para ello tenía que recorrer unos treinta y cinco kilómetros y las temperaturas eran cada día más elevadas. Se me planteó entonces la disyuntiva de emprender el camino de noche, cuando hacía más fresco, o de día, cuando me podía recoger algún vehículo. Finalmente opté por lo último y tuve la suerte de encontrarme con uno de los sacerdotes católicos franceses, que se trasladaba de una misión a otra. Nos recogió amablemente y disfrutamos de un viaje agradablemente amenizado por su teoría de la cultura dowaya, en la que todo giraba alrededor de la represión sexual. Todo estaba relacionado con el sexo. Los tenedores de madera que se clavan en el suelo cuando muere un hombre representan por un lado un pene y por el otro una vagina; la importancia que se da a la circuncisión es muestra de una preocupación todavía mayor por la castración; las mentiras sobre la circuncisión referentes al sellado del recto son un signo inequívoco de que los dowayos, como raza, están obsesionados con el ano. Pero no sólo había leído manuales de psicología, también había leído antropología. Reflexionando sobre lo que contaba adiviné que había leído un poco sobre los dogon, una tribu muy articulada y autoanalítica de Malí. Al aludir a los dowayos sacudí la cabeza tristemente. Después de todos los años que había pasado entre ellos, todavía no le habían hablado de sus mitos ni del huevo original. Aun habiendo leído que los dogon no eran exactamente como los franceses, no podía asimilar la idea de que los dowayos no eran exactamente como los dogon.

Resultaba difícil no creer que al menos parte del poder de persuasión de la teoría de la omnipresencia latente de la sexualidad no tenía nada que ver con las exigencias de continencia

en un clima cultural africano. Quizá nuestra familiaridad con la Biblia nos predispone a creer que toda la verdad se encuentra en un solo libro. El relativismo cultural se les hace ciertamente más cuesta arriba a los poseedores de una fe firme, ya sean misioneros, satisfechos colonizadores o el voluntario alemán que me confió la conclusión a que había llegado después de pasar tres años en Camerún: «Si los nativos no pueden come glo, jode glo o vende glo al blanco, no les integesa.»

Nuestra meta era una aldea desolada que se levantaba a los pies de los ásperos montes de granito. Parecía un milagro que en aquella tierra fina y abrasada creciera algo. La diferencia de temperatura entre este lugar y lo que yo me había acostumbrado a considerar «mi» rincón del país Dowayo era considerable, de modo que tanto Matthieu como yo nos alegramos de podernos poner a la sombra mientras buscaban a nuestro anfitrión, que resultó ser un hombrecillo enjuto vestido con harapos. Aunque no eran más que las diez de la mañana, estaba ya muy borracho. Procedimos a intercambiar los saludos de rigor y nos trajeron esterillas para que nos sentáramos. Tal como me temía, iban a preparar comida. Ya me había acostumbrado a la extraña dieta de ñames, cacahuetes y mijo, pero, desafortunadamente, cuando iba a una aldea extraña se veían obligados a ofrecerme carne como señal de respeto. Puesto que no había nadie dispuesto a matar una res sólo para impresionarme, normalmente se trataba de carne ahumada que llevaba un tiempo indefinido colgada sobre el humo intermitente de la cocina. Una vez se le añadía salsa, emitía un hedor de potente efecto emético. Por fortuna, es de mala educación mirar comer a los extraños, de modo que me retiraba a una choza con Matthieu para dar cuenta de este manjar. Ello me permitía renunciar a él sin ofender a nadie; Matthieu se comía las raciones de los dos mientras yo me acurrucaba en un rincón y trataba de pensar en otra cosa.

En tanto se preparaba este festín, comencé a hablar con mi anfitrión de cosas insubstanciales. Por ejemplo, le pedí información sobre temas que ya conocía. Como me temía, las respuestas que recibí eran evasivas y estaban generosamente mezcladas con

medias verdades. Además, parecía que tenían ciertas dudas sobre la inminencia de la cosecha. Tal vez podría disponerla para el día siguiente, tal vez no. Lo ideal sería que durante un estudio de campo no hubiera que tratar con informantes de este tipo sino que los contactos estuvieran restringidos a los que mostraran una disposición cortés, amable y generosa, a aquellos para quienes responder a las despiadadas y absurdas preguntas de un antropólogo resultara divertido y gratificante. Por desgracia, son pocos. La mayoría tienen otras cosas que hacer, se aburren fácilmente, les molesta la ignorancia de su interlocutor o les preocupa más quedar bien que ser sinceros. Con éstos, la mejor táctica es sin duda el soborno. Una pequeña suma de dinero convierte la investigación antropológica en una actividad provechosa y abre puertas que de otro modo estarían cerradas. En esta ocasión, al igual que en otras, funcionó. Una pequeña dádiva hizo que se organizara la cosecha sin tardanza y yo pudiera presenciar todo el proceso de principio a fin. Inmediatamente puso manos a la obra. Mientras él se alejaba anadeando entró una de sus esposas con una fuente enorme de carne ahumada.

Apenas acababa de desaparecer el último trozo cuando oímos el ruido de los machetes al cortar el mijo. Matthieu me contó en susurros el secreto del deseo de complacer demostrado por nuestro anfitrión. Utilizaría mi propina para pagar el impuesto de capitación y de esta forma no tendría que compartirla con ningún pariente necesitado.

El trabajo continuó durante todo el día y yo me senté en el campo a mirar tratando desesperadamente de hablar con los braceros, pues apenas podíamos comprendernos mutuamente, triste prueba de lo localizado de mis conocimientos lingüísticos. Había largos y tensos silencios que la costumbre dowaya de exclamar «¡Di algo!», cuando dan con un extraño callado no contribuía a superar. Esa práctica borra infaliblemente de la cabeza todo pensamiento que pueda dar lugar a una conversación.

Hombres y mujeres trabajaron todo el día, los rostros y los torsos empapados en sudor que caía a chorros cuando se agachaban a cortar. El mijo se venía abajo con un murmullo sordo y

las cabezas multicolores se precipitaban a lo largo de los aproximadamente tres metros que las separaban del suelo. De vez en cuando los trabajadores se detenían a beber agua o a fumarse un cigarrillo conmigo; ninguno parecía en absoluto molesto por tenerme como observador ocioso sino que más bien se mostraban preocupados por la posibilidad de que el cambio de posición del sol me hiciera pasar demasiado calor. Abundaban los pronósticos sobre el volumen de la cosecha. Podría pensarse que, puesto que tenían delante los datos, realizarían un cálculo bastante exacto, pero nada más lejos de la verdad. Hablaban como si el verdadero momento de la cosecha estuviera en un futuro lejano, y no dispusieran de datos fiables sobre los que basar su opinión. El modo en que caía la mies indicaba si sería buena o mala; si las cabezas llegaban o no al tobillo de un hombre quería decir una cosa u otra. Temían que un hechizo los privara de la cosecha en el último momento o le quitara a ésta su «bondad», haciendo que al consumirla no se saciara el apetito. A fin de evitar tal interferencia, el campo y la era donde se amontonaba el sustento que proporcionaba la naturaleza estaban fuertemente protegidos contra las amenazas de brujería mediante espinas y púas. Por extraño que parezca, no se consideró de mal agüero que dos trabajadores pisaran astillas de bambú y se hicieran daño. Varios hermanos del «verdadero cultivador» se ocupaban del fuego mientras se susurraban uno a otro, según deduje, antiguos secretos. Mandé a Matthieu a ofrecerles tabaco y averiguar de qué hablaban. Se estaban preguntando qué remedio me había puesto en el pelo para hacerlo liso y claro. ¿Les gustaba ese cabello a las mujeres? ¿Por qué no nos lo dejábamos al natural, tal como nos había hecho Dios, con el pelo negro y rizado?

Los diez o quince braceros, todos hermanos o hijos del organizador, terminaron el trabajo en un día y se retiraron a descansar y comer. Entonces, siguiendo los cantos que me llegaban, recorrí unos tres kilómetros en dirección a los montes para presenciar el funeral de una mujer cuyo cuerpo, envuelto en pieles y telas, debía ser transportado desde la aldea del marido a la de su padre para ser sepultado. En el viaje habían de seguir un sendero que

atravesaba las montañas, cosa que, añadida al miedo natural a la oscuridad que sienten los dowayos, los llevaba a desear partir antes del crepúsculo. Puesto que me habían asegurado que en el campo no ocurriría nada más hasta el día siguiente, le permití a Matthieu atender sus obligaciones familiares acompañándolos. Con una magnífica puesta de sol a modo de telón de fondo y el acompañamiento de los rugidos de mi estómago, contemplamos cómo se alejaba el grupo envuelto en una nube de polvo, cantando y dando brincos, con el cadáver en una camilla improvisada. En el valle ya estaba oscuro cuando ellos ascendieron la loma bajo los últimos rayos de sol y desaparecieron. De los campos llegó un repentino estallido de cantos. Algo pasaba.

No conseguí saber nunca si mi exclusión del acto obedecía a un ardid o a un malentendido, ni tampoco qué papel había desempeñado Matthieu en el asunto. Resultó ser uno de esos temas en los que cuantas más preguntas se hacen menos respuestas se obtienen. Como averigüé por otras cosechas a que asistí, antes de mi llegada no había sucedido nada de interés. Todos los hombres se habían reunido en la era, sin mujeres ni niños, habían colocado varios remedios vegetales sobre el montón de cabezas de mijo y habían empezado a entonar una canción de circuncisión que no debían oír las mujeres. Mi presencia no pareció importunar a nadie. Comenzaron a golpear el mijo mientras bailaban una danza lenta, algunos totalmente desnudos con la excepción de las vainas penianas. Levantaban una estaca por encima de la cabeza con la mano derecha, la cogían con la izquierda y la abatían contra el mijo. Todos daban un paso lateral y la acción se repetía; y así hora tras hora, un canto incesante salpicado de ruidos sordos producidos por las estacas al golpear el mijo a la vez. Salió la luna y ascendió a las alturas mientras continuaba el rítmico batir y el revoloteo de las cáscaras, que se adherían a los cuerpos surcados por arroyos de sudor. Hasta a esas horas de la noche hacía un calor sofocante que irradiaba de la propia tierra.

Casi sin darme cuenta, amaneció. Los hombres seguían cantando y trabajando, sostenidos por la cerveza. Yo estaba sentado en una roca, para grave perjuicio de mis posaderas, y apoyado en

el tronco de un espino. La sensación general de resaca era como el mareo de una travesía nocturna del Canal. Me despertó una cabra enorme que estaba devorando pensativa mis apuntes, después de haberse zampado la autobiografía de un capitán de submarino alemán con que me distraía. Por suerte, había adquirido ya la costumbre dowaya de colgar mis posesiones de los árboles y con una ojeada rápida comprobé que, aparte de esto, el único desperfecto era un cordón de zapato medio comido. Tras espantar perentoriamente al animal, me uní a los hombres, que estaban ya pasando a la etapa siguiente de la operación, aventar el grano. Por el tipo de chistes que se hacían, estaba claro que algunos hombres no eran tan sólo parientes sino también compañeros de circuncisión. «¡No hay viento! —exclamó uno—. ¿Cómo vamos a aventar? Tendremos que empezar a pedernos todos.» Dejó caer el grano por encima de su cabeza en una cesta y la barcia quedó en el aire. El comentario provocó la histeria general y hasta a mí se me contagió. El aventamiento prosiguió a buen ritmo. Luego cortaron una cabeza de pollo encima del grano y, desde todas direcciones, lanzaron sobre el montón flamas silvestres asados llamados «comida de escorpiones». Fueron entonces a buscar a mi anfitrión al pueblo, que llegó vestido de fiesta y llenó una cesta con el grano. Hecho esto, colocó sobre la cesta un sombrero *fulani* y salió corriendo con ella hacia la aldea. Cuando el primer grano entró en el alto granero tubular, la cosecha pudo considerarse a salvo; la brujería ya no podía dañarla.

No puedo precisar en qué momento comencé a analizar los datos y a tratar de buscarles coherencia; más bien todo fue ocupando su sitio poco a poco. Estaba seguro de que lo que había presenciado sólo podía comprenderse desde la perspectiva de la circuncisión. Me habían contado lo suficiente de la ceremonia para darme cuenta de que el proceso entero de desgranado se realizaba siguiendo el esquema de un cuento titulado «El apaleamiento de la vieja *fulani*».

Una vieja *fulani* tenía un hijo que se encontraba enfermo, pues había corrido por la hierba *silkoh* y se había cortado. El

pene se le inflamó y se le llenó de pus. La mujer cogió un cuchillo y le cortó la parte afectada para que el niño se curara. El pene se volvió precioso. Entonces cortó también a su segundo hijo. Un día fue a dar un paseo por una aldea dowayo y los dowayos vieron que era bueno. Adoptaron la circuncisión y la mataron a ella a palos. Así es como empezó a practicarse, porque los dowayos no conocían antes la circuncisión. Les prohibieron verla a las mujeres, pero las mujeres fulani sí pueden verla. Eso es todo.

El apaleamiento se representa en diversas ocasiones, sobre todo durante la circuncisión de los muchachos, pues se pone en escena una pequeña comedia. Una vieja pasa gimiendo y quejándose por el camino donde están apostados los dowayos. Pasa entre ellos dos veces y a la tercera se levantan de un salto, golpean el suelo con estacas y le arrancan las hojas con que se cubre. Seguidamente forman un montón de piedras y sobre él colocan la cesta y el sombrero rojo de la mujer. Entonan entonces la canción de la circuncisión. Las mujeres y los niños no pueden estar presentes.

La «comida de escorpiones» me abrió nuevos caminos. Había oído hablar de ceremonias de culto a la fertilidad realizadas, entre otros, por los brujos de la lluvia. Antes de que las cosechas de cualquier producto entren en la aldea por primera vez cada año, es necesario ejecutar ciertos ritos para evitar que los escorpiones invadan las chozas y ataquen a la gente. Hasta entonces nadie me había dicho que los escorpiones que habían entrado en mi choza se interpretaban como un signo de que había traído provisiones de fuera, contraviniendo así esta norma. Echando «comida de escorpiones» a las cosechas se consigue que esos animales se pierdan y se queden en el campo, de la misma manera que lanzar excrementos a las calaveras evita que los antepasados peligrosos entren en la aldea. Mucho después me enteré de que también se aplicaba «comida de escorpiones» a la gente: a las niñas la primera vez que menstruaban y a los chicos después de la circuncisión. Y fue esto lo que posteriormente me confirmó que los

jóvenes próximos a la edad adulta son tratados como plantas a punto de ser cosechadas. Los dowayos intentan hacer coincidir la entrada de los chicos en la aldea después de la circuncisión con la de las nuevas cosechas. Ambas actividades siguen un modelo común.

Pasé otra noche en la aldea para asegurarme de que no iba a suceder nada más y a la vez esperar a mi ayudante descarriado, que regresó después de anochecer genuinamente arrepentido. A fin de compensarme por su ausencia, me enseñó en el más absoluto secreto una piedra mágica que hacía abortar a las embarazadas. Las que deseaban que el niño naciera bien tenían que ofrecer dinero al dueño. La familia de Matthieu obtenía unos ingresos fijos por la poderosa piedra, pero no tanto como sus vecinos, que tenían una que causaba disentería. A los misioneros se les ocultaba la existencia de estas piedras; por lo visto, se les consideraba responsables de un intento de destruirlas por parte de un *sous-préfet* anterior. Los dowayos estaban convencidos de que lo que pretendía era quedárselas él y hacerse rico.

Al día siguiente emprendimos el duro camino hacia Kongle. El único incidente de aquella larga y tediosa marcha fue que me las arreglé para resbalar mientras cruzábamos un río y caí de cabeza en un profundo pozo, con lo cual todos los carretes de fotos que había sacado de la cosecha quedaron empapados e inservibles. Ello me provocó una más que leve depresión. Desde un punto de vista material, la expedición no había sido un éxito notable; regresaba sin apuntes y sin fotos. No obstante, éstos no son, o no deben ser, más que meros soportes de las ideas, y sí me había hecho con unas cuantas.

Como premio de consolación, nos detuvimos en la misión a pasar un par de días, hasta la llegada del correo. Después de siglos de no lavarme, de dormir en el suelo y comer apenas, me pareció maravilloso poder acostarme en una cama de verdad, ducharme y alimentarme como es debido, pero sobre todo, disfrutar de una verdadera conversación. Incluso había noticias, concepto casi por completo ajeno a un país en el que aparentemente el tiempo no hace mella. El *sous-préfet* se marchaba.



Parecía que después de catorce años en Poli iban a sustituirlo. Cuando llegué a Kongle, la noticia tenía a todo el mundo en ascuas. Se respiraba un ambiente de fiesta y los hombres se habían reunido a beber sin medida para celebrar la marcha de un hombre que desde hacía tiempo consideraban un enemigo. Era una oportunidad perfecta para escuchar chismorreos; había mucha gente dispuesta a contarme agravios pasados. De vez en cuando iban saliendo emisarios para traer las últimas noticias del pueblo. Zuuldibo se ofreció para ayudar al *sous-préfet* cesante a hacer el traslado. Estaba incluso dispuesto a cargar con sus muebles hasta el cruce de caminos. Me contaron que, al enterarse de que lo habían destinado a otro sitio, el *sous-préfet* acudió a los dowayos pidiéndoles ayuda mágica para que se cambiara la orden. Ellos le dedicaron una amable sonrisa y le dijeron apesadumbrados que se les habían muerto las plantas y no podían ayudarlo. Llegó otro hombre del pueblo. Había hablado con los sirvientes del *sous-préfet* por la ventana de su dormitorio. Su patrón había dejado bien claro a aquel anciano servidor que no habría regalo de despedida, y le mandó al pobre hombre, que casi no tenía ni camisa, quemar toda la ropa que no iba a llevarse. Aquello despertó una oleada de indignación, y comprendí que cuando me tocara el turno de marcharme tendría que satisfacer ciertas expectativas.

Las visitas continuaron llegando, cada una con una nueva aportación. Por fin llegó Gaston, a quien el jefe había mandado por cerveza y noticias en su bicicleta. Parecía muy fatigado. A los dowayos les encanta contar anécdotas y Gaston ocupó la tribuna. Todo el mundo se situó alrededor del fuego; yo procuré colocarme lo más lejos posible.

Todo Poli estaba borracho (Zuuldibo parecía muerto de envidia). Nadie sabía nada nuevo, aparte de que habían visto al *sous-préfet* haciendo el equipaje. El propio Gaston había ido al mercado a buscar información y había visto que estaba lleno de presos de la cárcel. Poli era un poblacho tan inaccesible que no podían siquiera escapar, de modo que los carceleros los soltaban para que fueran a pescar o de copas. Sin darse cuenta, Gaston se había metido con su bicicleta donde dos de estos presos estaban ata-

cando a una muchacha dowayo. «¡Os las vais a cargar! —gritó ella al verlo—. ¡Ahí está mi marido!» Los dos malhechores la soltaron y se lanzaron contra el pobre Gaston, mientras la muchacha huía riéndose. La historia les pareció a todos graciosísima y Gaston se rió también de su propia desgracia. La velada terminó en medio de una gran algarabía. Sólo Zuuldibo estaba ofendido: los presos le habían robado la cerveza.

## 11. LO HUMEDO Y LO SECO

La estación seca había llegado en serio y la tierra se iba convirtiendo en una árida extensión de hierba raquítica. Los dowayos cambiaron también de estilo de vida; excepto en las tierras altas donde la irrigación era posible, las labores agrícolas cesaron hasta las próximas lluvias. Los hombres se dedicaban a beber, a tejer y a pasar el rato, o bien a cazar esporádicamente; las mujeres pescaban o hacían cestas y cacharros de barro. Los jóvenes se iban a las ciudades a buscar trabajo y aventuras.

Yo tenía varios proyectos, pero habrían de esperar hasta después de Navidades. Ya sabía lo horrible que sería estar solo en el país Dowayo durante tan deprimentes fechas, de modo que había quedado con Jon y Jeannie para pasarlas con ellos en N'gaoundéré, donde disfrutamos de unas fiestas sencillas pero refrescantes, más religiosas que mis anteriores experiencias, pero alternativamente relajantes y frenéticas. Walter estaba como loco y se entregaba a las celebraciones con una energía digna de mejor causa. Las resacas fueron frecuentes y haciendo un esfuerzo logramos olvidar que en el exterior la nieve no cubría calles y tejados. Naturalmente, hubo momentos emotivos. Un fornido extranjero se echó a llorar cuando trajeron el helado; otro se mostró profundamente conmovido por un pastel hecho a base de mangos secos y plátanos. A mí, misteriosamente, me dio un ataque de malaria después de contemplar las centelleantes lucecitas de Navidad, pero al cabo de una semana regresé reavituallado

y revitalizado para dar un empujón a la construcción de mi casa.

Se trataba de una tarea extremadamente pesada. Un día la tierra estaba demasiado mojada, al siguiente demasiado seca. No teníamos barril para echar el agua. La hierba de la techumbre no estaba lista. El encargado de dirigir las obras se hallaba enfermo o de visita, o quería más dinero. Renegociamos tres veces el contrato con mucha comedia. Si no pagaba más, yo sería la causa de que sus hijos se murieran de hambre, sus esposas lloraran y los hombres estuvieran descontentos. Después de varias semanas así, hice lo que hubiera hecho un dowayo y le pedí al jefe que convocara al tribunal de justicia para que arbitrara en mi caso.

Los tribunales dowayos están abiertos a todo el mundo, aunque se aconseja a las mujeres y los niños que recuerden cuál es su lugar ante los ancianos. Una vez reunidos debajo del árbol de la plaza pública situada ante la aldea, comienza la *palabre*. Cada parte expone sus quejas en un elevado estilo retórico y se llama a los testigos, que son interrogados por todo el que lo desee. El jefe no tiene poder para imponer su veredicto, pero ambas partes son conscientes del peso de la opinión pública y generalmente aceptan su mediación. La alternativa para mí era llevar el caso a Poli, donde unos extraños decidirían sobre el tema, y donde corría el riesgo de ser condenado a prisión por molestar a la administración.

Puesto que era inexperto en las sutilezas de lenguaje y procedimiento, presenté el caso mediante un discurso que había preparado y ensayado con la ayuda de Matthieu y que terminaba así: «No soy sino un niño pequeño entre los dowayos. Entrego mi caso a Mayo para que lo exponga por mí.» Esto fue bastante bien acogido y Mayo describió a mis adversarios como unos villanos desalmados que se aprovechaban de mi falta de parientes y de mi naturaleza bondadosa para engañarme. Se intercambiaron argumentos mientras yo me balanceaba sobre los talones y murmuraba «Así es. Muy bien» a intervalos regulares. Por fin, accedí a pagar el doble de lo normal y todo el mundo quedó satisfecho. Es importante señalar que al hacerlo no me dejaba

engañar. Un hombre rico ha de pagar más por las cosas; sería injusto que se negara. Teniendo esto en cuenta, yo hacía casi todas las compras a través de Matthieu. Sin duda, él se valía de la oportunidad para quedarse con una comisión, pero aun así salía ganando. El resultado de todo esto fue que mi excelente casa con jardín y galería cubierta me costó catorce libras esterlinas.

Otro caso expuesto ese día es típico del funcionamiento de los tribunales dowayos. El asunto en litigio era la disputa de un saco de mijo por parte de un anciano y un joven. El hombre afirmaba que el muchacho se lo había robado del granero; el joven lo negaba. El viejo había entrado en la choza del muchacho para recuperar sus bienes y sólo había encontrado el saco que identificó como suyo. Las dos partes empezaron a insultarse. Aquello era demasiado para los espectadores, que se incorporaron jubilosamente gritando insultos todavía más ridículos: «Tienes el ano puntiagudo», «El coño de tu mujer huele a pescado podrido». Al final todo el mundo se echó a reír, incluidos los litigantes.

Un hombre afirmaba haber visto entrar al muchacho en el granero del anciano, pero no estaba presente. La vista fue suspendida hasta que pudiera oírse su declaración. En la sesión siguiente estaban presentes el chico y el testigo, pero el viejo no; de todas formas, el testigo no había visto nada. En la sesión que siguió se propuso hacer una prueba. El muchacho tenía que sacar una piedra de una olla con agua hirviendo; se le vendaría la mano y, si al cabo de una semana se le había curado, quedaría libre de culpa y el acusador tendría que compensarle. El anciano no permitió que así se hiciera y el muchacho reclamó una indemnización por la puerta de su choza. El viejo negó haberla roto y alegó que lo había hecho el propio muchacho por despecho hacia él. Se llamó a los testigos y volvió a posponerse la decisión. En la sesión siguiente se encontraban presentes los testigos pero no estaban ninguno de los dos litigantes. El caso simplemente murió por propia inercia. Parecía que las dos partes no se tenían mala voluntad.

El tribunal de justicia se consideraba una forma de entrete-

nimiento popular y los dowayos no dudaban en recurrir a él por los asuntos más triviales. Yo sólo hice otra aparición más en un caso que presentó un indígena contra mí.

Las obras de antropología están llenas de testimonios de investigadores de campo que no «fueron aceptados» hasta que un día cogieron la azada y empezaron a hacerse un huerto. Ello les abrió inmediatamente las puertas, los convertía en «un lugareño más». Los dowayos no son así. Siempre les extrañaba que yo intentara llevar a cabo el más pequeño acto de trabajo físico. Si pretendía transportar agua, unas frágiles ancianas insistían en llevarme el cántaro. Cuando intenté hacerme un huerto, Zuuldibo quedó horrorizado. ¿Por qué se me había ocurrido semejante cosa? El no tocaba nunca una azada; ya me buscaría un hombre para que lo hiciera. Fue así como me encontré con un jardinero. El hombre tenía una huerta junto al río y podría cultivar verduras durante la estación seca. Además, se negó a hablar de la paga; ya decidiría yo después si el trabajo estaba bien hecho y fijaría la retribución. Los dowayos suelen usar este sistema para obligar al patrón a ser generoso. Le di unas semillas de tomates, pepinos, cebollas y lechugas que me habían mandado unos amigos. Quedamos en que plantaría un poco de cada cosa a ver lo que crecía.

Casi se me olvidó el tema por completo hasta que a fines de enero me avisaron de que mi huerto estaba listo y ya podía ir a verlo. Hacía un día sumamente caluroso, incluso para la época del año en que estábamos, enturbiado por una neblina producida por el propio calor. La tierra había adquirido un tono marrón oscuro por efecto del sol y aparecía surcada por profundas grietas. Pero allí, a unos tres kilómetros de distancia, había un retal de un color verde intenso. A medida que nos acercábamos fuimos viendo que se trataba de una serie de bancales construidos en el mismo margen del río. Era evidente que había requerido mucho trabajo y que en la estación de las lluvias las aguas los arrasaría, de modo que al año siguiente habría que empezar de nuevo. Apareció entonces el jardinero e insistió en regar con gran alarde de esfuerzo y secándose la frente con exagerados gestos para que no dejara de percatarme del trabajo necesario en aquel

clima. Explicó que había ido a buscar tierra negra y excrementos de cabra y los había transportado hasta la parcela, que había regado amorosamente los brotes tres veces al día y los había protegido de los animales. Si bien era cierto que las langostas se habían comido las zanahorias y las cebollas habían caído presa del ganado de los fulani nómadas, había protegido las lechugas. Y allí estaban, tres mil lechugas, todas plantadas el mismo día y a punto de madurar al cabo de una semana. Todo esto, explicó con un aparatoso gesto, era mío. He de confesar que me desconcertó un poco encontrarme de repente convertido en el rey de las lechugas del norte de Camerún. Era absolutamente imposible consumir aquella abundancia de verdura. Ni siquiera tenía vinagre.

Durante las semanas que siguieron comí más lechuga de la que puede ser recomendable. Regalé una carretada a la misión; los burócratas de Poli se hartaron; los estupefactos dowayos recibieron abundantes obsequios que echaron a las cabras, pues no los consideraban aptos para el consumo humano. Traté de convencer al jardinero de que las vendiera en el pueblo pero tuvo poco éxito. Al final tuvimos que enfrentarnos a la decisión de cuánto tenía que pagarle. Puesto que originalmente yo había concebido el huerto como una manera de economizar que además me proporcionaría variedad en la dieta, estaba algo más que descontento. Le ofrecí cinco mil francos por la parte de la cosecha que podía consumir; él podía quedarse con el resto y venderlo en el pueblo. Su propuesta era que le pagara veinte mil francos, y de ahí no bajaba.

El caso se llevó a los tribunales y las lechugas crecieron, granaron y se echaron a perder. Siguiendo el consejo de Mayo sobre el correcto proceder en cuestiones legales, le hice llegar al juez seis botellas de cerveza para ayudarlo a superar agradablemente las deliberaciones; mi adversario hizo lo mismo.

El caso se debatió detalladamente bajo el árbol central. Yo me ceñí a los argumentos de que la cosecha no me servía de nada y de que yo no le había encargado al jardinero que plantara las tres mil lechugas sino que probara una pequeña parte de cada paquete de semillas. Mi oponente argumentó firmemente que,

pese a todo, debía ser recompensado por el trabajo que había invertido en el huerto. Nos repetimos y lo repetimos hasta el agotamiento. Finalmente intervino el jefe; debía pagarle diez mil francos. Como ya había aprendido la lección de que no era conveniente acceder a nada demasiado de prisa, grité y protesté, aunque al final me conformé diciendo que no quería que el jardinero estuviera triste. El también aceptó de mala gana diciendo que no quería que yo estuviera triste, pero añadió que me devolvería la mitad del dinero para demostrar lo agradecido que estaba por mi generosidad, de modo que al final se quedó con la suma que le había ofrecido desde el principio. El honor de ambos quedó libre de tacha y todos nos fuimos contentos, aunque yo no acabé nunca de entender lo que había ocurrido y nadie pudo explicármelo.

Mi contacto con los tribunales de justicia me sugirió que las actas de otros casos podían proporcionarme información histórica de utilidad. Estando en Inglaterra había leído algunos informes publicados en antiguos periódicos de la época colonial que me resultaron muy instructivos. El único lugar donde quizá podía encontrar documentos de ese tipo sería la *sous-préfecture* de Poli. Además sentía curiosidad por ver al nuevo *sous-préfet* y, sin duda, presentarle mis respetos sería una buena medida política. Me fui al pueblo en compañía del maestro de la aldea.

Este caballero era un joven bamileke, tribu dinámica y emprendedora del suroeste, cuyos miembros son considerados a veces como «los judíos de Camerún»; donde exista industria, comercio y beneficios, allí están ellos. Dominan muchas profesiones y constituyen la espina dorsal del personal docente del norte, adonde los destinan en una especie de servicio nacional prestado en una zona subdesarrollada. El maestro había tomado la costumbre de pasar por mi choza a media mañana para tomar un café durante el rato de recreo. Su conversación consistía en variaciones sobre el mismo tema: el horrible primitivismo del norte. «Esta gente son como niños —explicaba—. Los limpias, los vistes, les enseñas a distinguir lo bueno de lo malo y, naturalmente, les re-

sulta difícil y lloran. Pero después se alegran. Eso es lo que hacemos los del sur en el norte.»

Se extendía durante horas sobre la necesidad de enseñarles a pensar lógicamente, para lo cual, por supuesto, debían aprender francés. A veces me hablaba de las luchas libradas en el sur contra los franceses y me contaba con toda calma que había participado en el asesinato de un maestro blanco perpetrado por sus parientes, todo esto mientras nos tomábamos un café tranquilamente.

El nuevo *sous-préfet* era un hombrecillo pequeño, pulido y vivaz, vestido con la túnica fulani y adornado con profundas escaificaciones rituales en las mejillas. Los dowayos lo llamaban *buuwiilo*, «el blanco negro». En el pueblo se percibía ya cierta sensación de cambio. Se estaban haciendo reparaciones en el edificio de la administración y el palacio nuevo estaba por primera vez habitado. En el mercado se obligaba a los vendedores a usar balanzas y se anunciaban los precios. Pero lo más sorprendente de todo era que habían arreglado la carretera y se había puesto en marcha un servicio regular de autobuses que comunicaba con las ciudades. Aquel hombre estaba decidido a llevar a cabo una operación de limpieza.

El Blanco Negro me recibió jovialmente y mantuvimos una larga charla sobre los planes que tenía para la comarca. Hablaba un francés excelente y había viajado mucho por Europa. Se había propuesto civilizar a los dowayos, lo cual quería decir convertirlos en franceses, lo mismo que le había pasado a él. Es digno de mención que cuando nos interrumpía algún fulani por alguna cuestión de trabajo insistía en hablarle en francés. Estaría encantado de encargarle a uno de sus hombres que revisara los archivos judiciales; incluso podía llevarme lo que deseara. Quedé asombradísimo. Hasta entonces no había encontrado tanta colaboración por parte de ningún funcionario, ni la volvería a encontrar.

Nos despedimos con suma afabilidad y me prometió que vendría a verme a la aldea, pues se proponía recorrer todos los rincones de su territorio para ver por sus propios ojos lo que ocurría. Naturalmente, yo no me lo acabé de creer, pues no era pro-

bable que ningún funcionario abandonara las comodidades de su residencia; pero me equivocaba. Vino a verme y dio una vuelta por la aldea haciendo preguntas ciertamente interesantes. Los dowayos estaban aterrorizados. La presencia de un funcionario fulani era más o menos tan bien recibida como la visita de un antepasado. Al marcharse, señaló la aldea con expresión de beatífico optimismo y dijo: «Imagínese, dentro de unos años todo esto habrá dado paso al progreso. Poco a poco ya están mejorando las cosas. Hoy mismo he comprado lechugas en el mercado. Alguien ha empezado a cultivarlas.» Yo conseguí mascullar alguna evasiva. Era una lástima desengañar a un hombre con semejante fe en el futuro.

Para un occidental resulta chocante que tantas actitudes africanas coincidan con las que han sido desechadas en Occidente. Cualquier funcionario colonial de los años cuarenta estaría de acuerdo con las opiniones del maestro bamileke o del *sous-préfet* fulani, aunque sin duda los dos africanos no aceptarían el paralelismo. La fe en ese mal definido concepto, «el progreso», y la certeza de que la obstinación y la ignorancia caracterizaban a los indígenas, que, por su propio bien, habían de ser obligados a adaptarse al presente, los equiparaba con los imperialistas más acérrimos.

No sólo persisten las partes «buenas» del imperialismo; las «malas» también están presentes. La explotación económica en nombre del desarrollo, y el racismo y la brutalidad absolutos forman asimismo parte del panorama. Indudablemente, son tan autóctonos de Africa como cualquier otra cosa. No hay por qué aceptar la opinión del liberal romántico en el sentido de que todo lo bueno de Africa procede de las tradiciones indígenas y todo lo malo es legado del imperialismo. Hasta a los africanos cultos les cuesta aceptar que se pueda ser negro y racista, aunque poseen lo que nosotros llamaríamos esclavos y escupen en el suelo para limpiarse la boca después de pronunciar el nombre de los dowayos. El doble estereotipo quedó ejemplarizado por un estudiante universitario con el que estaba hablando de la matanza de blancos ocurrida en Zaire. Les estaba bien empleado, man-

tenía, eran unos racistas. Y se notaba que eran racistas porque eran todos blancos. ¿Quería eso decir que aceptaría él a una dowayo como esposa? Me miró como si estuviera loco. Un fulani no podía casarse con un dowayo. Eran perros, meros animales. ¿Qué tenía eso que ver con el racismo?

Los fulani procuraban disociarse de los pueblos negroides que los rodeaban. Habían oído hablar de un pueblo sudamericano llamado bororo, cuyo nombre relacionaron con el generalmente aplicado a los fulani nómadas, los mbororo. Se trataba de una prueba irrefutable de que los fulani provenían de Sudamérica y habían colonizado a estas razas inferiores. Varios fueron los jóvenes que me expusieron esta teoría digna de Thor Heyerdahl. Ello explicaba el tono claro de su piel, su cabello largo y liso, sus narices rectas y sus labios finos. Con frecuencia se empeñaban en demostrarme que las partes de mi cuerpo expuestas y tostadas por el sol eran del mismo color que las de ellos pálidas por la ropa.

La novedad de la estación seca que más gustó a los dowayos fue la llegada de mi frigorífico. Hacía tiempo que intentaba comprar uno de parafina, los miraba con añoranza en los escaparates pero costaban más de lo que yo podía pagar y la dificultad de transportarlos los dejaba totalmente fuera de mi alcance. Sin embargo, en la casa que habían ocupado los lingüistas holandeses desplazados hasta allí para estudiar la lengua de los dowayos había una de esas máquinas. Un día tuve la fortuna de encontrármelos en N'gaoundéré y me la ofrecieron en préstamo. Menuda suerte la mía, iba a tener agua fría y carne fresca. Además, podía dejar de consumir tanta comida enlatada, con lo cual se aliviaría en cierta medida mi estado financiero. Lo coloqué junto a mi flamante casa nueva, cuya techumbre estaban terminando. Cuando pregunté por qué no me habían puesto las púas que protegen de la brujería les pareció un chiste graciosísimo. Todo el mundo sabía que los blancos no estaban sujetos a los ataques de brujería, lo mismo que todo el mundo sabía que debían vivir en casas cuadradas y no redondas. En consecuencia, mi casa era cuadrada y, en lugar de protección contra la brujería, me colocaron encima una botella vacía de cerveza.

Jon y Jeannie vinieron a celebrarlo y tomamos cerveza fría con un Zuuldibo extasiado. Mi «granero frío» causaba la admiración de todo el mundo. Los desconcertaba —más o menos como a mí— que el fuego volviera frío mi «granero». No pude resistir la tentación de enseñarles el hielo, que sólo los que tenían más mundo habían visto alguna vez. Se quedaron aterrorizados. Jamás habían experimentado tan extrema diferencia de temperatura e insistían en que el hielo estaba «caliente»; si lo tocaban se quemarían. No logré convencerlos del todo de que no era sino agua bajo otra forma. Cuando veían cómo se derretía al sol decían: «La materia fría ha desaparecido, sólo queda el agua de dentro.» Hasta el Viejo de Kpan se vio obligado a venir a ver aquella maravilla en calidad de depositario de los arcanos del mundo.

Ello me permitió volver a establecer contacto con él y refrescarle la memoria sobre su promesa de recibirme. Acordamos que le haría una visita la semana siguiente. Su hijo vendría a buscarnos.

Para gran sorpresa mía, el chico llegó el día señalado. Zuuldibo insistió en acompañarnos. Mientras nos aproximábamos por vez primera a las imponentes montañas, la caminata se vio amenizada por encuentros con habitantes de esas tierras. Me resultó curioso comprobar que al saludarme las mujeres se dirigían a mí llamándome «amado». Me explicaron que se trataba de una peculiaridad de la región y le sacaron todo el jugo a la anécdota. Después de atravesar las largas y abrasadoras llanuras salpicadas de salitrales donde animales salvajes y ganado buscaban el sustento uno al lado de otro, empezamos la ascensión. En esa época del año, a mediodía las temperaturas podían rebasar con holgura los cuarenta y tres grados, y tanto Matthieu como yo en seguida quedamos bañados en sudor. Yo me había llevado agua para beber que él rechazó cortésmente, aun cuando no había podido saciar su sed en el único riachuelo que pasamos pues, como ya he dicho, los dowayos de las tierras bajas no pueden beber el agua de las tierras altas, a no ser que se la ofrezca alguien de la zona. El «hijo» del Viejo resultó ser una especie de primo de Matthieu y no podía formular tal invitación. El sendero ascendía de forma

constante entre raquíticos arbolillos. Fuera cual fuera la época del año en que se viajara, era siempre con grave riesgo. En la estación de las lluvias uno se podía agarrar a la vegetación para trepar por las rocas, pero en cuanto el sendero se convertía en una línea de puntos trazada en la pared del precipicio lo más fácil era caer al vacío. En la estación seca se veía la superficie y se podían colocar mejor los pies, pero no había agarraderos para rectificar ningún error.

Compartimos el viaje con unos soliviantados babuinos que lanzaban trozos de pizarra sobre nuestras cabezas. Debajo teníamos un precipicio de unos cien metros o más, por cuyo fondo, siseando entre peñas de granito, discurría un riachuelo. Todos soltamos unas risitas nerviosas cuando Zuuldibo comentó que tenía miedo de caerse porque no sabía nadar. Después de varias horas de duro avance, desembocamos en una meseta con fantásticas vistas sobre todo el país Dowayo que alcanzaban hasta Nigeria. Justo cuando ya pensaba que el resto iba a ser coser y cantar, empezaron a aparecer profundas grietas en la ladera. Para atravesarlas no se podía hacer otra cosa que saltar sobre el abismo y aferrarse a la arenilla del otro lado hasta haber recuperado el equilibrio.

Por fin llegamos a un valle fresco y verde, abundantemente regado por un arroyo que parecía nacer en la misma cima. En el fondo había un grupo de casas bastante grande, la morada del brujo de la lluvia. Nos saludaron varias mujeres jóvenes, esposas del Viejo, que alborotaban y revoloteaban a nuestro alrededor. ¿Deseábamos sentarnos fuera o dentro? ¿Nos apetecía comer algo? ¿Queríamos un poco de agua o de cerveza? ¿La tomaríamos fría como los blancos o caliente como los dowayos? El Viejo se encontraba en un campo distante tratando a una enferma; lo mandarían llamar. Permanecimos allí sentados conversando y descansando durante aproximadamente una hora, pero entonces llegó la noticia de que cuando el mensajero se presentó a anunciarle nuestra llegada el Viejo ya había salido hacia Poli por otro camino. Estaba seguro de que se trataba de una jugarreta, pero no me quedaba más remedio que aceptarlo graciosamente. En aquellas tierras Matthieu y yo no podíamos aspirar a atrapar ni siquiera

a un montañés anciano, por lo tanto no cabía la posibilidad de seguirlo. Zuuldibo, que se había quedado traspuesto, anunció que había soñado que una de sus vacas estaba enferma y debía regresar a ver si era cierto o se trataba simplemente de una broma gastada por el espíritu de un antepasado. Tuvimos que desandar el recorrido por los montes.

Esto señaló el inicio de mi campaña para ganarme a los jefes de lluvia y convencerlos de que compartieran sus secretos conmigo. Todos los «expertos» —misioneros, administradores, etc.— estaban convencidos de que no sacaría nada de los irracionales y testarudos dowayos. Y he de confesar que yo compartía esa opinión.

No obstante, inicié la política de visitarlos a todos, uno a uno, pidiéndoles que me vinieran a ver cuando pasaran por Kongle y enfrentándolos descaradamente entre sí. Ante el jefe de Mango fingí que sólo había acudido a él en la esperanza de que me pudiera decir algo del verdadero jefe de lluvia, el de Kpan. Cuando volví a ver al Viejo de Kpan, confesé que erróneamente le había considerado jefe de lluvia pero que me había enterado de que, en realidad, sabía poco del tema. Sin embargo, quizá podría contarme lo que ocurría en Mango. Puesto que estos dos personajes eran grandes rivales, conseguí mi objetivo. En una ocasión en que el Viejo de Kpan pasaba por Kongle, le dijeron que me había ido a pasar dos días en Mango. Por fin se abrió y comencé una serie de visitas. La primera vez confesó que su padre había sido jefe de lluvia y que, tras indagar un poco por ahí en mi nombre, se había enterado de un par de generalidades sobre las técnicas empleadas. Tuve cuidado de darle las más efusivas gracias y recompensarle generosamente, aun cuando mis finanzas se encontraban de nuevo en un estado lamentable.

A lo largo de los seis meses siguientes subí a la montaña donde vivía seis o siete veces. Invariablemente me encontré con que no acababa de cumplir sus promesas pero me contaba un poquito más. Cada detalle que se le escapaba podía utilizarlo yo para hablar con la gente de mi aldea; éstos suponían que sabía más de lo que en realidad sabía y soltaban otro poquito. Cuando Mayo

se enemistó con el Viejo por la falta de pago de una esposa se me presentó una oportunidad de oro, pues hizo una denuncia pública de todo el pasado del brujo, enumerando sus fechorías: que había matado a gente con el rayo, que había arrasado los campos llenándolos de puercoespines, etc. No le tenía miedo al Viejo, aunque fuera capaz de causar la sequía. Me mostró varios montes relacionados con la propiciación de la lluvia, me habló de su importancia relativa y de qué tipos de piedras originaban los distintos tipos de lluvia. Cuando el Viejo y él se hubieron reconciliado, yo ya me había formado una idea bastante aproximada de todo el sistema. No obstante, era crucial verificar la información y tratar de presenciar las propias operaciones, puesto que constituían el núcleo de varias áreas simbólicas relacionadas con la sexualidad y la muerte.

Gracias a ciertos sucesos, nuestros caminos se cruzaron. Se decía que el jefe de lluvia era el poseedor de la planta mágica llamada *zepto*, que curaba la impotencia masculina. Que él mismo se encontrara afectado por este mal, según divulgaron sus trece esposas y confirmó la investigación privada efectuada por mi amigo Augustin entre las damas insatisfechas del país Dwayo, no se consideraba un argumento refutatorio de sus virtudes. El Viejo de Kpan me preguntó si los blancos no tenían raíces para curar la impotencia. Le contesté que sí, que había oído hablar de semejantes remedios, pero no sabía si eran efectivos. Esta respuesta lo complació sumamente, señalándome como «un hombre de palabras rectas». A través de las oficinas de un *sex-shop* de Londres conseguí comprar una botella profusamente ilustrada de ginseng, y se la ofrecí como todo lo que podía hacer en este sentido. La única consecuencia fue un acceso de diarrea. Con todo, no se lo tomó a mal sino que convino en que hasta los mejores remedios fallaban algunas veces. Sacudió la cabeza sabiamente y sentenció: «No hay ningún remedio que haga nuevo un campo viejo.»

Otro incidente que contribuyó en gran medida a cimentar nuestra solidaridad fue una visita extraordinaria que nos hizo el *sous-préfet* ese mismo año para anunciar que, como medida enca-

minada a la modernización de los dwayos, debían cesar los sacrificios de ganado y la circuncisión debía limitarse a la época de vacaciones escolares. Llegó acompañado de una gran flota de coches llenos de funcionarios y burócratas que se reunieron debajo de un árbol enorme. Uno tras otro pronunciaron apasionados discursos en los que se prohibía una cosa u otra. Los dwayos asentían solemnemente con la cabeza y se dirigían furtivas sonrisitas entre ellos. El maestro bamileke se había preparado con antelación para la visita, de la que estaba claramente avisado, y aprovechó la oportunidad para denunciar el modo de vida indolente y bárbaro de los habitantes de la aldea. Hacía años que le habían prometido una escuela nueva pero no hacían sino retrasar su construcción. Cada vez que regresaba de las vacaciones, descubría que faltaban muebles y trozos del edificio. Cuando dijo esto yo me revolví incómodo, pues sabía que algunas partes de mi casa habían estado antes integradas en el combado techo de su escuela. El Viejo de Kpan se inclinó hacia un lado y comenzó a dirigirme miradas «significativas» y a señalar los montes con la cabeza. Estábamos justo al final de la estación seca y, aunque se veían nubes por todas partes, todavía no había caído ni una gota. Pero allí, sobre los montes, a unos doce o trece kilómetros, estaba lloviendo. El *sous-préfet* inició una larga arenga sobre la importancia de la educación. Los habitantes de Kongle debían beneficiarse de ella y de las ventajas de ser una zona subdesarrollada. La lluvia se acercaba. El maestro, alentado por el apoyo de las altas esferas, presentó una lista de los nombres de los padres que no llevaban a sus niños a la escuela. Seguidamente sacó otra de los padres que mandaban a sus hijos sin otro alimento que el almuerzo tradicional, cerveza, que tenía ebrios a sus pupilos toda la tarde. En el momento en que entregaba la lista, una potente ráfaga de viento y lluvia envolvió a los congregados, que corrieron a los coches quejándose y maldiciendo, y desaparecieron camino del pueblo. Todos nos refugiamos en nuestras chozas. Tanto el jefe de lluvia como el maestro terminaron en la mía y nos tomamos un café para entrar en calor.

—¿Se ha dado cuenta? —exclamó el bamileke—. ¡Qué gen-



te! Aquí está la mano de un hechicero. Alguien ha provocado la tormenta para hacerme callar. No tienen remedio.

Matthieu le susurró al brujo una traducción simultánea en dowayo e intercambiamos sonrisas de complicidad. Yo tuve una larga discusión con el maestro en la que negué la posibilidad de que nadie pudiera hacer llover e incluso la existencia de los hechiceros y la efectividad de la magia; él defendió todas estas creencias con firmeza. El jefe de lluvia trataba de disimular la risa, hasta conseguir ponerse rojo de histeria.

Cuando se marchó el maestro le pregunté al Viejo si había él hecho llover. Me dirigió una mirada de tortuga seráfica y dijo:

—Sólo Dios hace llover. —Prorrumpiendo en risas y visiblemente complacido por el resultado del día, añadió—: Pero si viene a verme la semana próxima, le enseñaré cómo se puede ayudar a Dios.

A esas alturas el brujo ya me había contado la mayor parte de lo que habría de aprender sobre la propiciación de las lluvias. En última instancia dependía de la posesión de ciertas piedras, como las que favorecían la fertilidad de las plantas y el ganado, y hubieron de transcurrir muchos meses antes de que llegara a verlas en la cueva secreta situada detrás de una cascada donde se guardaban. Cada vez me prometía enseñármelas en la siguiente ocasión. Por desgracia, aquel día era imposible porque todavía estábamos en la estación seca y acercarse a las piedras podía ocasionar una inundación, o porque estábamos en la estación de las lluvias y podía fulminarnos un rayo, o porque una de sus mujeres estaba menstruando y resultaba peligrosa para las piedras. Con sus trece esposas, rara era la ocasión en que no hubiera alguna menstruando.

De momento, el jefe de lluvia me enseñó su equipo portátil para producir lluvia. Una vez había dado inicio a la estación de las lluvias con las piedras especiales del monte, podía originar precipitaciones localizadas mediante el contenido de un cuerno de cabra hueco. Me llevó a campo abierto y nos agazapamos detrás de una peña mirando teatralmente a nuestro alrededor y oteando el horizonte. Dentro había un tapón de lana de carnero.

«Para las nubes», explicó. Seguidamente venía un anillo de hierro que servía para localizar el efecto de la lluvia; si, por ejemplo, se iba a celebrar una fiesta de las calaveras, haría que lloviera en el centro de la aldea hasta que le llevaran cerveza. A continuación estaba la pieza más poderosa. Se trataba de un gran secreto que no le había revelado nunca a nadie. Se inclinó hacia adelante muy serio y volcó el cuerno. Lentamente rodó hasta su mano una canica azul de niño, de las que se compran en cualquier sitio. Yo hice ademán de cogerla pero retiró la mano horrorizado. «Te mataría.» Le hice unas preguntas: ¿No procedía eso de la tierra de los blancos? Desde luego que no; pertenecía a sus antepasados desde hacía muchos miles de años. ¿Cómo producía la lluvia aquella piedra? Se embadurnaba con grasa de carnero. Aquello era interesante, pues los cráneos humanos también tenían que untarse de grasa antes de ser llevados al campo. Empecé a sospechar que cráneos, cántaros y piedras formaban parte de un mismo complejo. Así resultó ser, puesto que los jefes de lluvia servían de punto de engrase entre unos y otros. Los cráneos de los jefes de lluvia producen precipitaciones y con frecuencia durante los festivales son sustituidos por cántaros de agua; por otra parte, el monte donde se guardan las piedras mágicas se llama «La corona de la cabeza del niño». Es decir, los montes son tratados como si fueran los «cráneos de la tierra». Una vez más, un modelo único centrado en las piedras y los cráneos se utilizaba para estructurar muchas áreas y vincular entre sí lluvia y fertilidad humana.

Tras darle las gracias y una propina al Viejo, Matthieu y yo emprendimos el descenso pensativos. Cuando regresé a la aldea mi flamante frigorífico se había parado, con lo cual se había estropeado la carne para varias semanas que guardaba dentro. Desde entonces no volvió a funcionar debidamente y parecía captar cuándo no estaba yo presente para mantenerlo a raya. En cuanto volvía la espalda se paraba y en cuestión de horas sumía su contenido en un estado de avanzada putrefacción. A mi regreso más de una vez encontré a varios dowayos literalmente deshechos en lágrimas ante el «granero frío», lamentándose por la comida echada a perder, incapaces de poner en marcha el aparato pero a la vez

convencidos de que no podían tocar lo que había dentro porque no era suyo. Pronto lo relegué a la categoría de simple armario.

—África occidental ha vuelto a ganar —declaró Herbert Brown complacido.

Estando en el monte del jefe de lluvia se me había ocurrido un plan. Jon y Jeannie me habían preguntado si quería ir con ellos a N'gaoundéré al día siguiente en un viaje de aprovisionamiento, de modo que podía ponerlo en práctica en seguida. Me detuve un momento a deshacerme de la carne podrida y cambiarme de camisa y me dirigí a la misión sin pérdida de tiempo. Al cabo de tres días me encontraba de nuevo en la aldea del brujo de la lluvia. Mediante una sutil combinación de lisonjas y soborno, me había hecho con una canica azul de los hijos de Walter que me llevé triunfalmente.

—¿Te acuerdas de la piedra que me mostraste?

—Sí.

—Te pregunté si era de la tierra de los blancos.

—Sí.

—¿Es igual que ésta? —Le entregué la canica y procedió a examinarla a contraluz asombrado.

—Es igual. Las nubes de dentro son más oscuras.

—¿Podría causar lluvia esta piedra?

Mirándome perplejo, respondió:

—¿Cómo quieres que lo sepa? Para ver si funciona tendría que probarlo. No puedo decírtelo hasta que lo haya probado.

Sacudió la cabeza claramente extrañado de que esperara que hiciera afirmaciones que no se basaran en la experiencia directa.

Hasta mi última semana en el país Dwayo no se me permitió acceder a la montaña mágica. Puesto que me quedaba ya poco tiempo, consideré que se imponía realizar un último intento desesperado de demostrar los misterios. Le anuncié que lo iría a ver un día en concreto para despedirme, contento de que fuera la última vez que hacía aquel peligroso viaje. Cuando llegamos la aldea estaba sumida en el silencio más absoluto; había obligado a las mujeres a marcharse. Charlamos unos momentos. ¿Habrían cosido el mijo mis esposas cuando regresara a mi aldea? ¿Tenía

ganado mi padre? ¿Habrían empezado las lluvias? Aquella era la señal que esperaba. Matthieu me había hecho ensayar un pequeño discurso de agradecimiento mezclado con cierto reproche. Le estaba muy reconocido por haber hablado conmigo pero tenía triste el corazón porque iba a tener que regresar a la tierra de los blancos sin haber visto las piedras de la lluvia. Esto tenía que ser expresado en un estilo bastante más rimbombante para que fuera aceptable en dwayo. «Es como un niño que anda junto a su padre —improvisé—. Su padre le dice: “No te fatigues. Cuando llegemos a los montes te llevaré en brazos.” Pero cuando llegan allí el padre no cumple su promesa...» El Viejo captó la indirecta y aplaudió mi pequeña representación. Se había imaginado que estaría triste y pensaba que podía confiar en que no le contaría a ninguna mujer lo que iba a ver. Iríamos a ver las piedras de la lluvia. Matthieu empezó a gesticular y a suplicarme que no fuera, que me mataría. Le recordé que el rayo no puede matar al hombre blanco. El Viejo me dijo que me quitara toda la ropa y él hizo lo mismo. Masticó unas plantas especiales. Cuando me las escupió encima y empezó a frotarme con ellas el pecho reconocí el aroma del *geelyo*. Hube de ponerme una vaina peniana y, como concesión a mi «piel delicada», se me permitió dejarme las botas puestas. Me advirtió que no hablara ni hiciera movimientos bruscos, ni que tampoco tocara nada, y nos pusimos en marcha.

La ladera era muy escarpada y de vez en cuando resbalábamos con las piedras sueltas. El Viejo se reía solo; evidentemente se lo estaba pasando en grande. Yo no estaba tan a gusto, pues me preocupaba mi cámara fotográfica y sufría las agresiones de los espinos que salpicaban el recorrido. Por fin nos detuvimos justo debajo de la cumbre, a una altura de dos mil metros. Hacía muchísimo frío. Más arriba había un manantial y debajo del gélido surtidor se abría un hueco en la roca. En su interior había grandes recipientes de arcilla grumosa semejantes a cántaros, que guardaban piedras de colores distintos para la lluvia masculina y femenina. El Viejo las roció con el mismo ungüento que me

había puesto a mí y las sostuvo en la mano para que las contemplara. Nos faltaba todavía una cosa. Atravesamos el agua hasta alcanzar una gran piedra blanca. Se trataba de la defensa última de los dowayos. Si se la movía, el mundo entero quedaría inundado y todo moriría.

Regresamos a una velocidad vertiginosa, agradeciendo el relativo calor del valle, nos lavamos y nos vestimos. El Viejo se retiró a su choza. Ya me lo había enseñado todo. Me había explicado los diversos tipos de lluvia y que el arco iris se hacía frotando ocre rojo sobre una hoz; por último, también me había revelado dónde estaban las vasijas de la lluvia. ¿Estaba ahora contento? Ya lo creo que lo estaba y se lo demostré recompensándolo por sus revelaciones. Sólo quedaba una cosa: no lo había visto provocar la lluvia. ¿Sería tan amable de hacerme una demostración?

Sonrió indulgente. ¿Acaso no había visto los remedios con que había rociado las piedras? Llovería entre aquel punto y Poli. Debíamos descender antes de que se hiciera de noche. A él, naturalmente, la oscuridad no le preocupaba, observó, aludiendo a su rumoreada capacidad para convertirse en el leopardo nocturno.

La tormenta nos alcanzó en la peor parte del descenso, el tramo donde teníamos que dar saltos de cabra para rebasar las grietas. El granito es muy resbaladizo cuando está mojado y hubo un momento en que tuve que ponerme a gatear. El Viejo se reía y miraba el cielo. ¿Estaba ahora satisfecho? Nos hablábamos a gritos para oírnos por encima de la tormenta. «Ya es suficiente —vociferé—. Ya puede hacerla parar.» Me miró con un centelleo en los ojos y dijo: «No se casa uno con una mujer para divorciarse el mismo día.»

Tanto Matthieu como el brujo estaban contentísimos con la tormenta. Yo, por supuesto, no me iba a creer una cosa que entraba en tan clara contradicción con mi propia cultura sin contar con pruebas más convincentes. Al igual que ellos, veo lo que espero ver. El antropólogo que hace trabajo de campo raras veces se deja importunar por las creencias «falsas» de los que lo rodean;

se limita a ponerlas entre paréntesis, a mirar si encajan unas con otras y a aprender a convivir con ellas cotidianamente.

A Mariyo le hizo una gracia enorme el lamentable estado en que nos encontrábamos al llegar a Kongle. La célebre impotencia del jefe de lluvia y el hecho de que poseyera tantas esposas la llevó a sacar ciertas conclusiones sobre mi afán por subir al monte, sobre todo dado que el Viejo solía estar ausente cuando llegaba yo. Había adoptado además la costumbre de llamarme «amado mío», a la manera de las montañesas. También se había inventado que yo tenía en Garoua una fulani gorda con un aro en la nariz como desahogo de mis más bajas pasiones. Aquella fornida fulani alcanzó proporciones míticas: era tan gorda que tenía que ser transportada en camión y no podía andar sin la ayuda de sus criados; en la estación seca, mis parientes y yo nos sentábamos bajo la sombra que proyectaba.

Yo me vengaba preguntándole por el anciano koma que gozaba de sus favores. Cada tribu despreciaba a alguna otra. Para los dowayos los koma eran quienes desempeñaban esa necesaria función. Eran una tribu pagana que vivía a unos cincuenta kilómetros de distancia, al otro lado del río. Los dowayos les atribuían una forma degradada de lenguaje, un salvajismo y primitivismo terribles, y un increíble grado de suciedad. Su fealdad era un tópico en los chistes dowayos.

Cada vez que le hacía un regalo a Mariyo, fingía que me lo había dejado para ella su anciano koma, a quien no había podido comprender muy bien dado que se le habían caído todos los dientes a causa de la edad; sin embargo, me había dado a entender que era en pago de servicios sexuales. También le describía con todo lujo de detalles la mortaja que le había hecho ella. Puesto que estaba tan próximo a la muerte, no haría falta que envolvieran el cadáver; podían meterlo directamente en la tumba con el traje. En una ocasión cecé un insecto-palo y se lo regalé, fingiendo que pensaba que se trataba de su marchito koma que había venido a verla. Cuando tenía aspecto de cansada, en seguida lo imputaba a la fogosidad de su amante, que aprovechaba cuando iba a buscar agua; ambos sabíamos que se trataba de una excusa

para encontrarse con su galán en el campo. Estas sesiones contribuían en gran medida a aliviar el tedio de la vida de la aldea y constituían un factor importante en la «aceptación» que me dispensaban los dowayos.

Dada la intensa actividad sexual de este pueblo, la vida asexual que llevaba yo los dejaba verdaderamente perplejos. Los hombres no paraban de hacerme preguntas. ¿Cómo lograba soportarlo? ¿Por qué no me ponía enfermo? En Africa existen dos modelos básicos de relaciones sexuales: en uno las mujeres son elementos debilitadores y peligrosos que le roban al hombre su virilidad esencial; en el otro, su sexualidad se nutre de ellas. Cuanto más fornicaba, más fuerte se vuelve.

Para mi sorpresa, dado que en la circuncisión aplicaban un principio de «exclusividad» masculina, los dowayos optaban por el último modelo. Mi capacidad para vivir sin esposa les resultaba misteriosísima y la comparaban con las costumbres de los sacerdotes católicos, que vivían asexualmente pero en compañía de monjas. Estos religiosos, astutamente, habían hecho hincapié en no llamar a las monjas «hermanas» —puesto que para los dowayos «hermana» es cualquier mujer de la misma edad— sino «madres», con las que no están permitidas las relaciones sexuales. El rumor sobre mis lujuriosas excursiones a la ciudad pronto quedó establecido, prestando credibilidad a los chistes de Mariyo. Puesto que una de mis principales ocupaciones durante esos viajes era buscar las piezas de recambio para mi equipo, que habían caído víctimas de la penetrante cánicula africana, la expresión «Me voy a la ciudad a buscar repuestos» rápidamente adquirió una connotación salaz para Jon y para mí. Por desgracia, la realidad era que esos viajes guardaban bien poca semejanza con las orgías de la imaginación colectiva. Los encuentros sexuales son en Africa tan poco románticos y brutales en su naturaleza que sirven más para incrementar la alienación del estudioso de campo que para moderarla y es preferible evitarlos. Sé por conversaciones informales mantenidas con colegas que no siempre es así. La posición sexual del investigador de campo ha sufrido una revisión radical en consonancia con las transformaciones de

las costumbres sexuales de Occidente. Mientras que en la era colonial no estaba bien visto tener a miembros de otras razas —lo mismo que de otra clase social o religión— como pareja sexual, hoy día los límites son mucho menos estrictos. Resulta sorprendente el número de mujeres solas que en otro tiempo podían moverse libremente entre los «salvajes», en gran medida debido a que tampoco ellas figuraban en el «mapa sexual» de los nativos. En la actualidad, no obstante, las cosas han cambiado bastante, y la mujer solitaria puede decirse que se ve obligada a tener relaciones sexuales con la gente objeto de estudio, como parte del nuevo concepto de «aceptación». Cualquier mujer no acompañada que regresa sin experiencias tiende a suscitar comentarios de sorpresa y casi de reproche entre sus compañeros. Ha desaprovechado una oportunidad de investigar.

Al hombre, naturalmente, se le presentan oportunidades fugaces que con frecuencia, al estar ya institucionalizadas sobre una base comercial, resultan menos embarazosas. Es éste un terreno —lo mismo que el del ayudante de antropólogo— que ha sido omitido en la literatura especializada pero no en la experiencia real. El estudioso puede decidir que lo mejor es evitarlo todo, atendiendo a las enormes complicaciones para su vida doméstica y personal que acarrearía lo contrario, pero el problema se le planteará invariablemente a cualquiera que se encuentre aislado durante largos períodos en una cultura ajena. En mi caso particular, el hecho de que los dowayos consideraran que carecía de vida sexual en la aldea fue una bendición; ello me permitía tener todo tipo de libertades de las que no podía gozar ningún hombre dowayo. Normalmente, que un hombre esté solo en una choza con una mujer constituye una prueba irrefutable de adulterio; pero imaginarme a mí fornicando con las doncellas dowayo resultaba francamente ridículo, de lo cual por lo menos yo me alegraba.

Mi naturaleza y condición exactas preocupaban a la policía y hacia el fin de la estación seca estalló una crisis. En primer lugar ocurrió el incidente del helicóptero incontrolado. Una organización misionera suiza muy bien provista de fondos había de-

cido, en un alarde de sabiduría, que la mejor manera de convertir a los montañeses paganos era que un pastor descendiera sobre su remoto refugio en helicóptero. El efecto debió de ser ciertamente crítico. Un día, estando yo en la misión, el artefacto empezó a descender de lo alto, poniéndose a revolotear encima de nosotros con un ensordecedor bramido; era evidente que pretendía llamar la atención para que fuera alguien a la pista de aterrizaje. Puesto que yo era el único que había por allí que supiera conducir, tomé prestado un coche y para allá me fui. El helicóptero transportaba a dos pasmados clérigos de N'gaoundéré que buscaban a Herbert Brown, el cual, por su parte, había salido hacia N'gaoundéré aquella mañana por carretera. Estaban tratando de localizar su coche desde el aire. Volvieron a elevarse entre un remolino de polvo y desaparecieron en el preciso momento en que llegaba un furgón lleno de gendarmes armados hasta los dientes y dispuestos a detener a los «contrabandistas de Nigeria» que, según les habían informado, acababan de aterrizar allí. Me sacaron a rastras del coche. ¿Dónde estaba su permiso de aterrizaje, su plan de vuelo, la licencia del piloto? Mis protestas y alegaciones de total ignorancia hicieron poca mella en ellos. No les podía decir con precisión quién iba a bordo del helicóptero ni qué hacían, como tampoco darles el número de matrícula del aparato. Mi poca disposición a jurar que el aparato hubiera estado en algún momento a menos de quince kilómetros de la frontera se consideró una prueba incontestable de que estaba llevando a cabo actividades fraudulentas. Tardé cierto tiempo en poder desvincularme del asunto y demostrar que no era más que un idiota inofensivo.

Apenas había pasado este incidente cuando surgieron nuevas complicaciones. Una noche decidí acercarme hasta el hospital con la intención de visitar a un hombre de mi aldea internado a causa de una picadura de serpiente. Como mi linterna no funcionaba bien, pronto me perdí en el laberinto de senderos que rodean el pueblo y, después de dar vueltas a oscuras durante media hora, me alegré al divisar una luz. A ella me encaminé, y cuál no sería mi sorpresa al encontrarme detrás de la casa del

ayudante del *sous-préfet*. Tras detenerme a explicar qué hacía allí a un joven que haraganeaba junto a la puerta, llegué a la calle principal.

Dos días más tarde, mientras me hallaba trabajando con los alfareros, se presentaron en Kongle Jon y Jeannie; los gendarmes habían ido a su casa a preguntar por mí. Un documento de aspecto oficial me requería para que me presentara en la comisaría de policía a fin de someterme a una comprobación de identidad. Después de asegurarme de que no cocerían las vasijas hasta el día siguiente, me dirigí con ellos al pueblo. El comandante que gustaba de masticar agujas me llevó a su despacho y nos pasamos una media hora tratando de aclarar quién era yo y qué hacía exactamente en Poli. Todo esto acompañado de numerosas miradas de recelo. Comencé a preocuparme.

Parecía que me acusaban de haber tomado una foto de la pared posterior de la vivienda del ayudante del *sous-préfet*. Aquello era «información estratégica». Había testigos que juraban haber visto que llevaba una cámara de fotos en la mano cuando me encontraron husmeando por la casa. ¿Con qué frecuencia iba a Nigeria? Hizo caso omiso de mis negativas; había testigos. ¿Sabía que era delito cruzar la frontera? Me habían visto. La cosa siguió así durante bastante rato, hasta que me soltaron con la firme advertencia de que iban a vigilar mi comportamiento. La obsesión de los países del Tercer Mundo por el espionaje constituye para el estudioso de campo una amenaza constante, sólo parcialmente explicable por ciertos casos en que alguna parte interesada ha financiado una investigación de zonas conflictivas. El problema real radicaba en mi total incapacidad para explicarle a alguien para quien la investigación pura no tenía razón de ser por qué un gobierno extranjero podía estar interesado en una tribu aislada de montañeses renegados. El jefe de policía tenía bastante claro que la única explicación razonable guardaba relación con la proximidad de la frontera nigeriana. Por lo tanto, o bien era contrabandista o espía que preparaba una invasión. Qué papel desempeñaba en todo esto la fotografía de la parte trasera de la casa del ayudante del *sous-préfet*, no se explicó nunca.

Mucho tiempo después, cuando lo conocí mejor, el *sous-préfet* me contó que estaba al tanto de todo, y que me hubiera llegado a proteger de los gendarmes, caso de mostrarse excesivamente celosos en el cumplimiento de su deber; para él no había sido más que una broma pesada. En ese momento yo reaccioné con una preocupada intranquilidad intensificada por el hecho de que empezaron a aparecer policías por la aldea con intención de controlar mi paradero. Este incidente coincidió también —por casualidad o intencionadamente— con el extravío de una remesa de carretes fotográficos que había enviado por correo desde Poli. Como siempre, Jon me prestó su leal apoyo en esos momentos difíciles, y solía llevarse a la misión a llenarme el buche de cerveza hasta que recuperaba los ánimos.

## 12. PRIMEROS Y ULTIMOS FRUTOS

Llevaba aproximadamente un año fuera de Inglaterra y, si bien no puedo decir que entre los dowayos me encontrara como en casa, parecía haber alcanzado una especie de estadio intermedio en el que la mayoría de las cosas aparecían dotadas de una engañosa familiaridad. Había llegado el momento de empezar a revisar mis notas y atacar las áreas que había postergado para cuando una mejora de mi competencia lingüística y de mis contactos personales hicieran más fácil la investigación. Especial importancia revestían los ritos agrarios de la fertilidad, cuyos ejecutores eran por una parte el Viejo de Kpan, y por otra, los parientes de éste que había conocido en la región más alejada del país Dowayo durante el primer festival de las calaveras al que había asistido. Tales ritos consisten en tratar las piedras mágicas que confieren fertilidad a las plantas mediante remedios especiales. En Kpan, esto convergía con la propiciación de las lluvias, pues se creía que los remedios «renuevan la tierra» al caer junto con la lluvia. En el otro extremo del país Dowayo, los rituales consisten en colocar una hilera de piedras en cada confín del valle como «barrera contra el hambre». Inicié pues una serie de incursiones en esta región para hablar con los depositarios de estos secretos, los «señores de la tierra».

Una vez más, y puesto que mi coche seguía sin estar arreglado, me aproveché de la generosidad de Jon y Jeannie en lo referente al transporte. Gracias a ellos pude hacer frecuentes via-

jes a tan remota zona sin tener que recorrer a pie más de diez kilómetros y sin perder el contacto con el Viejo de Kpan. Para sorpresa mía, los habitantes me enseñaron de buena gana todos los indumentos de sus ceremonias con la única condición de que no les contara nada a las mujeres. Ahora que todo el mundo sabía que trabajaba con el Viejo, estaban dispuestos a confiar también en mí, sobre todo dado que les habían llegado noticias de que pagaba los costes necesarios. Pasé varias semanas recorriendo cuevas, montañas y casas de las calaveras y volviendo luego a Kpan a sacarle más información al Viejo. Al mismo tiempo, el jefe de lluvia de Mango me mandó recado de que él también estaba a punto de dar inicio a la estación de las lluvias, de modo que hube de dejar lo que estaba haciendo y salir a toda prisa hacia su monte. Allí los montañeses nos hicieron la jugarreta usual de mandarnos de un sitio para otro todo el día con la esperanza de que nos cansáramos y nos fuéramos. Es una estrategia que les ha sido útil desde la llegada a Poli de los primeros emisarios del gobierno. Pero a esas alturas Matthieu y yo ya estábamos bastante habituados a sus métodos, de modo que le pagamos a un lugareño para que nos hiciera de guía. Nos negamos a permitir que nos abandonara hasta que encontráramos al brujo y juramos que, de ser preciso, dormiríamos ante la puerta de su choza e iríamos detrás de él todo el día siguiente. Pronto dieron con el brujo, que se mostró la mar de contento de vernos; parecía que la técnica de «hacerles dar vueltas por el monte» se aplicaba de entrada a todos los forasteros. Curiosamente, se había enterado de las dificultades que había tenido yo con el jefe de policía, lo cual despertó su conmiseración; por lo visto, también él tenía problemas.

Este brujo de la lluvia era un hombre joven, despierto y jovial que estaba dispuesto a dar inicio a la estación de las lluvias allí mismo y en aquel preciso momento sacrificando una cabra negra y rociando las vasijas de la lluvia que había en la casa de las calaveras con su sangre. No obstante, su consejero, un anciano pragmático que resultó ser tío suyo, no lo permitió. ¿Cómo iban a estar seguros de que yo no había estado en contacto con una

mujer que estuviera menstruando? Además, los dowayos no esperaban la lluvia hasta al cabo de unas semanas. Cuando empezó a cuestionar la conveniencia de permitir que un hombre no circuncidado se acercara a las vasijas supe que no pretendía sino poner obstáculos. No es preciso que los extranjeros estén circuncidados para presenciar los rituales dowayos; incluso se tolera la presencia de mujeres. Comenzamos a hablar de dinero. Estuve una hora sacudiendo la cabeza con expresión horrorizada cada vez que decía una suma. Al final convinimos en el precio. No me pareció un timo pagar unas ocho libras esterlinas por el máximo secreto del país Dowayo, cantidad que a la vez me daba derecho a media cabra. El asunto se despachó sin asomo del temor reverencial que revestiría en Kpan. No revestía más dramatismo que la manera usual de matar una cabra: tumbaron al animal de espaldas y lo ahogaron pisándole la garganta. Cuando perdió el conocimiento, le cortaron el cuello y recogieron la sangre en una calabaza.

Todos salimos corriendo hacia una casa de las calaveras bastante descuidada y situada en pleno campo que contenía unas vasijas de la lluvia iguales a las que habría de ver posteriormente en Kpan. El acceso a la zona estaba prohibido para los extraños y hubimos de arrastrarnos por debajo de los espinos para acceder al umbroso claro lleno de maleza en el que se alzaba. Tras el rociamiento de rigor, regresamos a la aldea e iniciamos una charla que duró varias horas.

Fue allí donde recogí el dato quizá más importante para interpretar el simbolismo cultural de los dowayos. La información de que disponía hasta entonces vinculaba la fertilidad humana y la lluvia. La cosecha del «verdadero cultivador» había relacionado la fertilidad de las plantas con la circuncisión a través del «apaleamiento de la mujer fulani». En Mango conocí los lazos existentes entre la lluvia, la circuncisión y la fertilidad vegetal. Parecía que el día en que se limpiaban las piedras para dar inicio a la estación seca era el día que la montaña, «la corona de la cabeza del niño», se incendiaba por primera vez (es decir, se «secaba») y también el día en que se llevaban a la aldea los pri-

meros frutos del año junto con los chicos que habían sido circuncidados. Luego descubrí que también éstos pasaban de «mojado» a «seco». El prepucio es explícitamente despreciado por los dowayos porque hace que los niños estén mojados y huelan como las mujeres; el pene circuncidado está seco y limpio. Cuando los chicos salen de la aldea para ser circuncidados están «mojados» y tienen que pasarse tres días arrodillados en el río. Luego pueden abandonar gradualmente el campamento de la orilla del río y aproximarse a los montes. Hasta la estación seca no pueden retornar a la aldea para situarse al pie del santuario donde se exhiben las calaveras de ganado. Allí se llevan los primeros frutos ese mismo día. Es decir, todas las esferas de la fertilidad se unen en un único sistema y el cambio de la estación lluviosa a la seca se vincula a la transformación del chico «mojado» sin circuncidar en hombre «seco» circuncidado.

De vuelta en casa aún habría de dedicar muchos meses de investigación y detallado análisis a perfilar los últimos detalles del sistema, pero la estructura básica de todo lo que había presenciado y anotado concienzudamente durante mi trabajo de campo de pronto encajaba y «cobraba sentido». Los momentos de «eureka» son siempre emocionantes; el hecho de que a mí me llegara inesperadamente en la cima de un monte y de que el hombre que me estaba proporcionando la información no tuviera ni idea de lo importante que era para mí, incrementó el placer que sentí al vislumbrar la estructura subyacente a esta serie de ritos en toda su simplicidad. Matthieu debió de encontrarme extrañamente vivaz mientras descendíamos. En mi desbordamiento, tomé el agua fría que manaba en la cima de la montaña sin molestarme en echarle cloro ni hervirla. No sabré nunca si esa arrogancia fue la causa de mi castigo, o si se trató de algún virus que se mantenía acechante en mi hígado. Fuera lo que fuera, caí nuevamente enfermo de hepatitis.

Cuando me encontraba en el punto más bajo de la evolución Augustin y la última de sus acompañantes femeninas me favorecieron con su visita. Mi estado de postración les hizo reflexionar con expresión grave; la enfermedad era nueva para ellos.

—Lo mejor es vomitar —declaró Augustin rotundamente—. Debes vomitar mucho.

—Hay que purgarlo —discrepó su acompañante—. Sólo una buena purga puede quitarle la enfermedad. En mi aldea mueren muchos de esto.

—Purgarlo no serviría de nada. Tiene que vomitar.

—Nada de eso. Conviene que se purgue hasta que le salga la sangre.

La discusión prosiguió en esta línea. Al final yo les di las gracias y anoté las diversas substancias que me harían evacuar y vomitar a su satisfacción.

Un alma caritativa de la misión de N'gaoundéré me había transmitido el secreto de la curación de la hepatitis, un cocimiento de hojas de guayaba que resultó más efectivo que todo lo demás. Luego me enteré de que una empresa farmacéutica alemana estaba experimentando con una droga basada precisamente en esta substancia. Mandé a Matthieu a buscar las hojas. Aunque por lo general no se encuentran tan al norte, él afirmaba saber de un árbol que crecía junto al río a sólo unos ocho kilómetros de allí. Yo no acababa de creerme que habláramos de la misma especie, pero, para mi asombro, regresó ese mismo día con una bolsa llena de hojas de guayaba.

Lentamente fui mejorando. Los dowayos estaban tan impresionados que empezaron a tratar la enfermedad con el mismo remedio. Así pues, no se puede negar que todo antropólogo cambia en cierta medida la vida del pueblo que estudia. Aparte de ésta, la única huella que creo haber dejado es la toponímica. El lugar en que mi huerto demostró la aptitud del clima para el cultivo de lechugas pasó a conocerse desde entonces como «lugar de las ensaladas».

Durante este período llegaron las primeras lluvias del año. Las tórridas temperaturas de los últimos días de la estación seca descendieron con el primer chubasco entre el regocijo general. Por mi parte, yo estaba algo menos extasiado que la mayoría, pues la techumbre de mi nueva casa dejó pasar el agua como un colador toda la noche. Hube de acurrucarme en un rincón tiri-



tando de frío, con la maleta apoyada en un saliente encima de la cabeza para protegerme de la lluvia y abrazando los apuntes. A la mañana siguiente el constructor me informó sin inmutarse de que eso les pasaba a todos los techos y ya dejaría de hacerlo al cabo de unos días. No voy a fingir que le creí, simplemente carecía de la experiencia necesaria para refutar sus aseveraciones, que se parecían peligrosamente a las hechas por los que me habían alquilado barcas agujereadas asegurándome que la madera se hincharía en seguida y tataría las grietas, o a las del dentista camerunés que me juró que las encías se me encogerían hasta acomodarse a su insegura prótesis. Tras una atroz semana de inundaciones, consideré que ya era hora de echar mano de mi garantía de funcionamiento y se iniciaron las reparaciones. Para mi sorpresa, éstas consistieron simplemente en darle unos golpes al tejado con una estaca; y, para mayor sorpresa todavía, el procedimiento funcionó.

Por aquellos días, con la ansiedad del que ve próximo el fin de su trabajo, llevé mis apuntes a la misión para preservarlos de la humedad, las termitas, las cabras, los niños y otras amenazas evocadas por mi imaginación.

Mientras me encontraba solo allí (Jon y Jeannie estaban fuera) unos gritos me hicieron acudir a la puerta. Era el soldador, un corpulento individuo que estaba orgulloso del nombre que él mismo se había puesto, Cabrón Negro.

—¡Eh, hombre blanco! —exclamó—. Su coche acaba de intentar matarme.

Por lo visto, estaba soldando una pieza a mi coche, cuya existencia yo trataba de olvidar con todas mis fuerzas, cuando se le escapó y por poco se le cae encima. Parecía creer que aquello le había ocurrido por alguna malevolencia mía.

—¿Se encuentra bien? —inquirí.

—¿Bien? Mire esto.

Se sacó un pene enorme de dentro de los pantalones y lo agitó acusadoramente. Al principio, no alcanzaba a advertir la pertinencia de esta revelación, pero tras un examen más atento distinguí el cortecito para el que exigía «cuidados urgentes». Me

quedé un poco desconcertado, no sabía de dónde sacar los medicamentos adecuados. Efectué un búsqueda rápida pero no encontré nada más que lejía concentrada. Puesto que aplicarle aquello no me pareció buena idea, le aconsejé que consultara a Herbert Brown, que vivía allí cerca, pues sabía que tenía remedios para esas urgencias. Cabrón Negro se fue, todavía ofendidísimo, arrastrando los pies.

Hasta que no hube reemprendido mis labores de organizar apuntes no se me ocurrió que Herbert Brown no estaba, pues se había ido a reparar un camión, pero que su esposa, una señora un tanto nerviosa, sí estaría. Me imaginé a Cabrón Negro acercándose a la puerta y enseñándole la parte herida. Quizá debía correr a intervenir. Con todo, me pareció que la discreción era lo más recomendable. Puesto que no llegó hasta mis oídos ningún grito, supuse que Cabrón Negro había estado recatado.

Como ya me encontraba lo suficientemente recuperado para emprender otra caminata, Matthieu y yo hicimos una última excursión al extremo occidental del país Dowayo para presenciar la cosecha de las palmeras *Borassus*. Estas plantas producen un fruto esférico similar al coco que es tratado en muchos sentidos como un cráneo humano y se coloca en el santuario del ganado para que los escorpiones no infesten la aldea. Yo no había visto todavía ninguno y tenía ganas de probarlos.

Cuando llegamos al poblado del «señor de la tierra», lo encontramos masticando satisfecho. Esta fruta se puede comer de dos maneras: o bien poniéndola en agua hasta que germine y consumiendo entonces los brotes, que son parecidos al apio, o bien tal cual. La pulpa es fibrosa y de color anaranjado; tiene la textura de una alfombrilla de esparto y un sabor parecido al del melocotón. Después de masticar vigorosamente durante un rato empecé a cogerle el tranquilo y a encontrarle el gusto. Una amable anciana, al darse cuenta de que la fruta se me resistía, me trajo una calabaza llena de una pulpa mucho más tierna. Así se lo comenté a Matthieu.

—Pues claro, *patron* —repuso—, la han masticado antes.

Ahora que se acercaba el fin de mi estancia, empezaron a vi-

sitarme personas interesadas en mis posesiones que me hacían saber cuánto necesitaban una manta o lo bonita que era tal cazuela. El jefe me dijo que me echaría mucho de menos y se puso a rememorar las cosas que habíamos hecho juntos y cuánto se había divertido, aunque le había traído muchas complicaciones. Matthieu empezó a contarme los problemas que tenía para comprar una esposa. «Conviene comprarlas jóvenes —explicó— para formarlas a tu gusto.» La elegida en esta ocasión tenía unos doce años. «Aunque si son jóvenes no hacen más que pedirte dinero para el colegio.» Suspiró. ¿A quién podía sacarle el dinero necesario para pagar el colegio de su mujer sino a mí? La única que parecía considerarme algo más que una fuente de beneficios materiales era Mariyo; cuando hablábamos de mi marcha lloraba y decía que echaría de menos nuestras charlas.

Todo el pueblo estaba alborotado ante la perspectiva de la próxima fiesta nacional. Se habían instalado diversas atracciones y los dowayos debían presentar cierto número de bailarines que ejecutaran la danza de la circuncisión. Ello me interesaba mucho puesto que no había podido presenciar la ceremonia. Hay años masculinos y años femeninos. La circuncisión sólo puede realizarse un año masculino y yo llegué en uno femenino. Pero, incluso después del cambio de año, seguía sin haber suficiente mijo para alimentar a los muchachos durante su dilatada estancia en el campo. Hacía aproximadamente un lustro que no se realizaba el festival y la situación se estaba volviendo escandalosa. Así pues, yo no tuve más remedio que contentarme con las descripciones de lo que habían vivido los informantes, los relatos de los circuncisores sobre cómo se hacía y el material fotográfico que pude sacar de archivos oficiales y de misioneros que llevaban muchos años en el país Dowayo. No obstante, esta laguna del simbolismo dowayo no era tan grave como podía haber sido, pues la mayoría de las ceremonias eran «reproducciones» de la circuncisión y copiaban lo que ocurría en ella.

Con todo, me alegré de poder presenciar la danza de los chicos antes de ser intervenidos. Los candidatos se visten con mortajas, pieles de leopardo, cuernos de animales, túnicas y material

decorativo vario. Para esta ocasión, dos muchachos que ya habían sido circuncidados se vieron obligados a realizar la engorrosa y humillante tarea, puesto que no daba tiempo a instruir a dos niños más jóvenes. La idea, sin embargo, no los seducía lo más mínimo y se negaban a participar. Zuuldibo les prometió cerveza y dinero, y finalmente aceptaron de mala gana. Al día siguiente, el jefe se presentó en mi choza a pedirme que se lo pagara, ya que, al fin y al cabo, aquello se había organizado porque me interesaba a mí.

De repente su generosa holgazanería se vio amenazada por un edicto del *sous-préfet* según el cual todo el mundo debía cultivar un huerto. Zuuldibo declaró que no servía de nada plantar un huerto hasta que no se tuviera una buena protección de cactus alrededor para impedir que se acercaran los animales. Calculaba que tardaría aproximadamente un año en saber si los cactus habían prendido. Luego declaró que era absurdo tener un huerto si no se tenía allí mismo una choza donde guardar cerveza para ofrecérsela a los trabajadores. Por desgracia, no era la estación propicia para la construcción, de modo que habría que esperar otro año. Teniendo todo esto en cuenta, no se podría empezar a cavar hasta después de tres años. Sin embargo, cada mañana anunciaba gravemente que «se iba al huerto» y se sentaba allí debajo de un árbol, muchas veces conmigo, a hablar de lo que se le pasaba por la cabeza. A veces yo tenía la sensación de estar haciendo para él de psiquiatra gratuito, pues gustaba de divagar sobre sus sueños, las mujeres que había conocido y el peso de la autoridad.

El día del festival, todas las personalidades acudieron al campo de fútbol. Yo aproveché la circunstancia para importunar al Viejo de Kpan, que se presentó vistiendo ropas fulani y portando una espada. Todas las demás tribus habían enviado también bailarines, que evolucionaban dando alaridos en medio de una asfixiante nube de polvo. Los peces gordos de la administración se habían puesto sus uniformes de gala; el *sous-préfet* recordaba sospechosamente a un auxiliar de vuelo de Air France. Se izaron y arriaron banderas. Los gendarmes paseaban arriba y abajo con sus armas más ofensivas y los encargados de la organización se

permitían golpear a la gente. Tras cantar el himno nacional, sobre una silla se colocó solemnemente una radio que fue objeto de honores militares y por la cual se escuchó el discurso del presidente, recibido con generoso éxtasis general. Los niños desfilaban y jugaban. No se permitió que se fuera nadie hasta que el *sous-préfet* y todos nosotros languidecimos por efecto del calor. Una multitud de niños acompañados de sus madres comenzó a gritar, gracias a lo cual se marcharon antes; se rumoreó que las mujeres los habían pellizcado deliberadamente. La conversación de los pocos blancos asistentes se centró en el asesinato y mutilación de dos misioneros del norte. Mientras que los americanos se mostraban nerviosos, los franceses llevaban a cabo extravagantes exhibiciones de lo que les había ocurrido a los cuerpos, intensificando así alegremente su inquietud. Como único inglés, me correspondía a mí permanecer impertérrito; que ese personaje sea inevitablemente asesinado a la mitad del segundo rollo en todas las películas antiguas no venía al caso.

El *sous-préfet* se había apropiado de toda la cerveza y todos los refrescos del pueblo, de modo que me fui a la misión con Jon y Jeannie para hacer tiempo hasta el espectáculo nocturno: un concurso de belleza.

Aquella noche en concreto, Poli propiciaba la exageración. Se requería que la gente expresara su alegría por la independencia de forma histérica en las calles. Una sutil distinción separaba a los convidados a la fiesta del *sous-préfet* de los excluidos de ella; la policía se encargó de subrayarla cargando contra los mirones y pegándoles de vez en cuando.

La calle principal hervía de gente que cantaba, bailaba y se saludaba a gritos. Muchos, si no la mayoría, estaban alegremente borrachos. Quizá ésta era la ocasión en que debía ponerme el traje; sin embargo, de llevarlo puesto, me habría asado de calor. Dado que se trataba de una fiesta oficial, todo el mundo se comportaba con mucha ceremonia. Habían dispuesto apretadas hileras de sillas duras e incómodas. Evidentemente su colocación respondía a algún sistema secreto de reglas de precedencia que a mí me resultaba del todo impenetrable. Allí estaba el médico

con su gruesa señora. También estaban los burócratas. El jefe de policía se me quedó mirando con expresión sarcástica; el administrador de correos hizo como que no me veía, sin duda debido a que había tenido la desfachatez de preguntarle por qué todo el correo que enviaba desde Poli llegaba a Inglaterra sin sellos. También parecía que habían acudido numerosos parientes del encargado de comprobar las invitaciones.

El concurso de belleza se había organizado mediante el sencillo método de remitir cartas oficiales a los jefes ordenándoles mandar cierto número de mujeres jóvenes el día señalado. Me estremece pensar lo que les parecería esto a los interesados. En otros tiempos los fulani reclutaban concubinas y esclavas entre esos pueblos; quizá temían que se reinstaurara esa costumbre. Fuera cual fuera la interpretación que se había hecho, todas las mujeres mostraban una expresión temerosa. Era evidente que muchas habían tenido que recorrer largas distancias a pie y acusaban el viaje. Los fulani, naturalmente, consideraban humillante exhibir a sus mujeres de esa manera, pero les encantaba la oportunidad de contemplar a las de otras razas. Las damas desfilaban, aunque en la mayoría de los casos más bien caminaban penosamente, describiendo un amplio círculo ante los espectadores con el aire resentido propio del género de un mercado de esclavos. Algunas mantenían los llorosos ojos fijos en el suelo, otras lanzaban miradas furibundas y bisbiseaban contra sus atormentadores. El público demostró que estaba admirablemente a la altura de las circunstancias, profiriendo burlas mezcladas con entusiastas ofrecimientos de todo tipo de uniones que no fueran matrimoniales. Entre los invitados y la muchedumbre que se les echaba encima surgió un pequeño enfrentamiento. Algunos se habían subido a los árboles para ver mejor pero cayeron encima de los miembros del cuerpo de vigilancia, que sacudían los troncos hasta que bajaban, acción que provocó lágrimas de aprobación popular. Tras las deliberaciones, fue anunciada Miss Poli y, tras ella, la segunda clasificada y la agraciada con el premio de consolación. El nuevo joven ayudante del *sous-préfet* se encargó de entregarles un regalo a cada una, de besarlas recatadamente y de bailar con la ganadora, que

evidentemente llegaba de un recóndito lugar de las montañas y estaba aterrada. Cuando el noble ayudante le ofreció su casto abrazo, la muchacha retrocedió horrorizada. Al ser invitada a bailar, apretó los puños deshecha en lágrimas y se negó. Las tensas sonrisas dieron paso a las amenazas disimuladas, que no lograron sino que se pusiera a patalear con sus zapatos nuevos de plástico azul. Dos gendarmes se abalanzaron sobre ella y se la llevaron. El gentío prorrumpió en vítores. La ganadora del premio de consolación, y nunca mejor dicho, subió a la palestra y empezó la fiesta.

La música consistía en una mezcla de los últimos éxitos occidentales e interminables cantos nigerianos. Yo tuve la indescriptible desgracia de verme obligado a bailar con la esposa del médico al son de uno de estos últimos, que duró veinte minutos, a lo largo de los cuales dimos vueltas por la pista casi en solitario mientras los demás sufrían los efectos del calor o contemplaban anonadados nuestras graciosas evoluciones. Era una mujer gruesa y corpulenta y, al cabo de unos diez minutos, empezó a dar claras muestras de fatiga chocando con las sillas y dando traspiés. Ninguno de los dos deseábamos ofender al otro retirándonos, de modo que continuamos bamboleándonos bañados en sudor y boqueando hasta que un alma caritativa nos trajo dos cervezas. No resulta fácil beber cerveza de una botella mientras bailas, pero nos las arreglamos bastante bien y fuimos vitoreados por los espectadores.

Hecho esto, consideré que ya había ofrecido mi contribución a las festividades y me acomodé tranquilamente en un rincón, desde donde acepté la bebida que me ofreció el médico con buenas razones. La fiesta prosiguió con abundancia de líquido y comida del tipo callos socarrados. Hacia media noche trabé conversación con dos jóvenes maestros recién llegados del campo, Patrice y Hubert. Patrice tenía la peculiaridad de llevar consigo una silla plegable a todas partes donde iba. Por lo visto había pasado un año entre los voko sin un solo mueble. Aquella situación lo había deprimido profundamente, de modo que se había ido con su amigo a Garoua y se había comprado una silla de la que, juraba,

no se separaría nunca. Incluso bailó con la silla hasta que lo amonestó el primo del gendarme que le había permitido entrar. La cerveza empezó a escasear y muchos se pasaron al vino tinto. Yo sabía por experiencia que no era recomendable y me alegré de disfrutar de un rato de abstinencia. Otros, sin embargo, exigían más bebidas. Parecía ser que la única fuente que quedaba era una taberna ilegal, situada al otro extremo de la ciudad y regentada por un estricto musulmán. Un enfermero que llevaba su parálisis con alegría se ofreció a ir a buscarlo en motocicleta, pero hubieron de llevarlo en brazos hasta el vehículo, pues no podía andar. Finalmente desapareció en la noche con un rugido. Yo no veía nada claro cómo se aguantaba siquiera encima de la máquina, y no digamos cómo se proponía traer la cerveza. No obstante, cinco minutos después ya estaba allí otra vez en su motocicleta. Nuevamente, hubo que llevarlo desde el vehículo hasta el asiento, donde reanudó la bebida; era un héroe. Patrice, la silla y yo salimos a la calle a escuchar a unos dowayos que entonaban una alegre canción sobre el adulterio. Graciosamente, Patrice me ofreció su silla. Los jubilosos cantos pronto se vieron interrumpidos por un guardia de la cárcel que había decidido grabar la música en su magnetofón. El modo en que lo trataron cuando se dieron cuenta de que no iba a darles dinero por permitirle hacer la grabación me dejó estupefacto. Los cantores se abalanzaron sobre él como un solo hombre, sin dejar de cantar, y las mujeres le pisotearon el aparato mientras los niños le mordían las piernas e intentaban meterle palitos en las orejas. Patrice estaba preocupado por su silla; yo me alarmé al darme cuenta de que mi propia conducta se había asemejado en muchas ocasiones a la del guardia. Resolví cambiar impresiones con Zuuldibo al día siguiente para averiguar qué era lo que me había protegido de recibir el mismo tratamiento. En Africa occidental es muy poco conveniente presenciar la comisión de un delito; los métodos policiales consisten fundamentalmente en localizar testigos, amigos del agredido, etc., y pegarles hasta que alguno confiesa. Resulta sorprendentemente eficaz. Patrice, su silla y yo pusimos los pies en polvorosa.

Regresamos a la fiesta del *sous-préfet*, ahora totalmente dominada por el cuerpo policial, cuyos miembros bailaban entre sí. Tras un baile bastante frío con una sargento, me pareció que ya era hora de irse y a eso de las cinco de la madrugada volví a la misión procurando no hacer ruido; allí me esperaba Jon con ganas de reír y dispuesto a creer sólo la peor parte de mis actividades nocturnas.

Puesto que más o menos ya había terminado las investigaciones serias, ahora me tocaba ocuparme del aspecto práctico. Me habían dicho que abandonar el país era una operación todavía más enojosa que llegar al aeropuerto con un billete válido. Por lo visto necesitaba un permiso de salida; hasta que lo obtuviera, sería prisionero del país. Ello me irritó sumamente. En la misión me explicaron el procedimiento a seguir. Una vez más, parecía increíble que un proceso administrativo tan engorroso e inútil se tomara en serio; con el tiempo comprobaría que no era así.

El primer disparo de la campaña lo lancé en N'gaoundéré. Una desafortunada coincidencia hizo que deseara solicitar un visado para abandonar el país precisamente cuando expiraba mi visado para permanecer en él. Me fue imposible hacerle entender a nadie del ministerio por qué descaba las dos cosas al mismo tiempo; o bien me quedaba o bien me marchaba. Sabía por experiencia que si me encontraban sin visado válido en uno de los numerosos controles policiales que hay que pasar durante cualquier viaje, podía plantearseme un problema largo y caro. Me dijeron que volviera al cabo de tres días.

El paso siguiente era la Delegación de Hacienda. También allí surgieron complicaciones. No estaba claro si debía haberme dirigido a la de N'gaoundéré: mi permiso de investigación había sido extendido en la capital, Yaoundé, la zona en donde había trabajado estaba en el norte y por lo tanto se administraba en Garoua, pero mi último permiso de residencia era de N'gaoundéré. Tenían que estudiar el asunto. Entre tanto convenía que rellenara un impreso en el que se me preguntaba: «Número de hijos. ¿Hay alguno vivo todavía?», triste reflejo del índice de mortalidad infantil. Pasé varios días prácticamente instalado en el

despacho tratando de ver al inspector. Por fin me recibió y accedió a ocuparse de mi caso. El hecho de haber pagado el impuesto sobre la renta de aquel año en Gran Bretaña constituía un importante obstáculo. ¿Existía algún acuerdo tributario entre Camerún y Gran Bretaña?, preguntó. Le confesé mi ignorancia. El cerró mi expediente con determinación. Muy bien, tenía que llevarle una carta de mi embajada explicando las leyes tributarias de mi país. Yo dudaba mucho de que pudiera convencer a la embajada de hacer una declaración semejante, y además no tenía ningún deseo de ir a Yaoundé, de modo que nos enzarzamos en una larga discusión. No cedió ni un ápice.

Esperé unos cuantos días más a ver si lograba hacerme con el permiso de residencia, transcurridos los cuales me dijeron que la radio estaba rota, llevaba rota un mes, y era imposible dar ningún permiso sin hablar antes con la capital.

El mes siguiente me lo pasé entre Garoua, N'gaoundéré y Yaoundé con gran quebranto para mis finanzas y para mi salud. Al cabo de ese tiempo me convencí de que no iba a poder abandonar legalmente el país debido a que mis actividades se habían repartido entre tres zonas administrativas distintas. Hablé del asunto con mis amigos franceses de Yaoundé. Gracias a tener la nacionalidad francesa, ellos no tendrían que enfrentarse nunca a tales complicaciones y podían moverse más o menos a su antojo con un simple documento de identidad, pero me pusieron en contacto con un experto en documentación de la contaduría del ejército francés que escuchó con grave expresión mis complejos infortunios. No había problema, repuso sonriente, podía adoptar la estrategia que seguían todos. Debía contar que había vivido todo el tiempo en la capital. Me hacía falta una dirección, pero podía dar la de mis amigos. Puesto que era blanco, necesitaba criados; y si se suponía que tenía criados, precisaba documentos que demostraran que les pagaba al menos el salario mínimo establecido por el gobierno y que cotizaban en la Seguridad Social. También podía usar los de mis amigos. Todos vivíamos en el mismo piso y habíamos puesto los documentos a un solo nombre para simplificar; así se explicaría por qué yo no constaba en

ningún papel. Al parecer esta técnica era empleada con frecuencia por todo tipo de organizaciones para eludir la horrenda complejidad de la burocracia. El único peligro radicaba en que insistieran en visitar mi domicilio. No era un riesgo muy grande pero convenía sobornar a los criados para que dijeran lo que debían.

Así pues, pusimos el plan en práctica. Durante las semanas siguientes recorrí lentamente el circuito recogiendo los nueve papeles necesarios con sus correspondientes sellos. Para ello hube de padecer el mismo tratamiento recibido a mi llegada, pero ya apenas me sorprendía ni me molestaba.

Los documentos prestados funcionaron a las mil maravillas. El inspector de la Seguridad Social decidió hacerme una visita, pero abandonó rápidamente la idea cuando se enteró de que no disponía de coche en el que llevarlo a mi domicilio. Estábamos ya en la estación de las lluvias y se negaba a ir andando a ningún sitio. Cogí las pólizas y seguí adelante.

Por fin llegué a la Jefatura Superior de Policía, donde se concedían efectivamente los visados. Para no apartarse de lo habitual, empezaron a mandarme de un despacho a otro como si fuera la primera vez que oían hablar de conceder visados. Empecé a las nueve de la mañana. A las tres de la tarde había llegado al despacho del jefe de policía. Dado que en ese momento me encontraba sin visado para quedarme y sin visado para marcharme, sólo él podía decidir sobre mi situación. Escuchó mi relato con aburrida superioridad. «¡Que le den el visado!», le gritó a un subordinado. Nadie me pidió los documentos que había ido reuniendo tan penosamente a lo largo de siete semanas, a tan alto coste y molestando a tanta gente. Salí del despacho dando traspies, mareado de incredulidad. Así debió de sentirse Moisés cuando Dios le entregó las tablas.

Inicié entonces una retirada progresiva de Poli aprovechándome una vez más de la ayuda misionera para trasladar mis enseres a N'gaoundéré, donde mi lucha laocoontiana con la burocracia se había convertido en un chiste público.

Tras la fiesta del *sous-préfet*, y sobre todo a instancias de Matthieu, había decidido dar también yo una fiesta de despedida

en la aldea. Para ello, conseguí por medios poco lícitos unas cuarenta botellas de cerveza de fabricación industrial y Mariyo accedió a hacer cierta cantidad de cerveza de mijo. Naturalmente, ello se convirtió en un grave problema. El dinero del mijo fue a parar a manos de un hombre cuyo hermano consideraba que Zuuldibo le debía una vaca. Este hombre lo cogió, pero a su hermano le debían mijo los padres de su esposa, que lo obtendrían del tío de la mujer, etc. Como consecuencia de todo esto, hasta el último momento no trajeron el mijo y no se pudo empezar a preparar la cerveza. La aldea entera hirvió de excitación durante dos días. Zuuldibo tejía esterillas para que se sentaran los invitados. Mariyo entonaba canciones de molienda mientras aplastaba los granos de mijo. Los niños correteaban de aquí para allá pidiendo calabazas y vasijas y, en general, entorpeciendo todo. Sobre todo estaban atentos a coger al vuelo cualquier cosa que tirara yo. Los envases de aerosol eran transformados en instrumentos musicales, las cajas de cerillas se convertían en recipientes para objetos secretos guardados en los graneros, después de arrancarles cuidadosamente la etiqueta para usarla como papel de liar cigarrillos. Las latas vacías eran muy buscadas para guisar. Hube de llevarme los medicamentos sobrantes al campo y enterrarlos a fin de evitar que los niños se los comieran. Los hombres pasaban de vez en cuando sólo para mirar la cerveza y chismorrear.

En conjunto, la fiesta tuvo un éxito sonado. A Matthieu le molestó que me negara a pronunciar un discurso como había hecho el *sous-préfet*, pero estaba orgulloso de ser el encargado de distribuir la cerveza. Puso a todo el mundo en fila y le ordenó a su ayudante en esta empresa que le diera una botella a cada persona de la aldea y los informara con claridad de quién se la daba y por qué. Parecía que el único avergonzado por esta maniobra era yo. Pronto todo el poblado estuvo como una cuba. Aparecieron los instrumentos musicales, un anciano comenzó a menear los pies y otro lo imitó. Rápidamente empezaron los bailes. Se hizo de noche y seguía llegando gente del campo, pero milagrosamente las provisiones no se agotaron. Dos de las esposas del jefe se agacharon a mis pies y empezaron a llorar; el tam-

borilero se arrodilló ante mí tocando un redoble todavía más insistente a la temblorosa luz del fuego; los bailarines nos rodearon dando palmas y pateando. Me dio la impresión de que debía responder de algún modo. Evidentemente, era imposible hacer un discurso, pero la presión del gentío me impedía moverme, de modo que tampoco podía unirme a la danza. Por suerte, Matthieu apareció detrás de mí con un puñado de monedas de cien francos. «Oprima una moneda sobre cada frente, *patron*», me susurró. Hice lo que me indicaba y en cuanto me fui identificando con mi cometido empecé a entonar una bendición, «que tu frente sea desigual», como deseo de buena fortuna.

Por lo visto, aquello era exactamente lo que esperaban. Les encantó esa tradicional bendición y se alejaron bailando para dar cuenta del resto de la cerveza.

Matthieu y yo nos retiramos a la choza en que se hallaban reunidos Zuuldibo y otras personalidades y al final acabé pronunciando un torpe discurso de agradecimiento y despedida. Luego tuvimos que quedarnos allí bebiendo durante varias horas, aunque yo ansiaba disfrutar de la dura soledad de mi cama. Me divertió observar que durante el tiempo que llevaba Matthieu a mi servicio, de abstemio total se había transformado en un bebedor de consideración, mientras que yo casi no tocaba el alcohol por culpa de la hepatitis. En el exterior la fiesta continuaba con el mismo frenesí; dentro nos quedamos escuchando la música en silencio. Uno a uno se fueron marchando todos. Pronto me quedé solo y me desplomé agradecido en la cama; pero entonces empezó nuevamente a llover y a filtrarse agua por la techumbre.

Al día siguiente, cuando menos me lo esperaba, llegó hasta mis oídos que el coche que prácticamente había conseguido apartar de mi mente estaba «casi reparado». La investigación subsiguiente reveló que se había avanzado algo en tal sentido. Ya se sostenía sobre cuatro ruedas, aunque con una pícara inclinación hacia un lado. Hicieron falta tres intentos para llevarlo hasta la aldea. En dos ocasiones el motor se paró. La tercera se incendió al conectar las luces. No obstante, todo esto no eran sino com-

plicaciones menores comparadas con la búsqueda de gasolina, que al final conseguí comprándosela a un empleado del garaje del *sous-préfet* por mediación de Augustin. De dónde la había sacado él, no quise preguntárselo.

Todo estaba listo para la partida. Una vez tenía el coche en marcha, no era aconsejable apagar el motor, dado el estado del mecanismo de encendido. Un grupito de lugareños había venido a despedirme. Los dowayos sonreían vagamente y movían los pies; Barney, el perro, agitaba la cola; Jon y Jeannie trataban de no reírse mientras calculaban las posibilidades que tenía de llegar a N'gaoundéré. Agité la mano, accioné el cambio de marchas y me alejé de los montes donde había pasado tantos meses inmerso en tan extraña tarea. Toda separación te deja una sensación de vacío, un ligero regusto de soledad cósmica. Resulta difícil no empezar a olvidar de inmediato que el estudio de campo consiste fundamentalmente en un aburrimiento, una soledad y una desintegración mental y física intensos. Sobre tu memoria desciende una neblina dorada, los salvajes se vuelven más nobles, el ritual más impresionante, el pasado se reestructura para conducir inexorablemente a algún gran propósito del presente. Sólo gracias al diario que no dejé de escribir sé ahora que el sentimiento que experimentaba entonces era fundamentalmente de histérica alegría por haber terminado con el país Dowayo.

Por supuesto, el viaje no había terminado aún. El coche, por ejemplo, había adquirido una nueva característica; ahora recogía toda la lluvia que caía sobre la carrocería y la canalizaba por unos conductos para rociar con ella a los pasajeros. Con todo, llegué hasta N'gaoundéré, donde invertí las dos semanas siguientes en intentar mandar un baúl de vasijas. Ya estaba preparado para ver que ello se consideraba una afrenta contra el orgullo nacional camerunés y un asunto que exigía la intervención de siete grupos distintos de funcionarios.

Pero llegó el día de despedirme de mis amigos de la misión, sin los cuales simplemente no habría podido realizar mi trabajo. Antes de subir al avión, Matthieu me pidió un último «préstamo».

Camerún se guardaba todavía una última carta. Hube de pasar la noche en el puerto de Douala, donde la única comida que tomé bastó para producirme un violento ataque de los vómitos y la diarrea que dan fama a esa ciudad. Mi único consuelo era que disponía de wáter y de bidet, de modo que podía eludir esa agonizante elección que imponen los cuartos de baño ingleses. A la mañana siguiente, prácticamente tuvieron que subirme al avión.

### 13. UN ALIENIGENA INGLES

La mayoría de los viajes por avión son incómodos, bestiales y largos. La última etapa de mi estudio de campo lo fue todavía más debido a que tuve que sentarme tieso como un palo mientras tomaba sorbitos de agua de Vichy como una solterona y me concentraba en los saltos que me daba el estómago, todo esto amenizado por lo que pretendía ser una película francesa a todo volumen. Entre tanto, el Sahara se iba deslizando debajo.

Fue entonces cuando tuve la brillante idea de quedarme en Roma, donde debía cambiar de avión. En mi cabeza se había formado una beatífica imagen de una habitación tranquila y fresca con sábanas ligeramente almidonadas. La sombra de un árbol frondoso se proyectaría sobre la cama y quizá habría también una relajante fuentecilla.

Una vez en tierra, me di cuenta de que no podía llevar solo mi equipaje y tuve que dejarlo en la consigna, donde contemplé cómo mis valiosísimas notas y cámara fotográfica desaparecían en unas abismales fauces con cierto escepticismo sobre su reaparición y sin acabarme de creer que hubiera sido tan lunático como para separarme de ellas. En la mano sujetaba con fuerza mi vestuario, tan maltratado por África. Los pantalones que me había regalado la esposa de mi misionero despertaban la curiosidad de los elegantes romanos. Mis ojos desorbitados y mi macilento color hacía que los *carabinieri* me siguieran con la mirada.

Encontré una habitación. Era calurosa y ruidosa, todas las



bombillas zumbaban y el precio simplemente obsceno. Guardaba la debida proporción entre lo real y lo imaginado. Me dispuse a dormir.

Una de las diferencias que suele pasar desapercibida entre una aldea africana y una ciudad europea es el transcurso del tiempo. A alguien habituado al rítmico pulso de la vida agrícola, en que se piensa por estaciones y los días carecen de nombre, le parece que los urbanícolas pasan ante sus ojos llevados por un frenesí de empeños frustrados. Me puse a andar por las calles de Roma como un hechicero dowayo cuya etérea lentitud sirve para separar la tarea ritual que desempeña de las actividades cotidianas. Las cartas de las cafeterías ofrecían tantas posibilidades que me veía incapacitado para enfrentarme a ellas; la inexistencia de alternativas que se daba entre los dowayos me había desposeído de la facultad de tomar decisiones. Estando en África soñaba con darme festines; ahora vivía a base de bocadillos de jamón.

Puesto que me habían advertido repetidamente que me iban a robar, agredir y timar por la calle, procuraba no llevar nunca encima más que el dinero justo para los bocadillos de jamón, de modo que apenas me sorprendí cuando, al regresar al ruidoso hotel, vi que habían forzado la puerta de mi habitación arrancando las bisagras y se habían llevado todas mis posesiones; billete de avión, pasaporte, dinero e incluso los restos de mi vestuario dowayo habían desaparecido sin dejar rastro. La dirección declinó con firmeza toda responsabilidad. Mi capacidad africana para enfurecerme y gritar fue muy admirada, pero no cambió las cosas. Una rápida revisión del bolsillo que me quedaba intacto reveló que lo único que tenía en el mundo era una libra esterlina. En tales circunstancias, el paso siguiente es bastante obvio. Me fui a un bar y, prescindiendo de los bocadillos de jamón, pedí una cerveza y me puse a reflexionar sobre mi situación. El propietario era un inquisitivo grandullón. Pronto averiguó mi nacionalidad, mi profesión y mi estado civil, me enseñó una manoseada fotografía de su numerosa y amada prole y me contó que había sido prisionero de guerra en Gales. Las chicas de allí, afirmó tí-

midamente, eran muy apasionadas. Sin darme cuenta me encontré contándoselo todo.

—¿Así que no tiene ni dinero ni billete ni pasaporte? —resumió en un extraño acento romano-céltico. Yo asentí—. Entonces le dejo diez mil liras.

Lanzó unos billetes sobre la barra y yo pedí un bocadillo de jamón. En mi estado de estupefacción, tan increíble generosidad no me parecía menos lógica que el desastre que la había precedido. Volví a meter la marcha del trabajo de campo.

Mi benefactor llamó a la embajada británica mientras yo me resistía a tener ningún otro contacto con personas de esa índole, imaginándome un interminable recorrido por Roma a la caza y captura de los documentos sellados para que me fueran arrebatados por unos *ragazzi* antes de que pudiera llegar al avión. Estaba todo arreglado. Primero tenía que ir a la policía a presentar una denuncia y luego la embajada dispondría lo necesario para mi repatriación. Sólo con oír esa palabra me imaginé que me trasladarían a casa encadenado.

En la comisaría de policía se congregaba una vasta horda de turistas ultrajados, desesperados y desolados de todas las nacionalidades que, por lo visto, habían sufrido las toscas atenciones de la juventud romana. No sé por qué, los británicos eran pacientemente seleccionados por un policía aburrido y frío y colocados en una habitación con los alemanes. Los franceses eran asignados, observamos con rabia, a una estancia que no sólo era más grande sino también más fresca. Un hombre con un marcado acento de Bradford se dirigió a todos nosotros:

—Es por Beryl por quien me sabe mal —anunció—. Es mi esposa —añadió señalando a una recatada matrona vestida de tweed—. No podía salir del camping, pero pensaban que estaba haciendo la carrera. Venga a acercársele hombres tocando la bocina. A uno tuvo que arrojarle ciruelas. —Lo miramos intrigados—. Luego dos pillastres empezaron a seguirnos en moto, rompieron la ventanilla trasera del coche con un martillo y se nos llevaron las maletas delante de nuestras narices.

Los alemanes exigieron la traducción pensando que se les

ocultaba algún secreto importante. Yo intenté explicárselo pero tuve que dejarlo porque parecía que procedían de una parte del Tirol donde las vocales no existían.

Saciado de bocadillos de jamón, volví a la marcha de estudio de campo hasta que, finalmente, me condujeron a un despacho situado en un profundo subterráneo donde me interrogó un policía.

—¿Le han robado en la estación?

—No, en el hotel.

Emitió un gruñido y tomó nota.

—¿Qué le han quitado?

Enumeré mis posesiones.

—¿Cuánto dinero tenía?

—Unas cien libras esterlinas.

Se fue arrastrando los pies.

Seguidamente apareció otro policía y, sin dar ninguna explicación, depositó a un hombre esposado, de ojos desorbitados e increíblemente peludo, en la silla de al lado de la mía y se marchó. El hombre se inclinó hacia adelante y me clavó una mirada enloquecida. Ambos sabíamos que en cuanto bajara la vista se me echaría encima. Siguió mirándome. Yo le sostuve la mirada. Ninguno de los dos hablamos. Al cabo de una eternidad reapareció mi policía y, haciendo como si no advirtiera la presencia del otro, me entregó una declaración para que la firmara. El elegante italiano empleado en ella no era difícil de entender. Declaraba categóricamente que me habían robado mil libras en la estación. Con la sensación de que ya había pasado por cosas peores que aquella, firmé sin remordimiento alguno.

Hecho esto, me encontraba ya en disposición de asaltar la embajada, donde hallé otra banda de turistas afrentados atendidos por una grave y estricta funcionaria que estaba echándole un sermón a una jovencita muy sucia de andrajosos tejanos.

—Ya es la tercera vez que te roban en la estación. No podemos seguir dándote pasaportes. Voy a telefonar a tus padres.  
—La descarriada hizo una mueca de desdén—. Les da lo mismo,

¿verdad? —La funcionaria frunció los labios en un gesto de desaprobación—. ¿Quién ha sido esta vez?

—Es que conocimos a dos chicos que...

La rígida dama la interrumpió con un gesto de la mano.

—Voy a llamar a tus padres. Espera aquí.

Partió dejándonos a todos con una mezcla de comprensión, vergüenza y curiosidad. La muchacha nos miró desafiante. El que estaba delante de mí le dijo algo y ella se rió. Fueron a sentarse junto a la ventana mientras yo me retiraba nuevamente a mi estado de muerte aparente. Al fin regresó la estricta funcionaria.

—Ven aquí. He acordado con tus padres que te vamos a pagar el billete de regreso a Inglaterra, pero no puedo permitir que te quedes aquí ni un día más. Saldrás mañana mismo.

Todos nos pusimos en tensión, percibiendo que la aludida no era ninguna dulce violeta que aceptara pasivamente semejante tratamiento. Para nuestra sorpresa, sonrió tiernamente.

—No se preocupe. Este mes me ha invitado a su yate —dijo señalando al hombre que había estado hablando con ella. Y se marcharon juntos acompañados por nuestro atronador aplauso silencioso.

Mi caso fue mucho más rutinario. Sin que se me concediera otra cosa que una mirada de repugnancia dirigida a mis pantalones y un respingo de desaprobación, me extendieron el pasaje. Naturalmente, tomé la precaución de ajustar mi versión de los sucesos a la que contenía la declaración.

Así pues, dieciocho meses después de mi partida, llegué a Inglaterra con un par de pantalones rotos, siete sucias libretas de apuntes sobre África occidental, una máquina de fotos llena de arena y una denuncia en italiano. Había perdido dieciocho kilos, mi piel había adquirido un color marronáceo y tenía los globos oculares de un tono amarillo fuerte. De esta guisa hice frente al funcionario de inmigración.

—¿Pasaporte?

—Me temo que lo he perdido. —Le entregué la denuncia en

italiano y él entrecerró los ojos—. Pero... ¿es usted inglés, señor?

—¿Cómo? Ah..., sí, sí.

—Entonces estará usted dispuesto a firmar una declaración a tal efecto.

—Desde luego.

—Muy bien. Pase usted. —Me hizo una seña con el brazo.

No podía ser tan fácil. Me esperaba una trampa. Lo miré desconfiado.

—¿Quiere decir que no tengo que gritar, amenazarlo ni ofrecerle dinero?

—Pase usted.

La paradoja del viajero espacial einsteiniano es una de las que más ha dado que pensar a los matemáticos. Después de recorrer el universo a gran velocidad durante unos meses, regresa a la Tierra y descubre que en realidad han transcurrido décadas enteras. El viajero antropológico se encuentra en la posición opuesta. Durante lo que parece un período de tiempo extraordinariamente largo, permanece aislado en otros mundos, donde se plantea problemas cósmicos y envejece de forma considerable, para regresar y descubrir que tan sólo han pasado unos meses. La bellota que plantó no se ha convertido en un gran árbol, apenas ha tenido tiempo de sacar un débil brote, sus hijos no se han vuelto adultos y únicamente sus más íntimos amigos han notado su ausencia.

Además, resulta ciertamente insultante comprobar lo bien que funciona el mundo sin uno. Mientras el viajero ha estado cuestionando sus creencias más fundamentales, la vida ha seguido su curso sin alteraciones. Los amigos siguen coleccionando cazuelas francesas idénticas y la acacia del fondo del jardín sigue creciendo espléndidamente.

El antropólogo que regresa a casa no espera una bienvenida de héroe, pero la frialdad de algunos amigos parece excesiva. Una hora después de llegar me telefoneó un conocido para decirme sucintamente:

—Oye, no sé dónde has estado, pero te dejaste un jersey en mi casa hace casi dos años. ¿Cuándo vas a venir a recogerlo?

Uno se queda con la vana sensación de que tales preguntas no son dignas de un profeta que retorna a su tierra.

Una extraña sensación de distanciamiento se apodera de uno, no porque las cosas hayan cambiado sino porque uno ya no las ve «naturales» o «normales». «Ser inglés» le parece a uno igual de ficticio que «ser dowayo». Se encuentra uno hablando de las cosas que les parecen importantes a los amigos con la misma seriedad indiferente con que se puede hablar de brujería con los indígenas. El resultado de esta falta de integración es una sensación creciente de inseguridad reforzada por el gran número de blancos presurosos que uno encuentra a cada paso.

Todo lo relacionado con las compras resulta difícilísimo. Ver los estantes de un supermercado repletos de alimentos produce una nauseabunda aversión o un estremecimiento de impotencia. Yo o bien daba tres vueltas a la tienda y luego abandonaba todo intento de decidir, o bien me compraba grandes cantidades de los artículos más lujosos y salía muerto de miedo de que me los quitaran.

Tras meses de aislamiento, mantener conversaciones educadas se vuelve extraordinariamente difícil. Los largos silencios se interpretan como muestras de disgusto disimulado mientras que la gente de la calle reacciona bastante mal ante alguien que hable solo. Ajustarse a las normas de relación también plantea problemas. Un día un lechero me dejó en la puerta unas botellas que yo no había pedido y salí corriendo detrás de él dando gritos a la manera de Africa occidental. Creo que incluso lo agarré por la solapa. El pobre hombre se quedó desconcertadísimo. En Africa occidental no habría demostrado otra cosa que firmeza, en Inglaterra me comportaba como un insufrible patán. Verse de repente así puede constituir una experiencia humillante.

Por otra parte, algunas cosas nimias producen una inmensa satisfacción. Yo me volví adicto de los pastelillos de nata, un amigo desarrolló una insaciable pasión por las fresas. El agua corriente y la luz eléctrica me resultaban francamente increíbles. Pero al mismo tiempo desarrollé extrañas manías. Me molestaba tirar las botellas vacías y las bolsas de papel; con lo valiosas que

eran en Africa... El mejor momento del día lo vivía al despertar sobresaltado y sentir el alivio de no encontrarme ya en Africa. Los cuadernos yacían desatendidos en el escritorio; sólo el tocarlos me daba una aversión que me duró varios meses.

Una de las experiencias psicológicas más extrañas fue la llegada del baúl de vasijas que tenía la sensación de haber mandado hacía meses. Había envuelto cada pieza cuidadosamente en lienzos dowayos y las había metido en un cajón metálico empapelado de pegatinas que informaban de la fragilidad del contenido en cuatro idiomas. A Zuuldibo aquella tacañería lo dejó perplejo. ¿Por qué no se las daba a los aldeanos? Todo el mundo sabía que era lo suficientemente rico, como la misma mujer que hacía las vasijas, para comprarme una vistosa batería esmaltada de Nigeria. Seguro que a mis esposas no les gustaría que les llevara ollas de una aldea.

Resultaba extraño ver el baúl que antes tenía en mi choza arrinconado ahora en un cobertizo húmedo y frío de Londres. Además, había mutado totalmente de forma. Al mandarlo era rectangular y ahora se había vuelto casi por completo esférico. Unas huellas de bota que se veían en la tapa atestiguaban contra el autor de tal maravilla. Para abrirlo hube de utilizar un desmontador de neumáticos. Siempre choca recibir un paquete que se ha enviado uno mismo; parece revelar una doble personalidad, sobre todo cuando la persona que lo mandó se está convirtiendo tan de prisa en un extraño para el receptor. Todos mis amigos sin excepción admiraron la elegante simplicidad de las vasijas. Qué lástima que las hubiera estropeado usándolas. ¿No podía haber comprado alguna olla importada barata y haber guardado aquéllas, que eran demasiado bonitas para usarlas? Hubiera estado bien presentar-selos a Zuuldibo y dejar que resolvieran el asunto entre ellos. El investigador de campo retornado acepta ambas posiciones pero no se identifica con ninguna.

Naturalmente, en esos momentos es imposible no tratar de hacer un balance de pérdidas y ganancias. Desde luego, había aprendido mucho sobre un pueblo pequeño y relativamente poco importante de Africa occidental. Terminar un trabajo de campo

es siempre una cuestión teórica, no real. Hubiera sido perfectamente posible continuar en el país Dowayo durante cinco años más, aunque con menor rendimiento, sin agotar el material de un proyecto que pretendía «comprender» a un pueblo tan distinto de nosotros. Pero por debajo de lo particular siempre hay fuerzas más generales. Desde entonces veo bajo una luz distinta las monografías que forman la base de la antropología como disciplina. Distingo qué pasajes resultan deliberadamente vagos, evasivos o forzados, y qué datos son insuficientes o impertinentes, cosa que me hubiera resultado imposible antes de ir al país Dowayo. Todo esto hace el trabajo de otros antropólogos más próximo que antes. También consideraba que al intentar comprender la visión del mundo que tenían los dowayos había puesto a prueba ciertos modelos muy generales de interpretación y del simbolismo cultural. En general, habían aguantado bastante bien y me sentía mucho más satisfecho del lugar que ocupaban en el esquema global.

En el plano puramente personal también había habido grandes cambios. Como les había ocurrido a otros estudiosos de campo, mi salud se resentiría todavía durante cierto tiempo. Por otra parte, mi vaga fe liberal en la salvación cultural y económica del Tercer Mundo había sufrido también un duro golpe. Es característica común a los investigadores que retornan, mientras van dando traspiés por su propia cultura con la torpeza de los astronautas recién llegados del espacio, sentirse incondicionalmente agradecidos de ser occidentales, de vivir en una cultura que de repente parece muy valiosa y vulnerable; yo no era la excepción. Pero en el estudio de campo hay algo que forma insidiosamente hábito. La resaca antropológica no es más efectiva como terapia de aversión que cualquier otra. Varias semanas después de mi retorno llamé por teléfono al amigo cuya conversación me había decidido a marcharme al campo.

—Ah, ya has vuelto.

—Sí.

—¿Ha sido aburrido?

—Sí.

—¿Te has puesto muy enfermo?

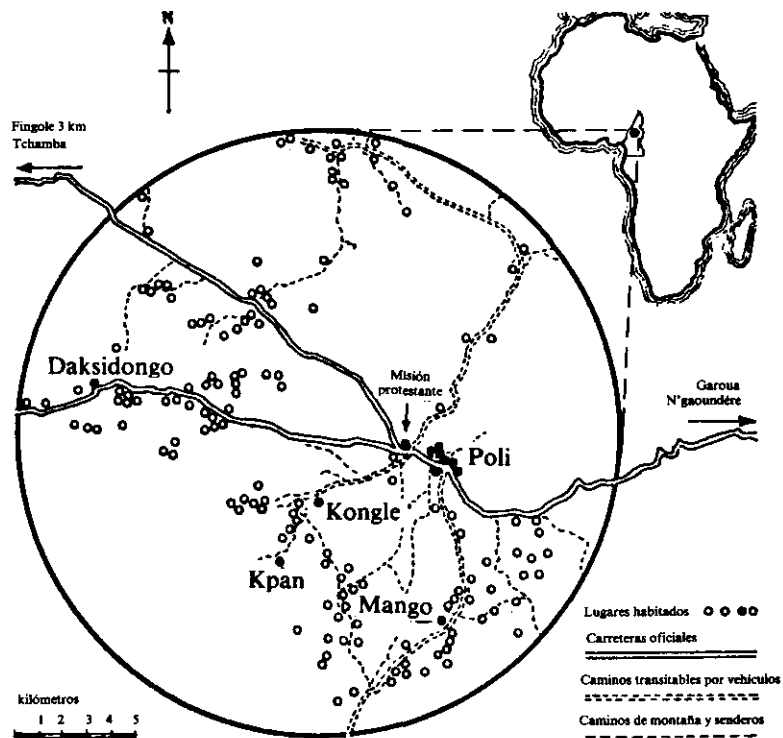
—Sí.

—¿Has traído unas notas a las que no encuentras ni pies ni cabeza y te has dado cuenta de que te olvidaste de hacer todas las preguntas importantes?

—Sí.

—¿Cuándo piensas volver?

Me reí débilmente. Sin embargo, seis meses más tarde regresaba al país Dowayo.



## INDICE

Prólogo . . . . .	7
-------------------	---

### EL ANTROPÓLOGO INOCENTE

1. Las razones . . . . .	17
2. Preparativos . . . . .	25
3. Rumbo a los montes . . . . .	31
4. <i>Honni soit qui Malinowski</i> . . . . .	42
5. Llevadme ante vuestro jefe . . . . .	54
6. ¿Está el cielo despejado para ti? . . . . .	70
7. «Oh, Camerún, cuna de nuestros padres» . . . . .	90
8. Tocando fondo . . . . .	126
9. Ex Africa semper quid immundum . . . . .	146
10. Ritos y retos . . . . .	153
11. Lo húmedo y lo seco . . . . .	180
12. Primeros y últimos frutos . . . . .	205
13. Un alienígena inglés . . . . .	225



*El antropólogo inocente* es un texto ciertamente insólito del que se dijo: «Probablemente el libro más divertido que se ha publicado este año. Nigel Barley hace con la antropología lo que Gerald Durrell hizo con la zoología» (David Halloway). El autor, doctorado en antropología por Oxford, se dedicó durante un par de años al estudio de una tribu poco conocida del Camerún, lo que constituyó su primera experiencia en el trabajo de campo, y casi la última. Nigel Barley se instaló en una choza de barro con la intención de investigar las costumbres y creencias del

pueblo dowayo. Conocía la teoría del trabajo de campo, pero, como descubrió en seguida, ésta no tomaba en consideración la escurridiza naturaleza de la sociedad dowayo, que se resistía a amoldarse a norma alguna. En esta crónica del primer año que pasó en África, Nigel Barley—tras sobrevivir al aburrimiento y a desastres, enfermedades y hostilidades varias—, nos ofrece una introducción decididamente irreverente a la vida de un antropólogo social.

Después de esta experiencia, el autor se incorporó al Museo Británico, cuyo departamento de publicaciones editó este texto como una curiosidad. La excitación que causó entre sus primeros lectores motivó que se publicara después en la colección de bolsillo de Penguin con extraordinario éxito.

«Combina el candor y el colorido de los relatos de los primeros exploradores con un agudo ingenio y un desternillante sentido del absurdo» (Roger Sandall, *Encounter*).

«Muy adecuadamente considerado por muchos críticos como el libro más divertido del año» (Stephen Pile).

«Pocas veces se habrán visto reunidos, en un libro de antropología un cúmulo tal de situaciones divertidas, referidas con inimitable humor y gracia, y una competencia etnográfica tan afinada, como los que Nigel Barley ofrece en esta minuta de su trabajo de campo entre los dowayos» (Alberto Cardín). Nigel Barley es conservador especializado en África septentrional y occidental del Museum of Mankind del British Museum. Tras licenciarse en lenguas modernas en Cambridge, se doctoró en antropología en Oxford. En esta colección se han publicado su celeberrimo *El antropólogo inocente*, así como *Una plaga de orugas* y *Bailando sobre la tumba*.



9 788433 925183